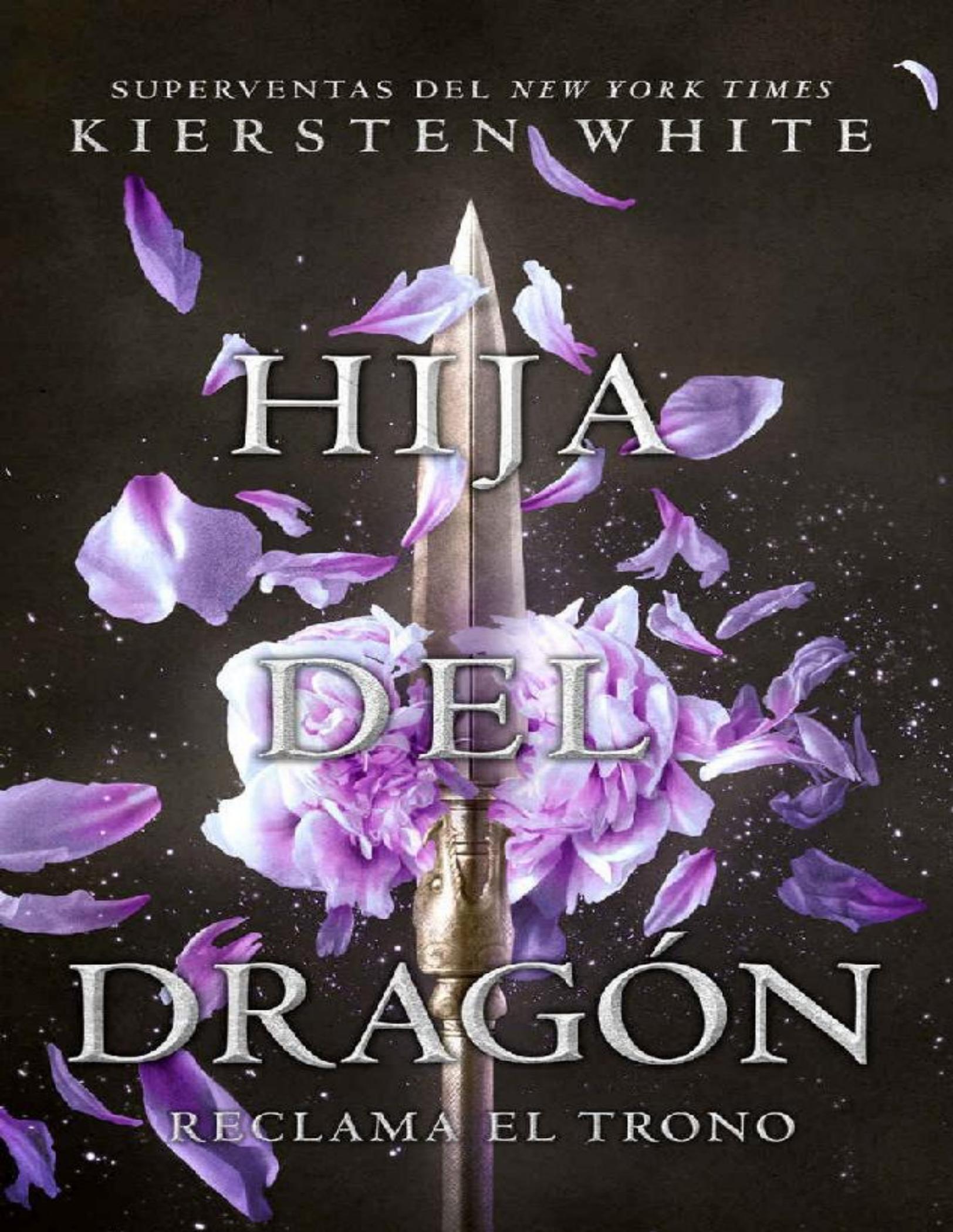


SUPERVENTAS DEL NEW YORK TIMES
KIERSTEN WHITE



HIJA
DEL
DRAGÓN

RECLAMA EL TRONO

HIJA DEL DRAGÓN

HIJA
DEL
DRAGÓN

RECLAMA EL TRONO

KIERSTEN WHITE



Traducción de Jofre Homedes Beutnagel



P U C K

Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *And I Darken*

Editor original: Ember, an imprint of Random House Children's Books,
a division of Penguin Random House LLC, New York

Traducción: Jofre Homedes Beutnagel

1.ª edición: octubre 2018

Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos de esta novela son producto de la imaginación de la autora o son empleados como entes de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas es mera coincidencia.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2016 by Kiersten White

Ilustraciones del mapa *by* Virginia Allyn

All Rights Reserved

Los derechos de traducción fueron gestionados por Taryn Fagerness Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, S.L.

© de la traducción 2018 *by* Jofre Homedes Beutnagel

© 2018 by Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

www.mundopuck.com

ISBN: 978-84-17312-18-3

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Para Noah



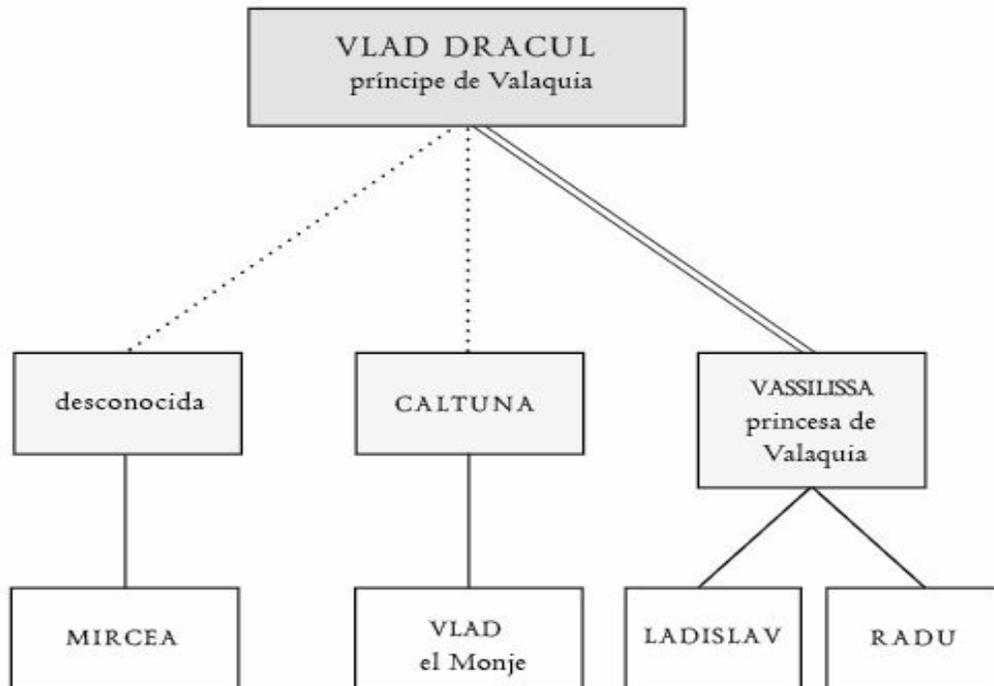
Te iubesc



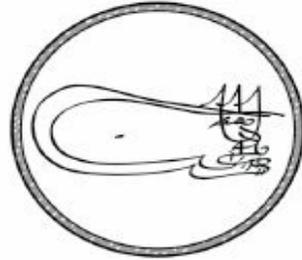




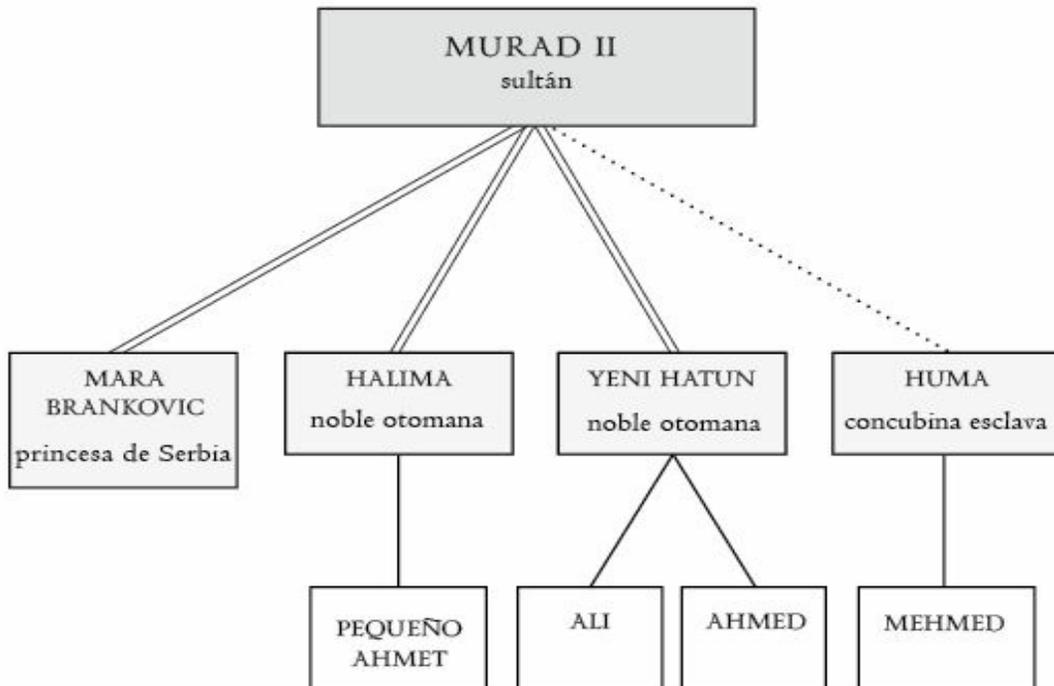
VALAQUIA



- amante
- ==== cónyuge
- descendiente



— IMPERIO OTOMANO —



- concubina
- ==== cónyuge
- descendiente



1435: Sighisoara, Transilvania

Las pobladas cejas de Vlad Dracul descendieron como se abaten las tormentas cuando el médico le dio la noticia de que su mujer había dado a luz a una niña. Sus otros hijos —uno, ya mayor, de su primera esposa, y hasta un bastardo nacido de su amante un año atrás— eran varones. Nunca había considerado tan débil su simiente como para engendrar a una hembra.

Cruzó la puerta, penetrando en el ambiente cerrado e irrespirable del pequeño dormitorio, cuyo olor a sangre y miedo le infundió repugnancia.

Su casa, en las montañas de Sighisoara, dentro del recinto amurallado de la ciudad, distaba mucho de ser la que merecía. Estaba al lado de la puerta principal, junto al sofocante bullicio de la plaza, pegada a un callejón que apestaba a desechos humanos. Su séquito de diez hombres, meramente ceremonial, hacía de Vlad un simple funcionario, aunque con cierto lustre. Era el gobernador militar de Transilvania, cuando su autoridad, en principio, habría debido extenderse a toda Valaquia.

De ahí, quizá, la maldición de una hija, otro insulto a su honor. Vlad era miembro de la Orden del Dragón, personalmente sancionada por el Papa. Debería haber sido el voivoda, el príncipe guerrero, pero el trono lo ocupaba su hermano, mientras él ejercía de gobernador de los sajones que usurpaban

sus tierras.

Pronto haría gala con ellos de su honor, a punta de espada.

Vasilissa, empapada en sudor, gemía en la cama. Seguro que era de ella la debilidad que había echado raíces en su vientre. Viéndola tan poco principesca, en actitud y aspecto, Vlad tuvo náuseas.

La nodriza levantó un pequeño monstruo de cara roja, que no paraba de chillar. Para una niña, Vlad no tenía nombres. Seguro que Vasilissa querría bautizarla en homenaje a su familia, pero Vlad odiaba a la realeza moldava de la que descendía su mujer, por no haberlo hecho medrar políticamente. Su propio nombre, Vlad, ya se lo había puesto a su bastardo. Llamaría igual a su hija.

«Ladislava», declaró. Era una forma femenina de Vlad. Un diminutivo. Un disminuido. Si Vasilissa quería un nombre fuerte, que le diera un varón. «Recemos por que sea hermosa y nos sirva de algo», dijo.

La bebé berreó con más fuerza.



Los reales pechos de Vasilissa eran demasiado importantes para dar de mamar. La nodriza esperó a que Vlad se marchase para acercarse a la bebé a sus tetas de plebeya. Madre reciente de un varón, aún le quedaba mucha leche. Sorprendida por la ferocidad con la que succionaba la pequeña, ella también rezó: *Que sea fuerte. Que sea astuta.* Miró a la princesa de quince años, bella y delicada como las primeras flores de la primavera, ahora, marchita y rota en la cama.

Y que sea fea.



Vlad no se tomó la molestia de asistir al nacimiento de su segundo hijo con Vasilissa: varón, un año menor que su hermana, como si llegara al mundo en su persecución.

Tras limpiar al recién nacido, la niñera se lo mostró a su madre. Era menudo y perfecto, con labios como de capullo de rosa, y abundante pelo negro. Tendida en la cama, con los ojos vidriosos, Vasilissa miraba la pared sin decir nada. En ningún momento posó la vista en su hijo. Sintiendo un tirón en la falda, la niñera se fijó en que la pequeña Lada la miraba muy seria, y orientó al bebé hacia ella.

—Un hermano —dijo con dulzura.

El bebé rompió a llorar, un débil gorgoteo que inquietó a la niñera. Lada frunció aún más el ceño y le tapó la boca con una de sus manos regordetas. La niñera apartó rápidamente al niño. Lada levantó la vista con una mueca de rabia.

—¡Mío! —exclamó.

Era la primera palabra que decía.

Sobresaltada, la niñera se rio y bajó otra vez al bebé. Lada lo miró con mala cara, hasta que cesó el llanto. Solo entonces, como dándose por satisfecha, salió con pasos vacilantes de la habitación.



Si Vasilissa hubiera visto a su hija revolcándose en el suelo y jugando a la lucha con los perros y con Bogdan, el hijo de la niñera, esta habría perdido su trabajo de inmediato, pero llevaba cuatro años sin salir de su habitación, desde el nacimiento de Radu.

Toda la belleza deseada para la niña por su padre se la había llevado Radu, que tenía las pestañas largas, los labios carnosos y unos rizos sedosos con toques de oro sajón.

Bogdan gritó al recibir en el muslo un mordisco de Lada —Ladislava, que ya tenía cinco años, se negaba a responder a su nombre completo—, y le dio un puñetazo. Ella mordió con más fuerza. Bogdan pidió ayuda a gritos.

—Si te quiere comer la pierna, tiene derecho —dijo la niñera—. O paras de gritar, o dejo que también te coma la cena.

Lada tenía los ojos grandes, como su hermano, pero juntos, y unas cejas arqueadas que le daban un aspecto de perpetuo enfado. Su pelo era una masa impenetrable y tan oscura que, en contraste, su tez clara parecía enfermiza. Su nariz era larga y aguileña, sus labios finos, y sus dientes pequeños, además de afilados, a juzgar por los gritos de rabia de Bogdan.

Era terca y agresiva, más despiadada que ninguna otra niña que hubiera tenido la niñera a su cargo. Pero, también era su preferida. Debería haber sido

una criatura silenciosa, formal, medrosa y apocada. Su padre era un tirano sin poder, a quien la impotencia hacía cruel, y cuyas ausencias podían durar meses. Y su madre era más ausente aún aunque no se movía de casa: introvertida, inútil, incapaz de salir de su propio marasmo. Perfecta representación, el uno y la otra, de toda la región, y en especial de Valaquia, la tierra natal de la niñera.

En Lada, en cambio, veía una chispa, una luz apasionada y fiera que no se dejaba esconder ni mitigar; y en vez de tratar de sofocarla, por el bien futuro de la niña, la alimentaba. Le hacía sentir una extraña esperanza.

Si Lada era el hierbajo verde y espinoso que brotaba entre las grietas de un cauce reseco, Radu era la rosa dulce y delicada que solo en condiciones perfectas no se marchitaba. En ese mismo instante, sin ir más lejos, estaba berreando porque la niñera había dejado de acercarle la cuchara con gachas endulzada con miel.

—¡Haz que se calle! —dijo Lada, subiéndose al mayor de los sabuesos de su padre, canoso y paciente por la edad.

—¿Cómo quieres que lo haga?

—¡Asfixiándolo!

—¡Lada! Muérdete la lengua, que es tu hermano.

—Un gusano, eso es lo que es. Mi hermano es Bogdan.

La niñera frunció el ceño, mientras le limpiaba la cara a Radu con su delantal.

—Bogdan no es tu hermano. —*Antes me acuesto con los perros que con tu padre*, pensó.

—¡Sí que lo es! Lo eres. Di que lo eres.

Lada saltó sobre la espalda de Bogdan, y a pesar de que él era dos años mayor y más corpulento, le hincó un codo en la espalda, inmovilizándolo.

—¡Lo soy! ¡Lo soy! —dijo él, entre la risa y el llanto.

—¡Tira a Radu con los orinales!

Radu gritó tanto que tuvo una rabieta. Chasqueando la lengua, la niñera lo aupó, a pesar de que era demasiado grande para llevarlo en brazos. Él le metió una mano por la blusa y le pellizcó la piel, suelta y arrugada como la de una manzana vieja. A veces la niñera también tenía ganas de que se callara, pero cuando Radu hablaba, lo hacía siempre con tanta dulzura que compensaba las rabietas. Hasta olía bien, como si se le quedara miel en la boca entre las comidas.

—Más tarde, si te portas bien —le dijo—, podrás ir en trineo con Lada y Bogdan. ¿Te apetece?

Radu sacudió la cabeza, mientras su labio tembloroso anunciaba más lágrimas.

—También podemos ir a ver los caballos.

Asintió despacio. La niñera suspiró de alivio, y al levantar la vista vio que Lada ya no estaba.

—¿A dónde se ha ido?

Bogdan abrió mucho los ojos de miedo e indecisión. Ya no sabía qué enfado temer más, el de su madre o el de la pequeña Lada.

La niñera, resoplando, cargó a Radu contra su cadera y se fue por el pasillo hacia la estrecha escalera de subida a los dormitorios, haciendo rebotar a cada paso los pies del niño contra sus piernas.

—Lada, como despiertes a tu madre se va a...

De repente se quedó muy quieta, y con la misma expresión de miedo que Bogdan. Oía voces en la sala de estar de la parte delantera de la casa. Voces graves. De hombre. Hablando en turco, el idioma de los otomanos, de sus enemigos.

Lo cual significaba que estaba Vlad en casa, y Lada...

Echó a correr por el pasillo, y al irrumpir en la sala de estar vio a la niña en el centro.

—¡Mato infieles! —rugía la pequeña, blandiendo un pequeño cuchillo de cocina.

—¿En serio?

Vlad se lo preguntó en el idioma de los sajones, el más hablado en Sighisoara. La niñera apenas lo entendía. En cuanto a Vasilissa, pese a dominar varios idiomas nunca hablaba con los niños. Lada y Radu solo hablaban valaco.

Lada, que no había entendido la pregunta, contestó moviendo el cuchillo hacia su padre, que arqueó una ceja. Llevaba una muy buena capa, y un ostentoso sombrero. Después de casi un año sin verlo, Lada no lo había reconocido.

—¡Lada! —susurró la niñera—. Ven aquí enseguida.

Lada se irguió hasta donde se lo permitían sus piernas, cortas y robustas.

—¡Es mi casa! ¡Soy la Orden del Dragón! ¡Mato a infieles!

Uno de los tres acompañantes de Vlad murmuró algo en turco. La niñera notó que la cara, el cuello y la espalda se le cubrían de sudor. ¿Serían capaces de matar a una niña por amenazarlos? ¿Lo permitiría el padre? ¿O se limitarían a matarla a ella, por no haber sabido controlar a Lada?

Vlad reaccionó ante la escena de su hija con una sonrisa indulgente. Luego inclinó la cabeza a los tres hombres, que tras corresponder a su saludo se fueron sin el menor gesto para la niñera, ni para su desobediente pupila.

—¿A cuántos infieles has matado?

La voz de Vlad, que esta vez se expresó en los melodiosos tonos romances del valaco, era fría y sosegada.

—A cientos. —Lada apuntó con el cuchillo a Radu, que escondió la cara en el hombro de la niñera—. Esta mañana he matado a uno.

—¿Y ahora me matarás a mí?

Lada vaciló, bajó la mano y se quedó mirando a su padre, mientras se difundía por su rostro, como gotas de leche en agua límpida, una expresión de reconocimiento. Con la rapidez de una serpiente, Vlad le arrebató el cuchillo y levantó a la niña por un tobillo.

—¿Y cómo pensabas matar a alguien más alto, fuerte y listo que tú? —preguntó, poniendo sus rostros a la misma altura, aunque el de Lada estaba al revés.

—¡Has hecho trampa!

La niñera ya había aprendido a temer su fogosa mirada, presagio de lesiones, destrucción o fuego, y a menudo de las tres cosas a la vez.

—He ganado, que es lo único que importa.

Gritando, Lada se dobló hacia arriba y mordió la mano de su padre.

—¡Por los clavos de Cristo!

Vlad la dejó caer al suelo. Hecha un ovillo, la pequeña se alejó rodando, y luego se quedó en cuclillas, enseñándoles los dientes. La niñera esperó con un escalofrío a que Vlad montara en cólera y golpeará a Lada. O bien a ella, por no haber sabido convertirla en una niña mansa y dócil.

Lo que hizo fue reírse.

—Mi hija es una fiera.

—Lo siento mucho, mi señor. —La niñera bajó la cabeza, mientras le hacía gestos frenéticos a Lada—. Es que está muy emocionada por volver a veros después de una ausencia tan larga.

—¿Y la instrucción de los niños? No habla sajón.

—No, mi señor. —No era del todo cierto. Lada había aprendido

obscenidades en sajón, con las que acostumbraba a insultar en voz alta a los transeúntes de la plaza, desde la ventana—. Sabe un poco de húngaro, pero de la educación de los niños no se ha encargado nadie.

Vlad hizo chasquear la lengua, con una mirada pensativa en sus ojos astutos.

—¿Y este qué? ¿También es una fiera?

Se inclinó hacia Radu, que por fin enseñaba la cara. El niño arrancó enseguida a llorar, mientras volvía a esconderla en el hombro de la niñera y metía la mano por debajo de su cofia, enroscándola en su pelo.

Vlad hizo una mueca de asco.

—Este ha salido a su madre. ¡Vasilissa! —exclamó con tal fuerza que Radu cayó en un silencio aterrado, que solo interrumpió con un ataque de hipo, o al sorberse la nariz.

La niñera no sabía si quedarse, pero tampoco le habían dicho que se fuera. Lada, mientras tanto, la ignoraba, muy atenta a su padre, con mirada cauta.

—¡Vasilissa! —bramó Vlad por segunda vez. Bajó el brazo para pillar a su hija, que esta vez, al estar sobre aviso, se escapó y se refugió debajo de la mesa. Vlad golpeó con los nudillos la madera bruñida—. Muy bien. ¡Vasilissa!

Entró su mujer, como aturdida, con el pelo suelto y una simple bata. Estaba en los huesos. Se le marcaban mucho los pómulos debajo de los ojos, grisáceos e inexpresivos. Si el nacimiento de Lada había estado a punto de matarla, el de Radu le había quitado cualquier resto de vitalidad. Lo miró todo sin inmutarse: Radu llorando, Lada debajo de la mesa, y su marido finalmente en casa.

—¿Qué? —preguntó.

—¿Así recibes a tu esposo? ¿El voivoda de Valaquia? ¿El *príncipe*?

La sonrisa triunfal de Vlad levantó su largo bigote, dejando a la vista unos labios finos. Vasilissa se puso tensa.

—¿Te van a nombrar príncipe? ¿Y Alexandru?

—Mi hermano está muerto.

La niñera no tuvo la impresión de estar viendo a un hombre de luto.

Finalmente, Vasilissa se fijó en su hija y la llamó a su lado.

—Sal de ahí debajo, Ladislava, que está tu padre en casa.

—No es mi padre. —Lada no se movió.

—Haz que salga —le espetó Vasilissa a la niñera.

—¿No sabes hacer que te obedezca tu propia hija?

La voz de Vlad tenía la limpidez de un cielo azul en lo más crudo del invierno. El sol con dientes, llamaban a esos días.

La niñera, cada vez más encogida, se movió para que al menos Radu quedara fuera de la vista de su padre. Vasilissa miró agitadamente hacia ambos lados, pero no había escapatoria.

—Quiero irme a casa —susurró—. A Moldavia. Déjame volver, por favor.

—Suplícamelo.

El frágil cuerpo de Vasilissa tembló un poco antes de caer de rodillas en el suelo y tomar con una mano la de Vlad.

—Por favor. Por favor, te lo suplico, déjame volver a casa.

Vlad tendió la otra mano para acariciar el pelo lacio y grasiento de su esposa. Acto seguido lo empuñó con fuerza, y le torció la cabeza hacia un costado. Vasilissa gritó. Vlad siguió tirando, hasta que no le dejó más remedio que levantarse. Luego acercó los labios a su oído.

—Nunca he conocido a un ser más débil. Arrástrate otra vez a tu agujero, y quédate escondida. ¡A rastras, he dicho!

La arrojó al suelo. Ella, sollozando, se arrastró hacia el pasillo.

La niñera no apartaba la vista de la magnífica alfombra que cubría el suelo de piedra. No decía ni hacía nada. Solo rezaba por que Radu no rompiera su

silencio.

—Tú. —Vlad señaló a Lada—. Sal. Ahora mismo.

La niña obedeció, sin apartar la vista de la puerta por donde se había marchado Vasilissa.

—Soy tu padre, pero esa mujer no es tu madre. Tu madre es Valaquia. Tu madre es la tierra a la que estamos a punto de ir, y de la que soy yo el príncipe. ¿Me has entendido?

Lada miró a los ojos de su padre, unos ojos hundidos, que llevaban grabados muchos años de astucia y de crueldad. Luego asintió y tendió la mano.

—La hija de Valaquia quiere que le devuelvan su cuchillo.

Vlad sonrió y se lo dio.



1446: Tirgoviste, Valaquia

Radu tenía en la boca gusto a sangre, mezclado con la sal del llanto que corría por su cara.

Andrei y Aron Danesti le dieron otra patada, un fuerte golpe en la barriga con sus botas. Radu se encogió sobre un costado, tratando de hacerse lo más pequeño posible. Las hojas secas y las piedras del suelo le arañaban las mejillas. Allá en el bosque no podía oírlo nadie.

Ya estaba acostumbrado a no ser oído. Tampoco lo oía nadie en el castillo, donde después de seis años solo se sentía en casa cuando estaba en su cuarto, junto a su niñera. En el pulso interminable que libraban con Lada los preceptores de ambos niños, el intachable rendimiento de Radu pasaba a menudo desapercibido. Lada siempre estaba estudiando, o con Bogdan, y nunca le dedicaba ni un solo minuto. El hermanastro menor de ambos, Mircea, lo obligaba a buscarse escondites para evitar sus bruscos comentarios, y sus puños, aún más bruscos. En cuanto a su padre, el príncipe, se pasaba semanas enteras olvidando que él existía.

La presión era tan fuerte que al final Radu no sabía si le daba más miedo que su padre se fijara en él o que lo ignorase.

Era menos peligroso pasar desapercibido. Hoy, por desgracia, no lo había

conseguido. La risa de Aron Danesti era más afilada que la punta de sus botas.

—Chillas como un gorrino. Hazlo otra vez.

—Por favor. —Radu se protegió la cabeza, mientras Aron lo abofeteaba—.
Parad. Parad.

—Aquí venimos a hacernos más fuertes —dijo Andrei—. Y más débil que tú no hay nadie.

A todos los hijos de familias boyardas de entre siete y once años —*boyardo* era sinónimo de noble, y en boca de Lada la palabra siempre iba acompañada de una mueca de desprecio— los dejaban como mínimo una vez al mes en medio del bosque. Era una tradición, de la que la mayoría de los adultos se reían con indulgencia; decían que era un juego, aunque todos aguzaban la vista, pendientes de quién salía primero con aspecto de volver de un simple paseo, no cansado y asustado, como un niño común y corriente.

A los Danesti, que durante los últimos quinientos años se habían intercambiado el trono con la familia Basarab, les interesaba especialmente el desempeño de Aron y Andrei, ambos un año mayores que Radu. No les tenían excesivo cariño a los usurpadores Draculesti.

Radu era el hijo del príncipe, un Draculesti, el más pequeño de los niños, y la víctima principal. Nunca salía vencedor. Por primera vez se preguntó si volvería sano y salvo. Sentía las garras del miedo en la garganta. Su respiración era superficial, entrecortada.

Andrei lo levantó a la fuerza, clavándole los dedos en los brazos, y le tocó la oreja con los labios. Su aliento estaba muy caliente.

—Mi madre dice que a tu padre le gustaría que no hubieras nacido. ¿A ti también?

Aron le pegó en la barriga. Radu tuvo una arcada.

—Dilo —le ordenó Andrei alegremente—. Di que te gustaría no haber

nacido.

Radu cerró los ojos con fuerza.

—Me gustaría no haber nacido.

Aron volvió a pegarle.

—¡Lo he dicho! —gritó Radu, tosiendo y respirando con dificultad.

—Ya lo sé —contestó Andrei—. Dale otro puñetazo.

—Mi padre os...

—¿Tu padre? ¿Qué hará, escribir al sultán pidiéndole permiso para regañarnos? ¿Solicitarle a mi familia un donativo al trono, para que pueda permitirse una vara con la que azotarnos? Tu padre no es *nadie*. Como tú.

Justo cuando Radu se preparaba para un nuevo golpe, abrió los ojos al oír gritar a Aron, y vio que estaba dando vueltas para quitarse a Lada de encima. No debía estar allí, sin embargo la presencia de la niña tampoco era del todo sorprendente. Se había subido a la espalda del muchacho, inmovilizándole los brazos. Su pelo, una cortina enmarañada, le tapaba la cara, hasta que Aron se giró y Radu pudo ver ella había clavado los dientes en el hombro de su atacante.

Andrei apartó a Radu de un empujón y corrió en ayuda de su primo. Lada soltó a Aron, bajando de su espalda, y se quedó de cuclillas en el suelo, con una mirada penetrante. Andrei tenía once años, como ella, pero la superaba en estatura. Aron dio tumbos hasta que se apoyó en un árbol, donde se quedó llorando, con la mano en el hombro.

Lada sonrió a Andrei con los dientes ensangrentados.

—Demonio de niña... Te...

Lada se puso de pie de un salto y le dio un puñetazo en la nariz. Andrei chilló y se cayó de rodillas en el suelo, sollozando. Lada se acercó y le dio una patada en las costillas, tumbándolo de espaldas. Él se la quedó mirando,

atragantado por la sangre que le chorreaba por la nariz. Ella le puso un pie en la garganta y presionó lo justo para hacerle abrir los ojos de pánico.

—Vete de mi bosque —le gruñó.

Después de levantar el pie, observó con los ojos entornados cómo Andrei y Aron corrían, cogidos de los hombros. Ya no estaban para bravuconerías.

Radu se limpió la cara con la manga, dejando un rastro de sangre y polvo. Luego miró a Lada, sobre la que caía un rayo que se filtraba por un hueco en el denso ramaje. Por una vez se alegró de la ferocidad de su hermana, y de la peculiar intuición que le permitía saber siempre la mejor manera de hacerle daño a alguien con el menor esfuerzo. Él estaba extenuado y asustado pero Lada lo había salvado.

—Gracias. —Se tambaleó hacia ella con los brazos extendidos. Su niñera, siempre que le dolía algo, lo tomaba en sus brazos, aislándolo del mundo. Ahora quería lo mismo. Lo necesitaba.

Lada le dio un puñetazo en la barriga, que lo hizo doblarse de dolor y quedarse de rodillas en el suelo. Arrodillándose a su lado, lo agarró por las orejas.

—No me des las gracias. Lo único que he hecho es enseñarles a tenerme miedo. ¿En qué te ayuda a ti eso? La próxima vez, pega primero y más fuerte. Asegúrate de que tu nombre sea sinónimo de miedo y de dolor. La próxima vez no estaré yo para salvarte.

Radu temblaba, intentando no llorar. Sabía que a su hermana le daba mucha rabia que llorase, pero le había hecho daño. Encima le pedía un imposible. Los otros chicos eran más corpulentos, crueles y rápidos. Lo que hacía mejor a Lada que ellos... eso... él no lo había heredado.

La siguió apesadumbrado durante todo el camino de regreso, preguntándose cómo podía ser como ella. Los boyardos esperaban debajo de sus pabellones,

intercambiando chismorreos mientras los abanicaban los criados. Entre los presentes se encontraba Mircea, conversando con Vlad Danesti. A juzgar por su expresión al ver la cara de Radu, parecía que disfrutaba que se la hubieran magullado e, incluso, quizá hubiera tenido ganas de participar.

Radu trató de ocultarse detrás de Lada, que de todos modos era el centro de todas las miradas. La imagen de la hija del príncipe saliendo del bosque con la cabeza erguida había sorprendido a los boyardos. Lo que no sorprendió a nadie fue ver a su hermano sucio y lleno de sangre, aunque más lo estaban Aron y Andrei: en sus prisas por huir de Lada, los primos Danesti se habían perdido, y había sido necesario rescatarlos.

A partir de ese día quedó cancelado el aprendizaje en el bosque. Las familias boyardas hablaban en voz baja sobre la hija del príncipe. Siempre había montado mejor que los chicos de su edad, y había exigido recibir las mismas lecciones que su hermano, pero su última hazaña era mucho más pública. En vez de regañarla, su padre se reía, jactándose de tener una hija fiera e indómita como un jabalí. ¿Se habría fijado alguien en Radu de haber sido él quien emergiera victorioso del bosque?

Radu lo oía todo escondiéndose detrás de los tapices, y esperando en la penumbra de un rincón. Se había dado cuenta de que Aron y Andrei lo vigilaban, pero en dos semanas no habían logrado acorralarlo a solas ni una sola vez. En presencia de adultos, Radu podía sonreír, mostrarse encantador y mantenerse fuera de peligro.

Lada tenía razón. No lo había salvado. Se veía claramente en la expresión con que lo miraban sus enemigos.

Así pues, se mantuvo a la espera, observando a escondidas, hasta que una tarde despejada de otoño tomó la iniciativa.

—Hola —dijo con bastante alegría y desenfado como para iluminar el

crepúsculo.

—¿Se os ofrece algo? —El criado, un niño, se sobresaltó como si le hubieran pegado. De tan gastada, su camisa casi era transparente. Radu vio las líneas marcadas de su clavícula, y la frágil extensión de sus delgados brazos. Probablemente tuvieran la misma edad, pero la vida había sido mucho más benévola con Radu. Al menos en lo referente a tener el estómago lleno.

Sonrió.

—¿Te apetece algo de comer?

El niño abrió mucho los ojos de sorpresa, y asintió.

Habiendo pasado inadvertido tantas veces, Radu era consciente del valor de no ser visto. Llevó a Emil, un criado de tan bajo rango que para sus señores boyardos era invisible, a la cocina.



El castillo sufría una epidemia de robos. Después de cada fiesta entre familias boyardas, alguien echaba en falta un collar, una joya o algún otro efecto personal de valor. Dada la mala imagen que ofrecía del príncipe, Vlad anunció que ni bien se descubriera al culpable sería azotado en público, y encarcelado por tiempo indefinido. Los boyardos, airados, decían barbaridades en voz baja. Vlad iba por el castillo con mirada suspicaz, encorvado por el peso de la vergüenza de no poder controlar su propia casa.

Varias semanas después, Radu asistió entre las primeras filas al momento en que Aron y Andrei, con la cara llena de lágrimas y mocos, eran atados a un poste en medio de la plaza.

—¿Por qué habrán robado? —dijo Lada con una mueca de curiosidad, mientras observaba la escena.

Radu se encogió de hombros.

—Todo lo robado lo ha encontrado un criado debajo de sus camas.

Un criado que ya no sufría por desnutrición, y que consideraba a Radu su mejor y único amigo en el mundo. Radu sonrió. En el fondo no habría hecho falta esperar tanto, retrasando el castigo de sus enemigos y prolongando el bochorno de su padre, pero la expectación había sido una delicia. Y la recompensa, estupenda.

Lada se giró a mirarlo, juntando las cejas en un gesto de desconfianza.

—¿Has sido tú?

—Hay otras maneras de pegar que con los puños.

Radu le clavó un dedo en las costillas, y quedó sorprendido al oír su risa, que le hizo erguirse más, mientras se propagaba por su rostro una sonrisa de orgullo por haber sorprendido y hecho disfrutar a Lada. Su hermana nunca se reía, salvo que se estuviera burlando de él. ¡Algo bueno había hecho!

En ese momento empezaron los azotes.

La sonrisa de Radu se marchitó hasta desaparecer. Apartó la vista. Ya no estaba en peligro. Y Lada se enorgullecía de él, algo sin precedentes. Se centró en esa idea, ignorando las náuseas que le retorcían el estómago mientras Aron y Andrei chillaban de dolor. Necesitaba estar con su niñera, en sus brazos, recibiendo su consuelo. Y esto también era un motivo de vergüenza.

Lada observó el látigo con una mirada calculadora.

—De todos modos —dijo—, los puños son más rápidos.



1446: Curtea de Arges, Valaquia

En pleno verano del duodécimo año de vida de Lada, cuando llegó la peste, y con ella el insistente zumbido de mil moscas de color negro y azul, Vlad decidió abandonar la ciudad con Radu y ella. Mircea, a quien ambos sufrían como hermano mayor, estaba en Transilvania, limando tensiones. Cabalgando al lado de su padre, Lada sentía una gloriosa visibilidad. Detrás iban Radu, la niñera y Bodgan, y al final de todo la guardia de su padre. Vlad iba señalando accidentes del paisaje: un camino escondido en la falda de una montaña, un antiguo cementerio de muertos olvidados y lápidas gastadas, las zanjas que abrían los campesinos para canalizar el agua del río hacia los campos... La tierra estaba sedienta, pero no tanto como Lada por beber las palabras de su padre.

Un breve alto en la pequeña y verde localidad de Curtea de Arges les permitió presentar sus respetos en una iglesia de la que su padre era protector. Normalmente a Lada le irritaba la formación religiosa. Aunque fuera a la iglesia con su padre, se trataba solo de un deber político, consistente en ser vistos y observados y dejar que tal o cual familia se acercara más a ellos que las otras, por cuestión de prestigio. El canto de los sacerdotes era soporífero, el olor de la iglesia empalagoso, y la luz que filtraban las vidrieras, débil y

agobiante. Ellos eran ortodoxos, pero dados los vínculos políticos entre el Papa y su padre, a causa de la Orden del Dragón, tenía especial importancia que Lada se mantuviese erguida y atenta al sacerdote, haciéndolo todo como tenían que verlo los demás.

Aquella representación le causaba a Lada un profundo malestar.

En *esa* iglesia, sin embargo, estaba grabado en la pared el nombre de su padre, cubierto de pan de oro, justo al lado de un enorme mosaico de Cristo crucificado. A Lada la hacía sentirse fuerte, como si el nombre de su familia lo supiera el mismísimo Dios.

Algún día sería ella quien se hiciese una iglesia, y a quien viera Dios.

Siguieron bordeando el Arges, río que, a veces estrecho y de aguas bravas, y otras ancho y liso como una placa de cristal, serpenteaba por el territorio hasta llegar a las montañas. Todo era de un verde tan oscuro que casi parecía negro. De las laderas empinadas emergían piedras y cantos rodados de color gris oscuro, bajo las que corría errabundo el Arges.

Hacía menos calor que en Tirgoviste. El frescor, pegado a las rocas y al musgo, no se evaporaba nunca por completo. Las montañas eran tan abruptas que sobre la comitiva solo lucía directamente el sol unas horas al día, hasta que las sombras reconquistaban los pasos. Olía a pino, madera y podredumbre, pero una podredumbre fecunda y saludable, no como la que acechaba en Tirgoviste.

Hacia el final del viaje, un atardecer, su padre se acercó a un árbol de hojas perennes que se elevaba en diagonal junto a una roca. Partió una rama y, después de olerla, se la dio a Lada con una sonrisa que le hizo sentir la misma plenitud y el mismo vértigo que le provocaba el aire de montaña. Una sonrisa plácida. Nunca había visto sonreír así a su padre, y el hecho de ser ella la destinataria hizo que se le disparase el corazón de exaltada alegría.

—Este árbol somos nosotros —dijo su padre, y siguió cabalgando.

Lada tiró de las riendas para frenar su montura, un caballo dócil, de un color marrón apagado, y estudió aquel árbol que extraía vida de una piedra. Era un árbol pequeño y retorcido, pero verde, que crecía desafiando la gravedad, y que vivía donde a ninguna otra planta se le habría ocurrido prosperar.

No supo si su padre se había referido a ellos dos o al conjunto de Valaquia. Ahora ya los veía como una sola cosa. *Este árbol somos nosotros* —pensó al acercar la fragante ramita a su nariz—. *Para crecer desafiamos a la muerte.*

Al anochecer llegaron a una aldea encajada entre el río y las montañas. Las casas, simples y espartanas, no podían rivalizar con su castillo, pero en las calles corrían y jugaban niños, y había pequeños huertos con macizos de flores de colores intensos. Las gallinas y las ovejas se paseaban a sus anchas.

—¿Y los ladrones? —preguntó Radu. En Tirgoviste no salía ningún animal de su redil. A todas horas había alguien encargado de su vigilancia.

—Aquí se conoce todo el mundo. —La niñera abarcó toda la aldea con un amplio gesto de la mano—. ¿Quién va a robar a su vecino?

—Claro, porque se sabría enseguida, y los castigarían —dijo Lada.

—Yo diría que es porque se cuidan los unos a los otros — dijo Radu con una sonrisa pero frunciendo el ceño.

Les sirvieron de comer: hogazas redondas de pan caliente y pollo un poco chamuscado, que por dentro quemaba. Fuera por el viaje, o por el olor de la vegetación que los rodeaba, hasta la comida le supo a Lada más sabrosa y auténtica.

Al día siguiente se despertó temprano, le molestaban en la espalda los pinchazos de la paja del camastro, que se le clavaba a través del camisón. Aprovechó para escapar por la ventana, mientras la niñera roncaba, y Bodgan y Radu dormían en un rincón, acurrucados como dos cachorros.

La casa —pequeña, acogedora y limpia, la más bonita de la aldea— estaba construida justo al lado de donde empezaba el bosque. Bastaron pocos pasos para que Lada se viera envuelta por un mundo nuevo y secreto, donde la luz se teñía de verde, y se oían sin cesar insectos invisibles. El suelo por el que andaba descalza conservaba la humedad de la mañana, y estaba sembrado de babosas rayadas, del grosor del dedo índice de Lada. Los jirones de niebla aferrados a los árboles la saludaban con zarcillos que casi parecían dotados de vida propia. Empezó a subir por un camino incierto, que lenta y sinuosamente la llevó hacia la cima de la maciza roca gris que tenía más cerca.

Arriba había ruinas, una antigua fortaleza derruida mucho tiempo atrás, que se dejaba entrever entre la niebla, tentadora, llamándola de una manera que no supo explicar.

Tenía que llegar.

Bajó por un barranco, y después trepó por uno de los lados de la peña. Un resbalón la dejó con la cara pegada a la roca, jadeando. Quedaban restos de estacas clavados en la piedra. Habrían sido el sostén de un puente. Los usó como asideros hasta llegar al otro lado de los restos de una muralla.

Recorrió los cimientos, clavándose trozos de ladrillo y mortero en los pies. Al borde no quedaban fragmentos de la muralla, solo una plataforma de adoquines que se proyectaba en el vacío. Al mirar hacia abajo, con el pulso desbocado, vio el Arges reducido a un diminuto arroyo, y las casas de la aldea a simples gujarros. Recibía de lleno el resplandor del sol que se asomaba detrás de las cumbres del otro lado, convirtiendo en oro las motas del aire, y la niebla en un reluciente arcoíris de pequeñas gotas. Le llamó la atención una flor morada puntiaguda, que crecía en los antiguos cimientos. La arrancó y, tras acercarla a la luz, la presionó contra su mejilla.

La inundó una especie de éxtasis, la seguridad de que el momento, la montaña, el sol, estaban hechos para *ella*. Hasta entonces, lo más parecido a aquella exaltación que había sentido —a aquella euforia que le ardía en el pecho, pero que al mismo tiempo se lo aligeraba— era ver a su padre satisfecho con ella. Pero la sensación de ahora era nueva, mayor, abrumadora. Era el saludo de Valaquia, su tierra, su *madre*. En principio, era así como tenía que sentirse uno en la iglesia. Ella nunca había experimentado el espíritu divino entre los muros de ninguna iglesia, mientras que en aquella cumbre, rodeada por aquel paisaje, sentía paz, un sentido en la vida, una pertenencia. Esa era la gloria de Dios.

Era Valaquia. Y era suya.



Cuando el sol ya estaba casi al otro lado del cañón, y se aprestaba a desaparecer tras la montaña, Lada emprendió el camino de bajada, más arduo que el ascenso: sus pies no estaban tan seguros, y no la impulsaba con la misma fuerza un objetivo.

Lo que encontró en la aldea, a la que llegó con los pies doloridos y un hambre canina, fue una dura reprimenda de su niñera, loca de preocupación. Radu estaba enfadado, quejándose de que le había estropeado el día. Hasta Bogdan refunfuñaba porque no lo había llevado consigo.

A Lada no le importaba ninguno de los tres. Lo que quería era explicarle a su padre lo que había sentido en la montaña, el abrazo de su madre, Valaquia, que la había colmado de luz y de calor. Hinchida por aquella sensación, sabía que su padre lo comprendería. Tenía la certeza de que estaría orgulloso.

Resultó, sin embargo, que ni tan siquiera había reparado en su ausencia. Se sentó a cenar malhumorado, quejándose de que le dolía la cabeza. Lada escondió debajo de la mesa la flor que había conservado todo el día. Por la

noche la metió en el pequeño santoral que le había puesto la niñera en su equipaje, junto a la ramita de la conífera.

Al día siguiente su padre se marchó, reclamado por otras ocupaciones, en otros lugares.



A pesar de todo, fue el mejor verano de la vida de Lada. Junto con su padre desapareció la urgencia constante por satisfacerlo. Chapoteaba en el río con Bogdan y Radu, subía a las rocas y los árboles, atormentaba a los niños de la aldea y era atormentada por ellos. Bogdan y ella se inventaron un idioma secreto, una versión bastarda de su lengua materna que mezclaba elementos del latín, el húngaro y el sajón. Siempre que Radu les pedía si podía jugar con ellos, contestaban en aquella enrevesada jergonza. A menudo él lloraba de contrariedad, cosa que interpretaban como una prueba más de que hacían bien en no incorporar a sus pasatiempos a aquel niño llorica.

Un día, tras subir a una ladera, Bogdan anunció su intención de casarse con Lada.

—¿Casarnos? ¿Por qué? —preguntó Lada.

—Porque las otras niñas no son divertidas. Yo las detesto a todas. Menos a ti.

Para entonces Lada ya tenía la vaga y estremecedora conciencia de que su porvenir giraba alrededor del matrimonio. Como ya hacía tiempo que su madre había regresado a Moldavia —o huido, en función del cotilleo que sorprendiera Lada sin querer—, no podía preguntar a nadie por tales asuntos. Hasta la niñera se limitaba a chasquear la lengua, diciéndole: *Cada día tiene bastante con su propia aflicción*, palabras de las que la niña infería que el matrimonio era malo.

A veces se imaginaba una figura borrosa de un hombre que la esperaba junto

a un altar de piedra. Lada levantaría la mano, y él se quedaría con todo lo que ella había ganado por sí misma. Se consumía de odio solo de pensar en aquel hombre que la esperaba. Que la esperaba para obligarla arrastrarse.

Pero ahora estaba con Bogdan, y supuso que si con alguien tenía que casarse, sería con él.

—Bueno, pero solo si pactamos que siempre mandaré yo.

—¿Qué diferencia hay con ahora? —Rio él.

Después de darle un puñetazo en el hombro, sintió la necesidad urgente y repentina de eliminar la pesadilla del hombre borroso. Allá arriba, en la montaña, era todo perfecto.

—Deberíamos casarnos ahora mismo.

—¿Cómo?

—Dame la mano.

Bogdan obedeció, bufando de dolor cuando Lada le pasó el cuchillo por la mano. Luego Lada se hizo un corte en la suya y las juntó, mezclando los líquidos calientes entre sus dos manitas sucias.

—En esta montaña, siendo testigo mi madre Valaquia, me caso para siempre con Bogdan, y con nadie más.

Él sonrió efusivamente, mientras el sol poniente enrojecía sus dos grandes orejas.

—En esta montaña, donde nos mira la madre de Lada, que está hecha de rocas y de árboles, me caso para siempre con Lada, y con nadie más.

—Y mando yo. —Ella le apretó la mano con más fuerza.

—Y mandas tú. —Se soltaron. Bogdan se sentó en el suelo con el ceño fruncido por el desconcierto y la desilusión—. ¿Y ahora qué?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Es la primera vez que me caso con alguien.

—Deberíamos darnos un beso.

Lada se encogió de hombros con indiferencia. Luego unió sus labios con los de Bogdan, blandos, secos y calientes. A tan poca distancia se le ponían borrosas las facciones, y parecía que tuviera tres ojos. Lada se rio. Él también. Se pasaron el resto de la tarde nariz contra nariz, explicándose lo monstruosos que estaban con un solo ojo, o tres, o cualquier otro efecto visual que se creara.

No volvieron a hablar de matrimonio. Sus palmas, en cambio, tardaron semanas en cicatrizar.

Tras un número infinito de días dorados y verdes, la sensación de regresar a Tirgoviste fue diametralmente opuesta a la de volver a casa. Lada añoraba lo que habían dejado. Algún día regresaría al Arges, y reconstruiría la fortaleza de la roca para residir en ella junto con su padre y Bogdan. Quizá incluso con Radu.

Sería mejor que Tirgoviste. Cualquier sitio era mejor que Tirgoviste.



1447: Tirgoviste, Valaquia

Radu, menudo aún para sus once años, dio un puntapié en la nieve endurecida. Tenía frío, se aburría y estaba enfadado. Lada y Bogdan dieron gritos de alegría al pasar volando sobre el viejo escudo de metal en el que casi no cabían juntos. Al llegar al pie de la colina, frenaron dando tumbos en la orilla del río. La excursión hasta ahí, llevando auestas el escudo robado, se había hecho interminable; y aunque Radu hubiera colaborado en traerlo, no le dejaban participar.

Lada y Bogdan subieron otra vez con el escudo para la siguiente ronda, parloteando en su idioma secreto, que aún creían que Radu no entendía.

—Míralo —dijo Bogdan, riéndose, con sus grandes orejas muy rojas por el frío—. Me parece que va a llorar.

—Siempre llora —contestó Lada, sin molestarse ni en mirar a su hermano.

Lógicamente, a Radu se le empañaron los ojos. Odiaba a Bogdan. Sin aquel patán, quien bajara con Lada por la cuesta, quien compartiera sus secretos, habría sido él.

Se alejó por la nieve, blanca y deslumbrante bajo el sol. Si lo pillaban con los ojos llorosos, le echaría la culpa a la luz. Aunque claro, Lada y Bogdan no se dejarían engañar. Desde la orilla se veía toda el agua helada. Cerca jugaban

varios niños, algunos de su edad. Se acercó, intentando que pareciese que iba a alguna parte.

Tenía ganas de que lo invitasen a jugar. Tantas, que le dolían más que el frío que le entumecía los dedos.

—Tengo un pastel de miel para el que se atreva a ir hasta el medio del río —anunció el mayor del grupo, que iba descalzo, con los pies envueltos en dos trapos, aunque su porte erguido no tenía nada que envidiar a ningún hijo de boyardo.

—Mentiroso —contestó una niña pequeña con trenzas largas que sobresalían de un chal atado a la cabeza—. Tú nunca llevas nada de comer, Costin.

El niño irguió la cabeza, apretando los labios de orgullo y de rabia.

—Puedo llegar más lejos que vosotros. Os desafío. ¿Quién es lo bastante valiente?

—Yo —dijo Radu.

Se arrepintió enseguida. Cautó por naturaleza, siempre con miedo a que le hicieran daño, evitaba todo riesgo posible. Por eso, entre otras cosas, se burlaban tanto de él Bogdan y Lada. Nunca se habría internado voluntariamente por un río helado.

Justo cuando iba a echarse atrás, oyó a sus espaldas el grito de alegría de Bogdan, y lo que hizo, finalmente, fue avanzar.

El grupo, que hasta entonces no se había fijado en él, lo miró. Viéndolo tan bien vestido, la mirada de Costin, especialmente atenta a sus botas de cuero, se volvió suspicaz. Radu tuvo ganas de ser amigo suyo. En cierto modo, aunque ni él mismo lo entendiese, deseó ser Costin. Quiso poder mirar a la gente a la cara, sin miedo ni vergüenza, aunque no tuviera ninguna posesión.

Costin contrajo el labio superior, provocando en Radu un temor repentino

peor que el de hacer frente al río congelado. Tuvo miedo de que Costin lo ignorase, o le dijese que se fuera; miedo de que los niños, al mirarlo, se dieran cuenta de que no valía la pena perder el tiempo con él.

—Si llegas más lejos que yo, te quedas con mis botas —dijo sin poderse contenerse, de pura desesperación.

—¿Lo juras? —Costin arqueó las cejas, y se le matizó de astucia la mirada.

—Por todos los santos.

Su declaración, tan atrevida como indecorosa, produjo una mezcla de escándalo y de impresión entre los niños. Era mucho jurar, porque existían tantos santos que a Radu le habría sido imposible aprendérselos de memoria. Por otra parte, ya sabía que no estaba bien invocarlos para algo así. Se irguió, imitando la postura agresiva de Costin.

—¿Y si llegas tú más lejos que yo? —Se notaba por el tono de Costin que le parecía imposible.

—El pastel de miel. —Radu sonrió y le siguió la corriente, aunque fuera tan obvia la mentira

Costin asintió con la cabeza. Bajaron al río. Tan cerca de la orilla, el hielo era de un blanco opaco, y estaba sembrado de pequeños guijarros. Radu titubeó al mover el pie, intentando hacerse una idea de cuánto resbalarían sus botas.

Costin se rio y empezó a deslizar los pies envueltos en tela como si lo hubiera hecho cien veces. Probablemente fuera así.

Radu lo observó y siguió avanzando. Empezaba a ir más deprisa, aunque seguía bastante rezagado, cosa que le daba igual, porque en el fondo no quería ganar. Estaba seguro de que no había ningún pastel de miel. La experiencia le había enseñado que cuando la gente no cumplía las expectativas que se había marcado, reaccionaba con vergüenza o con rabia. Sospechó que Costin era de

los que se ponían rabiosos, y él lo que quería era ser amigo suyo, no enemigo.

Además, tenía otro par de botas en casa. La niñera lo regañaría, pero no le diría nada a su padre. Y después de una buena reprimenda siempre lo trataba con especial dulzura.

A varios cuerpos de la orilla, resonó a su alrededor un gran chasquido, que lo dejó petrificado. Costin miró hacia atrás con los ojos oscuros y brillantes, y la barbilla levantada.

—Al medio se va por aquí, cobarde. —Dio unos cuantos pasos más, hasta que atravesó el hielo con un ruido ensordecedor.

—¡Costin! —exclamó Radu, acercándose despacio al agujero.

El muchacho salió a la superficie, tratando de aferrarse al hielo. Radu se echó boca abajo y se deslizó hacia él. Casi podía tocar sus manos. Sin embargo, oyó que el hielo empezaba a ceder debajo de su cuerpo.

Alguien lo estiró hacia atrás por el tobillo.

—¡Espera! —gritó, tendiendo las manos hacia Costin, que pese a tener ya fuera todo el tronco, no conseguía sacar el resto del cuerpo del agua.

Costin intentó aferrarse a Radu, pero era demasiado tarde. Abrió mucho los ojos, aterrorizado, con la cara tan blanca como el hielo, mientras se llevaban a Radu.

—¡Esperad, esperad, que tenemos que ayudarlo!

Radu trató de levantarse, pero alguien lo tomó por el otro tobillo y lo hizo caer de bruces. Al chocar con la barbilla contra el hielo, se mordió la lengua y se hizo sangre. Luego lo subieron a la orilla del río, y Lada le dio una bofetada.

—¿Pero a quién se le ocurre? —gritó.

—¡Tenemos que ayudarlo!

—¡No!

—¡Se va a ahogar! ¡Suéltame!

Lada lo levantó por el cuello y lo zarandeó.

—¡Te podrías haber muerto!

—¡Pues él se va a morir!

—¡Él no es nada! ¿No te das cuenta de que tu vida vale cien veces más que la suya? No te la juegues nunca más por nadie, nunca.

Seguía sacudiéndolo, imprimiendo un vaivén a su cabeza que a Radu le impedía ver el río, y si Costin había logrado salir. Oyó gritar al resto de los niños, pero le latía tan fuerte el corazón que era un sonido lejano e indistinto. Al final miró a Lada, pensando que estaría furiosa, pero la vio... desconocida. Tenía los ojos anegados en lágrimas, de las que en él se habría burlado.

—No lo hagas nunca más.

Lada se puso en pie y lo levantó. Bogdan tomó a Radu por el otro brazo. Se lo llevaron a rastras. Él intentó mirar hacia atrás, pero Lada lo agarró por el cuello y lo obligó a mirar al frente. Radu esperaba que su hermana caminase por delante durante todo el largo y frío trayecto de regreso, o le gritase, pero no, se quedó a su lado sin hablar.

—No le ha pasado nada —dijo finalmente, después de escuchar varios minutos cómo Radu se sorbía la nariz—. Ha conseguido salir.

—¿En serio? Radu se estremeció de esperanza, tiritando de los pies a la cabeza.

—Siéntate. —Lada señaló el escudo.

Hizo que Bogdan lo pusiera encima del escudo, espetándole tal cantidad de sinónimos de burro que Radu se olvidó de la cara de Costin y acabó tronchándose de risa. Por la noche, durante la cena, delante de la chimenea, Lada estuvo sentada a su lado, fastidiándolo, y a su manera, preocupándose de él.

Cuando le pareció que Radu dormía, entró en su cuarto con sigilo. Él apenas dormía. Estaba casi siempre despierto, preocupado por algo. Aun así, se quedó lo más quieto que pudo, respirando acompasadamente, curioso por saber qué haría Lada.

Ella estuvo un buen rato sentada al lado de la cama. Finalmente le puso una mano en el hombro.

—Eres *mío* —susurró.

Radu había estado pensando en el tono de su hermana al decirle que Costin había logrado salir del río: un tono plano, sin su mordacidad habitual. Estaba casi seguro de que mentía. Se quedó dormido, envuelto por la protectora calidez de la presencia de su hermana, entre punzadas de arrepentimiento por lo feliz que le había hecho el día.

Y que seguía haciéndole.



Era la primavera siguiente, después de haber estado a punto de perder a Radu en las aguas heladas del río. De espaldas en el suelo, Lada contemplaba las ramas llenas de hojas, la copa tan tupida que todo se teñía de su intenso color verde. El preceptor hablaba sin parar. Radu, obediente, lo repetía todo. Faltaba poco para que cumpliera los doce, y ella los trece. Por alguna razón, el paso del tiempo, y la incorporación de más años a su nombre, llenaba a Lada de aprensión. Aún no era bastante. Todavía no. Tanto tiempo, y tanto camino aún por recorrer...

Sin embargo, después de siete años de estudio —siete años en la misma ciudad, y en el mismo castillo—, ya sabía leer, escribir y hablar en latín como el que más. Era el idioma de los contratos, de las cartas y de Dios. Lo sentía formal, rígido en su boca. El valaco se consideraba un idioma vulgar. Era un idioma oral, que pocas veces se escribía.

Pero qué dulce lo sentía en su lengua...

—Ladislava —la interpeló el preceptor.

Era joven, e iba siempre afeitado, ya que al no poseer tierras no tenía derecho a dejarse crecer la barba. Lada lo encontraba insufrible, pero su padre insistía en que educasen juntos a los dos hermanos. De hecho, las palabras exactas de su padre habían sido las siguientes: *Al gusano llorón es*

una pérdida de tiempo educarlo, pero al menos podemos incluir a Lada, que tiene un cerebro al que vale la pena dar forma. Lástima que sea niña.

Más lista, más fuerte y más robusta. Después de tantos años, Lada seguía recordando la lista de razones por las que, según su padre, no tenía esperanzas de salir vencedora contra él. Desde entonces su objetivo había sido ganarse su cariño, y demostrarle que podía ser las tres cosas. En pos de esa meta corría sin descanso, segura de que al otro lado de la meta —cuando hubiera logrado ser más lista, más fuerte y más robusta— su padre la miraría con más orgullo y más amor del que le hubiera merecido nunca Mircea, el mayor. Mircea ya era adulto, y era el heredero. En caso de necesidad salía al campo de batalla. Suavizaba las tensiones entre las familias boyardas, comía con su padre, hacía planes con su padre y montaba a caballo con su padre. Era la mano derecha de Valaquia; una mano que no se cansaba de tirar del pelo, pellizcar la piel y encontrar pequeños modos de hacer daño sin que lo viera nadie más.

Y algún día sería príncipe.

Si vivía lo suficiente.

Pero antes de que Mircea fuera príncipe, antes de que se hiciera demasiado tarde, Lada *ocuparía* su lugar en el corazón de su padre. El día en que Vlad le había devuelto el cuchillo, y la había declarado hija de Valaquia, era también el primer día en que la había mirado de *verdad*, y desde entonces Lada alimentaba ese recuerdo como lo que era, a la vez un placer y una tortura.

Repitió la última frase en latín que había dicho el preceptor. Luego la dijo en húngaro, y en turco.

—Muy bien. —El preceptor, incómodo, cambió de postura en el taburete de madera que llevaba siempre consigo—. Aunque nos iría mejor a todos si estudiásemos entre cuatro paredes.

Su antecesor había abofeteado a Lada por exigirle que saliesen, y ella le

había partido la nariz. El de ahora no iba nunca más allá de amables sugerencias, que eran siempre pasadas por alto.

—Esta es mi tierra.

Lada se levantó y estiró los brazos por encima de la cabeza, forzando la rigidez de las mangas. No le gustaba quedarse a estudiar en el castillo. Los obligaba cada día a cruzar a caballo las murallas de la ciudad e internarse en la verde frescura del campo, dejando atrás las casitas extramuros, las chozas y, por último, el sucio y sórdido extrarradio de la capital. A los caballos los dejaban en campos llenos de flores moradas, mientras Radu y ella estudiaban a la sombra de árboles tupidos, de corteza clara.

—Esta tierra no es tuya. —Radu rascó el suelo con un palo, escribiendo los verbos en latín.

—¿No estamos en Valaquia?

Asintió. Tenía una mancha de tierra en la nariz, que le daba un aspecto ridículo, de niño pequeño. A su hermana la irritaba. Radu estaba siempre con ella, como un apéndice de su existencia, y Lada nunca tenía claro qué sentimientos albergar hacia él. A veces, cuando aparecía en el rostro del muchacho una sonrisa que era como el reflejo del sol en un arroyo, o cuando lo veía quedarse dormido, se adueñaba de ella una especie de anhelo inexplicable que le daba pavor.

—Siéntate derecho. —Le estiró la barbilla y le limpió la nariz con su camisa, de manera tan brusca que él gritó e intentó apartarse. Lada le apretó más la barbilla—. Esto es Valaquia, y yo soy la hija de Valaquia. Nuestro padre es el príncipe de Valaquia. Sí que es mi tierra.

Su hermano, finalmente, dejó de resistirse y la miró con mala cara, mientras sus grandes ojos se cuajaban de lágrimas. Qué guapo era... Tenía una cara que hacía pararse a las mujeres por la calle, y hacerle mimos. Cuando sonreía, y se

le marcaban los hoyuelos, la cocinera le dejaba repetir de lo que más le gustase. Y cuando Lada veía que Radu lo pasaba mal, tenía ganas de protegerlo, cosa que la ponía de mal humor. Radu era débil, y protegerlo parecía una debilidad. Estaba claro que de esa flaqueza no pecaba Mircea con ella.

Soltó su barbilla y le frotó el cuello. El mes anterior, Mircea le había estirado con tal fuerza el pelo a Lada que le había dejado una pequeña zona calva, que a duras penas empezaba a repoblarse. *Las niñas tienen que saber cuál es su sitio*, le había susurrado.

Lada levantó la cara hacia el rayo de sol que pugnaba por atravesar las hojas. *Suyo*. Aquel sitio era suyo. Se lo había dado su padre, y Valaquia siempre les pertenecería.

—Hay gente que no quiere que el país sea nuestro. —Radu borró con los pies lo que había escrito en el suelo.

—¿Podemos seguir con...? —empezó a preguntar el preceptor, pero Lada levantó una mano para que se callase.

Se puso en cuclillas y eligió una piedra redonda que se ajustaba perfectamente a la palma de su mano. Equilibrada. Pesada. Giró el cuerpo y lanzó la piedra por los aires. Se oyó un impacto sordo, seguido por un grito agudo de rabia, y después por una carcajada. Bogdan, que había intentado acercarse a ras del suelo, se levantó.

—Esfuézate más, Bogdan. —La mueca de desprecio de Lada se convirtió en una sonrisa—. Ven, siéntate, que Radu está destrozando el latín.

—Radu lo está haciendo muy bien. —El preceptor fulminó con la mirada a Bogdan—. Y a mí no me pagan para educar a ningún hijo de niñera.

Lada clavó en él una mirada fría e imperiosa, con toda la autoridad que le correspondía por su nacimiento.

—Te pagan por hacer lo que te pidan.

El preceptor, muy apegado a su nariz, recta y sin defectos, suspiró, cansado, y reanudó la clase.



—Ahora en húngaro —le ordenó Lada a Bogdan, recorriendo el pasillo con paso firme y seguro.

Tirgoviste tenía la disposición de las grandes ciudades bizantinas: un castillo en el centro, rodeado por las mansiones de los boyardos, luego otro anillo, compuesto por los domicilios de los artesanos y de los comediantes que gozaban de la protección de los boyardos, y por último, ya fuera de las grandes murallas, todos los demás. Dentro de las murallas, las casas estaban pintadas con un abanico deslumbrante de rojos, azules, amarillos y verdes, y se disputaban la atención un derroche de flores y de fuentes susurrantes. En todas partes acechaba, sin embargo, el hedor de los residuos humanos, y las masas de los pobres y de los enfermos parecían acercarse lentamente, pero sin descanso, al recinto interior. Lada era testigo de que hasta había chozas pegadas a la muralla.

Lada y Radu tenían prohibido pasearse por el borde exterior de Tirgoviste. Siempre que salían de la ciudad, eran llevados por las calles a tal velocidad que a duras penas atisbaban algunas casas destartadas, y algunos ojos hundidos y llenos de recelo.

Por mucho empeño que pusiera el castillo donde vivían en parangonarse en esplendor con Constantinopla, no lo conseguía. Era oscuro y estrecho, con paredes gruesas, ventanas angostas y pasillos laberínticos. La hechura del castillo demostraba hasta qué punto eran mentira los estanques, los jardines y la ropa de colores vivos. Tirgoviste no era Bizancio. Ni siquiera Bizancio era ya Bizancio. Como todas las tierras tan cercanas al Imperio otomano, Valaquia

se había convertido en lugar de paso de otros ejércitos más poderosos, un camino machacado una y otra vez por pies cubiertos de armaduras.

Puso una mano en la muralla, para sentir el frío del que nunca se desprendían del todo los sillares. El castillo era al mismo tiempo el objetivo y la trampa. Dentro de él nunca se había sentido a salvo; y el brusco tono y la tensa actitud de su padre le indicaban que él también se sentía constantemente amenazado. Ella anhelaba vivir en otro sitio, en el campo, en las montañas, en algún lugar bien resguardado desde donde se pudiera ver al enemigo a varios kilómetros de distancia. Algún sitio donde su padre pudiera relajarse y tener tiempo para hablar con ella.

Pasaron dos jenízaros. Eran soldados de élite otomanos, traídos de otros países como impuesto, y formados desde su niñez para servir al sultán, así como a su dios. Las largas alas blancas de sus sombreros de bronce subían y bajaban al compás de unas risas y una conversación completamente relajadas. El padre de Lada insistía en que el castillo era un símbolo de poder, pero se resistía a ver el auténtico simbolismo de Tirgoviste: no les confería poder a ellos, sino a otros sobre ellos. Allí eran prisioneros, cautivos de las exigencias de las poderosas familias boyardas. Y lo peor de todo era que, si bien el Papa había ungido como cruzado al padre de Lada, seguían siendo un estado vasallo del Imperio otomano. Vlad pagaba el privilegio del trono sacrificando dinero, vidas y su propio honor al sultán otomano, Murad.

Bogdan siguió contándole lo que había hecho durante el día en el idioma de sus vecinos del oeste, los húngaros. Lada, que de vez en cuando corregía su pronunciación, penetró en la sala principal. Dentro estaban los dos jenízaros, ociosamente apoyados en una pared. Solo les dedicó una mirada pasajera. Eran como una piedra en su zapatilla, una constante irritación.

Bulgaria y Serbia tenían acuerdos similares con el sultán: pagaban al

Imperio otomano con dinero y niños a cambio de estabilidad, a diferencia de Hungría y Transilvania, que se resistían al vasallaje por las armas. La tensión fronteriza requería constantemente la atención de Vlad, que no tenía más remedio que ausentarse durante semanas, y le provocaba dolores de barriga que lo ponían irritable y de mal humor.

Lada *odiaba* a los otomanos.

Uno de los jenízaros levantó una de sus pobladas cejas. Pese a su aspecto búlgaro, o serbio, hablaba en turco.

—Es fea, la niña. Suerte tendrá el príncipe si le encuentra un partido. O eso, o un convento no muy exigente.

Lada siguió caminando como si no hubiera oído nada. Quien se paró fue Bogdan, encrespado. Dándose cuenta de que los entendían, el soldado se acercó con interés.

—¿Habláis turco?

Lada asió a Bogdan de la mano y contestó con una pronunciación perfecta.

—Para dar órdenes a los perros del castillo hay que aprender turco.

—Pues con ellos deberías estar muy a gusto, perra. —Rio el soldado.

Lada sacó su cuchillo antes de que se diera cuenta ninguno de los dos soldados. Como era demasiado baja para llegar al cuello del jenízaro, se contentó con un tajo salvaje en el brazo. Él soltó un grito de dolor y sorpresa, mientras retrocedía y buscaba su espada.

Lada le hizo un gesto a Bogdan, que se lanzó hacia las piernas del soldado y le hizo tropezar. Ahora que el jenízaro estaba en el suelo, su cuello era un blanco fácil. Lada le puso el cuchillo debajo de la barbilla. Después miró al otro. Era un hombre, o más bien un muchacho, pálido y delgado, con unos ojos marrones y sagaces. Ya tenía una mano en la espada, de hoja larga y curva, como las que se estilaban entre los otomanos.

—Hay que ser tonto para atacar a la hija del príncipe en su propia morada. Dos soldados contra una niña indefensa. —Lada le enseñó los dientes—. Muy malo para los tratados.

El jenízaro delgado apartó la mano de la espada y retrocedió con una sonrisa perfectamente a juego con el arma. Luego hizo una reverencia con el brazo en señal de respeto.

Bogdan se levantó como un resorte, temblando de rabia. Lada sacudió la cabeza, mirándolo. Había hecho mal en implicarlo. Ella tenía intuición para el poder: los finos hilos que conectaban entre sí a todos los miembros de su entorno, cómo estirarlos, tensarlos y rodear a alguien con ellos hasta cortar el riego sanguíneo...

O hasta que se partían.

Lada tenía muy pocos hilos a su disposición, y los quería todos. Bogdan casi no tenía ninguno, y si alguno tenía era solo en virtud de ser varón. La gente ya lo respetaba más que a su madre, la niñera. A Lada le daba dolor de mandíbula la facilidad con que saludaba la vida a Bogdan.

Hundió un poco el cuchillo, pinchando otra vez al soldado en el suelo, por si acaso, pero no tan fuerte como para perforar la piel. Después se incorporó y se alisó el vestido por delante.

—Sois esclavos —dijo—. A mí no podéis hacerme daño.

Los ojos del jenízaro delgado miraron pensativos por encima del hombro de Lada, donde estaba Bogdan. Lada se llevó a su amigo de la sala, tomándolo del brazo.

—Deberíamos contárselo a tu padre. —Bogdan estaba indignado.

—¡No!

—¿Por qué? ¡Tiene que saber que te han faltado al respeto!

—¡No se merecen ni que les prestemos atención! Son menos que el barro. Y

a nadie se le ocurre enfadarse con el barro por que se le haya pegado al zapato. Te lo quitas y no vuelves a mirarlo.

—Tu padre debería saberlo.

Lada frunció el entrecejo. No tenía miedo de que la castigaran por sus actos. Lo que temía era que su padre se enterase de cómo la veían los jenízaros, y se diera cuenta de que tenían razón. De que era una niña. De que, mientras no se casara, valía tan poco como los perros del castillo. *Tenía* que ser más lista, sí; sorprenderlo y agradarle sin cesar. Le daba pánico la idea de dejar de divertirse, y de que ese mismo día su padre se acordase de que una hija no le servía de nada.

—¿Nos castigarán?

La cara de Bogdan, que a Lada le era tan familiar y querida como su propio rostro, se contrajo de preocupación. Estaba creciendo como un pimpollo en primavera. Ya era mucho más alto. Lada lo recordaba siempre a su lado, hasta donde tenía uso de memoria. Le pertenecía, como compañero de juegos, confidente y hermano, si no de sangre, sí de espíritu. Como marido. Todo lo que tenía Radu de débil lo tenía Bogdan de fuerte y persistente. Le estiró una de sus grandes orejas, que sobresalían de la cabeza como las asas de un botijo, y a las que daba más valor que a cualquier objeto suntuario del castillo.

—Los jenízaros solo tienen el poder que decidamos nosotros que tengan.

Lo dijo para tranquilizarlo, aunque sin dejar de pensar en la espada curva que colgaba sobre el trono de su padre. Un regalo del sultán. Una promesa, y también una amenaza, como casi todo en Tirgoviste.



El día siguiente, Lada se despertó tarde, con el sueño pegado a los ojos y el cerebro embotado por las pesadillas. Al otro lado de la puerta de su dormitorio se oía un ruido extraño, una mezcla de hipo y de gemido. Se

levantó, hecha una furia, e irrumpió en la habitación que conectaba la suya con la de Radu. Era donde dormía la niñera.

Se la encontró encogida sobre sí misma, meciéndose con los brazos apretados contra el cuerpo. Era ella la que hacía el ruido. También estaba Radu, dándole palmadas en la espalda con la mirada perdida.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Lada, sintiendo crecer el pánico en su pecho como un puñado de abejas.

—Bogdan. —Radu hizo un gesto de impotencia con las manos—. Se lo han llevado los jenizaros.

Ahora las abejas ya eran un enjambre. Lada salió corriendo de la habitación para ir al estudio de su padre, a quien encontró inclinado sobre varios mapas y libros de cuentas.

—¡Padre! —Lo dijo desesperada y sin aliento. Pequeña. En solo una palabra se desbarataron todos sus esfuerzos por obligar a su padre a no verla como una niña, pero no pudo evitarlo. Él la ayudaría. Él lo arreglaría—. ¡Los jenizaros han secuestrado a Bogdan!

Su padre levantó la vista, a la vez que dejaba la pluma y se limpiaba los dedos con un pañuelo blanco que, manchado de negro, aterrizó, inútil ya, en el suelo. Respondió con calma.

—Me han dicho los jenizaros que han tenido problemas con uno de los *perros* del castillo. Ha herido a un soldado. Nos han pedido que les proporcionemos un sustituto que haya aprendido turco. No es poca suerte para el hijo de una niñera, ¿verdad?

Lada notó que le temblaba el labio inferior. La emoción que sentía cuando la miraba su padre, aquel orgullo frenético y desesperado, se echó a perder de golpe. Él sabía muy bien lo que significaba Bogdan para ella, y aun sabiéndolo había permitido que los jenizaros le arrebatasen a su amigo del alma.

Le daba igual. La estaba estudiando, pendiente de su reacción.

Lada apretó las manos temblorosas, convertidas en puños, y asintió con la cabeza.

—Procura que a partir de ahora los perros se porten bien.

Los ojos de su padre, atravesándola, soltaron las abejas, y la dejaron vacía por dentro, llena de ecos. Lada hizo una reverencia, salió muy rígida y se derrumbó contra la pared, apretándose los ojos con los puños para que no salieran lágrimas.

Era culpa suya. Podría haber pasado de largo, sin decirles nada a los jenízaros. Era lo que habría hecho Radu. Pero ella no, ella tenía que desafiarlos, tenía que burlarse de ellos; y uno de los dos —el delgado— había intuido, solo con mirarla, la mejor forma de hacerle daño.

Se le partieron todos los hilos, que se enroscaron en su corazón y lo estrujaron. Era culpa suya, pero su padre la había traicionado. Podría haber dicho que no. Debería haber dicho que no. Debería haberlo impedido, demostrando a los jenízaros que era él quien mandaba en Valaquia.

Había optado por no hacerlo.

Lada no se podía quitar de la cabeza la imagen del pañuelo, sucio y arrojado al suelo, olvidado desde que ya no estaba prístino. Su padre era un derrochador. Su padre era débil.

Bogdan merecía algo mejor.

Ella merecía algo mejor.

Y Valaquia merecía algo mejor.

Regresó mentalmente a la montaña, a la cumbre donde recordó cómo la había abrazado el sol. A diferencia de su padre, ella nunca se desentendería de su país. Ella lo protegería.

Amenazó con brotar un pequeño sollozo. ¿Qué podía hacer? No tenía poder.

Todavía, se juró. No tenía poder... todavía.



Radu siempre había odiado a Bogdan. Odiaba que le arrebatase el tiempo y la atención de Lada, y que le estirase el pelo, o la oreja, o se burlara al verlo llorando por haberse hecho un rasguño en la rodilla.

Pero lo que más odiaba era que, fuera de esas ocasiones, Bogdan lo ignorase.

Ahora le robaba a su niñera, dejando una cáscara vacía. La culpa de su desaparición la tenía él mismo. Hasta al marcharse lo estropeaba todo.

Las habitaciones de Radu eran como un túmulo asfixiante en honor de Bogdan. La niñera lloraba en su silla, con la cesta de costura a su lado, sin usarla, pero aún era peor lo de Lada: normalmente, cuando algo no se ajustaba a sus deseos, se convertía en un torrente de ira, un vendaval que lo dejaba todo patas arriba, antes de escampar tan bruscamente como había estallado.

En cambio, la pérdida de Bogdan la había dejado silenciosa, tranquila, con la mirada fija. A Radu le daba un miedo atroz.

Se acurrucó en un rincón del establo, un sitio oscuro y húmedo donde solo lo encontrarían si lo buscaban. Y a Radu nunca lo buscaba nadie. Le subió una araña por la mano. La dejó suavemente en una viga de madera, donde no corriera peligro.

Entraron dos altivos jenízaros en el establo, llevando cada uno su caballo,

agitado y cubierto de sudor. Con los ojos entornados, Radu observó la eficacia con la que secaban, abrevaban y alimentaban a sus monturas.

Mircea, siempre que volvía de montar, bajaba de un salto, le arrojaba las riendas a un criado y se marchaba. Otra cosa que hacía con sus caballos era fustigarlos, hasta el punto de que sus preferidos se reconocían por unos surcos tremendos en los flancos. Una vez en que no había ningún mozo en la cuadra, y Radu estaba observando, Mircea se había limitado a desmontar e irse. Había dejado al animal con un largo tajo en una pata, que aún sangraba.

A Radu le habría gustado odiar a todos los jenízaros, por lealtad a Lada, pero le gustaba cómo cuidaban a sus animales. También le gustaban sus sombreros tan graciosos, y que siempre tuviesen compañía. Un jenízaro solo era algo nunca visto.

—¿Te has fijado en el nuevo animal? —preguntó uno de los dos, de espaldas a Radu. Los dos hablaban en voz baja y relajados.

El otro, joven, con la cara picada de viruela y los ojos oscuros, sacudió la cabeza.

—Es muy tímido. Yo diría que vale mucho, pero aún no he visto a nadie que lo llevara a cabalgar. Lástima.

—¿Ah, te refieres al pálido? ¿Al de los ojos grandes y el pelo rizado, que se esconde en un rincón?

Radu tuvo miedo. Sabían que estaba en el establo. ¿Qué le harían?

—¡Exacto! Se le ve muy triste. Si se hiciera amigo de algunos de los otros animales, quizá... —El jenízaro se puso derecho y giró la cabeza, sonriendo con mirada amable hacia donde se escondía Radu—. ¿Quieres ayudarnos con los caballos?

Radu no se movió.

—Este de aquí es muy manso, mira. —El jenízaro juntó su cabeza con la del

caballo, que le resopló en la cara. Los dos soldados se rieron—. Ven, que conocerás a tu compañero de establo.

Radu se acercó de mala gana, arrimándose a las puertas de los compartimentos, y lanzando miradas hacia la salida.

El jenízaro le tendió un cepillo de cerdas rígidas.

—Venga, a ver si eres útil. Para llegar a las partes más bajas tenemos que agacharnos mucho. Ayúdanos a cuidar nuestras espaldas, que bastante nos duelen ya.

A Radu le pesaba mucho el cepillo. Lo acercó al caballo, vacilando y casi sin tocarlo. Había recibido clases de montar, pero siempre era Mircea quien las supervisaba, lo cual significaba que Lada se ponía salvaje y competitiva, y que a Radu no paraban de gritarle. Aún tenía en la nuca una señal de un golpe de fusta que le había dado su hermano, con la excusa de que era para el caballo.

El jenízaro de la mirada amable le puso una mano en el hombro y le enseñó a cepillar con la presión correcta.

—Por lo que veo, no eres mozo de cuadra.

Radu sacudió la cabeza sin levantar la vista.

—¡Ah, ya sé quién es nuestro animalillo! —El jenízaro picado de viruela mostró una dentadura llena de huecos al sonreír—. ¿A todos los principitos los tienen en los establos? ¡Qué costumbres más raras hay en Valaquia! Me imagino que te gustará la avena.

Radu se dio cuenta de que se burlaba de él, pero le pareció una burla amable, una broma inocente, así que se atrevió a sonreír.

—Prefiero los pasteles.

Los dos jenízaros se rieron, y uno le dio una palmada en el hombro; una simple palmada, no un golpe disimulado, como los de Mircea.

Radu colaboró en las demás tareas de los soldados, y les hizo algunas preguntas, aunque lo que más hizo fue escuchar. Al terminar quedaron en que se verían al día siguiente en el mismo sitio, pero más temprano, para ayudar a ejercitar a los caballos. Radu volvió a sus aposentos prácticamente dando saltos, sin aliento, exaltado de felicidad. Por suerte no vio a Lada en ningún sitio. La niñera estaba donde siempre. Radu se subió a su silla y se acurrucó contra ella, poniéndola una mano en la nuca. Ella suspiró sin mirarlo.

—¿Sabías que en la sociedad otomana los jenízaros tienen mucho prestigio?
—dijo Radu, con el mismo cuidado que había tenido al dejar la araña.

La niñera frunció el ceño, y por primera vez en varios días lo miró.

—Les dan educación y formación, y hasta les pagan. Los admira todo el mundo. El otro día hablé con uno que me dijo que su madre lo entregó a los jenízaros para que no se deslomara el resto de la vida arando entre las piedras. Dijo... —Radu hizo una pausa, y se le suavizó la voz—. Dijo que estaba agradecido. Que era lo mejor que podía haberle pasado. Siempre tiene bastante de comer, y un montón de amigos, y nunca le falta el dinero. Dijo que de la otra manera no habría llegado a ser tan listo y fuerte; que reza cada día por gratitud y amor hacia su madre.

En realidad, el jenízaro no había dicho nada de eso, pero la niñera apretó la mano de Radu con tanta fuerza que le hizo daño, y él no se apartó. Ella asintió, secándose los ojos.

—Sé buen niño y pásame la cesta de costura.

Radu se puso cómodo, y vio que las manos de su niñera temblaban menos con cada puntada.



Radu arrastraba un palo por el camino de piedras de detrás del castillo, el que llevaba a los establos, respirando un aire denso y cargado de humedad. Iba

contento, tarareando una canción que se vio bruscamente interrumpida por un golpe en la nuca.

—¿A dónde vas? —le preguntó Mircea.

Radu no contestó. Con Mircea, la mejor táctica era el silencio.

El siguiente en aparecer fue su padre. Radu se encogió aún más. Llevaba sin hablar con su padre... ni sabía cuánto. Los ojos negros del príncipe pasaron de largo, como si no existiese. Luego parpadeó, y finalmente enfocó la mirada en el menor de sus dos hijos varones.

—Radu.

Su tono tuvo cierto aire interrogante, como si le costase recordar su nombre.

Tras él llegó un grupo de boyardos, casi todos de la familia Danesti, sus eternos y enconados rivales. Con ellos iba Andrei, huidizo y retraído, como estaba desde hacía un tiempo. Iban vestidos para montar. Al ver a Radu se pararon y se lo quedaron mirando.

Radu habría preferido que fueran mujeres. Con las mujeres se encontraba más a gusto. Los hombres eran duros y severos, y no se dejaban conmover por una sonrisa rápida y brillante. Lada habría sabido qué hacer. Habría arrugado el ceño y levantado la barbilla, retándolos a todos a pensar que eran mejores que ella. Radu se irguió, fingiendo ser su hermana.

—¿Sabe montar, el niño? —preguntó uno de los boyardos Danesti de edad más avanzada, con tono aburrido, pero no exento de cierta provocación.

—Pues claro que sabe. —Su padre contempló a Radu con dureza.

Radu se apresuró a seguirlos, temiendo no estar invitado y recibir por ello algún castigo, pero temiendo aún más lo que sucedería si esperaban que viniese y no lo hacía.

Sus amigos jenízaros lo esperaban al fondo del establo. A Lazar, el de risa fácil y huecos en la dentadura, le bastó una mirada a la expresión de temor de

Radu para hacerse una idea de la situación. El niño había estado montando casi cada día con ellos, y gracias a sus bromas y consejos ya se mostraba cómodo, e incluso diestro, a lomos de un caballo. También les había hablado mucho, tal vez demasiado, sobre su familia. Cuando sacaron los caballos preparados para el grupo, Radu bajó la cabeza. El hecho de que no hubiera uno para él dejó muy claro a todos que no estaba pensado que participase. Ni en eso ni en nada, la verdad fuera dicha.

Mientras el niño, lleno de una vergüenza que amenazaba con derramarse por sus ojos, veía montar a su padre, Lazar carraspeó.

—Vuestro caballo.

Tendió las riendas con un gesto respetuoso de la cabeza, como si Radu fuera algo más que un niño olvidado.

Al tomarlas en sus manos, Radu sonrió, pero enseguida cerró la boca e imitó la formalidad distante de Lazar.

—Gracias.

Tras subirse lo más ágilmente que pudo a la silla de montar, espoleó al caballo con el objetivo de ponerse a la altura de Mircea, asiéndose con fuerza a las tiras de cuero para que no le temblasen los dedos. El grupo fue hacia el bosque, sin dispersarse al cruzar un campo abierto.

Su padre se giró, y al verlo, como si lo sorprendiese de nuevo su existencia, se dio cuenta de lo bien que montaba. A Radu se le hinchó el pecho de orgullo por estar con su padre y su hermano mayor al frente de un grupo de jinetes boyardos. Era donde le correspondía estar. Levantó un poco más la barbilla y buscó la mirada de su padre, previendo que sonreiría.

—No me hagas pasar vergüenza —dijo el príncipe de forma inexpresiva, y se adelantó sin mirarlo ni una vez más.

A Radu se le desinfló el pecho de golpe. Todo su orgullo, toda su esperanza,

se depositaron agrios en su estómago. El resto del paseo consistió en abrirse camino trabajosamente entre árboles donde zumbaban los insectos. Dejó que su caballo se quedara rezagado, y acabó cerca del final del grupo, con los boyardos menos importantes, que rezongaban y chismorreaban como si estuvieran solos.

Sintió dos veces en la cara el escozor del golpe de una rama, pero no gritó, ni rompió la formación. Atento a las conversaciones que lo rodeaban, se fijó en que algunas de las quejas se cebaban particularmente en el cabeza del grupo.

No hizo pasar vergüenza a nadie. Se mantuvo inadvertido, invisible.

Por lo visto, era al mismo tiempo lo mínimo y lo máximo que podía hacer por su padre.



En el castillo, Lada no podía respirar. Una miasma de temor y angustia lo cubría todo. La gente se juntaba a murmurar en rincones oscuros. Su padre organizaba un sinfín de banquetes para tratar de apaciguar a los boyardos, cada vez menos disimulados en su hostilidad. Por donde fuera Lada, la seguían las miradas. Bogdan había sido una especie de escudo, siempre a su lado, y obediente. Por si no fuera bastante difícil perderlo, también había perdido el amor y la adoración que siempre había albergado hacia su padre.

Ahora se daba cuenta de lo poco que le importaba Valaquia en realidad al príncipe. Cuanto hacía Vlad lo hacía por sí mismo, para proteger a toda costa su poder personal. Hasta entonces, Lada se había imaginado que el amor de su padre la revestía de una especie de armadura, pero ahora que ya no la llevaba, se sentía desnuda y vulnerable. Cada día pendía de un hilo, y cada sonrisa, cada relación con los demás, era un peligro. Podía bastar un solo movimiento en falso para que también ella acabara en el suelo. Aún gozaba del favor de su padre y sospechaba que él, a su manera, todavía le tenía un afecto sincero, pero su amor era igual de despreciable, igual de endeble que cualquiera de sus interminables sartas de falsas promesas políticas.

En verano cumpliría trece años. Era la edad a la que se había casado su madre.

Ahora siempre tenía un regusto de sangre y hierro, que le sabía a derrota. Una noche, yendo hacia la cocina, un boyardo chocó con ella en el pasillo y no se molestó ni en disculparse. La hizo sentirse pequeña y sin importancia.

Y así *era*, pequeña y sin importancia.

Al llegar a los jardines de detrás del patio del castillo, metió la cabeza en una fuente y se enjuagó la boca para limpiársela de todo. Le llamaron la atención unos gritos ahogados. Era un sonido que conocía muy bien, porque solía ser ella la causante. Embargada por un sentimiento feroz de posesión, echó a correr por el jardín en pos de Radu y su agresor.

Mircea sujetaba a su hermano por el cuello, empujándolo sobre las espinas inflexibles de un espeso rosal. Mircea era fuerte y grueso como su padre, pero aún no le había salido toda la barba. A veces Lada lo pillaba mirándose en un estanque y estirándose el fino bigote como si pudiera hacer que creciera más deprisa aquel símbolo de su rango.

—¿Qué oíste? —preguntaba Mircea con voz sibilante, sin saber que lo observaban.

Radu gritó, mientras su hermano le empujaba con más fuerza la cabeza.

—Nada, nada —insistió.

Lada desenvainó sin hacer ruido el cuchillo que llevaba siempre debajo de la faja, y se lo escondió en la espalda.

—Ah, estás aquí. —Frunció el ceño—. Pregunta padre por ti.

Mircea se giró, todo afabilidad, como si no acabaran de pillarlo torturando al hermano de los dos.

—¿Ah, sí?

—Por algo de los boyardos. —Lada levantó su mano libre para hacer un gesto de desinterés. Era una buena mentira. Siempre había que ocuparse de *algo* relativo a los boyardos. Arrancó una rosa y se la acercó la cara. Odiaba

el olor de las rosas, de una dulzura demasiado frágil. Ella quería un jardín de coníferas. Un jardín de piedras. Un jardín de espadas. Dirigió a Mircea una sonrisa cómplice—. Parecía enfadado.

—Como siempre. —Mircea también sonrió.

—Quizá le apriete demasiado el sombrero.

—O le vayan pequeños los pantalones.

—Quizá —dijo Lada, advirtiendo que Mircea ya no empujaba con tanta fuerza el cuello de Radu, el cual tuvo la sensatez de no moverse— sea demasiado pequeño lo que tiene *dentro* de los pantalones.

Soltando a Radu, Mircea echó la cabeza hacia atrás y se rio a carcajadas. Después le dio a Lada una palmada en el hombro, y se lo apretó con demasiada fuerza.

—Ten cuidado, hermana, que tienes la boca sucia.

Tras propinar un duro puntapié al trasero de Radu, se marchó corriendo hacia el castillo. Mircea era malo hasta la médula. Lada lo había visto torturar a los perros del castillo por pura diversión, y hacer daño sin motivo. Ella no lo entendía. ¿De qué servía hacer algo sin motivo? Mircea no le inspiraba ni una pizca de afecto. Miedo, en cambio, sí, bastante.

—Vamos.

Sacó a su hermano del arbusto. Radu se enganchó las mangas en las zarzas, y se las desgarró con las espinas. A juzgar por sus gritos, también se le clavaron en la piel. Lada se lo llevó del jardín, al otro lado de la verja, a un establo abandonado donde el único peligro era un olor irrespirable de heno podrido. Si alguna vez había sobrado algún caballo, se había vendido para subsanar las deudas desbocadas de su padre. La mayor parte del establo principal estaba ocupado por caballos jenízaros y boyardos, caballos de sus deudores.

—Si Mircea encuentra a nuestro padre, sabrá que le he dicho una mentira.

Lada se sentó en el suelo, sobre su falda arrugada. Radu se sonó la nariz con la manga.

—¿Por qué me has ayudado?

—¿Por qué necesitas siempre que te ayuden? —Exasperada, Lada le mandó sentarse a su lado y le examinó la cara. Eran cortes superficiales, sin gravedad. Le sacó unas cuantas espinas de los brazos, sin detenerse al oír sus gemidos. Con su hermano menor nunca era amable ni tierna, pero todo lo que hacía era por su bien. Era demasiado delicado para un mundo así, y cuanto antes cambiase, más fácil sería su vida—. ¿Por qué estaba tan enfadado Mircea?

—Por nada. —Él cambió de postura, apartando la cara.

Lada lo agarró por la barbilla y lo obligó a mirarla. En ese momento cayó un rayo de luz en las orejas de Radu, y Lada sintió como un dolor en la barriga la pérdida de Bogdan, y su soledad. Pasó un brazo por la espalda de su hermano, suspirando, y lo arrimó a ella. ¿Lo expulsaría también su padre? ¿Dejaría que lo matase Mircea, el mayor, el favorito?

Hacía frío, en aquel día pálido de primavera. El pelo mojado la hizo tiritar.

—Mantente lejos de Mircea —dijo—. Es más malo que el halcón de nuestro padre, y mucho más tonto.

—Y mucho más feo. —Radu lanzó un risita.

—Y con muchas más posibilidades de tener pulgas.

Estuvieron un momento sin decirse nada, respirando juntos.

—Estaba escondido detrás de las cortinas —dijo finalmente Radu—. Oí que hablaba con un boyardo de la familia Danesti.

Durante los quince años anteriores al ascenso de su padre al trono se habían alternado tres príncipes de dos linajes, el de los Basarab, que ahora estaba fuera de la contienda por falta de herederos de la edad adecuada, y el de los

Danesti. La familia Danesti no estaba contenta con los usurpadores Draculesti: primero Alexandru, el tío de Lada y de Radu, y ahora su padre. Y la historia demostraba claramente lo inestable que era la dignidad de príncipe en Valaquia.

—¿Por qué estaba hablando con los Danesti?

Radu se retorció un poco. Lada se dio cuenta de que le apretaba tanto el hombro que le hacía daño, así que lo soltó.

—Se habla de una coalición boyarda —dijo él—. Pronunciaron el nombre de Hunyadi.

Lada sintió un hormigueo en la piel. Hunyadi era el cabecilla militar de Transilvania y Hungría, los dos países con los que lindaba Valaquia al oeste, y cuyas fronteras estaban en perpetua fluctuación. Si su padre había jurado luchar contra los otomanos, Hunyadi lo había *hecho de verdad*, y había vencido varias veces al sultán.

Lada nunca sabía qué pensar de Hunyadi. Intuía que era un peligro para el poder de su padre, pero al mismo tiempo, inevitablemente, comprendía que era como debería haber sido Vlad. Siempre que podía, escuchaba las conversaciones, robaba las cartas y mapas anotados de su padre y estudiaba las estrategias de Hunyadi. Era fascinante. En el momento menos esperado luchaba como un perro rabioso, y luego desaparecía, hasta que transcurrido un tiempo hostigaba de nuevo al enemigo. Pese a la inferioridad de sus fuerzas, solía derrotar a los otomanos.

Era aliado de los Draculesti, pero también un peligro, y no veía con buenos ojos el doble juego del padre de Lada y Radu.

—Creía que los boyardos estaban a favor de nuestra relación con los otomanos. Animaron a padre a pedirles ayuda.

—La mayoría de los boyardos están descontentos. Han comprobado el éxito

de las campañas de Hunyadi contra el sultán, y ahora quieren aliarse con él. Se está hablando de unos esponsales.

Lada se puso tensa.

—¿De quién? —preguntó, sabiendo la respuesta.

—De Matthias, el hijo de Hunyadi.

Un dolor agudo debajo de sus uñas la alertó de que estaba rascando con tal fuerza la madera podrida del suelo que se le clavaban astillas en la palma. Iban a casarla para dar ventaja a otra persona. Y cuando se deshiciera la alianza, como se deshacían todas, la echarían a un lado. La dejarían abandonada en un convento, aislada del mundo.

Una imagen de su madre, de quien apenas se acordaba desde que los había abandonado, se arrastró por su mente. Le produjo repulsa su recuerdo. Una mujer impotente, quebrantada. Una alianza rota la había dejado prisionera en casa ajena, y en país ajeno.

Al cerrar el puño alrededor de las astillas, se le llenó la palma de sangre, que cubrió la cicatriz del pacto con Bogdan. Para ella no habría una boda como aquella. Ningún otro hombre accedería a dejar que ella mandase.

—Yo *nunca* me casaré.

Radu le abrió la mano e intentó sacar algunas de las astillas. Lada se lo permitió. Su hermano era mucho más suave con sus heridas que ella con las de él.

—¿Y tú, cómo sabes tantas cosas?

Lo miró, sorprendida. Siempre había supuesto que se pasaba el día soñando despierto. Sus grandes y plácidos ojos parecían siempre ausentes, como si no se diera cuenta de lo que decían delante de él. Obsesionada con las tácticas, y con Hunyadi, Lada había ignorado sistemáticamente las intrigas de los boyardos, y ahora se daba cuenta de su error.

—La gente se olvida de que escucho, pero siempre escucho.

—Deberíamos contarle a padre los planes de Mircea.

Radu se quedó muy quieto, sin levantar la cabeza. Lada no veía su expresión, pero la adivinó: estaba aterrorizado.

—Se enfadará. Y Mircea me matará. Me da miedo morir.

—En algún momento se muere todo el mundo. Además, no pienso dejar que te mate Mircea. Si te mata alguien seré yo, ¿estamos?

Radu asintió, apoyado en el hombro de su hermana.

—¿Me protegerás?

—Hasta el día en que te mate.

Le clavó un dedo en las costillas, donde más cosquillas tenía. Radu se rio de dolor, mirándola de una manera que Lada reconoció: la misma avidez desesperada con que había mirado ella a su padre. Radu la quería, y deseaba ser correspondido. Por primera vez desde la aparición en su mundo de aquel niño apacible, guapo e inútil, le vio algún interés. Tal vez incluso alguna utilidad. Pero sobre todo, en ausencia de Bogdan, volvió a sentir que alguien le pertenecía.



Los cortes que el ataque de Mircea en el jardín había dejado en la cara y los brazos de Radu ya eran solo finas líneas rojas. A su niñera le había dicho una mentira: que había tropezado y se había caído en unas zarzas. Nunca servía de nada acusar a Mircea.

Pero esta vez... quizá esta vez sirviera. Lada le había pedido que hablara con su padre. Podía hacerlo.

Y lo haría.

Siguió paseándose por las habitaciones que ocupaban él y su hermana. La información de la que disponía sobre la conspiración entre Mircea y los boyardos perjudicaría a todos sus enemigos, empezando por el propio Mircea. Con qué placer asistiría a su caída en desgracia... Y dado que los principales agresores que movían los hilos de la coalición eran los miembros de la familia Danesti, cualquier castigo u ostracismo que sufriesen perjudicaría a Andrei y Aron.

Ahora Andrei y Aron lo evitaban, por supuesto, como a casi todo el mundo; tras su delito —falso—, y su castigo —real—, ya eran unos parias en la corte, pero Radu seguía temiendo que algún día averiguasen su culpabilidad. Había hecho que su niñera se encargara de enviar al niño que lo había ayudado a una familia de Transilvania, para evitar que revelase el engaño; y aunque se

engañase, diciéndose que era lo mejor para Emil, sabía muy bien que se había movido por puro egoísmo.

Más allá de cualquier otro motivo, sin embargo —de las ganas de perjudicar a Mircea, y de castigar a los Danesti—, estaba lo siguiente: si Radu revelaba heroicamente la conspiración, su padre por fin lo vería. Sabría que era inteligente y valioso. Y Lada se enorgullecería de él.

En ese momento entró ella en sus aposentos y lo fulminó con la mirada.

—Siéntate, que me mareas.

Radu no se sentó. Estaba demasiado emocionado.

—Voy a contarle a padre lo de Mircea y la coalición boyarda. ¡Qué orgulloso estará de mí!

—¡Lo que estará es furioso!

—¡Pero no conmigo!

—¿Qué te imaginas?, ¿que te dará las gracias? ¿Que te dará un abrazo cariñoso, entusiasmado con la noticia de que su propio hijo conspira contra él? Eres tonto.

A Radu se le estaban escapando sus cautas esperanzas. Sacudió la cabeza.

—¡Se alegrará de saberlo! ¡Me lo agradecerá!

—No siempre podemos predecir la reacción de nuestro padre.

Lada miró hacia el rincón donde estaba la cesta de costura, debajo de la silla. Antes la niñera siempre remendaba los calcetines de Bogdan, y lo regañaba por gastarlos tan deprisa. Ahora ya no tenía ese trabajo.

—Estás celosa. Quieres que padre te vea solo a ti. —Radu quedó desolado al comprender la verdad.

—Lo que no quiero es que me vea ofreciéndole una conspiración que pretende quitarle aún más poder. Por mí, puedes hacerlo tú. —Su hermana se rio con amargura.

Salió de la habitación echando pestes.



El mismo día, Radu la encontró en la estrecha pasarela amurallada que rodeaba la torre.

—¿Se lo has explicado? —preguntó Lada sin mirarlo.

Él no contestó.

—Cobarde. —Aun así, su hermana se movió para hacerle sitio—. Ya se nos ocurrirá alguna manera de que se sepa la verdad sin que acabes mezclado en el embrollo. No te conviene llamar la atención de nuestro padre como participante en algo así.

—¿Pero cómo?

—Necesitamos tiempo. Tenemos información, lo cual significa que tenemos poder. Se nos tiene que ocurrir al...

Se quedó callada, mirando a lo lejos con ojos penetrantes.

Por la calle principal se aproximaba un hombre rodeado de soldados. Cuando estuvo más cerca, Radu vio que sonreía y hacía un gesto amistoso con la mano en alto. Muy distinto era lo que hacían presagiar sus hombres, adustos y curtidos. Los últimos del grupo llevaban astas de bandera de las que colgaban flácidas varias insignias que Radu no reconoció.

—¿Quién es?

—Hunyadi —dijo Lada, pronunciándolo como una maldición.

Lo vieron llegar desde la torre. Radu sabía que en principio debería haber odiado a Hunyadi, pero en realidad, se sintió impresionado. Pese a entrar en el reino de otro hombre, provocaba sonrisas y reverencias entre las gentes con quienes se cruzaba. Cuando el padre de Radu iba a caballo, lo hacía encorvado e inclinado hacia delante. Radu no sabía si para llegar más deprisa o para presentar un blanco de menor tamaño. Hunyadi, en cambio, montaba

muy erguido, con los hombros hacia atrás, ofreciendo el pecho al mundo en abierto desafío a las flechas de los asesinos.

—Demasiado tarde —dijo Lada—. Ahora tu información no vale nada.

Radu sintió que le pesaban los párpados de vergüenza. Nunca había conseguido serle útil a su padre, y ahora, por culpa de su cobardía y de su dilación, volvía a fallarle.

Lada se giró hacia la puerta.

—Bueno, más vale que veamos qué desastres trae consigo el terror de Transilvania.

Con las prisas por dar alcance a su hermana, que se lanzó escaleras abajo para llegar a la gran sala antes que Hunyadi, Radu tropezó consigo mismo. Lada se quedó en la entrada. Él continuó hacia un rincón oscuro donde se instalaba con frecuencia sin ser visto. Ella le clavó el codo en las costillas. Radu le dejó sitio.

A los pocos minutos irrumpió su padre, con el sombrero ladeado y el bigote rizado tan recientemente que Radu aún notó el olor del aceite. Se sentó en el suntuoso trono, jadeando y arreglándose el sombrero. Sudaba.

En ese instante, Radu supo que su padre había perdido el control de Valaquia. Si lo había tenido alguna vez. Cuando entró Juan Hunyadi con aplomo en la sala, Radu aún sentía en la lengua el punzante sabor del aceite perfumado de su padre.

—Es espléndido —susurró.

—Es nuestro fin —respondió Lada.



Cuando su padre lo sacó de la cama, Radu tuvo la certeza de que estaba soñando. Se vistió en una especie de limbo, a la luz de las velas, sin asimilar las nerviosas palabras del príncipe. Supo que era un sueño porque su padre

nunca había entrado en su dormitorio, ni le había ayudado a vestirse, ni le había preguntado si estaría bastante abrigado. A sus doce años, Radu ya era bastante mayor para vestirse solo. Aun así, se dejó ayudar por su padre. No pensaba arruinar el sueño, al menos voluntariamente.

Solo una vez fuera, rodeados por el aire frío de la noche, cuando llegó Mircea con caballos, el pánico empezó a apoderarse de Radu. Los subieron a él y Lada a sus sillas de montar, aunque supieran hacerlo por sí solos. Cerca esperaban varios jenízaros, cuyos caballos expulsaban suaves nubes blancas con su aliento.

—¿A dónde vamos? —susurró.

Nadie le había pedido que estuviera callado, pero el ambiente era furtivo, de peligro, y no quiso perturbarlo.

No hubo respuesta.

Los caballos se pusieron en marcha. En medio de la comitiva, flanqueada por jenízaros, había un carro lleno de víveres. Al mirar por encima del hombro, Radu vio a Mircea de pie con una antorcha. Estaba viendo cómo se marchaban. Él se quedaba, y sonreía.

Se estremeció. Hasta entonces no había tenido miedo, pero tras ver la expresión victoriosa de Mircea sí lo tuvo. Si algo alegraba tanto a su hermano mayor, no podía ser bueno.

Su inquietud, finalmente, se acalló, y empezó a dormir a ratos en la silla de montar. Se despertó de golpe varias veces, a punto de caerse. Una de ellas lo retuvo una mano, y descubrió que Lazar le sujetaba las riendas del caballo, a la vez que las del suyo. Tranquilizado, se arrebujó en su capa y se dejó llevar por el arrullo de los cascos y el susurro del cuero.



Acamparon cuando ya hacía un buen rato que había salido el sol. Era un grupo

pequeño: varios jenízaros, unos pocos criados, un carretero para los víveres, Lada y su padre.

Radu se frotó el cuello entumecido, y dio un respingo al darse cuenta de que su niñera no iba con ellos.

—¡Lada! —Estiró la manga de su hermana, interrumpiendo sus feroces esfuerzos por hacerse una trenza—. ¡Se han olvidado a la niñera!

—No viene. —Los ojos rojos de Lada, tensos por el agotamiento, clavaron en él una mirada asesina. Después observó con suspicacia el campamento, atenta al ir y venir de los soldados.

Radu tragó saliva a la fuerza, porque se le había formado un nudo doloroso en la garganta. Nunca había estado un solo día sin su niñera. ¿Con su padre y sin ella? Tuvo la misma sensación que en el hielo, cuando había notado que cedía, amenazando con sumirlo en un horror helado.

—¿Pero cuánto tiempo vamos a estar fuera?

Lada se acercó a Lazar con un par de zancadas y le arrancó de los brazos el hato con sus pertenencias.

—Esto es *mío* —le espetó—. No toques nunca mis cosas.

Dio media vuelta y se marchó hacia la tienda de su padre.

Lazar hizo una reverencia exagerada, y después un guiño a Radu.

—Tu hermana es un encanto.

La boca de Radu dibujó una sonrisa por primera vez en todo el día.

—Tendrías que verla cuando ha dormido bastante.

—¿Es más simpática?

—Uy, no, mucho peor.

La risa de Lazar le levantó el ánimo. Después el jenízaro le hizo señas de que lo siguiera. Radu ayudó a sus compañeros a descargar sus pertenencias y montar un campamento espartano y eficaz.



Viajaron así durante tantos días, que a Radu se le olvidó llevar la cuenta. Al principio le preocupaba lo que pudiera pensar su padre sobre sus actividades, pero Vlad nunca hablaba con él, ni con Lada. Iba siempre envuelto en sus preocupaciones, ostensibles en su frente, y más ceñidas que su propia capa. Hablaba en voz baja, practicando algún discurso, y si se acercaba alguien demasiado, lo ahuyentaba por señas.

Gracias a ello, Radu podía cabalgar libremente junto a los jenízaros. Le encantaban sus constantes bromas, sus anécdotas exageradas y su manera de montar, tranquila y natural, como si no estuvieran huyendo de algo —como sospechaba Radu, aunque no se lo dijera nadie—, sino embarcados en alguna aventura.

—Tu hermana monta como un hombre —le dijo un día uno de los soldados (un búlgaro callado, con una cicatriz antigua en la barbilla) mientras cruzaban un rocoso valle.

Radu se encogió de hombros.

—Intentaron enseñarle a montar como las señoras, pero se negó.

—Pues yo podría enseñarle a montar como una señora —dijo el búlgaro, aunque no exactamente con el mismo tono.

Algunos de los otros jenízaros se rieron. Radu, incómodo, cambió de postura, seguro de que se le había pasado algo por alto, pero sin saber muy bien qué.

—Demasiado joven —dijo despectivamente Lazar.

—Demasiado fea —añadió otro soldado.

Radu puso mala cara, pero no supo ver quién lo había dicho. Miró a su hermana, que iba sola en su caballo, erguida y orgullosa.

—Os ganaría a todos. —Los soldados se rieron. Radu frunció el ceño—. Lo digo en serio. A todos.

—Pero si es una *niña* —contestó el búlgaro como si quedara zanjada la cuestión.

—*Shhh*. —Lazar sacudió la cabeza—. Me parece que no se lo ha dicho nadie, y tampoco es cuestión de que se entere por nosotros.

Sonrió a Radu, haciéndolo partícipe del chiste. Radu sonrió, aunque con menos naturalidad que de costumbre cuando sonreía a los jenízaros.



A partir de entonces cabalgó más a menudo junto a Lada. Ella fingió no darse cuenta, pero con Radu a su lado no ponía los hombros tan rígidos. Se le iban las manos con frecuencia hacia una pequeña bolsa de cuero que llevaba al cuello, metida por debajo de la ropa. Radu tenía curiosidad por saber qué contenía, pero no cometió la imprudencia de preguntárselo.

Cruzaban Bulgaria en dirección al sur, por valles y terrenos escarpados, evitando a propósito cualquier ciudad. Radu había recabado bastante información para saber que su destino era la capital otomana de Edirne. Cuanto más se acercaban, más se retiraba su padre a las profundidades de su capa. No hablaba salvo en caso de necesidad, y por la noche, alrededor de la fogata, lanzaba hoscas miradas de preocupación a Lada y Radu.

—Voy a enviarlos de vuelta —dijo tras varias noches de viaje—. No quiero que estén conmigo. Nos hacen ir más despacio, y el niño es demasiado débil para un viaje tan largo. Siempre ha sido delicado.

Radu no entendió a quién se refería hasta que todos los jenízaros se giraron hacia él y Lada. ¿Qué habían hecho mal? Él había disimulado su añoranza, y la tristeza de no estar con su niñera. Estaba seguro de que nadie lo había visto llorar en voz baja las primeras dos noches. Había cabalgado sin quejarse, había ayudado a montar y levantar el campamento y lo había hecho todo bien.

Esperó que Lada protestase por el rechazo de su padre, pero no dijo nada, ni

apartó la vista del fuego. En cuanto a su padre, los únicos a quienes no miraba eran ellos dos, y en la oscuridad su rostro era inescrutable.

Lazar puso una mano en el hombro de Radu.

—Radu lo está haciendo muy bien. Monta como un soldado veterano. Además, no podemos prescindir de nadie para que los acompañe. La hospitalidad del sultán no tiene parangón. No os aconsejo que privéis a vuestros hijos de la oportunidad de conocer su generosidad.

El padre de Radu aspiró por la nariz, apartó la cara y fijó la vista en el cielo nocturno.

—Está bien. De todos modos, da lo mismo.

Se retiró a su tienda, y en todo el resto del viaje no habló con ellos ni una sola vez, ni los miró. Radu intentó preguntar a Lada por qué, pero ella también estaba muy callada, como absorta.

Finalmente llegaron a la cima de un monte, y vieron Edirne extendida a sus pies. El corazón de Radu se llenó de gozo y de asombro. Los edificios eran de piedra blanca, y los tejados rojos. La ciudad estaba recorrida por calles bordeadas de árboles, de un verde primaveral, que llevaban a un edificio con una torre tan alta que a Radu le sorprendió que no arañase el azul del cielo. Cubrían el edificio varias cúpulas. También había otra torre más baja, que dio la bienvenida a la comitiva.

Cerca había otro edificio grande e imponente, con franjas alternas de ladrillo rojo y piedra blanca, pero Radu no podía apartar la vista de las torres que con tanta confianza se elevaban hacia el cielo.

Habían llegado.



1448: Edirne, Imperio otomano

Vlad seguía al sultán Murad, medio encorvado por tantas reverencias. Lada observaba la escena con un recelo teñido de resignación, mientras Radu se aferraba a ella como un crío, obligándola a desprenderse de su mano porque le estaba arrugando la manga de su mejor vestido. Radu se había tomado el viaje como un juego. Se había hecho amigo de los soldados. Los soldados enemigos. Qué tonto. No venían de viaje. *Venían huyendo*. Tras dejar el trono en las ávidas manos de Mircea.

El mismo Mircea que llevaba tanto tiempo ganándose el favor de los boyardos y de Hunyadi. El mismo Mircea que había prometido mantener el título de príncipe hasta el regreso de su padre.

A Lada no le cabía ninguna duda de que su padre necesitaría un ejército para volver, y no solo para enfrentarse a los boyardos y a Hunyadi.

Durante unas cuantas horas había alimentado el sueño de encontrar en la ciudad a Bogdan, pero sus esperanzas ya se habían disipado. Los habían recibido con aposentos especialmente preparados para ellos, cárceles lujosas, con perfumes y almohadas, de las que llevaban dos días sin poder salir. Vlad había dado tantas vueltas, hablando en voz baja y practicando discursos, que tenía la camisa de seda empapada de sudor. Radu se había quedado mirando

por la ventana, cuyo marco de metal tenía forma de parra. Lada había observado a su padre, con todos los hilos rotos salvo uno: un único hilo con el que esperaba, contra viento y marea, poder rodear al sultán, y su voluble apoyo.

Dio un estirón a la mano de Radu, para que caminara más deprisa y no se quedaran por detrás de los adultos. No era la conducta que esperaba Lada de Vlad Dracul. De su padre. De un dragón. Los dragones no arrastraban la panza por el suelo ante sus enemigos, implorando su ayuda. Los dragones no juraban librar al mundo de infieles y los invitaban luego a sus casas. Los dragones no huían de su tierra en plena noche, como delincuentes.

Los dragones lo quemaban todo a su alrededor, hasta que lo purificase la ceniza.

El grupo se detuvo en un balcón con vistas a una plaza cuyo pavimento, de baldosas intensamente azules y amarillas, formaba volutas intrincadas. Era bonita, Edirne; recargada, y majestuosa, pero con una elegancia que quitaba el aliento. Lada se distrajo imaginándose que la arrasaba.

—Decidido, pues —dijo el sultán, sin mirar a su padre. Sus ojos eran dos puntos oscuros bajo cejas cuidadosamente dibujadas, plateadas por la edad. Iba envuelto en seda, y un enorme turbante se elevaba sobre su cabeza, después de rodearla. Sus dedos, en los que brillaban anillos con gemas engastadas, recorrieron el bigote y bajaron por la barba—. Os mandaré de vuelta con una guardia jenízara y todo el apoyo del trono otomano. A cambio del honor de nuestra protección, pagaréis un tributo anual de diez mil ducados de oro y quinientos futuros jenízaros, y velaréis por nuestros intereses en vuestras fronteras con Hungría y Transilvania.

Cuando su padre se deshizo en reverencias, promesas y muestras de gratitud, Lada dejó de escuchar. El sultán se marchó, dejando los últimos detalles del

acuerdo en manos de uno de sus consejeros, Halil Pachá.

A Lada ya le daba igual. A pesar de su belleza, Edirne era una ciudad extranjera, fría, apoyada en un suelo ajeno e indiferente. Cinco veces al día, junto a su ventana, alguien entonaba un canto en un idioma que desconocía, y cuyas notas, de las que no podía huir, se le clavaban en el alma. Radu estaba encantado de oír aquella voz. Lada se tapaba las orejas.

Por algún sitio se iba a Valaquia, su Valaquia. Aunque la debilidad de su padre le pareciera despreciable, al menos la conduciría de regreso.

Lada vio un grupo de soldados que arrastraba hasta el centro de la plaza a dos hombres atados. Y se fijó que en el suelo había una serie de agujeros, y que las losas que los rodeaban tenían manchas oscuras. Los prisioneros fueron depositados en el suelo, al lado de los orificios. Entró en la plaza un hombre con una larga túnica de color lavanda, y un turbante muy rojo, con una pluma. Lo seguían más soldados, con dos largos estacas de madera afilados.

—*Ah.* —Halil Pachá interrumpió las incesantes alabanzas de Vlad al sultán. Aunque el padre de Lada fuese príncipe, y Halil Pachá el mero equivalente otomano de un noble, parecía ser Halil quien exigía sumisión. Y Vlad se la otorgaba. Indicó el patio con un amplio gesto de la mano—. Aquí está el jardinero mayor.

Lada temió haber cometido un error de traducción. La persona en cuestión no se parecía en nada a un jardinero, ni había tampoco plantas en la plaza vacía.

—Como favor adicional a vuestra persona, la educación de vuestros hijos será supervisada por nuestra corte. —Halil Pachá no apartó su mirada del patio.

Vlad se quedó lívido.

—Sois demasiado generoso. No puedo aceptarlo.

—Será un placer proporcionarles instrucción.

Vlad miró la plaza, donde habían desvestido a los dos prisioneros. Luego su mirada coincidió con la de Lada, interrogante, y abrió mucho los ojos con una expresión que su hija jamás había visto en ellos.

—Pues entonces, solo a Radu —se apresuró a decir—. Lo que le corresponde a ella es un convento. Es demasiado terca para que la instruyan. Además, educar a las mujeres es una pérdida de tiempo.

Normalmente a Lada la habrían indignado esas palabras, pero la expresión de su padre la llenaba de inquietud. El año pasado se había acercado al matadero, atraída por el ruido de los cerdos, y pensando que solo chillaban cuando los mataban, pero no: empezaban a chillar, y a poner los ojos en blanco por el miedo solo con oler la sangre de sus hermanos de camada.

Era la misma expresión que se adivinaba bajo las compuestas facciones de su padre, y que delataban sus ojos, cuyos oscuros iris aparecían rodeados de blanco.

—*Mmm.* —Halil Pachá se acarició su frondosa barba, pensativo—. No nos gustaría nada que vuestras alianzas bascularan hacia el oeste a causa de un infortunado matrimonio. No sería la primera promesa que se os olvidara. Además, la niña habla un turco perfecto. Me he fijado en que entiende todo lo que decimos. Se ha invertido tiempo y atención en educarla. *Un gran esmero.* Nuestro bien más preciado son los hijos, ¿no os parece? El sultán quería a Radu, pero yo he insistido en que los eduquemos a los dos.

Vlad tragó saliva con dificultad, sin apartar la vista de Lada. Finalmente se giró, asintiendo.

—Resuelto, pues —dijo Halil Pachá—. Nos quedaremos a Radu y Ladislava para que estén a salvo mientras vos os acordáis de velar por nuestros intereses desde el trono valaco.

Radu miró a Lada, tratando de hacerse una idea de lo que estaban diciendo. Lada entendía perfectamente las palabras de aquel hombre. Las vidas de ella y Radu solo eran valiosas en la medida en que su padre cumpliera lo que le pedían. Y en vez de quedarse solo con Radu, Halil Pachá había sabido adivinar a qué otorgaba más valor Vlad.

En eso desembocaban tantos años de tratar de ganarse el amor y la aprobación de su padre.

En ser hecha prisionera.

Todos los hilos los tenían los otomanos, y el de Vlad se lo habían pasado por su propio cuello. Lada ya sabía que su matrimonio, y su futuro, eran moneda de cambio, pero nunca se había detenido a pensar que se pudiese negociar con la chispa misma de la vida. Ni que su padre estuviera tan dispuesto a hacerlo.

—¡Ah! Ya están listos. En este momento empieza vuestra educación, pequeños. Ved cómo poda la traición el jardinero.

Vieron que el jardinero mayor hacía un corte a cada uno de los hombres, y que a continuación, con una eficacia nacida de la práctica, introducía las largas estacas de madera. Luego los izaron, y clavaron los maderos en los agujeros del suelo. Lada vio que el propio peso de los prisioneros hacía que bajasen lentamente, clavando cada vez más las estacas, hasta que les salían por la garganta.

No apartó la vista, pero detrás de sus ojos se produjo un cambio que modificó la escena. Tenía que verla de otro modo. No eran hombres de verdad. Carecían de importancia. No era la realidad. Sus gritos la estaban distrayendo. Trataba de pensar. Tenía que concentrarse en sus hilos. Apretando con fuerza la bolsa que llevaba al cuello, siguió mirando a los ajusticiados hasta que se convirtieron en dos formas borrosas. Ya estaba. No eran de

verdad.

Notó que Radu le estrujaba la mano, respirando con dificultad entre sollozos. También vio grabada la angustia en el rostro de su padre. Las solapadas maniobras que hubiera previsto con aquel nuevo pacto quedaban descartadas. Había cometido el nefasto error de querer bastante a sus hijos — o en todo caso a Lada— para que fueran usados contra él.

El amor y la vida. Dos cosas que se podían dar o arrebatarse en un abrir y cerrar de ojos, en aras del poder. Lada no podía evitar su chispa de vida. En cambio el amor...

Soltó la mano de Radu.

Se apartó de él para observar cómo acababa su trabajo el jardinero mayor.



Aunque se lo reprochase amargamente, a Lada le encantaba la comida. Carnes finamente especiadas, con distintas salsas frías, verduras asadas, fruta fresca... Se sentía una traidora al disfrutar cada bocado. Debería haber echado de menos todo lo valaco, y haber odiado todo lo de Edirne.

Pero qué dulce era la fruta... Algo de Eva quizá sí hubiese en su interior, al fin y al cabo.

También la ropa era infinitamente preferible. Consistía en faldas sueltas y camisolas de hilo, con una túnica ligera por encima, que se llamaba *entari*; todo de colores vivos, y suave, mucho menos apretado y restrictivo que la moda de Tirgoviste. Así era más fácil moverse. También respirar.

Y eso que con el aire de los enemigos que la rodeaban, lo lógico habría sido respirar con más dificultad. Lada se rebelaba en todo lo posible: llevar el pelo suelto, no elegantemente envuelto, como se estilaba, no renunciar a su calzado valaco, ni quitarse nunca su preciada bolsita del cuello, a la altura del corazón.

Porque ni la comida ni la ropa podrían sustituir lo que había dejado. Lo que jamás olvidaría.

Metió la mano en un cuenco de dátiles, e hizo todo el ruido que pudo al succionarlos para molestar al preceptor que les estaba enseñando la estructura militar del imperio; un tema odioso, aunque preferible a la religión.

—¿En qué se diferencian los spahis de los jenízaros?

Radu arrugó la frente, intentando procesar la información que estaban recibiendo.

El preceptor parecía aburrido. Era como se mostraba siempre, aburrido o enfadado. Lada tenía la sensación de que era lo único en común entre ella y él.

—Los spahis son ciudadanos del Imperio otomano que forman guarniciones locales. No son soldados regulares. Son llamados a filas solo cuando lo requiere la situación. En las zonas pequeñas obedecen al valí, y en las grandes ciudades al bey, por disposición del sultán. Los jenízaros son una fuerza permanente. Su único papel es ser soldados.

—Esclavos —dijo Lada.

—Reciben formación y un salario, y son los soldados mejor formados del mundo.

—Esclavos —repitió Lada con el mismo tono. Radu, a su lado, se agitó, pero Lada se resistió a mirarlo.

—Los jenízaros pueden protagonizar ascensos meteóricos. Aquí reconocemos y recompensamos la excepcionalidad. Hasta hay jenízaros que llegan a ser beyes. Como Iskander Bey, que...

El profesor dejó la frase a medias y palideció como si tuviera en la boca un mal sabor. Lada, finalmente interesada, se echó un poco hacia delante.

—¿Quién es Iskander Bey?

—He elegido mal mi ejemplo. Se me habían olvidado los últimos sucesos.

Era un favorito del sultán, que lo ascendió a bey y le asignó la ciudad territorial de Kruje, en Albania, su país natal. Desde entonces no ha... colaborado. Es una grave traición, y una grandísima vergüenza.

—O sea, que vuestro sultán lo educó y lo formó, y ahora utiliza ese conocimiento para luchar contra vosotros. Pues me parece un ejemplo perfecto. —Lada se rio.

El profesor se echó hacia atrás, disgustado, y la fulminó con la mirada, mientras Radu, nervioso, jugueteaba con su pluma.

—Sigamos adelante. Repetid los cinco pilares del islam.

—No, es que me gusta mucho el otro tema. Quiero saber más de Iskander Bey.

El profesor sacó una vara de madera y se dio unos golpes amenazadores en la pierna. Lada tenía las manos amoratadas, con manchas amarillas donde no había recibido nuevos golpes, aunque seguro que no tardaría en recibirlos. Se desperezó hacia atrás con languidez.

—Quizá fuera conveniente una visita a las mazmorras —refunfuñó el profesor.

—Quizá.

Desde hacía un tiempo se los llevaba a menudo de visita a cárceles y salas de tortura, así como a asistir a ejecuciones públicas. Parecía que pasasen más tiempo en los pasillos húmedos e irrespirables de las cárceles que en sus propias habitaciones.

Radu estaba siempre enfermo. Tenía los ojos oscuros y hundidos. Apenas podía comer, y sufría constantes pesadillas. Lada no participaba de su reacción. De vez en cuando informaba a sus profesores de que algún método de tortura parecía menos eficaz que otro. Ellos apretaban los dientes, susurrando que no tenía alma.

Pero sí la tenía. Al menos ella estaba casi segura de tenerla, pero el primer día, con el jardinero mayor, había aprendido a ver a la gente como la veía el sultán. Eran objetos. Se podían mover de un lado para otro, alimentar, matar de hambre, sangrar y matar de múltiples maneras, en función del tipo de poder que deseara uno ejercer u obtener. De vez en cuando Lada era asaltada por imágenes, como la de unos ojos que la contemplaban con sobrecogedora claridad desde una cara sucia y destrozada, o la de unos pies demasiado pequeños para ser de adulto que asomaban de algún rincón oscuro; imágenes que la importunaban, descorriendo un poco las cortinas que había echado sobre esa parte de su cerebro.

Pero ella podía desecharlas. Era *necesario* que las desechase, porque si lograba que no le importara lo que le enseñasen, ni cuánto la lastimaran, entonces todos esos hombres, esos ridículos preceptores, aquella obscena corte, solo tendrían una manera de controlarla: matándola. Y de momento no podían. De lo contrario, su preceptor ya le habría echado las manos al cuello tiempo atrás.

—Es hora de seguir adelante en nuestro estudio. Repetid los cinco pilares del islam—ordenó.

Lada bostezó. Respondió por ella Radu, en forma precisa y perfecta. La formación ortodoxa de los dos hermanos había consistido en asistir a ceremonias semanales en la capilla del castillo. A Lada siempre le había parecido insufrible el culto regular, pero un día de la pasada primavera se había sorprendido recordándolo con añoranza.

Su padre tenía por costumbre hacer donativos a iglesias, intentando ganarse el favor de Dios de la misma manera que se granjeaba el de los boyardos y el de los sultanes. A consecuencia de ello, los habían invitado a pasar una semana en un monasterio de una isla del lago Snagow. Ni bien se habían

alejado de la orilla, Lada había tenido una extraña sensación de libertad, de paz. En la isla solo había monjes silenciosos, que intimidaban mucho menos que el patriarca y los sacerdotes, con sus suntuosas vestiduras, su pompa y su tradición. Paseando a solas por toda la costa de la isla, había percibido el agua como una barrera entre ella y la presión de Tirgoviste. Su diminuta habitación, en las entrañas mismas del cenobio, estaba decorada con imágenes de santos y de Cristo, que miraban impasibles desde sus marcos dorados. Ni a Lada le importaban, ni le importaba Lada a ellos. Nunca había dormido tan profundamente.

En Edirne no había paz, ni separación del mundo. Lada, que anhelaba ambas cosas, se veía obligada a aprender una religión como si fuera lo mismo que aprender un idioma o una historia, lo cual la irritaba hasta extremos insufribles. Al menos en el caso de la cristiandad los disuadían de leer la Biblia por su cuenta, ya que su estudio estaba reservado al clero. El único deber de Lada había sido aparentar que escuchaba.

En Edirne se negaba incluso a aparentar. Tras confirmar la respuesta de Radu con un gesto cansado de la cabeza, el preceptor se irguió. Sus ojos habían recuperado el brillo.

Lada fingió no darse cuenta, pero todos sus nervios estaban alertas ante la solución que pudiera haber hallado para su insolencia.

—Ladislava se ha equivocado de respuesta.

El preceptor levantó la mano, cargada de grandes anillos, y le dio una fuerte bofetada a Radu, cuya cabeza sufrió un giro tan brusco que el niño se cayó de la silla con un grito de dolor y desconcierto.

Lada lo iba a matar. Le cortaría la mano por haber pegado a su hermano. Le...

Recuperó la compostura antes de que la mirase el preceptor, que respiraba

profundamente, con los ojos brillantes. Esperando su reacción. Si Lada lo mataba, la ejecutarían, y ya no habría nadie para proteger al tonto y frágil Radu. *Su* tonto y frágil Radu. Por otra parte, si Lada se enfadaba, el preceptor, y todos los demás, sabrían controlarla. Como habían sabido controlar a su padre. Como los jenízaros habían sabido hacerle daño llevándose a Bogdan. Arqueó las cejas sin inmutarse.

—¿Cuáles son los cinco pilares del islam? —preguntó él mientras Radu volvía a su silla, con los ojos llorosos y una expresión estupefacta.

Lada sonrió y sacudió la cabeza. El preceptor volvió a pegar a Radu.

Radu se quedó en el suelo, dando la respuesta casi sin aliento, aunque al tener el labio lastimado, y en proceso de hinchazón, no se le entendía bien. Aun así, Lada no apartó la vista del rostro del preceptor. Su sonrisa era afable. Tenía las manos juntas en el regazo. Tenía el control. El control era poder. Nadie se lo quitaría. Y tarde o temprano el preceptor se daría cuenta de que permitiría que pegase a Radu todas las veces que quisiera.

Solo entonces estaría Radu fuera de peligro.



Radu se apoyó en la puerta de Lada, encogido y sujetándose la palma de la mano, cubierta de verdugones. Había empezado a curársele el labio, pero solo porque desde hacía un tiempo el preceptor se concentraba en sus manos.

¿Cómo podía ser? ¿Cómo podía dejar Lada que lo azotasen por su culpa?

Siempre lo había protegido. Ni siquiera en sus momentos de crueldad había permitido que le hiciesen daño a su hermano. A pesar de todo lo que habían visto desde su llegada a Edirne, Radu nunca había tenido miedo de verdad, ni había caído en la desolación, porque sabía, tenía la *certeza*, de que Lada impediría que le hiciesen nada grave.

Se puso a llorar, aprovechando que nadie lo veía. El labio partido le escoció, por la sal de las lágrimas.

¿Lada lo sabía? ¿Se había dado cuenta de que a su hermano le interesaba el islam? ¿De que le fascinaba hasta el punto de que había empezado a rezar en secreto? Seguro que era la razón. Lada no consentía que le pegasen por ningún otro motivo, pero cuando el preceptor le hacía preguntas acerca del islam, se negaba a contestar, incluso al precio de que le hicieran daño a él.

Radu habría querido decirle que lo sentía, que no seguiría estudiando el islam. *Necesitaba* decírselo, pero... pero quizá hubiera otra posibilidad:

explicarle qué le hacía sentir la religión, en cuyos principios básicos veía muchísima más lógica que en los santos e iconos tan omnipresentes en Tirgoviste. En el fondo, Radu nunca había entendido lo que oía en la iglesia; el latín, tan formal, creaba una barrera entre él y Dios. La religión siempre había estado llena de barreras: entre Dios y Radu se interponía Cristo, y el pecado original, e incluso su propia alma.

Dios siempre le había recordado a su padre, en lo distante, inescrutable y desaprobador. Radu tenía miedo de no poder ganarse nunca con sus actos, fueran cuales fuesen, el amor de un Dios omnipotente e incognoscible.

Al islam le veía mucho más sentido. Le atraía su generosa sencillez. Ahora bien, si Lada quería que lo odiase, lo odiaría. Con tal de recuperar a su protectora, estaba dispuesto a cualquier cosa. Se enjugó los restos de lágrimas, y ocultando su debilidad abrió la puerta de su hermana.

Lada, cubierta solo por una camisa larga, estaba en cuclillas al lado de la chimenea, que a diferencia de las de Tirgoviste, hechas de piedra, estaba enmarcada con baldosas blancas donde se repetía el motivo de una estrella de ocho puntas. El fuego ardía con fuerza, a pesar del calor. Lo estaba alimentando con su camisón. En el suelo, junto a ella, estaban las mantas de su cama, hechas jirones y manchadas de rojo.

—¿Lada? —Radu entró buscando al atacante, y la herida de su hermana—. ¿Qué ha pasado?

Ella se giró, con los ojos desorbitados y llorosos.

—¡Sal! —chilló.

—Pero...

—*¡Que salgas!*

Radu dio media vuelta, como si le hubieran pegado, y se marchó corriendo de las dos habitaciones, la de Lada y la que compartían. No dejó de correr

hasta haberse escapado del vasto laberinto del palacio y empezar a abrirse paso entre el gentío de las calles.

Estaba perdido.

Siguió caminando, aturdido y sin rumbo. Oyó la llamada a la oración. La había oído muchas veces, pero no tan cerca. Finalmente se detuvo, y al alzar la vista vio las torres y los minaretes de una mezquita; pero sentía el corazón como de plomo, más bajo que el suelo, y no pudo seguir las hacia el cielo.

Sintió en el hombro el suave peso de una mano, que le hizo encogerse, asustado.

A su lado había un hombre en cuclillas, para tener los ojos al nivel de los suyos. Llevaba un turbante, blanco y sencillo, y una túnica de buena tela, aunque de corte simple. Al principio abrió mucho los ojos, al ver la expresión derrotada de Radu. Luego los arrugó una afable sonrisa. No podía ser mucho mayor que Mircea, pero llevaba escrita en su rostro una bondad que le otorgaba una apariencia de sabiduría.

—¿Necesitas ayuda?

Radu dijo que sí con la cabeza, luego que no, y otra vez que sí.

—¿Quieres que recemos juntos?

Nunca había rezado. Así no. Se lo había visto hacer al preceptor, pero solía apartar la vista, porque se le hacía raro mirarlo, como si fuera una intromisión. De lo que sí tenía ganas, desde que estaban en Edirne, era de entrar en una mezquita.

—No sé rezar —contestó con la cara muy roja, mirando al suelo.

—Pondremos al fondo las alfombras, y luego tú me miras.

El hombre lo llevó por la escalera. Al otro lado había una fuente de agua clara. Se paró a lavarse las manos con unos movimientos peculiares. Después sonrió y señaló con la cabeza las de Radu, que se esmeró en imitar sus gestos,

cohibido.

Al terminar, el hombre se bajó una alfombra de la espalda. Radu tuvo pánico, porque él no llevaba ninguna, pero el hombre le ofreció la suya y fue a buscar una de las del montón que había al fondo, todas muy gastadas. Radu, que seguía sin levantar la vista, lo siguió a una sala enorme donde varios hombres habían empezado a disponerse en hileras, con la tranquilidad y la eficacia de quien lo ha hecho muchas veces.

El hombre lo llevó a una esquina y le hizo señas de que dejara la alfombra en el suelo. Copiando su postura, Radu se puso de rodillas. Estaba nervioso, y se arrepentía de su decisión de haber entrado. Era un grupo de hombres de todas las edades, y con todo tipo de ropa, desde la de mejor calidad a la más gastada y llena de remiendos, pero todos estaban a gusto y en su sitio. Seguro que se daban cuenta de que Radu no tenía derecho a estar allí dentro. Hasta podía ser que le pegasen.

Empezó la oración.

Radu se quedó pasmado al ver que todos cerraban los ojos y ejecutaban los mismos movimientos, rezando juntos con los cuerpos y las voces en completo unísono.

Nunca había visto nada tan hermoso.

Por una vez no tuvo ganas de observar, sino de participar. Siguiendo los movimientos de su amigo con el rabillo del ojo, se sumó a la oración, y al poco tiempo se perdió en su ritmo, en la paz de convertirse en una parte pequeña de un todo, en unas palabras que entendía solo a medias, pero que le hacían vibrar y elevaban su alma, desgastada y maltrecha.

Cuando acabaron de rezar, miró hacia arriba, muy arriba, a la alta bóveda donde se entrelazaban estrellas de muchas puntas, que arrastraron su mirada siempre más al fondo, hasta dejarla en libertad dentro del minarete abierto. En

el cielo.

—¿Estás bien?

Se sobresaltó y miró a su amigo, pasándose una mano por los ojos. Luego sonrió.

—Sí, gracias.

El hombre le tendió la mano y lo ayudó a levantarse. Tras devolver la alfombra prestada, salieron juntos a la calle.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Radu Dragwlya.

—Yo Kumal Valí. Ven a comer conmigo, se te ve necesitado de conversación.

Kumal condujo a Radu por las calles hasta un barrio de casas de piedra, altas y estrechas, bastante cercanas al palacio para ser importantes, pero no tanto como para formar parte del recinto palaciego. Radu comprendió que Valí no era un nombre, sino un título. Se trataba, obviamente, de alguien de valor, que podía ser incluso amigo del sultán.

Les abrió la puerta un criado que se hizo cargo entre reverencias de la alfombra de Kumal.

—Hoy come con nosotros mi amigo Radu —dijo Kumal.

Siguieron al criado hasta una habitación del fondo de la casa, con ventanales de cristal que daban a un jardín modesto pero bien cuidado. También había una mesa baja, rodeada de cojines. Kumal se sentó e hizo señas a Radu de que se acomodase.

Sentado ante la mesa, enfrente de Kumal, que era un desconocido, de repente Radu temió haber tomado una pésima decisión. Nadie sabía dónde estaba. Y lo peor de todo era que tenía prohibido salir del palacio. Kumal, por su parte, tenía un cargo oficial. ¿Castigarían a Radu? ¿Lo matarían?

Kumal partió un trozo de pan plano caliente y se lo pasó. Después se puso a hablar, sin levantar la vista.

—Me gustaría saber quién te ha hecho daño, y si puedo ayudarte de alguna manera.

Radu sacudió la cabeza, levantándose.

—Tengo que irme.

—Quédate, por favor. Si no puedes hablar de lo que te ha pasado, cambiemos de tema. ¿Te ha gustado la oración?

Radu tomó otra vez asiento, lentamente, y cerró los ojos para intentar revivir lo que había sentido.

—Ha sido... maravilloso.

—Sí, a mí también me lo parece. Siempre es una alegría estar en la ciudad y unirte en oración a tantos de mis hermanos.

—¿No vives aquí?

—No, tengo una propiedad en el campo. Mis obligaciones no me permiten pasar mucho tiempo en Edirne. De hecho, vuelvo esta noche.

Radu se quedó mohíno. Aunque no tuviera derecho a esperar más de Kumal, ahora los breves momentos de esperanza que había vivido en su presencia le parecían una burla cruel.

—Tú no eres otomano.

Sacudió la cabeza.

—No, soy de Valaquia.

Kumal frunció el ceño, pensativo.

—Pero no jenízaro.

—Mi padre es Vlad Dracul, voivoda de Valaquia, que nos ha dejado aquí, a mi hermana y a mí, para que... nos eduquen.

Kumal puso cara de entenderlo, pero en vez de rabia, o mofa, como se

temía, Radu vio solo compasión.

—Ah, ya. Pues no parece que te hayan educado muy amablemente.

Se llevó una mano a la cara, cohibido. Kumal se la cogió, se la apretó y después la soltó, para que Radu lo mirase.

—Por favor, no juzgues mi país por la crueldad de unos pocos. Aunque exista un Dios, y un Profeta, la paz sea con él, no se relacionan todos igual. Hay varios niveles de fe y de observancia, como en todos los aspectos de la vida. Lo cual no impide que puedas elegir.

—A mí no me parece que tenga demasiada elección.

Kumal asintió con la cabeza.

—Quizá lo veas así, pero siempre hay elección. La de buscar consuelo y alegría en Dios. La de ser valiente y compasivo. Y la de buscar la belleza y la felicidad en todas sus manifestaciones. —Sonrió—. Aunque creo que ya lo sabes. Espero que te sirva de asidero en los años que vendrán, porque tienes mucho que ofrecer al mundo, Radu.

Apareció una chica y se sentó sobre un cojín, enfrente de Radu. Tenía los ojos brillantes, y su boca, de labios carnosos, era un círculo perfecto. La ropa que llevaba no desmerecía de su belleza. Llevaba el pelo cubierto por un alegre pañuelo amarillo. Tras sonreír tímidamente a Radu, partió un trozo de pan.

—¿Ya te está sermoneando mi hermano?

Radu sacudió la cabeza, mirando el plato.

—No.

—Mejor, porque le encantan los sermones. Me llamo Nazira.

Kumal le puso una mano en el hombro.

—Nazira es mi hermana pequeña.

—Y preferida.

—Y preferida.

Kumal se echó a reír. En ese momento reapareció el criado, que sirvió un asado de ave con verduras y una salsa fresca. Kumal le prometió a Radu que después de comer lo acompañaría hasta el palacio. Después se pusieron a contar anécdotas, él y su hermana, envolviendo a Radu con sus risas y su pasado en común como si formara parte de ellos con toda naturalidad.

Lo lógico habría sido que en comparación con tanta calidez entre los hermanos Radu se hubiera sentido frío, pero lo que hizo fue robar un poco y guardárselo para los días venideros, sabiendo que lo necesitaría.



Lada no sabía cuánto tiempo podría seguir robando sábanas sin ser descubierta. Radu ya se había quejado de que solo le quedara una manta en su cama. Lada había tenido que sentarse con la espalda contra la puerta para no ser sorprendida mientras dividía la sábana de su hermano en trozos de un tamaño manejable, que cortasen el flujo.

En su cuarto apenas se podía respirar. El olor a tela quemada había persistido todo el mes, y ahora acababa de reaparecer la sangre.

Había sido un alivio que su niñera le dijese que no tendría que preocuparse por el matrimonio hasta que empezaran los sangrados mensuales. Al menos hasta la mañana en que Lada se había despertado cubierta de sangre, y en casa del enemigo. Ahora le daba pánico ser descubierta. A la servidumbre la ahuyentaba de la puerta de su cuarto con ataques de gritos, o incluso con los puños, en caso de necesidad. No podía enterarse nadie.

Aunque tarde o temprano se enterarían. La puerta de las pequeñas habitaciones adyacentes donde dormían Radu y ella no tenía cerrojo.

Aun así, seguía sin llorar.

Radu creía que su llanto era un secreto, pero Lada lo oía cada noche por la delgada pared que se interponía entre los dos. A veces lo odiaba por llorar; otras, lo odiaba por no poder hacerlo juntos.

Las únicas veces en que Radu parecía contento era cuando se escapaba a rezar, una costumbre que a Lada le daba mucha rabia, y que le reprochaba sin piedad, hasta que, en vista de que sus enfados caían en saco roto, se resignó a un silencio huraño. Quizá ignorarlo fuese la manera de que no siguiera haciéndolo.

Los días eran una desolada e indistinta sucesión de clases y más clases. Hoy estaban viendo colgar a un salteador de caminos mediante un gran gancho metálico introducido entre las costillas. *¿Sabíais —oyó decir Lada mentalmente al preceptor— que en el estado otomano hay muy pocos delitos? Nuestros caminos y casas son más seguros que los de países insignificantes y minúsculos como el vuestro. Nuestro pueblo ama a su sultán.*

Lada debería haber reconocido que en Tirgoviste y las poblaciones de sus alrededores se cometían muchos delitos, pero lo que hizo fue observar que tal vez la devoción de los otomanos se debiera a que llevaban demasiado apretado el turbante, y les estrangulaba el cerebro.

Concluido el largo y agónico proceso de quitarle la vida al salteador, se llevaron su cadáver para exhibirlo en la carretera, con un cartel que proclamara sus delitos. A Lada le dolían los pies. Estaba cansada de lecciones. No le quedaba nada que aprender. El sultán lo controlaba todo. Indisponerse con él era perder la vida. Más que por amor, la gente obedecía porque los castigos eran rápidos, severos y de un carácter extremadamente público. Era una justicia eficaz, y hasta admirable. Al sultán no lo amedrentaba nadie. Tampoco tenía que intrigar, ni que prestarse a los caprichos de quienes estaban por debajo de él, como tan a menudo había hecho el padre de Lada.

Viendo que Radu parecía a punto de volver a vomitar, en cuanto les dieron permiso lo arrastró por los pasillos hasta que salieron a la calle. Ya había

explorado el recinto palaciego hasta donde se lo tenían permitido. Pasaron junto a la mezquita, cuyos minaretes subían en espiral como si pretendieran perforar el cielo. Ojalá. Ojalá *pudieran* agujerearlo, y hacer que sobre toda la ciudad lloviese la ira de Dios. Entonces verían cuál de sus dioses existía de verdad.

O tal vez no. Ya no estaba en Valaquia. Ni el dios con que la habían criado se encontraba presente aquí, en Edirne. Quizá el fuego la consumiese a ella, fruto de las iras del dios otomano.

Pasaron al lado de un muro alto, que rodeaba un frondoso jardín, y sobre el que colgaban ramas verdes y pesadas, como una invitación. Lada vio una higuera, cuyos frutos casi podía tocar, y su estómago empezó a quejarse. Era el Ramadán. Radu y ella tenían que ayunar. Siempre que podía, robaba comida y la escondía, pero la mayoría de los días pasaba hambre desde el amanecer hasta el crepúsculo. En la esquina que formaba el muro al juntarse con un pequeño edificio había una extensa y vieja vid. La usó para subirse a la pared.

—Tenemos que volver —protestó Radu, mirando a su alrededor.

Se frotó las costillas, nervioso. Seguro que se estaba imaginando que un gancho desgarraba sus músculos y sus entrañas. Desde que estaban en Edirne, había perdido peso, y no solo por ayunar. Se le marcaban mucho los pómulos, haciendo que sus ojos parecieran aún más grandes.

—Vale, pues quédate aquí esperando. Solo.

Se dio tanta prisa en seguirla, que estuvo a punto de hacerla caer de la tapia. Subieron a una rama y bajaron por el árbol hasta poder saltar al suelo.

Olía raro. El aroma de las plantas era demasiado intenso, con el toque dulzón de alguna flor que no acababa de oler como debía. Frente a ellos se erguía la mezquita, vigilante, pero los sinuosos senderos bordeados de árboles y setos asilvestrados por los que se paseaba Lada creaban la atmósfera de un

jardín secreto. Cogió varios higos y le ofreció uno a Radu. Ante su negativa, se lo tiró a la cabeza.

Mientras mordía el suyo, deslizó los dedos por las hojas rasposas y enceradas de un arbusto sin podar, fingiendo que estaba en Valaquia.

Fue Radu el primero que lo oyó.

—Escucha —dijo en voz baja—. Hay alguien que llora.

—Y no eres tú. Me extraña.

Después de mirarla con mala cara, se alejó resueltamente. Lada fue tras él, haciendo ruidos sibilantes. Aunque le diese tanto miedo lo prohibido, su hermano era un tonto, y los pillarían por su culpa. Ella giró por una esquina, y agarró a Radu por el chaleco, la frenó la visión de un niño, de unos doce o trece años, que lloraba acurrucado al borde de un estanque.

—¿Te has hecho daño? —preguntó Radu.

El niño levantó la cabeza. Tenía las pestañas tan tupidas que no dejaban pasar las lágrimas, y las manos cubiertas de marcas violáceas, con muy mal aspecto. También le habían castigado en la cara. Se le estaba formando un morado en la mejilla.

Radu se quitó el chaleco y lo mojó en el estanque. Luego aplicó la tela mojada a las manos del niño, suavemente, para que le dolieran menos. Lada nunca le había dejado hacérselo. Evidentemente, tampoco se lo había hecho ella a él.

El niño, muy erguido, los observaba desde el otro lado de su larga y recta nariz, apretando de dolor unos labios carnosos.

—Mi preceptor —dijo—. Mi padre le ha dado permiso para pegarme por mi desobediencia.

Radu se mojó la mano y se la puso en la mejilla. El niño reaccionó con sorpresa. Luego se quedó mirando a Lada con una imperiosa expectación,

como si también la invitase a dispensarle sus curas. Ella se cruzó de brazos, y lo observó desde el otro lado de su nariz aguileña.

—Si eres demasiado débil para aguantar que te peguen, y demasiado tonto para evitarlo, es que te mereces más dolor.

Al niño se le dilató de rabia la nariz.

—¿Tú quién eres?

Lada se apoyó en un árbol, cogió otro higo y le pegó un mordisco, el más grande y menos limpio que pudo.

—Soy Lada Dragwlya, la hija de Valaquia.

—Deberías ayunar.

Escupió en los pies del niño una mezcla de piel y pulpa, y después le dio al higo otro mordisco. Él se quedó ceñudo y pensativo.

—Por lo que acabas de hacer podría mandar que te matasen.

Radu tembló, y empezó a inclinarse.

—Levántate, Radu. —Lada lo estiró por la camisa—. Este niño es tonto. Si hasta los preceptores tienen permiso para pegarle, dudo que el jardinero mayor esté a sus órdenes. Lo más probable es que sea otro prisionero mimado, como nosotros.

Aquel muchacho no le inspiraba la menor compasión. Le recordaba lo que era ella, joven e impotente, cosa que la enfadaba.

Él se levantó, dando patadas en el suelo.

—No soy ningún esclavo. ¡Esta ciudad es mía!

Lada resopló por la nariz.

—Y yo soy la reina de Bizancio. —Dio media vuelta, llevándose a Radu.

—¡Volveremos a vernos! —exclamó el niño a sus espaldas. No era una pregunta, sino una orden.

—Pues yo haré cenizas tu ciudad —le contestó Lada por encima del hombro.

La única respuesta fue una carcajada de sorpresa. Lada se quedó atónita al sentir que sus labios reaccionaban con su primera sonrisa en varias semanas.



Lada restregaba con rabia el camisón, para limpiar la sangre. Al mismo tiempo, maldecía a su madre por haberla hecho niña. Maldijo a su padre por dejarla en Edirne. Y maldijo su propio cuerpo por dejarla en una situación tan vulnerable. Tan ocupada estaba en maldecir, que no oyó que se abría la puerta.

—Ah —dijo la doncella, una chica frágil, con la vivacidad de un pájaro.

Lada levantó la vista, horrorizada. Tenía en las manos el testimonio de que ya era mujer. El color rojo era una prueba irrefutable. La habían pillado. Se vio a sí misma arrastrándose entre lágrimas. Eso era estar casada. Eso hacían las casadas.

Y ahora esa criada, esa espía, sabía que ya tenía edad para casarse.

Se echó sobre ella con un grito y le dio un puñetazo en la cabeza. La criada se tiró al suelo y empezó a chillar, mientras se protegía de los golpes. Lada no paró. Siguió dando puñetazos, patadas y mordiscos, sin dejar de proferir palabras malsonantes en cualquier idioma en que pudiera hacerlo.

Sintió que tiraban de ella unos brazos, entre las súplicas desesperadas de una voz conocida, pero no paró. No podía. Era el final de su último jirón de libertad, y todo por culpa de una criada entrometida.

Al final tuvieron que reducirla dos guardias de palacio. El miedo con que la miraba Radu era el de un pequeño animal de presa que se asoma a la boca de su madriguera porque algo lo ha sobresaltado. Lada no contestó a sus preguntas. Daba igual. Ya daba todo igual.



Como se esperaba que la castigasen, se quedó de piedra cuando la invitaron a merendar con unas mujeres. Un hombre calvo, estrecho de hombros, la

acompañó a una parte del palacio donde nunca había estado.

Entró en una sala elegante, donde ya había dos mujeres. Una era joven, pocos años mayor que ella, tal vez. Llevaba el pelo recogido con un vistoso pañuelo de color azul, y un velo que le tapaba la parte inferior de la cara. Sus grandes ojos proyectaban una intensa sonrisa.

Viendo que corría a su encuentro, Lada se encogió, pero la desconocida solo la tomó de las manos y se las estrechó.

—Debes de ser Ladislava. Pobrecita. Ven, siéntate. Yo soy Halima, y esta Mara —dijo en turco.

Lada se dejó llevar hacia los cojines que rodeaban una mesa, mientras se fijaba en la otra mujer, erguida, con corsé y un vestido estructurado que contrastaba con las holgadas sedas de Halima. Tenía el pelo castaño oscuro, con un rizado artificioso al estilo de las cortes serbias.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó Lada con el tono más brusco que le permitió su desconcierto.

—Porque nadie más sabía qué hacer contigo. —El tono de Mara era frío, y su mirada penetrante—. Al descubrir por qué le habías dado una paliza a la pobre chica, los hombres no han querido saber más del tema. Se nos ha pedido que hablemos contigo sobre tus problemas de mujer.

—¿No entendías qué sucedía? —Los ojos de Halima, inclinada hacia delante, chispeaban de conmiseración—. ¡Qué miedo has debido de pasar! ¡Si hasta yo, que ya estaba avisada del sangrado mensual, estuve a punto de desmayarme cuando vi la sangre! Y aquí, tan sola, con tu hermano... Tienes que reunirte con nosotros y dejar que te instruyamos y te ayudemos. —Dio una palmada de alegría—. ¡Será divertido!

Lada se mantuvo igual de rígida, sin apartarse de la mesa.

—No quiero nada de lo que podáis ofrecerme.

—¡Pero seguro que tendrás preguntas! No temas. A nosotras no nos da vergüenza. Por algo estamos casadas.

—Es justamente lo que intento evitar que me pase —murmuró Lada.

—Pues eso es que eres tonta —respondió Mara.

—¡Pero Mara, no seas tan dura! Piensa que ella no lo entiende. ¡Estar casada es una maravilla! Con lo atento que es Murad... Encima nos cuidan como nunca nos habríamos imaginado.

El tono de Halima no delataba nada furtivo ni secreto. Sus palabras eran igual de sinceras que sus ojos, grandes y necios.

—¿Estás casada con Murad? —preguntó Lada, como si el nombre del sultán le dejara mal sabor.

—Lo estamos las dos. —Halima sonrió efusivamente.

Lada miró a Mara, horrorizada. Si la sonrisa de Halima era una brillante primavera, la de Mara fue un crudo invierno.

—Sí. Las dos somos mujeres tuyas, entre otras esposas, y muchas concubinas.

—Eso es una abominación. —Lada hizo una mueca de asco.

—Si mal no recuerdo —dijo Mara—, tu padre tiene otro hijo varón, de una amante.

Lara no contestó, pero lo confirmó su expresión. Del otro Vlad nunca hablaban, pero ella conocía su existencia.

Halima empezó a gesticular como si pudiera arrancar los pensamientos de la mente de Lada y darles otras formas más amables.

—Aquí se hace así. A los hombres se les permite tener más de una esposa, a condición de que puedan mantenerlas. Y es tradicional que el sultán tenga un harén. A todas nos quieren y nos cuidan. ¡Es un privilegio muy grande estar casada!

Mara bebió un poco de té, en la taza más fina que Lada hubiera visto jamás. Su siguiente intervención fue en húngaro.

—Halima es idiota.

—¿Qué? —Halima ladeó la cabeza.

—Es una niña. Se imagina que es la princesa de un cuento. Para una chica así, ser elegida como esposa por Murad era la máxima aspiración posible. Nunca sé si estrangularla o hacer todo lo que esté en mi mano para que no salga de su resplandeciente fantasía —siguió hablando Mara.

—¿Y tú? —Lada respondió en húngaro, intrigada por la franqueza de Mara.

—Yo estoy aquí por lo mismo que tú. Me casaron con Murad para sellar una tregua con mi padre, y con Serbia. Mientras esté yo aquí, Serbia será libre.

—Pero si Serbia no es libre. —Lada hizo un ruido de burla.

—¿Qué te crees tú que es la libertad? —Mara alzó una ceja.

—¡El derecho a gobernarse solos! No plegarse por seguridad a un país extranjero.

—Todos los países se pliegan a otros por seguridad. En eso consisten los tratados y las fronteras.

—¡Pero esto es diferente!

—¿Por qué?

—¡Por ti! ¡No deberían haberte obligado a casarte! Es una injusticia.

Halima tosió deliberadamente, haciendo una mueca.

—¿No podríamos hablar en un idioma que entendamos todas? ¿Para que no se ofenda nadie por ser dejada al margen?

—Mmm. —Mara siguió, sin hacer caso a su coesposa—. ¿Y qué te crees que me habría pasado si me hubiera quedado en Serbia? Pues que me habrían casado con otro a quien tampoco habría elegido. Aunque desprecie a mi marido, y todo este imperio, al menos aquí he conseguido algo. Gracias a su

matrimonio con Murad, Halima está cuidada y protegida. Gracias al mío, es toda Serbia la que está cuidada y protegida. No es justo, no, pero es más importante que la justicia. ¿Tú quieres a Valaquia?

—Sí. —Lada frunció el ceño, consciente de que era una pregunta trampa. Sabía hacia dónde la conduciría, pero se sintió obligada a responder sinceramente.

—Como quiero yo a Serbia. Como exiliada, sirvo a mi país y a mi familia. Todos tenemos que hacer lo que podamos, Ladislava. Mi aportación ha sido esta.

Halima carraspeó primorosamente.

—¿Ya podemos hablar en turco? ¡Se me han ocurrido unos consejos para Ladislava!

Lada capeó como pudo la comida, observando a los dos tipos de esposa que tenía delante. Jamás podría ser como Halima, agradecida e ingenua. ¿Pero podría ser como Mara, y resignarse a un destino que no había elegido para defender a su país?

Halima, insobornable en su jovialidad, hablaba de cosas sin sustancia con una alegría de ensueño, hasta el punto de que Lada casi entendió el sentimiento de protección de Mara. Era todo de una inconsciencia que casi la reconfortaba. Por otra parte, disfrutaba con los comentarios mordaces e incisivos de Mara, dichos a menudo en un idioma que Halima no entendía. Tal vez pidiera volver a reunirse con ellas. Sería agradable poder hablar con alguien más que con Radu y sus odiados preceptores.

—¿... y sabes que una muy buena amiga mía, Emine, entró ella sola en el harén? —Halima se había embarcado en una larga historia—. Menudo escándalo se armó. ¡Abandonó a su familia y se presentó! Tuvieron que aceptarla, claro, porque su familia ya no la quería, y...

—¿Qué? —la interrumpió Lada con perplejidad—. ¿Solo por entrar en el harén?

—¡Sí, claro! Por eso hemos venido a verte aquí. ¡Si entras en el edificio del harén, técnicamente pasas a ser propiedad del sultán! No hay más remedio. Es para proteger la estirpe.

La expresión de horror de Lada le arrancó una sonrisa taciturna a Mara, que al acabar de comer se limpió la boca con pulcritud y volvió a hablar en húngaro.

—Te irá bien nuestra compañía. Toma como ejemplo a esta idiota tan guapa. Cuanto antes dejes de luchar, más fácil será tu vida. Para eso estás hecha.

—No. —Lada se levantó tan bruscamente que casi se cayó hacia atrás. Dio media vuelta y huyó de la mirada intensa y cómplice de Mara, aunque siguió sintiendo su peso en los hombros mucho tiempo.



Era un hombre muy gordo.

De alrededor de su nariz partía una red de venas pequeñas y moradas que se extendía por el resto de la cara. Tenía los ojos acuosos, la mandíbula débil y unos anillos demasiado estrechos que le comprimían los dedos.

Temblaba de vejez, enfermedad o nervios. De lo que temblaba Lada era de rabia.

Radu rezó en silencio a cualquier dios que estuviera a la escucha para que su hermana no los condenara a los dos a muerte. No tenía la menor idea de por qué se había ensañado con la pobre criada, pero había llamado la atención de las autoridades, que ahora la consideraban un problema. Estaban en uno de los opulentos tribunales del palacio. Había más seda y oro en una sola sala que en todo el castillo de Tirgoviste. Tenían cerca a varios dignatarios que murmuraban entre sí, esperando su turno para hablar con Halil Pachá, el horrible personaje que había hecho ver a Radu y Lada sus primeros empalamientos. En otras circunstancias, Radu habría aprovechado la ocasión para escuchar lo que decían, y pulsar los ánimos del tribunal, pero estaba tan mareado de miedo que solo podía mirar a Lada. Lástima que no estuviese Kumal con ellos. Lástima que no viviera en la capital. Seguro que entonces los habría ayudado.

Pero no, no tenían amigos ni aliados. No había ayuda posible.

Lada, indiferente al resto de la sala, fijaba la vista en Halil Pachá, que estaba terminando el contrato de esponsales con el otomano a quien ella tenía al lado.

—Tu padre se pondrá contento —dijo Halil Pachá, con una sonrisa en sus finos labios—. Para la estirpe de los Draculesti representa un gran honor que te cases aquí.

El futuro cuñado de Radu firmó, arañando el papel con líneas desiguales que eran como las venas de su cara.

Lada habló con un sosiego y una claridad que le granjearon la sorpresa y la atención del resto de la sala. Nadie se esperaba que hablase una chica. Probablemente no tuviera permiso. Claro que ni lo uno ni lo otro le importaban, como bien sabía Radu.

—En nuestra noche de bodas —dijo— te cortaré la lengua y me la comeré. Así serán mías las dos lenguas que han pronunciado nuestros votos conyugales, y solo estaré casada conmigo misma. Lo más probable es que tú te ahogues con tu propia sangre, lo cual será una lástima, pero yo seré a la vez marido y mujer, no una viuda de la que compadecerse.

El novio soltó la pluma, haciendo caer en el suelo de mármol una sola gota de tinta. Halil Pachá se quedó mirando a Lada, mientras su débil sonrisa se convertía en una expresión de peligrosa reflexión.

Radu se acercó a los tres a trompicones, mientras buscaba con denuedo alguna manera de suavizar la situación. Entonces alguien se rio, rompiendo el silencio de la sala. Al girarse, Radu se llevó la sorpresa de reconocer al lado de la puerta al niño que lloraba en el jardín, en compañía de un hombre enjuto y con gafas.

Lo había estado buscando cada vez que salían, o que estaban cerca de un

acto de la corte. Habían pasado dos meses, sin embargo sus ojos no renunciaban a la esperanza de encontrar a un amigo.

Pero, en este momento, ya no le cabía esperanza alguna.

El niño susurró algo a su acompañante, que bajó las cejas por detrás de las gafas y contestó en voz baja. El niño, sin embargo, sacudió la cabeza, mientras su rostro daba ciertas muestras de alegría al observar a Lada, que sostuvo su mirada sin flaquear.

Radu se preguntó a quién matarían primero. ¿Qué sería peor, ver cómo se lo hacían a Lada, y saber lo que le esperaba, o...? No, sería peor ser el segundo. Esperó que lo matasen en primer lugar. Quizá estuviera siendo poco generoso, pero era todo culpa de Lada.

El hombre enjuto hizo señas a dos soldados cuyo rango de jenízaros se reflejaba en sus sombreros cilíndricos de cobre y su larga solapa de tela blanca. Radu siempre se fijaba mucho en los jenízaros, con la esperanza de encontrar a Lazar, pero Edirne era una ciudad que se empeñaba en negarle amistades. A continuación, el hombre y el niño del jardín dieron media vuelta y se marcharon. Radu los siguió con la vista hasta que desaparecieron.

El prometido de Lada parecía uno de los peces que nadaban en las fuentes que rodeaban el castillo de Tirgoviste. Abrió y cerró varias veces la boca y, mirando a Halil Pachá, se encogió de hombros y carraspeó.

—Tal vez el sultán... Quizá pudiera concertarse otro... Jamás se me ocurriría poner en duda el buen juicio del sultán, pero...

Estaba nervioso, y un poco indignado, pero los rostros que los rodeaban dejaban muy claro que nadie se tomaba en serio la amenaza de Lada.

Radu sabía que lo había dicho muy en serio.

Aparecieron los soldados junto a Lada.

—Tiene que acompañarnos.

Lada miró a su prometido inexpresivamente. Él empezó a sonreír con displicencia, pagado de sí mismo, pero la intensidad de la mirada de la joven dejó a medias la sonrisa, prestándole el aspecto de un imbécil. Por su manera de abrir los ojos, se notaba que al final se había dado cuenta de que no era una amenaza gratuita. Dio un pequeño paso hacia atrás.

Lada ni siquiera miró a Radu al salir con los soldados de la sala. Halil Pachá los siguió con la mirada, en la que Radu adivinó que sabía más que ellos lo que estaba sucediendo. Y que no le gustaba.

—¡Esperad! —Radu corrió para darles alcance, tendiendo las manos en señal de súplica—. Por favor, que no lo ha dicho con mala intención. Era una broma. En Valaquia es costumbre que... que los prometidos se... se amenacen. En señal de cariño. Cuando se prometieron nuestros padres, nuestra madre le dijo a nuestro padre que le sacaría las tripas y se pondría sus intestinos como un collar.

Los dos soldados lo miraban fijamente, creyéndose todas las barbaridades que salían por su boca. Lada se aguantó la risa. ¿Cómo podía estar tan tranquila?

Basta —le rogaba Radu cada noche—. No sigas enfadándolos. Para de hacer que nos hagan daño. Es culpa tuya. Harás que nos maten a los dos.

A ti no va a matarte nadie, le había replicado ella finalmente.

Bueno, pero si te matan a ti me quedará solo. Y querré morirme.

Morirse, en general, no le atraía en absoluto, pero lo que tenía claro era que no quería ser el segundo en hacerlo. Miró a su hermana a los ojos, transmitiéndole toda su desolación de niño traicionado. Lada ni siquiera era capaz de aparentar un poco de civilidad para salvarles la vida a los dos.

Habló en valaco, con serenidad, sin traslucir preocupación alguna por que aquella escolta armada probablemente la estuviera llevando a su muerte.

—Halil Pachá es la razón de que esté aquí prisionera, y no pienso dejar que me quite aún más la libertad. No puedo aceptar que mi destino sea un matrimonio político. Significaría que me dejan al margen, que me olvidan, y preferiría morirme a que me olvidasen.

—Yo nunca lo permitiría —dijo Radu, sin saber muy bien si había querido decir que nunca permitiría que se muriese Lada o que nunca permitiría que la olvidasen.

Esperó no tener solo esas dos opciones.

—Tenemos órdenes de llevarla al ala sur —dijo uno de los jenízaros—. Si quieres, puedes venir.

Radu volvió a fijarse en los soldados, dirigiéndoles una sonrisa tan luminosa como el sol en verano, y mientras caminaba a su lado empezó a preguntarles de qué región eran, sacándoles conversación. No tardó mucho en averiguar sus nombres, sus diversos cometidos y lo que esperaban cenar aquella noche. Las manos de los jenízaros no se acercaron en ningún momento a las espadas que llevaban al cinto. Tampoco la conversación discurrió por otros cauces que los de una afable ligereza, ya que el objetivo de Radu era mantener la calma y evitar alguna otra estupidez por parte de su hermana, que iba detrás, callada, por suerte.

Los soldados les mandaron esperar en un banco dorado, junto a dos grandes puertas de bronce, y luego se marcharon. Radu se dejó caer en el banco, frotándose los ojos de alivio.

—Si nos dejan aquí es que quizá no vayas a morirte.

—¿Cómo lo consigues?

—¿El qué?

—Que hable contigo la gente. ¿Es porque eres un niño?

Radu sabía que su hermana le envidiaba el don de ganarse la confianza de la

gente. La imagen que daba Lada era de mordacidad, obstinación y astucia. Tenía la cara de un zorro en plena incursión en una granja. Radu, en cambio, tenía cara de ángel. Sin embargo, le dolió que su hermana se pensara que era solo un truco. ¿Acaso alguna persona había sentido verdadero aprecio por él, o ella tenía razón? ¿Acaso los engañaba a todos con la cara y con la lengua, para que lo pensasen?

—La gente, Lada, es sensible a la amabilidad. —Miró con exasperación el techo dorado—. Se fían más de una sonrisa que de la promesa de que los dejarás ahogándose en su propia sangre.

—Ya, pero es más sincera mi promesa que tus sonrisas —replicó ella con un resoplido.

Acertaba, por supuesto. Hacía una eternidad que Radu no tenía la sensación de que su sonrisa era algo más que una simple estratagema, desesperada y falsa. Hizo ruido al aspirar por la nariz, intentando mantener un clima de frivolidad, y a su hermana tranquila.

—Ya, pero no lo sabe nadie.

—Algún día lo sabrán, Radu. Algún día lo sabrán.

Se abrió la puerta que tenían al lado, para sobresalto de ambos, y salió el hombre enjuto, cuyas vestiduras, de un marrón apagado, eran de una austeridad anómala en la corte. Hasta su turbante parecía más funcional que decorativo. Fijó en los dos una mirada penetrante, aumentada por sus gafas. Radu nunca había visto nada igual. Los dos cristales, de un corte y un pulido perfectos, se mantenían en equilibrio sobre la nariz gracias a una fina tira de metal que los conectaba, y que se encajaba en el rostro.

—Podéis entrar —dijo antes de irse, señalando la puerta que tenía detrás.

Radu y Lada la cruzaron. Aquellos aposentos eran a los suyos, tan escasamente amueblados, lo que Edirne a Tirgoviste. El techo, muy alto,

estaba pintado con azules muy vivos, y en los bordes se entrelazaban letras de oro. Colgaban varios candelabros que aun de día estaban encendidos. Las ventanas, más altas que Radu, terminaban en punta, y estaban enmarcadas por celosías desplegadas de metal. En todas partes había colgaduras de seda azul, roja y morada, los colores de la riqueza. El suelo brillaba tanto que Radu se veía la cara. En medio de la sala borboteaba una fuente, y en las paredes había bancos bajos con cojines. Cerca de la fuente, entre mullidos cojines, uno de los cuales le servía de asiento, estaba el niño.

Dio una palmada de alegría y se levantó.

—¡Ya estáis aquí!

—¿Aquí? ¿Dónde? —preguntó Lada.

—¡En mis aposentos!

—¿Y tú quien eres, para que el diablo te tenga en tanta estima?

Radu le dio un codazo. La sonrisa del niño se volvió malévol.

—Pues el hijo del diablo, justamente. Mehmed II, hijo de Murad.

—Por los clavos de Cristo —dijo Radu sin aliento, apretándose la barriga con las manos mientras se inclinaba en una profunda reverencia.

Había tenido la esperanza de volver a ver al niño. Desde su primer encuentro había pensado mucho en él, imaginándose lo amigos que podrían ser. Y ahora... Lada los había insultado, a él y su padre, y seguro que reincidiría. El miedo dejó paso a una resignación cansada. Lada iba a acabar con él. Sería una muerte rápida, e inminente.

—Os he hecho venir yo.

Mehmed hizo un gesto displicente con la mano. Mirando a través de sus pestañas, Radu vio que detrás de la sala había otra, enorme, y varias puertas.

—Ya. Enhorabuena —dijo Lada, que desde el descubrimiento de que estaban en los aposentos del hijo del sultán no se había movido. Su postura,

con las piernas separadas, no traslucía el menor respeto o deferencia—. ¿Pero *por qué* estamos aquí?

—Porque odio a Halil Pachá, y a mi primo también.

—¿Y quién es tu primo? —Lada hizo un gesto de exasperación con la cabeza.

Su tono estremeció a Radu, que se irguió. Si Lada iba a hacer que los matasen a los dos, no tenía sentido seguir inclinándose.

—¡Pues quién va a ser, tu enamorado! El mismo al que cortarás la lengua para devorarla. —A Mehmed le dio un ataque de risa, y se dejó caer en un cojín de terciopelo del tamaño de un caballo—. ¡Qué humillación se ha llevado! ¡Ya me lo veía orinándose encima! ¡Y por una chica! Qué hombre tan odioso y repulsivo. Nunca me había alegrado tanto como hoy.

—Yo creía que iban a castigarla —dijo Radu, esperanzado, dando un paso hacia delante.

Mehmed sacudió la cabeza, mientras apoyaba el pie en otro cojín.

—No. He pedido que me la trajeran, y a ti supongo que también. Me mandan a Amasya, para que la gobierne. Sospecho que es más bien para alejarme de aquí, porque mi padre no sabe qué hacer conmigo, y mi mentor, Molla Gurani, que es quien os ha hecho pasar, no se lleva bien con Halil Pachá.

Lada, impaciente, daba golpes en el suelo con el pie. Radu la pellizcó. Ella lo apartó de un manotazo. Mehmed chasqueó los dedos.

—¡Ah, sí! El motivo de vuestra presencia. He pedido que me acompañéis a Amasya.

—Entonces, después de todo *sí me castigarán*. —Lada se sentó en el cojín más cercano a la puerta, y suspiró.

—¡No lo ha dicho en serio!

Tras una mirada asesina a su hermana, Radu se giró otra vez hacia Mehmed,

intentando no delatarse con la obviedad de la esperanza que se le había pintado en toda la cara. ¡Lejos de Edirne! ¡De los preceptores, y del jardinero mayor! Y con Mehmed, el niño del jardín, que aún podía ser amigo suyo, al fin y al cabo. Tenía ansia por conocerlo, un deseo desesperado, incluso ahora que sabía quién era.

—Yo creo que lo dice en serio. —Mehmed sonrió—. Pero no me importa. La encuentro muy divertida, a tu hermana.

Radu se sentó cerca de él, en un cojín, con la espalda derecha y las manos pulcramente entrelazadas.

—Pues entonces ve con pies de plomo, que ella odia divertir.

Lada le tiró un cojín a la cabeza con una puntería feroz, para gran regocijo de Mehmed. Radu no sabía cómo reaccionar al vuelco de la situación, pero aun así se atrevió a alimentar el brote de esperanza que había nacido en su interior. Por una vez, la sonrisa con la que correspondió a la de Mehmed no le dio una sensación de falsedad.



Amasya, Imperio otomano

Otra ciudad y otro preceptor. La vida de Lada parecía una incesante sucesión de hombres tediosos que le embutían datos entre las orejas, aunque podría haber sido peor; podría haber sido una sucesión de mujeres tediosas. Halima pintando el mundo de color de rosa, mientras Mara, siempre encima de ella, le insistía en que aceptara su destino. Bordado en vez de historia, y modales en lugar de idiomas. Aunque si hubiera aprendido a bordar con Halima, al menos habría tenido agujas que clavar en los ojos de Molla Gurani.

A Molla Gurani, el inerte preceptor de Mehmed, o bien le pasaba desapercibido, o bien le daba igual que Lada dedicase gran parte del tiempo a soñar con que le aplastaba las gafas en la cara. Lada sospechaba que en caso de ser consciente de ello no habría cambiado ni una pizca su expresión. Era un hombre sin pasiones. Por eso no pegaba a Lada por su desobediencia. Y por eso, afortunadamente, tampoco pegaba a Radu en su lugar. Era un alivio, pero atemperado por la convicción de que ya encontrarían otra manera de hacerle daño. Como siempre.

Durante la primera clase, mientras Radu hacía un esfuerzo febril por no perder el hilo, y Mehmed recitaba partes enteras del Corán, Lada solo habló

en valaco. Molla Gurani se limitó a mirarla imperturbable a través de sus odiosas gafas, mientras la informaba de que a lo único que estaba obligado él era a educar a Mehmed.

«Por otra parte —añadió con tono de desinterés—, no creo que las mujeres estén capacitadas para recibir mucha instrucción. Está relacionado con la forma de su cabeza».

A partir de entonces, Lada empezó a lucirse. Se aprendía de memoria más pasajes del Corán que cualquiera de los dos niños, y los recitaba con un tono que imitaba, por burla, el de Molla Gurani. Resolvía todos los teoremas y ejercicios matemáticos, y todos los problemas de álgebra. Se sabía tan bien la historia del estado otomano y la ascendencia de Mehmed como el propio hijo del sultán. Mehmed, de casi trece años, había nacido entre Lada y Radu, y tenía dos hermanos varones mayores que él. Su madre era una concubina esclava, y su padre tenía preferencia por sus otros dos hijos, exponiendo así a Mehmed a los rumores y la vergüenza. Frente a unos datos tan poco alentadores, Lada tuvo que esforzarse mucho por no compadecerlo ni simpatizar con él.

Lo que más devoraba, sin embargo, por encima de cualquier otra disciplina, eran las clases sobre batallas del pasado, alianzas históricas y disputas fronterizas.

Al principio tuvo miedo de que el desafío de Molla Gurani fuera un truco para hacerla estudiar, pero el profesor seguía tan impasible como siempre; ni se mostraba satisfecho al verla atenta, ni caía en sus provocaciones. En cambio Mehmed sí que se llevaba un gran disgusto al verse aventajado, y ese fue el nuevo objetivo que se puso Lada.

Cada día esperaba que una paliza cayera sobre ella, o sobre Radu, algún nuevo horror, y quedara al descubierto la auténtica razón de que los hubieran

traído a Amasya. La incertidumbre la había vuelto silenciosa y taciturna. Radu, en cambio, ganó parte del peso que había perdido. Lada ya no oía su llanto por las noches. Le daba mucha rabia verlo cada vez más cómodo, porque solo serviría para empeorar —y mucho— la lección que se les venía encima.

A fin de cuentas, Mehmed era hijo de Murad. No era su amigo, sino su carcelero.

Después de los estudios principales, Molla Gurani siempre hablaba con Mehmed del Profeta, y del destino de los otomanos, que era derribar de una vez por todas Bizancio y Constantinopla. A Lada no le gustaba nada la idea de que por encima de todos hubiera un dios que elegía a un sultán para propagar la religión musulmana por el mundo. Ella nunca había visto un dios así, ni tenía pruebas de su existencia. Los otomanos tenían éxito porque estaban organizados, eran ricos y eran *muchos*.

La mayoría de las tardes, cansada de estudiar, y exhausta de estar constantemente en guardia ante las nuevas maldades que pudiera haber tramado el sultán contra ella, se iba a dar un paseo y dejaba que Radu se quedase a asentir con la cabeza, estar de acuerdo con todo e ir a buscarles cosas a sus dueños, como un cachorrillo. Amasya no era Valaquia, pero se le parecía más que Edirne. Era una ciudad construida sobre colinas rocosas, por cuya base discurría perezosamente un río lento y verde. Muchos de los edificios, incluida la fortaleza donde se alojaban Lada y Radu, estaban horadados en la roca viva. Detrás de la fortaleza, un frondoso manzanar subía por la colina.

Una de las diversiones de Lada era tumbarse en el suelo y lanzar un cuchillo, intentando ensartar una manzana. A veces lo lograba. Otras, casi se le clavaba el cuchillo al caer. Tan ameno le resultaba un desenlace como el otro. El mero hecho de que le dejaran llevar un cuchillo demostraba lo invisible y

carente de importancia que se había vuelto.

En Amasya, hasta las manzanas más jugosas le sabían harinosas y amargas.

Era una de sus tardes en el manzanar, a principios de otoño. El sol poniente doraba y condensaba la luz de tal manera que casi parecía posible beberla. Seguro que el sabor no se parecería en nada al de las manzanas de su cautiverio. Seguro que sabría a su hogar. A su tierra.

Se sacó de la blusa la bolsa que llevaba al cuello y se la acercó a la nariz, fingiendo que aún podía oler la rama de la conífera y la flor, tan viejas y secas que casi no quedaba nada. Las había metido en la bolsa la noche de su huida de Valaquia, y desde entonces no se separaba nunca de ellas.

Pasó una pareja de jenízaros sin reparar en su presencia. Estaban bromeando. Aunque hablasen en turco, uno de ellos aún formaba las vocales como en valaco. Lada se levantó y corrió de árbol en árbol para seguirlos hasta su cuartel, un grupo de edificios bajos de piedra alrededor de un patio sin pavimentar. Se oía un choque de espadas, acompañado por roncas carcajadas. Lada se asomó a una tapia.

La agarraron por los hombros y la sacaron a empujones de detrás del muro.

—¡Un espía! —exclamó una voz irregular, que aún conservaba algún vestigio de la infancia—. ¡O un ladrón!

Para horror de Lada, aparecieron al menos una docena de jenízaros para ver qué pasaba, y formaron una especie de semicírculo a su alrededor, sin disimular su curiosidad.

—No es ninguna espía —dijo un muchacho bajo y de torso fornido, cuyas cejas, muy espesas, formaban una sola—. La tiene de concubina el pequeño fanático.

—Pues para ser una ramera no es muy guapa.

El soldado de detrás de Lada le estiró un mechón de pelo. Ella se agachó y,

pasando por debajo de su brazo, lo tomó por la muñeca y se la retorció contra la espalda. Era un truco que había aprendido bajo la dura tutela de Mircea, y perfeccionado practicándolo con Bogdan y Radu. El soldado gritó de rabia, e intentó soltarse, así que Lada le retorció más el brazo, forzando la articulación. El jenízaro soltó un chillido de dolor.

—Tú eres más guapo que yo. —Lada aumentó la presión sobre el brazo—. Siempre podrías ofrecerte tú como ramera.

—¡Ayudadme! —dijo él sin aliento.

Al levantar la vista, con una tensión desafiante en la mandíbula, Lada vio que los otros jenízaros sonreían encantados. El soldado cejijunto, que a lo sumo tendría dieciocho o diecinueve años, se acercó entre risas y le dio unos golpecitos condescendientes en la cabeza a su camarada atrapado.

—Pobre Ivan. ¿Se está metiendo contigo esta niña?

Le pasó un brazo por el cuello. Lada soltó a Ivan. El otro soldado lo hizo caer con una maniobra y se le sentó en la espalda. Ivan empezó a dar patadas, furibundo, pero no le sirvió de nada.

—Ya has conocido a Ivan. Yo soy Nicolae. ¡Eres valaca!

Mientras asentía, Lada comprendió que la voz en la que había reconocido el acento de su tierra natal era la de Nicolae.

—Ladislava Dragwlya.

Se estremeció al decir su nombre en voz alta. No les habían dejado escribir a su padre, ni habían recibido ninguna carta de él. No estaba segura de que él supiera dónde estaban, ni que se habían marchado de Edirne.

Tampoco sabía si le importaría.

Radu seguía preocupado por la niñera, que por culpa de aquel nefasto imperio había perdido, sucesivamente, a su hijo y a los niños a su cargo. Lada tenía curiosidad por saber si había encontrado otro trabajo. Esperaba que sí.

Lo que no se molestaba en esperar era que su padre hubiera pensado en ocuparse de quien había criado a sus hijos. Esos pensamientos no los compartía con Radu. A su hermano no le convenía pensar mucho en su niñera.

Y a Lada, por su parte, no le gustaba el malestar que sentía al pensar en la mujer que tan buena había sido siempre con ella, y tan poca gratitud había recibido a cambio. Si volvía alguna vez a Valaquia, lo remediaría.

—¿La Hija del Dragón? —Nicolae se rio, pero afablemente, no con sorna—. No me extraña que el pobre Ivan no haya sido rival para ti. ¿Qué te trae por aquí, pequeño dragón?

—Prostituirme no.

Lada le dio una patada en el culo a Ivan, que seguía de bruces.

—A mí me aterraría acostarme con un dragón. Seguro que eso le pasa hasta al pequeño fanático.

—¿Te refieres a Molla Gurani? Yo creo que es de pergamino, no de carne.

—No, *pequeño fanático* es como llamamos a Mehmed. —Nicolae se rio, sacudiendo la cabeza. Los otros soldados asintieron con la cabeza, intercambiando sonrisas irónicas.

Si bien Lada sabía por experiencia que los jenízaros no destacaban por su circunspección, le sorprendió que se burlasen tan abiertamente del hijo de su sultán. Se guardó el dato, con la esperanza de que alguna vez le fuera de utilidad.

—Estoy aquí con mi hermano. Estudiamos con Mehmed y le hacemos compañía.

—Pues debéis de aburriros como ostras. Ven. —Nicolae se levantó, arrastrando a Ivan—. Así podrás ver cómo le enseño a Ivan a respetar a los eruditos.



Mientras se eternizaba la enésima tarde, Lada, asomada a la ventana, buscaba algo de brisa para refrescarse. Con Mehmed ya casi no tenía trato. A lo sumo, él le dirigía miradas asesinas al verse superado por ella en los estudios. Lada lo había pillado muchas veces mirándola con gran intensidad, como si la animase mentalmente a cumplir alguna tarea misteriosa. En esas ocasiones, ella nunca bajaba la vista.

Radu seguía a Mehmed como un perro faldero. En ese momento, sin ir más lejos, estaban sentados en el suelo, repasando textos que Mehmed había estudiado cien veces.

—¿Ves? Aquí. —Mehmed señaló un pasaje—. El Profeta, la paz sea con él, habla del hombre que conquistará Constantinopla, y de que será un líder maravilloso.

Su mirada se volvió distante, teñida de dulzura.

—Pero ya ha habido tentativas —dijo Radu.

—Sí. Hasta mi padre lo ha intentado, pero ahora está cansado de luchar con sus hermanos por las aspiraciones al trono, y de que el reinado se le vaya en mantener lo que ya tenemos. Le encanta conversar y filosofar, pero no se da cuenta del llamado al que lo obliga su fe. A ese llamado podrían responder mis hermanos mayores, pero no son precisamente muy devotos. El Profeta, la paz sea con él, ordenó que no tuviésemos un estado, sino un imperio. Deberíamos ser mucho mayores de lo que somos, y mi padre se niega a...

Lada dio un portazo a conciencia. Temblaba de rabia por oír hablar de nuevo sobre las glorias de los otomanos, y sobre su destino, que era extenderse por el mundo. En el mundo de Lada ya se habían infiltrado como un veneno, apartándola de todo lo que amaba. ¿Hasta dónde pensaban llegar? Cruzó la fortaleza, hecha una furia, y entró en la pequeña armería. Estaba abandonada, porque casi todas las armas de verdad se guardaban en el cuartel,

pero quedaban unas cuantas de las que podía hacer uso libremente.

—¿Estás bien?

Al girarse se llevó la sorpresa de ver a Mehmed en la puerta.

—¿Qué haces tú aquí?

—Me ha parecido que te ibas triste.

—¿Parecía triste? —La risa de Lada tuvo la amargura de la piel de las manzanas de Amasya—. Perdóname por no alegrarme cuando te oigo loar las virtudes de vuestro glorioso imperio, y el favor que nos haríais a todos ampliándolo con la espada.

—Ya has visto mi tierra. —Las cejas de Mehmed, bien dibujadas, como las de su padre, bajaron hacia sus ojos—. ¿Dónde están los pobres, los que sufren y se mueren de hambre por la calle? ¿Dónde están los delitos? Radu me ha explicado que en Tirgoviste no se puede salir de noche a la calle por miedo a los ladrones y los asesinos. En Edirne, en cambio, se puede pasear sin que te asalten.

—Ya, pero...

—Y en nuestras carreteras se comercia sin peligro. Gracias a ello, nuestro pueblo tiene todo lo que necesita comprar y vender, para vivir con lo que se le ha dado. Son libres del hambre y de la pobreza.

—¡Pero oprimís a los que no creen en vuestro dios!

Mehmed sacudió con rabia la cabeza.

—No hacemos como tus maravillosos cristianos, que se matan entre ellos por discrepancias sobre su propia fe. Es verdad que pedimos un precio, pero es el de la seguridad. A nuestros gobernados les permitimos creer lo que quieran, a condición de que no perturben la paz.

—El hecho de que yo esté aquí es una prueba de la paz que inculca tu padre, y de la libertad que concede a los demás. ¡Mi padre es libre de gobernar a su

pueblo a condición de que lo haga como le parezca bien al sultán! Si no, las consecuencias las sufrirán sus hijos.

—¿Sabes qué clase de hombre es vuestro padre?

Lada dio la espalda a Mehmed, ocultando la vergüenza que tintaba de rojo las mejillas.

—La clase de hombre que le promete al Papa luchar contra los infieles, y luego hace las paces con ellos. La clase de hombre que deja a sus hijos debajo de una espada para recuperar un falso trono. Sí, sé qué clase de hombre es. Es la clase de hombre con quien más le gusta hacer tratos a tu padre. Los dos son demonios.

—¡Velamos por la seguridad de nuestro país!

Lada se giró de golpe y cruzó toda la sala para responderle a Mehmed en la cara, con voz sibilante.

—Preferiría ver mi tierra natal en llamas que mejorada por el gobierno otomano. No hace falta rehacer todo el mundo a vuestra imagen. ¡Si no estuviéramos tan ocupados en defender nuestras fronteras, y en que no las invadan los ejércitos de otros países, podríamos cuidarnos solos!

—¿O sea, que no me odias por tu padre? —Mehmed se echó hacia atrás, desconcertado.

—Mi padre es débil. Valaquia se merece algo mejor. —Los hombros de Lada bajaron, empujados por el cansancio.

—Quizá seas tú quien se merece algo mejor que Valaquia.

—No. —Lada sintió que en su pecho se reavivaba el fuego, y que consumía el miedo y el agotamiento. Llevaba demasiado tiempo lejos de su tierra. A veces se preguntaba si la recordaba tal como era. De lo que estaba segura, en cualquier caso, era de que jamás podría deshacerse por completo de ella. Palpitaba en sus venas, y latía por todo su ser—. Amo a mi Valaquia. Me

pertenece, y yo a ella. Es mi tierra; debería serlo siempre, y odio a cualquier rey, sultán, dios o profeta que proclame que alguien más tiene derecho a ella.

—Por favor, no digas eso del Profeta, la paz sea con él. —El tono de Mehmed era suave, con más de ruego que de autoridad—. ¿Por qué te niegas a escuchar lo que nos enseña Molla Gurani?

Lada miró la pared donde estaban las armas de práctica. Aunque Mehmed se burlase del tiempo que pasaba mirando a los jenízaros, Lada dedicaba cualquier instante libre a observar sus sesiones de práctica y su instrucción, hasta el punto de que transcurridas un par de de semanas Nicolae le había permitido unirse a ellos; y aunque corrigiese sus formas, y se riera de sus errores, cada vez admiraba más su ferocidad y su determinación de ganar.

«¿Conoces a un valaco que se llama Bogdan?», le había preguntado Lada al jenízaro en cuanto se había atrevido. Las palabras le punzaban en la boca, tan llenas de esperanza que cortaban.

«Mi hermano se llama así», había respondido él.

«¡Y el mío también!», había agregado un búlgaro.

«¡Y mi padre!», había exclamado un serbio.

Nicolae había sonreído a modo de disculpa, mientras Lada se tragaba el dolor de haber pronunciado el nombre de Bogdan. A continuación, había luchado.

Ignorando a Mehmed, eligió una espada roma, con la misma forma curva que la que colgaba sobre el trono de su padre. El mero hecho de verla ya atizaba la hoguera de su pecho. La sopesó, buscando el punto de equilibrio. Le gustaba estar enfadada antes de luchar con Nicolae. La rabia lo barría todo en su interior —dudas, miedo, vergüenza—, sin dejar sitio para nada más. Nunca se sentía tan poderosa como con rabia y una espada en las manos.

—Detente —dijo Mehmed, reuniéndose con ella en la pared—. No has

contestado a mi pregunta.

—Por mucho que adoréis a vuestro profeta, no es el mío ni lo será nunca. Creer es una debilidad.

No pensaba sucumbir al islam, como Radu. Pero tampoco sentía un gran apego por la ortodoxia en la que había crecido. La religión era un medio al servicio de un fin. La había visto usar como arma, y en caso de necesidad también la usaría, pero nunca se dejaría utilizar por ella.

Mehmed la tomó por el brazo y le hizo dar media vuelta, para que estuvieran frente a frente.

—Te equivocas, Lada. Creer no es ninguna debilidad. La fe es la mayor fortaleza que tenemos.

—¿Puede llevarme a Valaquia?

—La fe puede enseñarte que hay cosas más importantes.

—Si quieres público para tus necios desvaríos, ve a buscar a Radu —se burló Lada—, que yo tengo otras cosas que hacer.

Abrió la puerta. Mehmed, sin embargo, corrió a cerrarla.

—¡No hemos acabado de hablar!

—¿Pretendes ordenarme que me quede? —A Lada se le heló la sangre—. ¿Y si me niego? ¿Mandarás que me azoten? ¿Que me den latigazos? En la corte de tu padre ya me he expuesto a eso y más. Ni me incliné entonces ante vuestro dios o vuestro sultán, ni lo haré ahora. ¿Para qué me has traído, Mehmed? No pienso dejarme gobernar.

—Yo nunca he querido ser tu señor. —Dejó caer la mano, con tristeza, y se le curvó la erguida línea de la espalda—. *Ya tengo* criados. Y preceptores, y una guardia, y un padre que me desprecia. Lo que quiero que seas es... mi amiga.

No eran las palabras que esperaba Lada, a quien le costó hallar una

respuesta.

—¿Y eso por qué lo quieres?

—Porque sí. —Mehmed bajó la vista al suelo—. Porque tú no me dices lo que crees que quiero oír.

—Es más probable que me desviva por decirte algo que no quieras oír.

Los ojos oscuros de Mehmed se posaron brillantes en los de la joven. Dentro de ellos había algo muy profundo, algo voraz. Sonrió. Fue una sonrisa peculiar, que trocó la expresión arrogante de sus facciones en un gesto de cierta picardía.

—Justamente por eso me caes bien.

—Muy bien. ¿Se puede saber qué hacen los amigos? —Lada resopló, exasperada.

—Nunca he tenido ninguno. Esperaba que lo supieses tú.

—Pues entonces es que eres más tonto de lo que pareces. El que hace amigos es Radu. Yo soy a la que dan ganas de arrearle latigazos.

—Recuerdo que me diste consejos que me ayudaron a no recibirlos. Me parece una buena base para la amistad.

Mehmed tendió la mano.

Lada se lo pensó. ¿Qué hilos se urdirían con aquel acuerdo? Una vez, le había entregado el corazón a un amigo. Perder a Bogdan había estado a punto de dejarla rota. Pero Mehmed no era el hijo de una niñera.

—A tu padre no le parecería bien que fuéramos amigos. En Edirne no estuvo nada amable con nosotros.

—Me da igual lo que piense mi padre. No sé si te has fijado, pero lo que haga yo aquí no le importa a nadie. A Amasya se la ignora. A mí también. Tengo libertad para hacer lo que me venga en gana.

—Tienes suerte.

—¿Bastante como para llamarte *amiga*?

—Bueno, de acuerdo. —La tensión de Lada se alivió un poco al darse cuenta finalmente de que el castigo que durante tanto tiempo había esperado no se produciría. No se habían desprendido de Murad, pero estaban lejos de su vista. De momento era bastante.

—Muy bien. Debo decirte, en honor de la amistad, que me despierta unos celos tremendos todo el tiempo que pasas en compañía de los jenízaros. Quiero que dejes de entrenarte con ellos.

—Pues yo, en honor de la amistad, debo decirte que no me importan lo más mínimo tus mezquinos celos. Llego tarde a la instrucción.

Trabó el pie en el tobillo de Mehmed y, mediante un choque de sus hombros, le hizo tropezar y caer al suelo.

—¡Soy el hijo del sultán! —farfulló, indignado.

Lada abrió la puerta y cortó el aire con su espada frente al cuello del muchacho.

—No, Mehmed, eres mi amigo. Y como amiga soy un verdadero espanto.

La risa de Mehmed hizo que los pasos de Lada, siempre resolutos y agresivos, casi parecieran ligeros.



El otoño se negaba a refrescar. Los muros de piedra de la fortaleza retenían los rayos brutales del sol, y almacenaban el calor. Radu se imaginaba que el aire trémulo era un horno, y que no tardaría en cocerlo vivo. Molla Gurani, que en cualquier circunstancia parecía un ser sobrenatural, ahora rayaba en lo divino: daba vueltas frente a ellos sin sudar, leyendo en voz alta un libro acerca de la vida del Profeta, la paz fuera con él.

Pero era una blasfemia pensar que alguien pudiera asemejarse a dios salvo Dios mismo. Radu cerró los ojos y borró la idea de su mente, tratando de encauzarla de nuevo hacia su preceptor, Dios y lo que tanto le gustaba aprender.

Salvo cuando hacía un calor tan espantoso.

Mehmed se cayó del taburete al suelo. Radu corrió a su lado. También Molla Gurani.

—¿Te encuentras mal? —inquirió el preceptor mientras le ponía las manos en la mejilla y la frente.

—Tenemos que seguir con los estudios —respondió Mehmed esforzándose por abrir los ojos.

—No. —Molla Gurani se incorporó y lo ayudó a levantarse—. Te agobia demasiado este calor. Conviene evitar que empeores. Insisto en que te vayas a

la cama, y te quedas todo el día en ella.

—Está bien —asintió sin fuerzas

—Llamaré a un guardia para que te ayude.

—No, no, que me acompañe Radu. —Mehmed tendió un brazo, que Radu se pasó por los hombros, a la vez que enlazaba la cintura del muchacho.

Molla Gurani vio cómo se iban, con arrugas de preocupación alrededor de las gafas. Al salir al pasillo, Radu tomó la dirección de los aposentos de Mehmed, que estaban a dos puertas de distancia. Iba lo más despacio que podía, cargando con casi todo el peso de su compañero. Justo antes de llegar a la puerta, Mehmed miró hacia atrás. Acto seguido se apartó tan bruscamente de Radu que le hizo tropezar por la desaparición de su peso.

Mehmed levantó la vista, entusiasmado.

—Corre —dijo, lanzándose por el pasillo.

Radu salió tras él y le dio alcance justo cuando el hijo del sultán cruzaba a toda prisa una puerta lateral que daba a un balcón con vistas al jardín, casi marchito.

—¿Qué haces? —preguntó angustiado, mientras le miraba la cara en busca de señales de locura—. ¡Tienes que descansar!

—No, lo que tengo que hacer es salir de esta horrible y calurosa cárcel —rio, sacudiendo la cabeza.

—¿Le has mentado a Molla Gurani? —Radu se quedó sin aliento.

—Sí. —Mehmed se sonrojó de vergüenza—. Pero si le hubiera pedido permiso para irme se habría llevado una decepción muy grande. Lo compensaré estudiando toda la noche. Si quieres, puedes estudiar conmigo, pero ahora mismo hace demasiado calor, y se me está derritiendo el cerebro. Tenemos que salir.

Se subió a la baranda de hierro y, dando un salto de vértigo, se lanzó hacia

el árbol más cercano. Luego bajó por el tronco, mirando a Radu con una sonrisa burlona.

Radu volvió la vista atrás, hacia sus obligaciones. No quería portarse mal, ni llamar la atención, ni hacer nada que pudiera comportar algún castigo. Pero es que hacía demasiado calor para preocuparse.

Copió los movimientos de Mehmed, y quedó sorprendido por la facilidad con que bajaba. A diferencia de Lada, que siempre le hacía sentirse torpe y débil, Mehmed esperaba que siguiera su ritmo, y así era más fácil conseguirlo.

Corrieron agachados, aguantándose la risa. A poca distancia encontraron un sitio donde había crecido un árbol por encima de la tapia. Radu se puso de rodillas y aupó a Mehmed hasta una rama. Él se subió a la tapia y bajó los brazos hacia Radu, para ayudarlo a trepar. Después saltaron los dos al suelo, en el otro lado. El aire se notaba más fresco. La roca de la montaña, y los árboles, que crecían muy juntos, colaboraban en vencer al sol.

Solo se habían escapado algunos metros cuando oyeron un golpe sordo, seguido por varias palabrotas.

En valaco.

—Lada —susurró Radu.

Mehmed se puso un dedo en los labios. Avanzaron con un sigilo exagerado. Lada estaba en medio de un pequeño claro, de espaldas a ellos, con un carcaj de flechas a su lado. Había dibujado blancos en un árbol, a una distancia que hasta para un arquero consumado habría sido ambiciosa. Tensó el arco y lo soltó. La flecha aterrizó a dos brazos del árbol.

Empezó a dar patadas en el suelo, y a hacerse reproches con palabras tan obscenas que Radu nunca había oído cosa igual. Mehmed no la entendía; él no podía percibir todo el odio y las recriminaciones que se escupía a sí misma, pero Radu sí, y se preguntó en qué momento había llegado su hermana a la

conclusión de que todo lo que quedase por debajo de la perfección era inaceptable. Se incorporó con ganas de acercarse y abrazarla, diciéndole que no pasaba nada. Aún tenía tiempo de aprender. Además, se le daban bien tantas otras cosas... Quería que no siguiera diciendo cosas tan horribles, ni pensándolas.

Mehmed tenía otras intenciones. Se acercó sin hacer ruido y, cuando tuvo en sus manos el carcaj, soltó un *hurra* y se alejó corriendo.

Lada se giró con una mirada asesina. También Radu echó a correr.

Adelantó a Mehmed, con la motivación de saber de antemano cuál sería su suerte si ella los pillaba. Los dos niños corrían entre los árboles a gran velocidad, esquivando las ramas bajas y saltando por encima de los troncos, con Lada en sus talones.

Al salir de entre los árboles, Radu frenó de golpe y tendió un brazo para detener a Mehmed. Estaban al borde de un pequeño precipicio, de la altura de una persona, que acababa en un profundo estanque verde, flanqueado en un lado por una pared de piedra y en el otro por un amasijo de rocas. Entre estas últimas tintineaba un arroyo que alimentaba el estanque. Todo estaba inmóvil y en silencio. Solo se oía la respiración pesada de los dos muchachos.

Lada les dio alcance con los puños en alto, y un ímpetu que hacía inevitable el choque.

—¡Frena —dijo Radu—, que aquí abajo hay un estanque!

Lada soltó un grito de victoria y los empujó a los dos por el borde.

En cuanto salió a la superficie, escupiendo agua, Radu buscó con la mirada a Mehmed. El estanque no era profundo —había tocado fondo con los pies—, y le dio un miedo atroz que Mehmed se hubiera dado un golpe en la cabeza, o se hubiese roto el cuello, o hubiera sufrido alguna otra lesión grave.

Pero no, flotaba de espaldas con los brazos en la nuca, riéndose.

—Gracias, Lada. Con el día que hace, esto es un milagro.

Ella saltó con un gruñido y cayó en el agua entre los dos, con un sonoro chapuzón. Tras darse el gusto de hundirles varias veces la cabeza, aunque se resistieran e intentaran alejarse, nadó hasta una roca sumergida y se sentó sobre ella. Con la cabeza hacia atrás, para sentir el sol en el rostro refrescado por el agua, parecía contenta, como si el demonio de antes, el que se odiaba e insultaba entre los árboles, quedara en el olvido. Y todo gracias a su hermano. Radu sintió una oleada de orgullo que, a pesar del agua gélida, le hizo entrar en calor.

—No sabía que estaba esto aquí —dijo Mehmed—. Ni yo ni nadie, me parece. Sin embargo, hay una historia...

—¡Cuéntanos! —Radu lo salpicó.

Mehmed adoptó una voz más grave para deleitarse en narrar lentamente su historia.

—Había una vez, hace mucho mucho tiempo, un gran rey que solo tenía una hija. Ella se llamaba Shirin, y su belleza era legendaria.

Lada hizo un ruido como de caballo. Radu la miró con cara de reproche.

—Shirin vivía detrás de esta montaña. Un día viajó a este lado con sus doncellas, porque se decía que eran más dulces las manzanas, regadas por un arroyo frío y cristalino de incomparable pureza. Un joven de familia humilde, Ferhat, la vio y supo enseguida que nunca amaría a ninguna otra mujer. Le regaló el canasto de manzanas que había estado recogiendo, y cuando se tocaron sus manos, supo que ella compartía sus sentimientos.

Lada bostezó con teatralidad.

—Pero Shirin era princesa, y él no era nadie. Aun así, viajó al otro lado de la montaña para pedir su mano. El padre de Shirin quedó horrorizado, pero al advertir los sentimientos de su hija, le puso a Ferhat una misión imposible:

podría casarse con Shirin si traía el arroyo de agua pura al lado de la montaña donde vivía el rey. Ferhat lo probó de varias maneras. Excavó canales de riego, pero el agua se embarraba nada más salir del manantial. Acarreó el agua en recipientes gigantes, pero se le derramaba o se le secaba antes de haber podido terminar el viaje. Finalmente, desesperado por estar cerca de Shirin, empezó a cavar. Fue internándose cada vez más en la montaña, guiando a oscuras el arroyo con la certeza de que al otro lado brillaba la luz de Shirin.

»Al rey, sin embargo, no le sentó bien. Al enterarse de los progresos de Ferhat, supo que si tenía éxito lo condenaría a él a sobrellevar la vergüenza de entregar a su preciada hija. Ante la imposibilidad de desdecirse, mandó a un criado que hiciera correr la voz de que Shirin había muerto. Tras incontables horas en la oscuridad, Ferhat salió de la montaña y se encontró con la noticia de que la luz hacia la que cavaba se había apagado para siempre.

»Abrumado por la desesperación, se refugió en el túnel y se dio cabezazos en la roca del fondo hasta morir. Shirin, desolada y traicionada por su padre, desapareció. Dicen que se fue por la montaña en busca de Ferhat, y que nunca ha vuelto a verla nadie. Ambos forman el corazón de la montaña, que todavía late y mana para siempre un agua igual de pura que su amor.

—Qué bonito —dijo Radu, haciendo correr sus manos por el agua con veneración, como si contuviera el legado de los enamorados, y ese legado las hiciese flotar.

—Qué absurdo —dijo su hermana—. Se murieron los dos por nada.

—¡Se murieron por amor! —Mehmed frunció el ceño.

—Desperdiciaron sus vidas.

—No fue ningún desperdicio. —Radu sonrió, tímida y vacilantemente—. Yo por vosotros dos haría un túnel a través de la montaña.

—Pues también eres tonto —Lada se rio— porque no puedes casarte con

ninguno de los dos.

Tras un ofrecimiento tan sincero, a Radu le dolieron las palabras de su hermana, que le recordaron por qué ya no se fiaba de ella.

—¡No lo he dicho en ese sentido!

Mehmed le puso una mano en el hombro, y su sonrisa curó la herida de la burla de Lada.

—Yo te he entendido. Creo que este estanque es tan antiguo y puro como el cuento.

Radu sonrió de oreja a oreja.

—Pues entonces será nuestro.

—Nuestro secreto —convino Mehmed.

Radu se metió en el agua, sonriendo con todo el cuerpo, e invadido por la calidez de una oración de gratitud por la bendición de un secreto hermoso y bien guardado, y de un ser querido con quien compartirlo.



Lada se despertó con la mano de alguien en la boca.

Dio dos puñetazos muy seguidos, cuyo objetivo eran los riñones. El atacante se apartó.

—¡Lada! ¡Para!

—¿Mehmed? —Se incorporó en la cama, esforzándose por ver a oscuras.

Él asintió con un gruñido de dolor.

—¿Qué haces en mi habitación?

—Nos estamos escapando.

Lada detectó otra presencia en la oscuridad. Radu. Se echó otra vez en la cama, exasperada, y se puso boca abajo, pero fue inútil. La punzada de alarma que la había despertado había disipado los restos de sueño. Supo que estaría horas persiguiéndolos hasta recuperarlos. Además, tenía... curiosidad.

—Vale. —Apartó las mantas y buscó una túnica para echársela por encima del camisón. Después se puso una capa, e hizo gestos impacientes a Mehmed y Radu para que la precedieran.

En vez de irse por la puerta, se subieron a la cama de Lada y salieron por la ventana, retorciéndose, porque era estrecha. La fortaleza de Amasya era antigua, y no despuntaba mucho sobre el suelo en el que asentaba su maciza estructura. La recorría una muralla que a veces casi quedaba sepultada entre

las rocas y los árboles. Le habían añadido algunas florituras: unos cuantos balcones, una torre discordante y el ala donde vivían Lada y Radu. También la habían repintado hacía poco tiempo de blanco, con rayas azules, y líneas espirales en la torre.

Por lo general, Lada la evitaba. Prefería estar con los jenízaros, o en la montaña, entre los árboles. Mehmed, por su parte, rara vez salía de ella. Si en algún momento se escapaban los tres juntos era de día, para ir al estanque secreto, pero ahora de día hacía demasiado frío para nadar, y en plena noche más aún.

Bordearon el bosque, siguiendo un recorrido paralelo al del río que corría más abajo. Cuando ya estaban lejos de la fortaleza, el camino empezó a subir. Iban por un terreno pedregoso, cubierto de arbustos bajos y pequeños, por el que era difícil orientarse a oscuras.

—¿A dónde me lleváis, par de idiotas?

—Paciencia, Lada —dijo Mehmed.

—Voy a empezar a dormir con un cuchillo.

—¡Si tuvieras uno ya me habrías matado!

—Exacto. Así habría podido seguir durmiendo.

Radu resopló por la nariz.

—No hay nada mejor que acurrucarse a un buen cadáver para tener dulces sueños.

Mehmed señaló hacia delante, donde se dibujaban unas formas en la oscuridad. Lada pensó que eran rocas grandes sobre la ladera, pero al rodearlas vio que estaban talladas con cuidado, y penetraban en la montaña. ¡El túnel de Ferhat hacia Shirin! Percibió con euforia un sabor a agua fresca y cristalina, a la vez que la rodeaba un palpitar de corazones.

Luego se dio cuenta de qué era realmente lo que tenía delante.

Tumbas.

—¿De quién son? —preguntó para disimular su extraña y embarazosa decepción.

Palpó uno de los sepulcros. Había algo grabado, con tan poco relieve que casi no se notaba.

—Reyes del Ponto, que mandaban aquí hace más de mil años.

—¿Cómo se llamaban?

—Nadie lo recuerda.

Apoyó una mano en la fresca piedra caliza de la tapa de una de las tumbas. Nadie recordaba los nombres de los reyes, pero ahí seguían, vigilando su tierra.

Mehmed extendió su capa y se tumbó de espaldas en el suelo, mientras les hacía señas a Lada y Radu de que se echasen a su lado. Radu lo hizo enseguida, a su derecha. Lada no se movió.

—Venga —dijo Mehmed—, que no te he traído para enseñarte las tumbas. Ya las miraremos en algún momento en que haya luz.

Suspirando con bastante fuerza para que la oyese, Lada se acercó arrastrando los pies y se acostó a su izquierda, molesta con él por pedírsele, y consigo misma por hacerle caso.

Bruscamente, la inmensidad del cielo que se abría sobre ellos no dejó espacio para nada más. La oscura curva de la atmósfera estaba cuajada de luz hasta donde alcanzaba la vista, un derrame de estrellas avasallador y hermoso. Por unos instantes se apoderó de Lada el vértigo, y tuvo la impresión de caer por el cielo en dirección a las estrellas. Luego vio un brillante fogonazo, y un rastro de fuego. Radu se quedó sin aliento. Cayó otra estrella, que ardió con fuerza en la oscuridad antes de desaparecer.

—Ya dijo Molla Gurani que sería esta noche —susurró Mehmed como si

temiera romper el sortilegio.

—¿Cómo lo sabía? —preguntó Radu.

—Sigue un ciclo de años. Molla Gurani tiene libros donde están registradas sus repeticiones. Esta noche está en la torre, anotando el paso de nuestras estrellas fugaces para su futuro estudio.

—¿Por qué te cae tan bien? —la pregunta de Lada quedó suavizada por la noche prodigiosa que se desplegaba ante sus ojos.

Mehmed se quedó un buen rato en silencio antes de responder.

—¿Te acuerdas de cuando me encontrasteis en el jardín? Pues el preceptor que había pegado era Molla Gurani.

—Deberías haberlo mandado ejecutar —dijo Lada.

Mehmed se rio en voz baja.

—Por extraño que suene, me alegro de que me pegara. Hasta entonces no se había atrevido nadie, ninguno de mis preceptores o de mis niñeras. Consentían mis rabietas, y me dejaban aterrorizar a todo el mundo. Cuanto más exageraba yo, más se hacían los sordos. Mi padre nunca me veía, y mi madre ni siquiera se molestaba en comer conmigo alguna vez al día. A nadie le importaba quién era, o qué llegaría a ser.

Lada cambió de postura para que no se le clavara en el corazón lo que la incomodaba tanto, pero debajo de ella no había piedras.

—Luego apareció Molla Gurani. El primer día, cuando me pegó, me pareció imposible. Tuve ganas de matarlo, pero lo que dijo el día siguiente me cambió para siempre. Me dijo que estaba predestinado a la grandeza, que me había puesto en este mundo la mano de Dios, y que él jamás permitiría que olvidara o abandonara esa confianza. —Al encogerse de hombros, Mehmed chocó con uno de los de Lada—. A Molla Gurani le importaba quién era, y qué llegaría a ser. Desde entonces he procurado estar a la altura.

Lada tragó con fuerza para deshacer el doloroso nudo que se había formado en su garganta. No podía reprocharle a Mehmed su apego a un hombre para quien *no era invisible*, alguien que le exigía más y lo ayudaba a conseguirlo. Sin expectativas, la vida era fría y solitaria.

Abrió la mano, aferrada a la bolsa que tenía sobre el corazón, y carraspeó.

—Sigue siendo el hombre más aburrido del mundo.

Mehmed se rio. Radu, en cambio, se mantuvo callado y distante.

Siguieron pasando rayas de luz, a veces tan deprisa que Lada les perdía el rastro. Mehmed levantó las manos abiertas, una hacia cada Draculesti. Radu cogió la de su lado. Lada no se movió, pero tampoco se apartó cuando Mehmed bajó la mano hacia ella.

Radu levantó la otra mano como si quisiera atrapar una estrella especialmente luminosa.

—Qué triste que tengan que morir.

A Lada se le empañaron los ojos por tenerlos tanto tiempo abiertos, y se le derramó una lágrima por una de las comisuras, llegando hasta su pelo. Estar de noche en aquel sitio con Mehmed y Radu parecía un sueño, que le daba pánico dejar escapar. Las estrellas, no obstante, eran reales, y estaba decidida a no perderse el paso de una sola.

—Si no ardieran, nunca sabríamos que han existido.

—Me alegro de que estemos aquí —dijo Mehmed.

Lada abrió la boca para mostrarse de acuerdo, pero luego se mordió la lengua, consternada. Ella no se alegraba. No podía alegrarse. Alegrarse habría sido la mayor traición posible a sí misma y a su tierra. *Cuanto antes dejes de luchar* —oyó decir a Mara en su cabeza—, *más fácil será tu vida*.

Cada vez se le hacía más fácil estar donde estaba. Y eso no podía consentirlo.

—Quiero volver a casa —dijo, incorporándose y apartando su mano de la de Mehmed.

Donde habían estado sus dos pieles en contacto se posó un aire frío.

—¿Podemos quedarnos un poco más? Y luego volvemos caminando.

—¡No! Quiero volver a casa. A Valaquia.

Mehmed se incorporó despacio, mirando al suelo. Radu seguía completamente inmóvil.

—¿Por qué quieres volver? —preguntó Mehmed.

Lada emitió una risa ahogada. ¿Cómo era posible que acabara de sentirse tan cercana de alguien capaz de una pregunta así?

—Porque es de donde soy. Tú mismo acabas de decir que no le importa a nadie lo que hagas. Pues entonces, mándame de vuelta.

Él se levantó y le dio la espalda.

—No puedo.

—¡Sí que puedes! ¿Alguna vez ha preguntado tu padre por nosotros? ¿O alguna otra persona? ¡Si no se acuerdan ni de que existimos! Así de poco importantes somos.

Así de poco importante era Valaquia. No se acordaban de ellos ni como rehenes.

—Mi padre se enfadaría.

—Le daría igual. Además, ¿qué importa que se enfade? Al jardinero mayor no te mandará. Ya te ha exiliado aquí. ¿Qué más puede hacer?

—¡Basta! He dicho que no puedo.

—¿No puedes o no quieres? —Lada se levantó, con la cabeza a punto de estallar. No era lo que deseaba. No quería sentir nada, ni que le importase Mehmed—. ¿Tan desesperado estás por tener amigos, que estás dispuesto a mantenernos prisioneros?

—¡No os necesito! ¡Yo no necesito a nadie!

—¡Pues demuéstalo, y mándame de vuelta!

Mehmed acercó tanto la cara que Lada le veía los ojos en la oscuridad.

—¡No tengo poder! ¿Es lo que quieres oír, Lada? ¿Cómo quieres que te haga llegar sana y salva a Valaquia, si no puedo hacer ni que te asignen un caballo y víveres? Si a nadie le importa lo que haga yo aquí es porque no puedo hacer nada. Si tantas ganas tienes de alejarte de mí, hazlo tú misma.

—¿Pero qué os pasa? —Radu parecía a punto de llorar—. ¿Por qué tenéis que destrozar todo lo bueno que tenemos aquí?

—Pues porque sí —dijo Lada inexpresivamente, atada al suelo por una oleada repentina de cansancio—. No tenemos nada. ¿No te das cuenta?

—¡Tenemos a Mehmed!

Lada levantó la vista. En la noche, de la que había desaparecido por completo el fuego, las estrellas eran estáticas, inmóviles y frías.

—No basta —dijo.



Radu estaba sentado a espaldas de su hermana, cepillándole el pelo y dominándolo a fuerza de romperlo. Lada siseó.

—Estate quieta —dijo él, ignorando el manotazo que había intentado darle.

Estaban lo más cerca que podían de la chimenea, sobre una gruesa alfombra que de poco servía contra el profundo frío de la montaña sobre la que se asentaba la fortaleza.

La puerta de sus habitaciones comunes se abrió de golpe, y entró corriendo Mehmed, pálido y con los ojos muy abiertos. Radu se llevó una gran alegría. Ese invierno, desde la crueldad de Lada en la montaña, el hijo del sultán había ido muy poco a visitarlos. Ahora Lada estudiaba sola, y aunque Radu asistiera a las mismas clases que Mehmed, el ambiente se había enfriado. Radu odiaba la distancia interpuesta entre los dos, y a Lada por haberla creado.

Su alegría se esfumó de golpe ante la evidencia de que pasaba algo raro. Soltando el cepillo, fue al encuentro de Mehmed, y tras acompañarlo hasta un cojín le llenó una copa de agua y se la dio.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué tienes?

—Mis hermanos —dijo Mehmed, con la mirada perdida en la copa—. Se han muerto mis dos hermanos mayores. Hace meses. Y no me lo había dicho nadie.

—Mehmed... Cuánto lo siento...

Radu le pasó un brazo por los hombros. Primero Mehmed se puso tenso. Luego se apoyó en él. La felicidad de Radu por volver a estar tan cerca después de tantas semanas de frialdad habría servido para calentar toda la habitación.

—¿Pero habías llegado a conocerlos?

La pregunta era de Lada, que se echó hacia atrás a la vez que se tocaba el pelo, recién alisado.

Mehmed, aturdido, sacudió la cabeza.

—No, la verdad es que no. Sus madres eran esposas importantes. A ellos los habían educado para heredar el trono.

La madre de Mehmed era una concubina, una esclava. Mehmed casi nunca hablaba de ella, pero en los pocos casos en los que lo hacía, Radu lo escuchaba con envidia. Él echaba de menos a su niñera, y también la idea de una madre.

—¿Y ahora? —Lada se irguió mucho, con súbito interés.

—Ahora están muertos. Y mi padre, al final, ha hecho las paces con Hunyadi. Está cansado; le pesa el corazón, y lo que más desea es retirarse a su propiedad de Anatolia y pasarse el resto de la vida conversando, soñando y bebiendo junto a sus filósofos.

Mehmed enseñó el fajo de pergaminos que tenía en la mano. Lada se levantó para cogerlos y leerlos por encima. Mehmed apoyó la cabeza en el hombro de Radu, que se quedó lo más quieto que pudo, aunque sus músculos le rogasen que cambiara de postura: temía que un solo movimiento, por pequeño que fuera, ahuyentase a Mehmed como un pájaro.

Lada se dejó caer sobre el cojín más próximo, mientras releía la misiva.

—Ha abdicado. En ti. Te da el título de sultán, bajo el estandarte de la nueva

paz.

Radu tuvo la sensación de que se abría el suelo. En el silencio de la habitación, sentía en los oídos el zumbido del viento. A Mehmed —su Mehmed— le habían dado el trono del estado otomano. Uno de los poderes más grandes del mundo depositado en sus hombros como un paño opulento y celestial. ¿Qué comportaría para Radu y Lada? ¿Podrían quedarse con Mehmed?

¿O facultaba a Mehmed para devolverlos a Valaquia?

Porque... Radu no estaba seguro de desearlo.

—Yo era el tercero en la línea de sucesión. En principio no tenía que heredar. Además, soy demasiado joven. ¡Tengo doce años!

A Mehmed le temblaba tanto la mano que derramó el agua. Radu le quitó el vaso suavemente para dejarlo en una mesa, y tomó entre sus manos las del hijo del sultán.

—¿Qué vas a hacer?

—No puedo hacer nada.

Lada se levantó, dejando caer el pergamino al suelo, y empezó a pisotearlo. Radu estaba asustado; ella, furiosa.

—Sí que puedes hacer algo: no quedarte aquí sentado, temblando de miedo. Puedes levantarte como un líder, ponerte tus mejores galas y entrar a caballo en Edirne como lo que eres, el sultán.

—No lo entiendes. La corte... no me aceptarán. —Mehmed la miró, lloroso—. No estaba previsto que yo fuera sultán. Me destrozarán. No tengo aliados, ni a nadie de mi parte.

Lada sonrió con maldad, y adoptó su tono más burlón.

—O sea, que ahora me das la razón. Yo creía que tu mayor fortaleza era la fe.

—Sí, mi fe es mi fortaleza. —La expresión de Mehmed se endureció.

—Pues entonces tienes a Dios de tu lado. ¿Qué vale contra eso una corte llena de aduladores? Enfúndate la armadura de tu fe, y toma posesión de tu trono.

Mehmed apartó las manos de Radu y se levantó con los hombros en alto y la espalda recta, mirando a Lada con la cabeza erguida. Detrás de aquel cuerpo enclenque, y de aquella cara que solo daba los primeros pasos para convertirse en la de un hombre, Radu atisbó en qué podía convertirse Mehmed, y se estremeció.

—*Seré* sultán —dijo Mehmed con voz ronca—. Cuando suba al trono, seré la mano de Dios sobre la tierra. Cumpliré el destino que expuso el profeta Mahoma, la paz sea con él. Así tendrás que darle la razón. —Se desinfló de golpe, perdiendo el ardor de su voz—. Pero necesito más tiempo. Quiero hacer algo más que ocupar el trono. Quiero ser su *dueño*.

—¿Cómo pueden esperar que tú seas su guía? —preguntó Radu—. Serás un gran líder, sí —añadió enseguida por miedo a insultar a Mehmed—. Lo que ocurre es lo correcto. Es la mano de Dios la que te entrega el trono.

Nada más decirlo, supo que era cierto. Acababa de ver cómo era Mehmed, y en qué se podía convertir. Era inteligente, leal, ingenioso y fuerte. Cuando rezaban juntos, Radu sentía emociones más profundas que cuando lo hacía a solas, como si el alma de Mehmed tuviese una fuerza superior a la de cualquier otra persona de su entorno.

Lada se dio unos golpecitos en la barbilla.

—Creo que podemos ayudarte. Tu padre abdica a causa de la paz con Hunyadi, ¿verdad?

Mehmed asintió, frunciendo el ceño de curiosidad. Radu se echó hacia atrás y gimió, tapándose la cara con las manos. Conocía demasiado a su hermana.

Su ayuda no podía deparar nada bueno.

—Muy bien, sultán Mehmed, pues vamos a tomar posesión de tu trono. —El rostro de Lada se contrajo en una sonrisa que habría sido la envidia de un lobo —. Y ya que tu padre solo se ha sentido bastante seguro para abdicar a causa de la paz... al llegar empezaremos una guerra.



A Juan Hunyadi, voivoda de Transilvania.

Me mueve a escribir nuestro interés común en derrotar a los infieles turcos, y proteger la santidad cristiana de Transilvania, Valaquia y la propia Constantinopla. Sabed que soy la hija de Vlad Dracul, voivoda de Valaquia, y que he pasado los últimos años como rehén de la corte otomana, a fin de garantizar la lealtad de mi padre.

Durante dicha estancia han entrado muchos secretos en mi conocimiento. Deseo acabar en esta tierra con la plaga del islam, y vos podéis ayudarme a lograrlo. Hoy mismo ha renunciado Murad al sultanato, entregando el trono a su hijo menor, Mehmed. Se trata de un joven impetuoso e inexperto, un fanático cuya fijación es tomar Constantinopla. Carece del respeto de sus soldados, y del control de su pueblo. Atacad de inmediato, y con fuerza. Asegurad nuestras fronteras, repeled a los infieles y limpiad de semejante escoria la cristiandad entera.

Yo haré todo lo posible por fomentar la discordia y la rebelión dentro de las fronteras de Mehmed. Fuera de ellas, confío en vos como Athleta Christi. Reunid fuerzas para una cruzada como jamás la haya visto el mundo.

Espero impaciente el día en el que, libre al fin de este nido de víboras, pueda unirme a vos para proteger Valaquia, Transilvania y la bendita Constantinopla.

Ladislava Dragwlya, Hija del Dragón

Lada clavó la rodilla en la barriga a Nicolae, y estuvo a punto de darle en la entrepierna. Él perdió el equilibrio al esquivarla. Aprovechando su ventaja, Lada empezó a asestar golpes con su espada de práctica de madera, hasta hacer que Nicolae soltase la suya y retrocediese. También ella la soltó, a fin de mantener el interés de la pelea.

Odiaba haber vuelto a Edirne. Odiaba la sensación de estar enjaulada, pero lo que más odiaba era haberse imaginado por un tiempo que en Amasya era libre. En esas tierras, la libertad era una falsedad, una fantasía de oropel que la hacía caer en la trampa del adormilamiento, la aceptación y el olvido.

En Edirne no era libre, ni lo sería nunca.

No había visto a Halima ni a Mara. Ignoraba si seguían en la capital, o si Murad se había llevado consigo a sus esposas. Esperó por el bien de Halima que así fuera, y por el de Mara lo contrario.

Sin embargo, no le apetecía ver a ninguna de las dos, ni reflexionar sobre las cuestiones que habían planteado.

De momento, Radu y ella no tenían más remedio que esperar. Las afirmaciones de Lada en su carta a Hunyadi habían sido recibidas con risas y alborozo por Mehmed. También Radu se había reído, a la vez que lanzaba miradas de pavor a su hermana por detrás de Mehmed. Él entendía lo que había de cierto detrás de las palabras de Lada.

Sin embargo, mientras averiguaban si Hunyadi mordería el anzuelo, y si la amenaza de una guerra contra el imperio sacaría a Murad de su retiro

prematureo, Mehmed era sultán. Habían pasado dos semanas desde su llegada a Edirne, y Lada no lo había visto ni una sola vez. Se encontraba secuestrado por la corte, a merced de los vaivenes perniciosos de sus enemigos y sus aliados. Más de los primeros que de los segundos. Nadie estaba contento con el nuevo líder.

Lada había estado segura de que se vendría abajo con la presión, pero a pesar de las maquinaciones del propio Mehmed para provocar el regreso de su padre, se estaba mostrando a la altura. No cedía ante nadie, y hacía frente abiertamente a cualquier reto, con grandes deseos de aprender.

Lo malo era que no se podía acceder a él de ningún modo. A veces Lada lo echaba de menos, cosa que se reprochaba amargamente. A la larga, confiar en él no haría sino perjudicarla.

Hizo el amago de darle un puñetazo en la cabeza a Nicolae, que se protegió con una mano. Entonces le asestó una estocada mortal con su daga de madera.

Nicolae se dejó caer teatralmente al suelo, entre risas.

—Otra vez muerto a manos de la chica más fea del mundo. —Sacó la lengua, haciéndole una mueca.

—No soy ninguna chica. —Lada le dio una patada en la barriga—. ¿A quién le toca?

Los demás jenízaros, repartidos en círculo alrededor de Lada y Nicolae, arrastraron los pies por el suelo, rehuendo su mirada. Nicolae se apoyó en un codo.

—¿Nadie? ¡Qué cobardes!

—Yo aún tengo morados de la otra vez.

—A mí me duele estar sentado.

—No lucha limpiamente.

Quien ni siquiera contestó fue Ivan, que no le había perdonado a Lada su

derrota el día en que se habían conocido. No solo se negaba a pelear con ella, sino que casi siempre la ignoraba.

Lada se rio, enseñando sus dientes afilados.

—Claro, como que en el campo de batalla tendrá tanta importancia el honor... Os moriréis con una espada entre las costillas, pero con el consuelo de saber que guardasteis las formas.

Recogió su espada de práctica sin filo, abandonada al borde del círculo, y cortó con ella el aire, siguiendo la línea colectiva de las gargantas de los jenízaros.

—Prefiero que me mates tú en este círculo que morir en el campo de batalla en nombre del pequeño fanático —dijo Nicolae.

Hubo un murmullo general de asentimiento. Cada vez se callaban menos sus quejas sobre Mehmed, sobre el trabajo que hacían ellos y sobre cómo les pagaban. A Lada no le pasaba desapercibido que aireaban sus agravios sin importarles quién pudiera oírlos, señal del poco miedo que les inspiraban las posibles represalias o broncas.

—¿Qué pasa aquí?

Entró en el círculo de práctica un hombre bajo y de ojos oscuros, penetrantes, que tenía una de sus orejas reducida a una masa informe de cicatrices. Los jenízaros se cuadraron.

—Estábamos practicando, señor.

Nicolae mantenía la vista al frente, como si no mirar a Lada pudiese evitar que el comandante se fijase en ella.

—Entreno con estos jenízaros. —Ella sostuvo la mirada del recién llegado sin pestañear.

—¿Desde cuándo?

—Ya hace meses. Vine con ellos desde Amasya.

—En Edirne no somos tan laxos como en otras regiones. Aléjate de aquí.
El hombre se giró, señal de que la despedía.

—No.

—¿No? —El hombre ladeó la cabeza.

—No. No le hago daño a nadie, y está claro que a tus hombres no les va nada mal el desafío.

El comandante se giró hacia Nicolae.

—Enséñale a esta niña que no pinta nada en un campo con jenízaros.

—¿Es necesario, Ilyas? —Nicolae hizo una mueca, frotándose la nuca.

—¿Te ha parecido que te lo pedía?

—Es que acabo de luchar con ella. Encárgaselo a otro.

Rojo de incredulidad, Ilyas hizo señas a otro de los jenízaros. Era valaco, lo cual le granjeó inmediatamente las simpatías de Lada. Matei se adelantó con un suspiro atribulado, y se hizo con una espada de práctica. Lada aún no había luchado contra él. Los jenízaros de Edirne siempre se quedaban al fondo, perplejos y cautos, mientras que los de Amasya estaban acostumbrados a ella.

Matei estaba en bastante buena forma, y se movía con precisión, apoyándose en un cuerpo compacto y poderoso. Lada lo tuvo desarmado y en el suelo en seis movimientos. El siguiente jenízaro le duró cuatro. El tercero se resistió más: tuvo que pasar todo un minuto antes de que también cayera derrotado.

—¡Basta! —Ilyas tomó una espada y se plantó con paso firme en el centro del círculo de prácticas.

La primera en atacar fue Lada, como siempre. Ilyas se adelantó y bloqueó su estocada con una fuerza estremecedora, como si supiera lo que haría antes que ella misma, y la interpretase con la misma facilidad con que Radu leía las emociones de la gente.

Tras varios ataques fallidos de su contrincante, Ilyas se apoderó de la

espada de Lada por el filo y se la arrancó de las manos. En lugar de apartarse, ella gritó y se lanzó sobre él, esquivando su espada, mientras se sacaba una daga de la funda que tenía en la muñeca y le apuntaba al cuello.

Él hizo que chocaran sus cabezas, dejándola tirada en el suelo.

Lada vio girar el cielo, muy azul. En su campo visual apareció Ilyas con la mano tendida. La cogió. Él la ayudó a levantarse. Lada se negó a tambalearse por principio, aunque su cabeza protestara amargamente.

—Persevera. —Ilyas la miró y se alejó.

—He perdido —dijo Lada con una mano en la cabeza.

—No —respondió Nicolae, pasándole un brazo por los hombros—. Estoy seguro de que quiere decir que has ganado.

—¡Lada!

Frunció el ceño, y al girarse vio a Radu, que corría hacia ella sin aliento. Agazapada en posición de ataque, buscó la amenaza a espaldas de su hermano, dispuesta a matar a quien lo persiguiese, pero Radu la cogió por los hombros. Le brillaban los ojos de pánico, o de entusiasmo, o de ambas cosas.

—Hunyadi. El Papa. Han declarado una cruzada. Ya se han puesto en marcha.

Lada parpadeó. Había escrito a Hunyadi dudando de que alguien le prestase atención. Ya debían de encontrarse previamente al acecho, a la espera de una oportunidad. Ahora la tenían, y la aprovechaban. Echó la cabeza hacia atrás y se rio, emitiendo una especie de ladrido ahogado, como los de los perros callejeros que merodeaban por Tirgoviste.

—¡Hunyadi! ¡Una cruzada!

Matei dio una orden a pleno pulmón. Los jenizaros se pusieron inmediatamente en formación para dirigirse al cuartel y recibir el parte. Radu seguía estrujando los hombros de su hermana, que al mirarlo a la cara percibió

su rigidez y miedo.

—¿Qué pasa? Es lo que queríamos. Lo que quería Mehmed. Así Murad no tendrá más remedio que volver al trono.

—No, es que hay más. —Radu sacudió la cabeza—. Nuestro padre... ha enviado tropas. Mircea encabeza un contingente de valacos.

Durante un breve momento de gloria, a Lada se le llenó el corazón de orgullo por su padre. Por fin había encontrado su valor, y salía en defensa de su propio pueblo contra...

Contra el país que retenía a sus hijos como garantía.

—Nos ha sacrificado —susurró Radu.

Lada apretó el pomo de su espada de práctica hasta que se le agarrotaron los dedos. Las palabras de Mara acerca del deber para con el país de cada cual perdían su sentido si al país en cuestión le era indiferente su deber para con uno.

—Sacrificarnos lo hizo hace años, pero ni en sueños permitiré que nos mate.

Soltó la espada y tomó a Radu por la muñeca para arrastrarlo rápidamente hacia las alas principales del palacio. Le dolía la cabeza, y ya le estaba saliendo un chichón por el golpe de Ilyas, pero no tenía tiempo de recrearse en su dolor.

—Mehmed no dejará que nos mate. Ahora es sultán.

Radu lo dijo como si intentara convencerse a sí mismo. Lada estuvo a punto de reírse por la ironía.

—Toda esta situación la hemos instigado nosotros para que vuelva su padre a ser sultán. Es muy posible que Mehmed se quede pronto sin voz ni voto. Lo que nos toca a nosotros es salir corriendo. Ahora mismo. Con la confusión del movimiento de tropas podremos irnos sin ser vistos.

—¿Con qué víveres? ¿Y con qué dinero? Aunque consiguiéramos salir de la

ciudad, no podemos volver a Valaquia.

Lada frenó de golpe ante la puerta de los pequeños aposentos que ocupaban en palacio. Dentro estaba Mehmed, dando vueltas con las manos en la espalda, y la frente arrugada de preocupación. Lo acompañaba un contingente de guardias, así como Halil Pachá, el consejero principal a quien había heredado de su padre. El responsable del cautiverio de Lada. Su presencia debía de significar que el nuevo sultán no había logrado hacer prevalecer sus argumentos para proteger a Lada y Radu. Los dedos de Lada amagaron con aproximarse a las fundas de las muñecas, donde seguían las dagas.

Mehmed levantó la vista sin cambiar de expresión. Lada irguió la cabeza, desafiante. Si pensaban castigarlos a ella y Radu por los actos de su padre, no lo harían sin resistencia. El primero que tocase a Radu era hombre muerto.

—¡Ah, estáis aquí! —Mehmed se acercó rápidamente, haciéndoles señas de que entrasen—. Puedes retirarte, Halil Pachá.

De modo que los guardias no habían venido en busca de Lada y Radu. Aun así, Lada no relajó su postura.

—Aún tenemos mucho de que hablar. —La mirada del maduro consejero se volvió más penetrante.

—¡He dicho que puedes retirarte!

Lada observó con interés la expresión burlona de Halil Pachá, y el tono malhumorado de Mehmed. No era el de una persona con poder.

Su mirada se cruzó con la de Halil Pachá, llena de astucia. Mientras el consejero se alejaba, Lada casi vio los hilos que arrastraba, y que se prendían en todo. Mehmed era sultán, pero no tenía el poder.

Los acompañaron a los nuevos aposentos de Mehmed, más opulentos y deslumbrantes que los anteriores, si cabía. Tras dar órdenes a su guardia de que se quedara fuera, Mehmed dio un portazo y se dejó caer en un cojín.

—No va a venir.

—¿Qué? —Lada caminó alrededor de la habitación, siguiendo con los dedos los dibujos de oro pintados en las paredes.

—Mi padre. Se ha negado a ponerse al frente del ejército. Dice que ahora yo soy el sultán, y que es mi cometido. Si no hay más remedio, lo haré lo mejor que pueda. ¡Pero no estoy preparado para enfrentarme con Hunyadi!

En ese momento intervino Radu, con voz aguda y rápida por el alivio de que aún estuviesen a salvo. De momento.

—Lada podría explicarte las tácticas de Hunyadi, que lo ha estudiado.

La mirada de su hermana se clavó en él como un cuchillo.

—Sí, y puedo decirte que Hunyadi y sus fuerzas cuentan con la bendición de Dios y el fervor de una cruzada renovada. Que usa carros como barricadas móviles, y que es organizado, rápido y brutal. Que hace años que esperan esta oportunidad para unirse, y que caerán sobre tus dominios como una nube de langostas. Y puedo decirte que tus jenízaros, los soldados que necesitas que te obedezcan incondicionalmente, te insultan a tus espaldas, y se quejan de estar mal pagados y mal tratados. Me imagino que entre los spahis será igual tu popularidad.

Los spahis aún tenían más que perder si fracasaba el sultán. Poseían tierras, riquezas, prestigio e influencia. Lo único que tenían los jenízaros eran sus vidas y salarios.

Mehmed levantó las manos en un gesto de desesperación.

—¡Ya sé que no estoy preparado para enfrentarme con Hunyadi! No lo teníamos pensado. ¡Necesito a mi padre!

Al final de la frase le falló la voz, y Lada comprendió de golpe que lo habían echado a los lobos, igual que a ella y Radu. Su padre no lo había abandonado y sacrificado menos que el de ellos dos. Si no lo devoraba

aquella guerra, lo harían hombres como Halil Pachá.

Se sentó al lado de Mehmed, suspirando, y se inclinó hacia atrás para contemplar la magnificencia de las formas geométricas talladas en el techo.

—Tu padre dice que eres el sultán.

—Sí, ahí está el problema. —Mehmed, irritado, chasqueó la lengua.

—La solución, dirás. Si eres tú el sultán, él tendrá que obedecer tu orden de que venga a ponerse al frente de tu ejército. Si no eres el sultán, tendrá que volver y ponerse al frente de su ejército.

En la cara de Mehmed apareció lentamente una sonrisa.

—Lada, me parece que te quiero.

Recibió de ella un puñetazo en el hombro, que le hizo apartarse y mirarla con indignación.

—¡Cómo te atreves a pegarme!

—Atreviéndome. Venga, ve a escribir tu misiva, que la cruzada no espera, y tú tampoco deberías hacerlo.

—¿Y nuestro padre? —Mientras Mehmed iba en busca de sus instrumentos de escritura, Radu se quedó en el centro de la sala, retorciéndose las manos—. ¿Qué decimos?

—Nada. Ni decir, ni hacer. A un oso dormido no hay que pincharlo con el dedo para preguntarle qué hará cuando se despierte.

—De todos modos, me parece que tengo una idea. Para estar los dos a salvo.

Lada expulsó un poco de aire entre sus labios, desdeñosamente.

—De estar los dos a salvo ya me ocupo yo. ¿Te acuerdas de lo que te dije en el establo cuando te torturaba Mircea?

Por fin se abrió paso una sonrisa entre las preocupaciones de Radu, iluminando su cara con una belleza que rivalizaba con la del techo.

—No dejarías que me matase nadie más.

—Ese honor es exclusivamente mío.

Radu se relajó y apoyó la espalda en un cojín, con los brazos muy abiertos. En muchos sentidos seguía siendo un niño, y Lada quería que siguiera siéndolo. O bien obligarlo a que dejara su niñez definitivamente atrás. Le fastidiaba no acabar de decidirse nunca por una de las dos opciones.

Esperó a que Radu dejase de mirarla para convertir su sonrisa en una expresión seria y calculadora. Tenía que mantenerlos a salvo de las iras de Murad. Tenía que sacar provecho del gobierno de Mehmed, pero no sabía cómo.



—¿A dónde vas? —preguntó Radu, sabiendo la respuesta.

—A entrenar. —Lada acabó de calzarse las botas. Llevaba pantalones por debajo de la falda, que lucían mal acomodadas como si se las hubiese puesto en el último momento.

—¿Aunque los jenízaros se hayan ido a la guerra?

—Quedan unos cuantos.

—Eres tan amiga de los jenízaros, que nunca te veo. —Radu frunció el ceño.

Procuró no adoptar un tono suplicante, pero se encontraba solo. Mehmed siempre estaba ocupado, y Radu tenía miedo de ser como lo habían visto de pequeños Lada y Bogdan, una molestia. Cuando Mehmed lo quería a su lado, Radu acudía presto y sin rechistar, pero si no lo llamaba, vagaba apático y sin rumbo.

Lada no contestó. Radu no pudo resistirse a fastidiarla.

—¿Te acuerdas de cuando vinimos?

—Pues claro. Solo hace cuatro semanas. ¿Eres tonto o qué?

—No, me refiero a la primera vez. Con nuestro padre.

Se quedó callada. De su padre nunca hablaban, ni entre ellos ni con nadie. La piel que rodeaba los ojos de Lada delató un nerviosismo que también sentía Radu, como si el mero hecho de evocar el recuerdo de su padre pudiera hacer

que alguien se diera cuenta de que se había roto su contrato con los otomanos, y de que el precio eran las vidas de los dos hermanos.

—Siempre estabas enfadada conmigo.

—Sigo estándolo, Radu. Explícate mejor.

—Lo que te enfadaba era mi amistad con el enemigo. Montaba a caballo con los jenízaros, hablaba con ellos... Y ahora... pues me parece gracioso que se hayan convertido en tus mejores compañeros.

El rostro de Lada sucumbió a una oleada de emociones, entre las que Radu sospechó que se encontraba el sentimiento de culpa, aunque le resultó más familiar la siguiente, el enfado. Al final, su hermana se decidió por la burla.

—A ti no tengo que rendirte cuentas. Ve a arrastrar la panza por el suelo delante de tu dios. Al menos yo tengo una espada en la mano.

Un portazo marcó su salida. Radu suspiró y se frotó la cara, sin saber qué había esperado conseguir provocando a su hermana. ¿Que no siguiera entrenándose con los jenízaros? ¿O que reconociese que había aceptado Edirne como hogar? Así también habría podido reconocerlo él.

Le escocía la injusticia de que Lada pudiera odiarlos y disfrutar de ellos a la vez. Si alguien se merecía ser amigo de los jenízaros era él. Se preguntó qué había sido de Lazar, a quien no había vuelto a ver. Le habría gustado tenerlo a su lado, para bromear y estar a gusto en algún sitio, como en los establos, tanto tiempo atrás.

Salió en busca de Molla Gurani, mientras su alma chisporroteaba como una vela cuando se le consume la mecha. El preceptor estaba estudiando en sus aposentos. Tras calibrar con la mirada a Radu, se levantó.

—Vamos a dar un paseo.

A Lada le encantaba hacer comentarios sobre lo aburrido que era Molla Gurani, hijo bastardo, según ella, de un pastor que se había propasado con una

de sus ovejas. De noche repetía sus lecciones en una especie de monótono balido, hasta que Radu le rogaba que parase, por miedo a que la versión de Lada sustituyera mentalmente al original.

A Radu, Molla Gurani le resultaba de lo más reconfortante. Su comportamiento ascético le hacía sentirse sereno y a salvo de peligros. Llegaron a una fuente, donde Radu se desahogó de lo que no era capaz de reconocer ante Lada. Había estado a punto. Hasta había pensado que si se lo presentaba como un plan secreto para salvarles a los dos la vida, ella podría acceder, pero estaba tan solo como siempre en esos temas.

—Quiero convertirme.

Molla Gurani se limitó a parpadear y asentir con la cabeza, como si fuera un comentario sobre el tiempo.

—No puede enterarse nadie. ¿Sería aceptable? Si quedara entre Dios y yo, quiero decir.

—Las conversiones de verdad siempre son solo entre un hombre y Dios.

Radu se secó la frente con alivio. Tenía miedo de que si Lada se enteraba de que ya era oficial quedarán rotos los últimos restos de su unión. Más allá de su forma de ser, Lada era su familia, su infancia, su pasado. Era necesario que siguieran juntos.

Pasó un hombre con atuendo formal, aunque desconocido para Radu. Estaba delgado, pero tenía la barriga pronunciada, como si su abdomen fuese un bulbo anclado a un fino tallo. Su cara carecía de pelo. No es que estuviese recién afeitado, sino que no tenía vello. Molla Gurani inclinó la cabeza. Los dos hombres se saludaron. El lampiño miró a Radu como si esperara que se lo presentasen.

—Radu es uno de mis alumnos. Radu, te presento al eunuco jefe —dijo Molla Gurani.

—¿Qué es un *eunuco*? —preguntó, avergonzado. Radu sabía que era algún tipo de título, pero ignoraba qué grado de respeto debía mostrarle.

Le pareció que era la primera vez que veía incómodo a Molla Gurani desde que se conocían. El eunuco jefe, en cambio, sonrió, y le hizo señas de que se acercara.

—Ven, que te lo explicaré.



Radu estaba con el agua al cuello. Al doblar las rodillas, solo quedaron por encima de la superficie su nariz y sus ojos. El vapor que flotaba en todas partes difuminaba los dibujos azules y blancos de las baldosas, convirtiéndolo todo en manchas de calor y color que lo aturdían. En Valaquia solo se bañaban en verano, al instalarse a la orilla del Arges. El resto del tiempo se lavaban con paños y jofainas. Los baños eran un lujo otomano del que disfrutaba.

Lada, por su parte, era insensible a esas comodidades, y nunca usaba los baños del palacio, a pesar de que había un horario reservado para las mujeres. También había un baño privado permanente para ellas, pero formaba parte del complejo del harén, y por supuesto Lada no podía, ni quería, poner el pie en este último. Radu había oído contar que algunas mujeres ingresaban en él como una manera de divorciarse de sus maridos. El eunuco jefe sabía más anécdotas que nadie en toda la ciudad. A Radu le encantaba oírlas.

Daba igual. Que dedicase Lada el tiempo libre a estar con los soldados, disfrutando de sus chistes de mal gusto, y de su olor más zafio aún. Radu prefería consagrar el suyo a estudiar las escrituras y enseñanzas del Profeta. El sentimiento que encontraba en las santas palabras solo podía compararlo con las largas tardes que había pasado al lado de la chimenea junto a su niñera, a salvo, y aislado del resto del mundo. Era algo indescriptible, que se esforzaba al máximo por esconder a Lada, pero cuando oía llamar a la

oración, era como si su corazón volviera a casa.

Deseoso como estaba de seguir reflexionando sobre ello, y de practicar las fórmulas de conversión que tantas veces había pronunciado en su fuero interno, pero nunca en voz alta, se alegró de que no hubiera nadie en los baños. Siempre iba a horas desusadas, para evitar al gentío. Había empezado a salirle vello donde antes no lo había. Cada noche le dolían las piernas por cómo se las estiraba el tiempo, que al fin venía a llevarse su niñez. Por otra parte, el agua caliente tenía un efecto singular en su virilidad en desarrollo, una sensación de la que disfrutaba, y que prefería experimentar a solas.

Pobres eunucos. Aunque el jefe dijera que sus padres no habían podido brindarle ningún otro futuro que castrarlo y venderlo, a Radu no le parecía una suerte muy benévola. Tenía poder, el jefe, sí; tenía todo el harén a su cargo, y conocía todos los entresijos del imperio, pero... ¡a costa de qué sacrificio!

Cerró los ojos y dejó flotar los brazos, notando que el agua se llevaba toda la tensión.

De repente le agarraron los tobillos y lo sumergieron.

Empezó a patallar desesperado, recordando con pavor cuando Mircea le aguantaba la cabeza debajo de la fuente hasta que lo veía todo negro, y casi le estallaban los pulmones por falta de aire. A través del pánico de Radu se abrió paso con sus garras una idea atroz. ¿Habría muerto Mircea en la batalla, y habría vuelto su alma para llevarse la de su hermano?

Mientras se le deshacía el grito en burbujas, tocó un hombro con el pie, y se retorció hasta soltarse y salir de nuevo a la superficie, escupiendo agua.

A su lado emergió Mehmed, con la cara chorreante y los dientes muy blancos y brillantes. Nada de fantasmas. Eran Mehmed y sus bromas, no Mircea y sus torturas. Las carcajadas del muchacho reverberaban a su alrededor, llenando la habitación hasta contenerlos a los dos como un capullo.

Radu tuvo la sensación de respirar las risas de Mehmed, que llenaban sus pulmones, calientes y pesadas, y se le posaban en la piel.

—Me has asustado. —Se le movía con dificultad la lengua dentro de la boca. Llevaba varios días sin ver a Mehmed, y a solas, varias semanas.

—Ya, se te ha notado. —Una sonrisa traviesa contrajo los labios de Mehmed—. Parecías a punto de quedarte dormido. Me ha dado miedo que te ahogases.

—Ah, pues gracias por impedirlo arrastrándome debajo del agua como si quisieras ahogarme.

Mehmed hizo una reverencia teatral. Estaba exaltado, con las mejillas tan rojas que no lo explicaba solo el calor. La guerra no iba bien, a pesar de que su padre hubiera accedido a regañadientes a encabezarla.

—¿Tienes buenas noticias?

La esperanza estrujó el pecho de Radu como si lo rodease con correas. Fue una sensación extraña, a la que no supo cómo reaccionar. ¿Esperanza de qué? ¿De que estuviesen ganando las fuerzas de Mehmed? ¿Sería una traición, teniendo en cuenta, como bien sabía, que su propio hermano encabezaba algunas de las tropas del conflicto? ¿Una victoria de los otomanos aumentaba o reducía las probabilidades de que a Radu y Lada los matasen por la traición de su padre? Al ver un brillo de alivio en los ojos negros de Mehmed, Radu supo cuál era su esperanza: lo mejor para su amigo. Más allá de lo que comportase para él mismo.

Mehmed levantó las manos bruscamente, echando agua encima de los dos. En su alegre abandono, fue un gesto infantil. Desde que habían vuelto a Edirne, con su política, sus exigencias y la guerra, Mehmed se había mantenido inflexible y recto como una estaca. Al verlo relajado, Radu se rio.

—Mi padre ha vencido en Varna. La cruzada ha sido derrotada. ¡Hunyadi ha

huido como un perro, y ahora mismo viene hacia aquí la cabeza del rey húngaro, clavada en la lanza de mi padre!

Radu sonrió todo lo que pudo, pero por dentro calculaba las repercusiones de la noticia, y cómo podía afectarlo.

—Tu padre no estaba. —La expresión de Mehmed se volvió pensativa.

Afectando un tono de broma y naturalidad que no podía estar más lejos de lo que sentía realmente, Radu se puso una mano en el pecho.

—¿Mi padre, el cobarde? ¿Perderse una batalla, habiendo apoyado tibiamente a ambos bandos? Me escandaliza.

—De la suerte de Mircea no tengo noticias.

—Poco me importa a mí su suerte. —La amargura que agriaba las palabras de Radu reveló la falsedad de su indiferencia.

Mehmed le puso en el hombro una mano cuyo peso fue a la vez un consuelo y una extraña fuente de emoción, haciendo que Radu se sintiese *real* de una manera que a menudo le costaba sentir.

—Ya se arreglará —dijo Mehmed—. Habrá un nuevo tratado. Además, mi padre quiere que me quede en el trono. Yo... yo creo que estoy preparado. Sé que no era nuestro plan, pero las últimas semanas me han hecho cambiar de opinión. Ahora lo deseo. Creo que puedo ser sultán.

Al final de la frase subió un poco el tono, como insinuando una pregunta.

—Yo creo —dijo Radu, poniéndole también una mano en el hombro— que serás el sultán más grande que haya visto tu pueblo.

—Lada no cree en mí. —La boca de Mehmed se torció con ironía—. Ella solo cree en sí misma.

Radu sacudió la cabeza, muy consciente del espacio que había entre los dos, y del agua que ponía sus cuerpos en contacto. En ese momento se sintió a salvo, feliz y más cerca de Mehmed que de nadie en su vida.

—Ya creo yo bastante en ti por los dos.

Sabía que Mehmed podía conseguirlo. Él estaría a su lado, ayudándolo. También Lada, aunque fingiese odiar la vida en Edirne. El mundo, y el futuro de los tres, se abría ante él como la bóveda de la mezquita, siempre más arriba.

Mehmed asintió solemnemente.

—Tú no tienes por qué preocuparte por tu padre. Mientras ocupe yo el trono estarás bajo mi protección. Me aseguraré de que nadie te haga daño.

Radu cerró los ojos de alivio. Por fin alguien se preocupaba bastante por él para velar por su seguridad. Alguien, además, que tenía poder para lograrlo. Era un consuelo muy distinto a la promesa de Lada de que no lo mataría nadie salvo ella. Asintió, parpadeando para contener la emoción que se le había acumulado en el borde de los ojos.

—Pero... quizá pudieras asegurarte de que nadie informe a mi padre de que estamos sanos y salvos.

Las cejas de Mehmed se arquearon inquisitivamente.

—No se merece que lo tranquilicen. Que piense que nos ha matado. Que lo envenene la culpa, si es que es capaz de sentirla.

—Me parece adecuado. De todos modos, me alegro de que vuestro padre sea tan débil. De lo contrario, me habría visto privado de tu amistad. Y de la de Lada.

—Yo también me alegro. —Radu sonrió efusivamente

Solo dispuso de unas décimas de segundo para percatarse del cambio de expresión de Mehmed, que pasó de lo sincero a lo travieso, porque justo después se trabaron los tobillos de los dos muchachos, y Mehmed le hundió a Radu la cabeza en el agua.

Radu salió tosiendo a la superficie, mientras Mehmed se alejaba por el

agua, dejando una estela de risas. Cuando Radu fue tras él, el vapor, tan espeso que parecía un ser vivo, se abrió brevemente, permitiendo ver que en un rincón del baño había un hombre cuya presencia les había pasado desapercibida.

Y que los miraba.

Las nubes de vapor volvieron a ocultarlo justo cuando Radu lo reconocía. Halil Pachá. Las risas de Mehmed rebotaban incorpóreas entre las paredes y el techo, como campanadas de advertencia.



— Así que Hunyadi huyó —dijo Lada, que iba a caballo junto a Nicolae.

—Como un conejo de un halcón.

Asintió, pensativa.

—La muerte del rey húngaro lo desbarata todo. Hasta es posible que se le abra a Hunyadi una vía hacia el trono.

—¿Tú crees que quiere gobernar Hungría?

—No, quiere defender Europa por puro amor a la causa de Cristo. —Lanzó un resoplido—. Pues claro que quiere gobernar.

Se echó hacia atrás en la silla de montar, cerrando los ojos por el sol. Era un alivio que hubieran regresado los jenízaros. Mientras estaban fuera, combatiendo, Lada había temido volverse loca por culpa de la ociosidad. Tampoco ella había sabido en ningún momento qué desenlace preferir. ¿Una victoria de los otomanos? ¿Un triunfo de Hunyadi, y de su odiado Mircea?

Ahora daba igual. Ya estaba todo decidido. Por otra parte, una serie de muertes de figuras clave había puesto a Ilyas al frente de un grupo más amplio, que incluía a los jenízaros que habían acompañado a Mehmed desde Amasya. En total había varias decenas de miles de jenízaros distribuidos a lo largo y ancho del imperio, y los que estaban destinados permanentemente en Amasya,

con Mehmed, no pasaban de un par de centenares. Era un buen ascenso para Ilyas, aunque Lada sabía que estaba destinado a mayores cosas.

—Me gustaría haberlo visto —dijo Lada.

—Pues a mí no haberlo visto. —Nicolae se rio, una risa sombría—. Pero si hubieras estado, pequeño dragón, ¿en qué lado habrías combatido?

—En el mío.

—¿Cuál es?

El padre de Lada y Radu los había matado dos veces: primero al dejarlos en Edirne, y después con el incumplimiento del tratado que protegía sus vidas. Por él no lucharía. Y menos por Mircea, ese gusano despreciable. En cuanto a Hunyadi, lo habría matado a la primera oportunidad.

No. Giró la cabeza hacia ambos lados, topando con la resistencia del cuello de la chaqueta. No era culpa de Hunyadi que su padre hubiera debilitado Valaquia hasta el extremo de que el húngaro hubiese encontrado en ella un punto de apoyo, obligando a su padre a recurrir al sultán.

¿De Mehmed, entonces? Mehmed era su aliado en un mundo impaciente por verla muerta. Una risa, un destello de sus ojos oscuros, un estirón de pelo. Era su amigo.

Y también el gobernante del país que la tenía prisionera.

Los ojos de Lada, oscuros y perdidos, acabaron enfocándose en Nicolae.

—Mi *propio* lado.

Ató su caballo, mientras los jenízaros —los hombres de Ilyas y unos cuantos grupos más— ejercitaban sus monturas, practicando formaciones. A eso nunca la invitaban a participar. No habría servido de nada. El ejercicio de las armas, y del cuerpo a cuerpo, era una destreza individual; cosa bien distinta, y ajena en todo a Lada, eran cientos de hombres moviéndose y reaccionando como uno solo. Se sentó en la sombra, al borde del claro, apoyada en las raíces de un

árbol, de espaldas a las tropas.

—... parece bastante justo —dijo un hombre que pasaba muy cerca.

—Me cae mejor que el último comandante que tuvimos. Era búlgaro. A los búlgaros no los puedo ni ver.

—Pues yo soy búlgaro, zopenco.

—Ya, es que a ti tampoco te soporto.

Se rieron. Luego habló otra vez el primero.

—¿De verdad que van a dejar al mocoso en el trono?

Lada intentó ver quién hablaba, pero se lo tapaba el árbol. Su primer impulso fue levantarse y defender a Mehmed, pero ¿qué habría dicho? ¿Que era amigo suyo? Dudó que lo aceptasen como prueba de sus dotes de liderazgo.

—Por lo que he oído, sí. Murad ha vuelto a su retiro.

—Acaba de subir al trono y ya hemos tenido que luchar en una cruzada. ¿Cuántas veces más tendremos que hacerlo en su defensa?

—No nos pagan lo suficiente como para cargar con el peso del mocoso.

—No nos pagan lo suficiente y punto. La semana pasada, Ismael habló abiertamente de protestar delante de la propia guardia del sultán.

—¿Y ellos qué dicen?

—Ellos nada, pero tampoco evitan que lo digan los demás. Si pudiéramos tener de nuestro lado a unos cuantos oficiales de alto rango, podríamos...

Se alejaron. Lada se perdió el resto de la conversación. Sin ser nada nuevo, aquellas quejas, por lo visto, estaban más extendidas y aceptadas de lo que se había pensado. Los jenízaros pertenecían a una clase privilegiada, instruida y asalariada, pero no dejaban de ser esclavos. Se preguntó en qué fuerza real se apoyaban las palabras de los dos desconocidos, o hasta qué punto eran simples bravatas.

Poco después, finalizada la instrucción, se reunió con ella Nicolae, y mientras emprendían el camino de regreso frenó un poco su caballo para aumentar la distancia entre ellos dos y el resto de los hombres.

Esta vez no habló en broma, como de costumbre.

—Llevo aquí desde los siete años. Me he ejercitado con hermanos de todos los países situados a la sombra de los otomanos. Luchamos, sangramos y morimos por un país que no es el nuestro, obedecemos órdenes en un idioma en el que nunca nos han hablado nuestras madres, y nos inculcan una religión que permite que seamos esclavos porque no pertenecemos a ella por nacimiento. —Se quedó callado. Los cascos de sus dos caballos marcaban un ritmo discordante—. Por otra parte, vivo mejor que si me hubiera quedado en mi país. Tengo educación, y mejor instrucción militar que cualquiera de nuestros adversarios. No me falta comida, ni ropa que ponerme, ni oportunidades para progresar; al menos hasta que me rompa contra las murallas de una ciudad que debería ser mi aliada, o muera en la punta de una espada empuñada por un primo al que no conozco. Somos la fuerza más valiosa de este imperio, pero estamos aquí *porque* justamente no somos parte de este imperio. La mayoría de los días pienso que les debo mi vida a los otomanos. En Varna, en el campo de batalla, me di cuenta de que no quiero *dar* la vida por ellos. En lo más hondo de mi ser soy un soldado, sin embargo, y no deseo dedicarme a ninguna otra cosa. —Sacudió la cabeza y suspiró profundamente, levantando las palmas de las manos—. Me gustaría estar tan seguro como tú de cuál es mi bando, Lada.

Ella miró sus palmas abiertas, expectantes.

—Dime una cosa: ¿qué idioma late en lo más hondo de tu ser, allá donde sabes que eres soldado?

Nicolae bajó la vista. Su expresión se suavizó, y su mirada se hizo más

distante.

—El valaco.

—Estamos en el mismo bando. —Lada tendió un brazo para unir su palma con la del jenízaro.

Nicolae entrelazó sus dedos con los de ella. Después abrió los ojos y sonrió con sorna.

—Pues entonces mejor que no se lo digamos a nadie, porque estamos en pleno territorio enemigo.

—De momento. —Lada apartó la mano y retomó las riendas. Salió al galope, adelantando a los soldados, y, con el pelo revuelto por el viento, emprendió el camino a casa. *A Edirne*, se corrigió, regañando en silencio a su mente traicionera. A fin de cuentas, quizá no estuviera tan segura del bando al que pertenecía.



A pesar de las concesiones de Ilyas, en Edirne los mandos se mostraban más estrictos que en Amasya, y era excesiva la frecuencia con que impedían a Lada ejercitarse junto a los hombres de Nicolae. Al entrar con paso firme en sus aposentos, la sobresaltó encontrar a Radu enfrascado en una conversación con Molla Gurani, a quien llevaba tres meses sin ver, desde que se habían marchado de Amasya.

Su hermano levantó la vista, y su rostro se tiñó de culpabilidad como cuando desaparece el sol por detrás de una nube.

—¡Lada! Creía que estabas con los jenízaros.

—¿Nos obligan a volver a soportar sus clases? —contestó ella con mala cara.

Desde su llegada a Edirne, entre la guerra y las constantes obligaciones de Mehmed como sultán, Lada y Radu no habían recuperado el ritmo de sus

clases. Lada echaba de menos las lecciones de Historia, Lógica y Estrategia; no, en cambio, la insufrible monserga de Molla Gurani acerca del islam.

El preceptor levantó lentamente las cejas, cargadas por el peso del desdén.

—He venido a petición de tu hermano. No tengo inconveniente en que te marches.

—¿Qué dice? —replicó Lada en valaco, para que solo la entendiese su hermano.

Radu se encogió de hombros con la cabeza ladeada, como si sujetase algo entre la oreja y el hombro.

—¿No dicen que hay que conocer al enemigo?

Su respuesta la pilló tan desprevenida que soltó una aguda carcajada.

—A este enemigo tendrás que conocerlo por los dos.

Tras una burlona inclinación al preceptor, se fue a su cuarto. Así quedaba libre de la voz de aguas fétidas de Molla Gurani, aunque sin nada que hacer, ni nada en lo que refugiarse.

Se dejó caer en la cama, donde empezaron a pesarle los párpados de aburrimiento. Soñó con Amasya, con bañarse en el estanque junto a Radu y Mehmed mientras giraba alrededor de ellos el intenso fulgor de las estrellas. Se despertó con el nombre de Mehmed en la lengua, y su ausencia en su vida como un dolor palpable.

Salió rápidamente de sus aposentos, antes de que Radu pudiera preguntarle a dónde iba, obligándola a reconocer —ante su hermano, y ante sí misma— cuánto añoraba algún momento a solas con Mehmed como amigo, no como sultán.

En los salones del palacio se sentía invisible. Había muy pocas mujeres. En Tirgoviste estaban mucho más presentes, y menos apartadas de la actividad cotidiana de la corte. A veces se preguntaba cómo habría sido su vida sin la

huida de su madre. ¿Habría tenido en ella a una aliada? ¿A una amiga? ¿Habría impedido que los dejara su padre en Edirne?

Probablemente no. Si su madre no había tenido fuerzas para seguir junto a ellos, ¿cómo esperar que las tuviese para velar por su seguridad?

Aun así, tal vez Lada se hubiera sentido más fuerte recorriendo esas salas en compañía de otra mujer. Halima, con sus risas; o Mara, con gesto adusto. A fin de cuentas, tal vez sí tuvieran algo que enseñarle. En el palacio, los hombres ni siquiera la miraban, como si no existiera, o bien lo hacían tan fijamente que Lada tenía muy claro que *no la veían* a ella, en absoluto. Cuánto le habría gustado tener un arma en la mano, o una corona en vez de trenzas enredadas, o incluso una barba; cualquier cosa que lograra que la viesan tal como era.

A menos que no viendo nada al mirarla ya entendiesen a la perfección quién era.

No estaba segura de que los guardias le permitiesen ver a Mehmed. Nunca había venido sin invitación. Si le vedaban el acceso, no sabría qué hacer. Sin embargo, apenas tuvo que esperar antes de que le franqueasen el paso.

Mehmed alzó la vista de su escritorio y se levantó con los ojos brillantes. Lada sintió que se desvanecían la tensión y el terror del anonimato.

A Mehmed sí que le importaba.

—¿A qué debo el honor? —preguntó él, mientras hacía una reverencia exagerada con el brazo.

—No me obligues a arrancarte el turbante... —Lada lo apartó para sentarse en su silla y echar un vistazo a los papeles, a fin de que Mehmed no se diera cuenta de lo agradecida y feliz que estaba de encontrarse en su presencia. Mehmed no necesitaba que le alimentase el ego nadie más. Ya se encargaba Radu de hacerlo por toda la estirpe Draculesti. Lada levantó varias hojas de notas, cuentas y mapas. Listas detalladas de tropas y víveres, de fuerzas

jenízaras, de caballos, de carros, de armas... Cuentas de todo tipo, y mapas de... Constantinopla.

—Has trabajado mucho. —Dio unos golpecitos con el dedo en uno de los mapas.

Mehmed se inclinó para deslizar con reverencia un dedo por el borde de la hoja.

—Soy el sultán, Lada.

—Ya me había fijado.

Él sonrió y su expresión burlona disipó los aires majestuosos que trataba de infundir a su rostro a base de distancia y seriedad.

—Mi padre ha vuelto a su retiro. Yo no me consideraba preparado, pero el caso es que el trono es mío, y pienso ser digno de él.

Lada se zafó con un encogimiento de hombros de la intensidad de la postura de Mehmed, cuyo cuerpo, tan cercano al suyo, irradiaba energía. La única razón de que la afectase tanto su presencia era que en los últimos tres meses se habían visto muy poco. A menos que fuera porque no pudo evitar fijarse en que estaba más alto, más guapo, más... No. Tenía que centrarse en otra cosa. En *cualquier* otra cosa.

—¿Constantinopla? ¿Tan pronto?

Él se apartó y empezó a pasearse por la estancia.

—Tenemos un tratado de paz de cinco años con Hungría y Hunyadi. Mis fronteras nunca han sido más pacíficas. Por eso estoy aquí. Para eso he nacido.

—Lo mismo intentó tu padre cuando accedió al gobierno, y solo le causó problemas.

—Tenía demasiados frentes abiertos. —Entre las bonitas cejas de Mehmed se formó una arruga—. Sus hermanos intentando arrebatarse lo que le correspondía, y robar tierras... Tenía que ocuparse de problemas domésticos.

—¿Te apoyan tus consejeros?

La arruga se hizo más profunda.

—No, todos no, pero soy el sultán, y tienen que seguirme.

—Un sultán que para su primera batalla recurrió a su padre.

La expresión de Mehmed se volvió tempestuosa.

—¡Eso fue idea tuya! Si hubieras...

Lada percibió el sonido antes de ser consciente de lo que pasaba. Una intuición afinada en días y días de persecución por Bogdan en el bosque, un cuerpo ejercitado por la concentración de estar desesperada, y sola... La brusca sensación de que algo no iba bien, a la que podría haber hecho perfectamente caso omiso.

Se arrojó al suelo, arrastrando a Mehmed, justo cuando pasaba volando una daga donde había estado el pecho del joven sultán; una daga que, tras hacerle a Lada un corte en el hombro, chocó ruidosamente contra la pared y cayó al suelo. También Lada y Mehmed chocaron con fuerza contra el suelo. Él gruñó al quedarse sin aliento. Lada rodó hacia la daga, y con ella en las manos se giró y la lanzó nada más ver un blanco en movimiento.

El hombre esquivó un golpe mortal, aunque la daga le rozó las costillas. Una tela negra ocultaba sus facciones. Su ropa era sencilla.

El agresor sacó otra daga y se agazapó a la defensiva, desplazándose hacia un lado para tener mejor enfocado a Mehmed. Lada empujó a su amigo con el pie hacia el escritorio.

—¡Ponte detrás! —exclamó.

El atacante se pasó la daga de una mano a la otra, sin prisas, lánguidamente, mientras Mehmed se apostaba detrás del escritorio y llamaba a gritos a sus guardias.

No pareció que al asesino le importara.

Miró a Lada con una sonrisa que formaba arrugas en torno a sus ojos. La apuntó con la daga, y después miró a Mehmed. Lada lo embistió con todo el ímpetu que pudo acumular. Era un hombre fuerte, ágil y delgado; Lada, sin embargo, era robusta, y tenía más bajo el centro de gravedad. Lo alcanzó de lleno en el abdomen, dejándolo en el suelo, sin aire en los pulmones. Los dedos del hombre soltaron la daga, que se deslizó hasta quedar fuera del alcance de ambos.

El asesino estaba aturdido, pero no tardaría mucho en recuperarse. Lada le dio varios puñetazos en la cara, aunque el ángulo, que no era el ideal, le impidió aplicar toda la fuerza que esperaba. Él la agarró por las muñecas y la echó hacia un lado, aproximando sus caras a la fuerza. Sus manos eran demasiado fuertes para liberarse de ellas. Lada le estampó la frente en la nariz. Luego le mordió una mejilla, aprovechando que se había abierto un poco la tela.

Él gritó y le soltó las muñecas. Al alejarse rodando por el suelo, Lada encontró la daga. Dio media vuelta justo cuando el asesino se ponía en pie con dificultad. Tras esquivar la primera arremetida, él inició un baile a dúo que Lada había practicado muchas veces con Nicolae; un baile cuyos movimientos conocían igual de bien los dos. Como rival estaba más que a la altura de Lada, a pesar de la sangre y del aturdimiento.

Para colmo, seguían sin aparecer refuerzos.

A Lada le estaba fallando la instrucción. Su rival se anticipaba a las estocadas, y desviaba los golpes mortales. En cualquier momento lograría apresarle la muñeca y quitarle la daga. Entonces los mataría, a ella y a Mehmed.

Sintió manar la desesperación en su interior. El brillo triunfante de los ojos del asesino los convertía en presagios de muerte. Sabía todo lo que haría

Lada. Solo tenía que aguantar más que ella. Lada era mujer, casi una niña. La aventajaba en fuerza, en rapidez, en...

Con un grito de rabia, renunció a los movimientos aprendidos, y a su meticulosa instrucción, para lanzarse sobre el agresor como un jabalí salvaje, todo furia e instinto animal. Él no sabía dónde parar los golpes, porque los movimientos tenían tan poco sentido como elegancia. Lada quiso hacerle un corte en la cara. Cuando el asesino la tuvo sujeta por las muñecas, ella le mordió la mano, clavándole los dientes hasta el hueso con toda la fuerza de su mandíbula. Mientras él intentaba soltarse, Lada le asestaba una puñalada tras otra en el costado. Cuando él quiso apartarse y quitársela de encima, no se lo permitió. Subida encima de él, siguió asestando puñaladas sin fijarse dónde, ni tener en cuenta el acierto y la eficacia de sus golpes. De lo más profundo de su garganta brotó un alarido animal, que se filtró por su boca clavada en la mano del agresor.

—¡Lada!

Temblorosa, jadeante, parpadeó para disipar la neblina que le había velado la vista. Su mandíbula no respondía. Los músculos estaban tan tensos que llegó a pensar que viviría el resto de su vida con la mano del hombre en la boca. Finalmente, con punzadas de dolor en todo el rostro, consiguió separar bastante los dientes para que se cayera la mano de su adversario, momento en que sintió el sabor de la sangre que llenaba su boca, y en que se dio cuenta de que estaba en el suelo, encima del hombre.

Encima del cadáver.

Intentó levantarse, pero se volvió a caer y se apartó a rastras del cuerpo destrozado.

Mehmed le puso una mano en la cara, para girarla hacia él.

—¿Estás herida?

Lada sacudió la cabeza. Luego asintió. Después volvió a sacudirla. No sabía si estaba herida. Todo era temblor e insensibilidad. Se miró las manos, bañadas en sangre. No se las sentía.

—Lada. Lada. *¡Lada!*

Volvió a fijar en Mehmed la mirada. Era lo único en que podía fijarla de toda la sala, lo único con sentido.

—No han venido mis guardias.

Supo que era importante. Supo que había sabido que lo era antes de... aquello. De la sangre. De tanta, tanta sangre.

—¿Tú crees que están muertos?

Mehmed dio un paso hacia la puerta. Había que evitar que saliese. Lada lo sabía. Intentó entender por qué. De repente encajó todo.

—¡Para! Tenemos que irnos. Por otro camino. Si los guardias no están muertos es que han sido cómplices.

—Son jenízaros. Nunca... —Mehmed sacudió la cabeza.

—Este era un jenízaro.

—¿Qué?

Lada, a quien le temblaban los dientes, quitó la máscara del hombre. Quedó profundamente agradecida por no reconocerlo, pero aunque no supiese quién era, sí sabía qué era.

—Por su forma de luchar. Me he entrenado con docenas de versiones de él. Tenía formación de jenízaro. Tenemos que irnos ahora mismo, y escondernos hasta que sepamos de quién podemos fiarnos.

—¿Y yo, de quién puedo fiarme? —susurró. Ahora Mehmed temblaba tanto como ella.

Lada le tendió la mano. Él la aceptó.



En otras circunstancias, la cara de perplejidad absoluta de Lada habría entusiasmado a Radu. Siempre estaba tan segura de sí misma, que verla tan tiesa en medio de la habitación, protegiéndose el cuerpo con los brazos y mirando a todas partes, habría sido una imagen deliciosa, digna de ser atesorada en la memoria.

Sin embargo, estaba cubierta de sangre, y a Mehmed le temblaba la mandíbula cuando no hablaba. Ambos lucían como Radu siempre que se sentía en lo más profundo de su ser.

Ahora no podía sentirse así. Lo necesitaban.

—Tenemos que irnos a otro sitio —dijo—. Todos saben que somos amigos de Mehmed. Si hay más asesinos, y lo están buscando, podrían venir.

—No se me ha ocurrido ningún otro sitio. —Lada sacudió la cabeza, con una mirada suplicante.

Si, como sospechaban ella y Mehmed, detrás del atentado había un grupo de jenízaros, el palacio no era lugar seguro. No podían saber si lo habían organizado los propios soldados o seguían órdenes. ¿Y si acudían en busca de ayuda a un consejero, o a un pachá, y acababan en las garras de la propia persona que había ordenado la muerte de Mehmed?

No, necesitaban un lugar seguro. Y secreto. Adonde no pudiera ir nadie más,

pero al que pudieran llegar rápidamente. No podían huir sin más. Mehmed era el sultán, y si huían en un momento así, lo perdería todo.

¿Dónde podía esconderse un sultán?

Radu chasqueó los dedos.

—¡El harén!

La mirada de horror de Lada se intensificó. Mehmed frunció el ceño.

—Pero allá también podrían buscar.

—Es donde está tu madre, ¿no?

—Sí, aunque no hablamos mucho. —Asintió con la cabeza.

La política del harén era tan compleja como la de la corte, si no más. Pese a ser una comunidad cerrada, sus integrantes podían ejercer una influencia increíble en el hombre más poderoso del imperio, lo cual las convertía en una fuerza política a tener muy en cuenta. La mujer más poderosa del harén —y del imperio, por lo tanto— era la madre del sultán. Radu no la conocía, pero el eunuco jefe había comentado que era muy inteligente.

—La más perjudicada por tu muerte sería tu madre. Por lo tanto, te protegerá —dijo Radu—. Por otra parte, en el harén los guardias son eunucos, no jenizaros. Estaremos a salvo, y así podrás empezar a investigar.

—¡Es verdad! Gracias, Radu. —Mehmed le apretó un hombro.

—¡No! —Lada sacudió la cabeza, sin que se hubiera serenado su mirada—. ¡Yo ahí no puedo entrar! ¡Cuando una mujer pisa el recinto del harén, pasa a pertenecer al sultán!

Mehmed se asomó a la ventana por donde habían entrado, para asegurarse de que el camino estuviera despejado.

—Yo no te obligaría a cumplirlo, Lada; además...

—¡Daría igual! Lo sabría todo el mundo. Quedaría marcada como tu concubina, y...

Radu apretó la mano de su hermana, que seguía señalando acusadoramente a Mehmed.

—¿Y ya no te podrías casar? Menuda tragedia. Mi querida hermana, sé muy bien en qué alto precio tenías la esperanza de contraer matrimonio con algún noble otomano de segunda fila.

Finalmente, Lada lo miró. Su expresión se mantenía febril y exaltada.

—Pero sería suya.

—Creo que nuestro Mehmed es bastante listo para saber que no podría pretender tal cosa. ¿Verdad?

Radu, cuyo tono era desenfadado, se giró hacia Mehmed con una sonrisa juguetona. Tal vez se debiera a la penumbra de la habitación, o a las tensiones de la noche, pero el rostro de Mehmed se había teñido de... ¿decepción? ¿Pesar? El cambio dejó paso a una sonrisa falsa y afectada. Mehmed asintió. También Radu sentía en su pecho una tensión de miedo y ansiedad, más una amarga y tortuosa sensación de celos.

La reprimió. Estaban siendo perseguidos por unos asesinos. Lada había matado a un hombre. Tenían que ponerse en marcha. Después de rezar interiormente, tomó la delantera y bajó lentamente hasta el suelo por el muro de sillares del palacio. Primero lo siguió Mehmed, y después Lada. Radu se abrió paso por el jardín, sin apartarse de las sombras más oscuras.

—¿Cómo conoces tanto el camino del harén? —preguntó Mehmed—. Me parece que te lo sabes mejor que yo.

Radu se ruborizó, sintiéndose a la defensiva, pero el tono de Mehmed no era acusador.

—Es que conozco al eunuco jefe. Tiene una colección de mapas espectacular, y a veces le hago una visita. ¿Sabes que nació en Transilvania?

Mehmed respondió con tono tenso, pero divertido.

—Pues sí, la verdad es que conocía ese dato sobre el tercer hombre con más poder de mi gobierno.

—*Ah*, ya...

Siempre sabían todos más que Radu, hasta cuando era él quien había tenido la mejor idea para poner a los tres fuera de peligro. Se paró frente a la garita de vigilancia, una entrada lateral al gran complejo del harén. El turbante blanco del guardia era un punto de luz en la oscuridad de la noche. En su primera visita al harén, Radu había intentado notar alguna diferencia entre los eunucos y los hombres sin castrar, pero más allá de que sus voces no fueran tan graves como las de los hombres ni tan agudas como las de las mujeres, no sabía diferenciarlos.

El guardia, que ya lo conocía, ladeó la cabeza por curiosidad al verlo. Luego se fijó en que lo seguía Mehmed, y se inclinó casi hasta el suelo, antes de cuadrarse.

Mehmed pasó de largo, como si no estuviera. Radu saludó con la cabeza. El guardia los siguió con la mirada. Mehmed entró sin llamar en los aposentos exteriores del eunuco jefe.

Solo llevaban un minuto dentro cuando apareció el eunuco, aunque fuera tan tarde. Era un hombre maduro, de casi cuarenta años, con la piel arrugada y unas facciones indefinidas, como si su rostro nunca hubiera decidido del todo quién quería ser. Le hizo una reverencia a Mehmed, y al incorporarse sonrió a Radu. Lada, ensangrentada, le mereció un simple vistazo.

—¿En qué puedo servirlos, mi sultán?

—Necesito hablar con la sultana madre. Y alojamiento para esta noche.

—No faltaba más. ¿Quién deseáis que os haga compañía?

Radu tardó un poco en asimilar la naturalidad con que el eunuco jefe hizo la pregunta, y algo más en procesar su contenido, momento en que la temperatura

de su cara aumentó por la vergüenza, y también por la curiosidad. ¿Era...? ¿Venía Mehmed a menudo? ¿Disfrutaba ya de las ventajas del sultanato? ¿Cuántas concubinas podía haber acumulado en tan poco tiempo? ¿Tenía ya esposa? En el islam había reglas sobre el número de esposas que podía tener un hombre, pero en el caso de los sultanes se hacía una excepción.

¿Y cómo era estar con él? ¿Estaban enamoradas? ¿Aguardaban a diario con la esperanza de verlo?

Miró a su hermana, para ver si se hacía las mismas preguntas. Lada miraba fijamente la pared del fondo, con una mueca de mal humor. Ya le habían limpiado la boca y las manos de sangre, aunque quedaban rastros. Su aspecto feroz y enojado no respondía en nada al de una concubina, al menos como se las imaginaba Radu.

Él se las imaginaba como su niñera, maternales y suaves, dedicadas siempre a coser o a alternar todo tipo de tareas. Sabía que eso no era así exactamente, pero siempre que intentaba imaginarse su *verdadera función*, todo se volvía nebuloso y confuso.

Mehmed habló con voz forzada.

—Esta noche, nadie. Vengo por trabajo. Prepárales también una habitación a mis acompañantes. Lada tendrá que bañarse.

—¿La hago acompañar por las criadas a su nueva habitación?

—¡No! —A Mehmed le salió un grito, que sobresaltó al eunuco jefe—. No. Viene como invitada, no como... residente. Alójanos en el ala de la guardia.

—Y que no se entere nadie de que estamos aquí —dijo Radu, sin saber si le estaba permitido hablar, pero temiendo que Mehmed no lo tuviera en cuenta.

Mehmed le lanzó una mirada fugaz de gratitud.

—Eso. Se trata de un asunto privado con la sultana madre. Nadie puede saber que estamos aquí, ni siquiera mis guardias, si hicieran preguntas.

El eunuco jefe asintió y, tras otra reverencia, se fue a encargarse de los preparativos. En cuanto se marchó, los hombros de Mehmed se encorvaron. Se tapó los ojos con la mano e inclinó la cabeza. Lada, que había encontrado un poco de sangre seca en su mano, se la frotaba con rabia en la falda para limpiársela, sin caer en la cuenta, al parecer, de que la propia falda estaba manchada de sangre. Radu se encontraba entre ella y Mehmed, sin saber qué necesitaba ninguno de los dos, pero sospechando que era lo mismo.

Se acercó a Mehmed, no a su hermana, y le pasó un brazo por los hombros. El sultán se apoyó en él, agradecido. Radu levantó la vista hacia Lada y le tendió el otro brazo. Ella se lo quedó mirando, con los ojos llenos de cansancio y de algo sospechosamente parecido a la tristeza. Antes de que pudiera moverse, volvió el eunuco jefe. Mehmed se irguió, apartándose de Radu. Lada volvió a clavar la vista en la pared.

—Seguidme —dijo el eunuco jefe.

Radu se encontró otra vez en último lugar, rozado apenas por el círculo de luz de la linterna del eunuco.



La madre de Mehmed se movía con una gracia sensual que a Lada le daba pavor.

No había manera de estar cómoda, aunque probara a sentarse en varios puntos de la estancia, opulentamente perfumada y acolchada. La sultana madre ocupaba demasiado espacio con sus sedas, su velo, su cascada de joyas, su semblante cauto, su calculadora sonrisa y su manera de recostarse sobre varios cojines con la precisión de una espada de jenízaro.

Si Halima y Mara eran estaciones distintas, Huma era la naturaleza misma.

—Sentaos.

Su tono era amable, pero el gesto de entornar levemente los ojos que indicaba que no estaba dispuesta a que le llevaran la contraria. Mehmed dejó de dar vueltas por la sala y se sentó delante de ella. Parecía tan a disgusto como Lada. Él y su madre nunca se habían conocido en todo el sentido de la palabra, y ahora acudía a ella desde una posición de debilidad. No eran las condiciones más idóneas.

Lada recordó la sensación de la daga al topar con la resistencia de la carne, su trayectoria desviada por el hueso firme, su anhelo de llegar cada vez más adentro, más adentro...

Idóneo. Nada de esto lo era, no. Lada se había bañado; aún tenía el pelo

mojado, pero se notaba las manos pegajosas, y en su boca persistía el recuerdo del vivo y metálico sabor de la sangre.

En cambio, Radu parecía fascinado y hasta entusiasmado con la sultana. Se sentó junto a ella con una mirada embelesada y de adoración. Ella se giró hacia él, como si percibiera el peso de su admiración, y sus labios, tan parecidos a los de Mehmed, se abrieron en una sonrisa que era casi como la de la niñera. No se habían movido así para Mehmed.

—Ha sido muy inteligente traerlos aquí. Radu, te llamas, ¿verdad? —Se incorporó para inclinarse y ponerle un dedo bajo la barbilla, levantándole la cabeza—. Qué guapo —murmuró.

Su mirada se desvió brevemente hacia Lada, que enderezó la columna vertebral y proyectó desafiantemente la mandíbula. Conocía de antemano el resultado de la comparación. La sonrisa de la sultana madre adquirió tintes menos maternos, que Lada no supo identificar.

—Sultana madre—dijo Lada, poniendo mala cara por el espectáculo que se veían obligados a soportar—, necesitamos...

—Puedes llamarme Huma. Los dos. —Recostándose de nuevo, la sultana madre se giró hacia Mehmed, con su hermosa mejilla apoyada en la palma de una mano—. Y tú puedes llamarme *madre*.

Se escapó de sus labios una suave risa, similar al tintineo de unas monedas arrojadas a un pozo.

—No tenemos tiempo...

Huma interrumpió a Mehmed con una mano en alto, una mano muy cargada de oro.

—No tenemos tiempo de sucumbir al pánico, ni de mostrar debilidad. Para lo que tenemos todo el tiempo del mundo es para que te tomes unas más que merecidas vacaciones, disfrutando a fondo de los placeres de tu harén. Lo

cierto es que si el nuevo sultán se permitiera toda una semana de celebraciones licenciosas y desenfundadas con sus mujeres, nadie podría reprochárselo. Ni interrumpirlo. Ni acceder a él. Y nadie podría descubrir lo frágil que es en realidad su poder, y lo cerca que ha estado de ser asesinado antes de poder gobernar.

—Pero el asesino...

—Inexistente. No ha llegado a suceder. A nadie se le ocurriría tratar de quitarle la vida al sultán, porque admitir que se ha producido una tentativa, y que ha estado a punto de llegar a buen puerto, equivaldría a admitir que es posible imaginarse un Imperio otomano a cuyo frente no estés tú. —Entornó un poco los ojos, delineados con una gruesa raya—. ¿Lo entiendes? No estás aquí para esconderte, sino para gozar. Estás disfrutando de tu poder.

Mehmed asintió, bajando un poco la cabeza.

El rostro de Huma volvió a ser una bella máscara de jovialidad.

—Ya le he transmitido al eunuco jefe la petición de que informe a los pachás y visires de tu actividad. Se correrá la voz. Tenemos todo el tiempo que necesitemos.

Era una buena mentira. Y para serlo, debía ser creíble. Lada no quiso pensar por qué se le daría crédito con tal facilidad, ni cuánto tiempo había pasado Mehmed ya en el harén, si es que su estancia tenía precedentes. No quería pensar en nada de eso.

Evitar la realidad la hacía ser débil, pero cada vez que su mente trataba de aprehenderla, daba marcha atrás.

Huma se levantó, dejando a su paso una estela de sedas susurrantes y una nube de dulzura, aunque con un matiz punzante que a Lada le empañó los ojos y la mareó.

—Ahora, id a vuestras habitaciones. Pronto os atenderá el servicio.

Mehmed abrió la boca, como si se dispusiera a protestar, pero Huma levantó una sola de sus perfectas cejas.

—Deja que se ocupe de esto tu madre, amado hijo mío.

Palabras dulces y consoladoras, en un tono punzante como un alfiler.

Simulando indiferencia, Mehmed se alejó, seguido por Radu. Lada también se levantó para irse, pero el brazo de Huma le cerró el camino bruscamente.

—Comamos juntas.

—Preferiría volver a mi habitación.

Huma siguió con un dedo el perfil de su cadera, acariciando perezosamente la tela del vestido.

—No ha sido una petición.

Lada dio un paso, pero Huma la enlazó por la cintura y se rio. Lada oyó en su risa todos los secretos de los que nunca había sido partícipe.

—Ladislava Dragwlya, hija de Vlad, que al enviar tropas a luchar en Varna, con su propio hijo al frente, invalidó su tratado con los otomanos, renunciando por completo a las vidas de sus hijos. Ladislava, que no le importa a nadie salvo a su guapo hermano y a un poderoso sultán. La pequeña Lada, que está en mi casa y goza de mi protección. *Siéntate.*

Lada recordó la sensación de apresar piel y tendones entre sus dientes, y la resistencia de la carne contra la determinación de su mandíbula. Durante un breve momento de vértigo se planteó atacar a Huma y ensañarse con ella como con el agresor de Mehmed.

Pero no, se sentó.

—Así me gusta.

Huma dio una palmada. Entraron tres flores delicadas en forma de muchacha, que tras depositar ante ellas comida y bebida se marcharon en silencio, con movimientos fluidos. Lada las observó, y al observarlas se

preguntó si serían Mehmed. *¿Acaso él ya había estado aquí? ¿Ya ha disfrutado estas flores?*

La lengua de Huma, roja y puntiaguda, se deslizó sobre sus dientes al examinar la comida que tenían delante. A Lada le recordó una serpiente, similitud que le produjo confusión. Las mujeres eran el jardín, y los hombres las serpientes. Su niñera le había explicado a muy tierna edad cómo se unían los hombres y las mujeres en el lecho conyugal, más o menos en la misma época en que sus profesores de religión le enseñaban la historia de Adán y Eva. Al mezclarse en su mente las dos cosas, habían acabado siendo los hombres, y sus serpientes, los que convencían a Eva de que perdiese su hermoso y perfecto jardín.

Ningún jardín podía sobrevivir a la introducción de una serpiente. Se perdería todo, y pasaría a pertenecer por siempre jamás a la serpiente.

Gracias a la vulgaridad de las conversaciones entre los jenízaros, y a lo gráfico de sus anécdotas, ahora, por supuesto, sabía más, pero solo había servido para convencerla de que su interpretación era correcta, y siempre lo había sido.

Ahí estaba Huma, sin embargo, y no era jardín, sino serpiente.

—A Murad le gustaban las chicas muy jóvenes. Me pasé varios años sin comer casi nada, para quedarme pequeña y poco desarrollada. —Elegió una pata de pollo asado, cubierto de cascarillas de pimienta, y puso los ojos en blanco al propinarle un mordisco, mientras se deslizaba entre sus labios un murmullo de satisfacción—. Creía que me moriría sin haber concebido un heredero, pero un día arraigó en mis entrañas mi amado Mehmed, y pude volver a comer.

Lada optó por un trozo de pan plano, que deshizo en pequeños trozos mientras observaba la fruición con que comía Huma. Las florecillas trajeron

comida varias veces más, amén de servir vino a Huma, y hasta limpiarle la boca.

—Te fascinan las muchachas —dijo la sultana madre.

Lada le devolvió de golpe su atención. Había supuesto que Huma estaba tan absorta la comida que se había permitido divagar, con la mirada y con el pensamiento.

—¿Por qué se tapan la cara con un velo? ¿Qué pasa, que vuestro Dios odia hasta la visión de las mujeres?

—Lo malinterpretas. —Huma se rio—. El cuerpo sí deben tapárselo las mujeres, pero el velo en la cara es un símbolo de condición social. Solo pueden llevarlo las que están tan bien mantenidas que pueden permitirse no desempeñar tareas humildes. Estas muchachas se han ganado sus velos. Es una señal de privilegio.

—¿Privilegio? ¡Pero si son esclavas!

—Yo también, queridísima. —Huma volvió a reír—. A mí también me vendieron cuando era muy pequeña, y me trajeron a servir en el harén.

Lada frunció el ceño.

—Deberías haberte resistido. Deberías haberte escapado.

—¿A dónde? Estuve enfadada, muchos años. Y asustada. Pero se puede ser poderoso de muchas maneras. Hay poder en el silencio. Observar, esperar, decir lo justo en el momento justo, y a la persona justa... En todo eso hay poder. Lo hay en ser mujer. Sí, en esos cuerpos de los que te mofas con los ojos hay poder. —Huma se pasó una mano por sus abundantes pechos y su estómago, hasta dejarla apoyada en la cadera—. Cuando tienes algo que quiere otra persona, siempre hay un componente de poder.

—Pero pueden quitártelo.

Lada conocía bastante a los hombres y el mundo para saber que el cuerpo

femenino no era un objeto poderoso.

—O darlo a cambio de cosas más importantes. Estas chicas, mis criadas, lo entienden. Al menos las más listas. Dedicar años a ir subiendo de categoría, intentando llegar a un rango donde tengan algún tipo de control. A las que son inteligentes les va mejor que a las que son solo guapas.

Era tan elocuente la mirada de Huma, que Lada sintió que se ruborizaba. Dejó los trozos de pan plano en el plato que tenía delante. Nunca se había considerado tan torpe, desgarbada y fea como en ese momento. Casi nunca le había molestado saber que no era guapa, y que nunca sería admirada solo por su físico. Huma, sin embargo, utilizaba su rostro a modo de arma y de instrumento, como jamás podría hacerlo ella. Hasta entonces Lada no se había dado cuenta de que por el mero hecho de ser atractiva podría haber obtenido más hilos de poder.

—Yo puedo ser fuerte sin renunciar a nada. —Levantó la barbilla en señal de desafío—. He salvado a Mehmed.

Huma eligió un dátil y lo chupó.

—*Mmm*. Sí, es verdad. Bien hecho. Pero no habrás pensado que eres la única mujer que ha matado para protegerlo, ¿no?

Lada frunció el ceño de perplejidad, pero se arrepintió enseguida. Por lo visto Huma conseguía información de todas partes. Lograba deslizar sus largos dedos por el alma misma de Lada solo con mirarla a la cara.

La sultana madre se recostó en los cojines, y al llevarse una mano a la frente hizo caer una de sus mangas, que dejó a la vista la curva larga y blanca de su brazo.

—Fue una gran tragedia que enfermase y muriese de manera tan súbita el hermano mayor de Mehmed. ¡Segado en la flor de la vida! Y luego el otro hermano, junto con sus dos hijos, asesinados por unos desconocidos... Qué

triste. ¡Un solo hijo en edad de heredar si cayese Murad en la batalla! —Su expresión de falsa tristeza se convirtió en algo más oscuro y resentido—. O quizá hubiera que decir si se retirase, echando a los lobos al único hijo que le queda. Murad ha puesto en jaque todo el fruto de mis esfuerzos.

—¡Pero si no puedes salir del harén! —A Lada le daba vueltas la cabeza—. ¿Cómo vas a haber hecho tú todo eso?

—¿Te has fijado en los hombres que trabajan aquí dentro?

Lada sacudió la cabeza.

—Como tiene que ser. Mis preciados eunucos, que tanto incomodan a todo el mundo. Los hombres no soportan mirarlos, porque les resulta una tortura imaginarse lo que tuvieron que soportar para ser como son. Los eunucos son esclavos, como yo, pero también han hecho sacrificios. Les han quitado algo muy valioso, insustituible, y de ese modo les han creado un espacio de poder. En este país están en todas partes, dentro de todas las casas importantes; son funcionarios, guardias... Y son *míos*.

Huma se incorporó con un movimiento tan brusco y repentino, en comparación con su sensualidad y languidez habituales, que Lada se sobresaltó.

—Esto tú ... —Huma señaló la habitación, el edificio y a sí misma—. Lo ves como una cárcel, pero te equivocas. Es mi corte. Es mi trono. Es mi reino. El precio han sido mi libertad y mi cuerpo. —Sus bonitas cejas se arquearon, sobre una boca risueña y unos ojos duros—. La pregunta, por lo tanto, pasa a ser la siguiente: ¿qué estás dispuesta a sacrificar, Hija del Dragón? ¿Qué dejarás que te quiten para que también tú puedas tener poder?

Qué distinto de lo que le había descrito Mara a Lada. Nada de ofrecerse en bien de una causa más alta, sino ofrecer un trozo de sí misma en bien de la obtención de una ganancia personal.

—Pues... nada... Yo... yo... —balbuceó.

—¿Sacrificarías a mi hijo?

—¿Qué? ¡No! ¡Lo he protegido, y...!

—¿Sacrificarías lo que crees que debería ser tu vida a cambio de lo que *podría ser* si gobernases al lado de mi hijo? —Después de un momento de silencio, Huma se rio de la expresión torturada de Lada—. Así que no es lo que pretendes. Muy bien, ya puedes irte, pero quiero que reflexiones sobre lo que hay que sacrificar para asegurarse un futuro en el que nadie pueda hacerte daño. Quiero que reflexiones sobre Mehmed, y sobre su futuro.

Con un gesto, dio licencia a Lada, que salió huyendo.



Todo el miedo que tan abrumador se había hecho sentir en la oscuridad pareció atemperarse al día siguiente cuando el sol iluminó con fuerza los quehaceres habituales del palacio.

Huma había pedido a Radu y Lada que actuaran como si no hubiese cambiado nada, pero sin llamar la atención.

Tras respirar a fondo, entrecortadamente, Radu avanzó pegado a la pared hacia los aposentos de Mehmed. Probablemente fuera una mala idea volver al escenario del asesinato. Si había soldados en el pasillo, daría media vuelta y saldría corriendo. Fingiría haberse perdido. Ojalá no fueran los que lo habían permitido, porque Mehmed no sabía quién había estado de guardia, y tampoco era cuestión de preguntarlo.

Radu, sin embargo, quería ser valiente. Tal vez a Lada y Mehmed se les hubiera pasado algo por alto, por culpa del miedo. Si entraba y registraba el...

Se estremeció solo de pensar en las palabras *el cadáver*. Sin embargo, estaba decidido. Huma quería hacer como si no hubiera pasado nada. Radu quería saber por qué había pasado. Si encontraba alguna pista decisiva, quizá esta vez fuese él quien rescatara a Mehmed. Aunque Radu hubiera puesto a salvo al sultán, quien lo había salvado de verdad era Lada.

Lo cual lo molestaba más de lo normal. Y le infundía temeridad.

A la vuelta de la esquina, sin embargo, el enorme pasillo al que daban los aposentos de Mehmed se caracterizaba por una resonante ausencia de vida.

¿Seguía dentro el cadáver? ¿No lo había descubierto nadie? Huma había notificado a todo el mundo que Mehmed estaba gozando en el harén. Tal vez desde entonces no hubiera entrado nadie en sus aposentos. Mareado de aprensión, y de curiosidad morbosa, cruzó la puerta y atravesó la sala de espera de Mehmed en dirección a su estudio. Contuvo el aliento y entró.

En el reluciente suelo de baldosas no había rastro de sangre, ni de daga, ni de asesino sin vida.

Alguien, en efecto, había entrado a limpiar. No quedaban testimonios del violento episodio que se había producido dentro de la estancia.

No, mentira: faltaba una alfombra, una de las favoritas de Radu, de alegres tonos azules y amarillos. La única pista era la ausencia de cosas que deberían haber estado: el cadáver, la sangre, la alfombra y Mehmed.

Se acercó al escritorio y apoyó las manos reverentemente en diversos objetos. Un tintero. Un mapa de Constantinopla con notas escritas a mano, en la letra compacta y agresiva de Mehmed. Varios opúsculos sobre pensamiento religioso que Radu había querido tomar prestados. Un pesado volumen con encuadernación de piel que narraba en detalle la vida de Alejandro Magno.

Le dio pánico el susurro de una de las puertas exteriores. Justo cuando se abría la puerta del estudio, corrió a esconderse detrás de un pilar.

Los pasos del intruso eran discretos, pero firmes. Radu oyó mover varios objetos, y después el crujido de un pergamino que se resistía a ser enrollado. El intruso salió tan deprisa como había entrado. Radu dejó pasar unos segundos, para que se le calmara el pulso, y luego salió de su escondite para acercarse de nuevo al escritorio. No faltaba nada.

Salvo el mapa de Constantinopla, el de las cuidadosas anotaciones de

Mehmed.

Salió corriendo de los aposentos sin haber tenido tiempo de arrepentirse. Viendo que se movía algo al fondo, en un rincón, corrió hacia allá. Lo vio al doblar la esquina: un muchacho de unos dieciséis años, con ropa sencilla de criado, que caminaba con una postura sumisa pero decidida. Era exactamente como se habría movido Radu si necesitara ir a algún sitio sin llamar la atención.

En consecuencia, copió su postura y, sin perderlo de vista ni un momento, pero a bastante distancia para no despertar sospechas, siguió al ladrón hasta la calle más cercana, donde el empedrado se disputaba el espacio con una serie de moradas majestuosas y opulentas. El ladrón se sumó a la gente que entraba y salía por la verja de la primera de ellas. Radu recogió una cesta tirada en las piedras, cerca de la entrada, y se la puso bajo el brazo, dando gracias por haberse puesto ropa sencilla, no uno de los trajes elegantes que le había regalado Mehmed.

El ladrón entró en la casa a través de una puerta lateral. Sabía a dónde iba. Radu lo siguió por una cocina laberíntica y llena de actividad, donde estuvo a punto de perder a su presa de vista. Al llegar al fondo de la casa, cruzaron un pasillo y subieron por un estrecho tramo de escaleras ocultas, destinado al servicio. Las paredes estaban muy juntas, los escalones eran desiguales, y olía a cerrado y humedad. Justo cuando se disponía a subir otro tramo, vio que se cerraba otra puerta en la penumbra. La cruzó e ingresó en otro mundo. En un pasillo ancho, y de techo alto, se derramaba la luz con indolencia. El suelo estaba cubierto por gruesas alfombras tejidas, y en los huecos se veían brillar las baldosas. A las paredes, de color turquesa, les hacían compañía estatuas y piezas de cerámica que ensalzaban mutuamente su gloriosa belleza. Cada cierta distancia había un espejo de metal muy bruñido, que daba la impresión

de que detrás de aquel pasillo había otros.

Todas las puertas estaban cerradas. No había ni rastro del ladrón.

Justo cuando iba a volver a la escalera, se fijó en que una de las puertas de madera maciza estaba un poco entornada. Se acercó sigilosamente. Si lo pillaba alguien, no tendría excusas para justificar su presencia.

—... limpiado, como predijiste —dijo una voz que no reconoció, aunque sospechó que era la del criado.

—Pequeño cerdo... —rezongó otra más grave, de alguien mayor.

Se oyó el ruido de un pergamino alisado bruscamente, y luego unos segundos de silencio. Radu miró el pasillo, inquieto, pero seguía tan vacío como antes.

—Demonio arrogante... —dijo el mayor de los dos hombres, añadiendo una ristra de palabras soeces—. ¿Qué se cree, que puede vencer las murallas de la ciudad? ¿Que es una misión divina? Dios nos salve de semejantes servidores.

Se oyó el susurro de un pergamino, y el roce de una pluma. Por la espalda de Radu se deslizaban gotas de sudor. Respiró profundamente y miró por la rendija. La habitación del otro lado quedaba reducida a una simple línea. Se movió para ensanchar la perspectiva. Ahí: la espalda del criado. Un escritorio, y a su lado, echando cera para sellar una carta doblada...

Halil Pachá.

Halil Pachá aplicó un anillo a la cera y entregó la carta al criado.

—Encárgate de que llegue a su destino.

Radu abandonó a toda prisa su observatorio de la puerta para regresar a la escalera. Su respiración era superficial, desesperada. Se agazapó en la oscuridad, al pie del siguiente tramo de escalones, y esperó.

Se abrió la puerta. En un impulso lleno de pavor, Radu se lanzó contra el criado. El muchacho se aferró a la camisa de Radu, pero no logró hacer presa con los dedos, y se cayó de espaldas por la estrecha escalera hasta chocar con

la cabeza en la pared. Su cuerpo dio una voltereta inversa y se estampó sordamente en el suelo, en un ángulo extraño.

Una, dos, tres interminables veces respiró Radu mientras aguardaba, llenando sus pulmones de miedo, no de aire. En vista de que el criado no se movía ni pedía ayuda, se acercó rápidamente. No tenía la carta en las manos. No había servido de nada. Radu lo había matado, y ahora...

El pecho del joven se movió. De sus labios se escapó un gemido ronco. Tras dar gracias al cielo, Radu, aliviado, le palpó la ropa en busca de... ¡sí! ¡La carta! Se la metió dentro de la camisa y bajó a tal velocidad que estuvo a punto de tropezar. Al llegar al final de la escalera, descansó unos segundos muy valiosos, y después entró tranquilamente en la cocina. Todas sus extremidades le pedían a gritos que corriese, pero caminó con pausa, adoptando una mirada de una afable inexpresividad, y solo al salir al patio soleado se escapó por la verja. Aun así, no corrió. Solo lo hizo al regresar al recinto palaciego.

Le llamó la atención la imagen fugaz de una melena negra, y un andar agresivo que le era familiar. Cambió de dirección con un suspiro de alivio, y al topar con Lada estuvo a punto de tirarla al suelo.

—¿Qué te pasa? —dijo ella, sujetándole los hombros para que ninguno de los dos perdiese el equilibrio.

—Vengo de... Ha entrado alguien en los aposentos de Mehmed, y han robado... ¡Mira, una carta!

La agitó ante el rostro de Lada, que con una mueca de exasperación se la quitó y se alejó unos pasos. Radu la siguió, mirando por encima del hombro.

—¡Para! —le espetó ella—. ¡Solo te falta agitar una bandera donde ponga *soy culpable!*

Radu intentó caminar como su hermana, e hizo el esfuerzo de no girarse.

Cuando llegaron al harén, los dejó entrar un eunuco, y volvieron a la habitación de Lada. Era muy espartana, con una simple cama y una silla, el orinal en un rincón, y una pequeña jofaina sobre una mesa baja.

—Mi habitación es más bonita —dijo Radu con un nerviosismo incontenible.

—Pues claro. —Lada se sentó en la cama y dejó la carta al lado—. Huma te adora. Como todo el mundo.

Radu se moría de ganas de averiguar qué ponía en la carta, y de contarle a Lada lo bien que lo había hecho. Sería importante, seguro. Pero... ¿y si no era nada? ¿Y si había atacado a un criado por una simple carta a un pariente lejano? Halil Pachá no había dicho nada sobre el intento de asesinato. Podía ser que al criado le hubiera pedido entregar algo perfectamente lícito.

Ganó tiempo, tan temeroso de haberse equivocado como de tener razón.

—¿Qué hacías fuera? —le preguntó a Lada.

—He ido a ver a Nicolae. No ha oído nada de ningún atentado contra la vida de Mehmed. Ilyas sigue al mando de sus hombres como si la situación fuera normal.

—Pero si teníamos que mantenerlo en...

Lada levantó una mano para hacerle callar.

—Nicolae no hará correr la voz. Es de confianza. Le ha sorprendido la noticia, pero no he tenido la impresión de que le sorprendiera tanto mi teoría de que fue un jenízaro. El descontento se está propagando entre los hombres como una epidemia. Nicolae ha oído incluso palabras de odio contra Mehmed en boca de varios chorbaji... —La extrañeza que vio en la cara de Radu le hizo resoplar de irritación—. Los chorbaji son los comandantes de los jenizaros. Yo ya había oído hablar a más de un jenízaro de cierto rango, pero para que se manifiesten los chorbaji tiene que ser grave. En todo caso, Nicolae

no conoce al culpable.

La mano de Radu tembló al levantar la carta.

—Puede que aquí dentro haya respuestas.

Lada rompió el sello y la abrió. La tinta estaba tan fresca que aún olía. A Radu se le fue la vista de inmediato hacia la firma.

—Halil Pachá. —Lada escupió su nombre como si fuera un insulto. Ni siquiera apartó a Radu de un codazo cuando se apoyó en ella para leer la carta —. Escribe a Constantinopla. Les asegura que Mehmed no encabezaré las tropas otomanas contra ellos.

—¡Pero eso no puede prometerlo! Mehmed está decidido a...

Radu dejó la frase a medias. La expresión con la que lo miró su hermana era de saber muchas cosas.

—Sí que *puede* prometerlo. Si Mehmed está muerto, no podrá encabezar contra ellos a las tropas otomanas.

Radu se irguió.

—¡Tenemos que contárselo a alguien! Arrestarán a Halil Pachá y...

—¿Arrestarlo? ¿Quién? ¿Los jenízaros del sultán? Odian a Mehmed. No sabemos cuáles de ellos estaban al corriente del atentado, ni cuántos, ni de qué rango. Además, ¿quién nos creería? Aquí no pone nada de matar a Mehmed, ni de haberlo ya intentado. Son pruebas muy endebletes contra un hombre poderoso.

—¡Algo tenemos que hacer!

—¡Si hubiera vuelto Murad, que era lo que tenía que hacer, no pasaría nada de esto! —dijo Lada con el ceño fruncido.

—Mehmed no renunciará al trono. Lo quiere ahora. Tiene que haber otra manera de ayudarlo.

Lada dobló la carta y se dio golpes con ella en la pierna, ausente.

—¿Tú qué sacrificarías a cambio de poder?

—¿Qué?

Miró a su hermano con el gesto adusto y una expresión intensamente reflexiva.

—A cambio de poder, Halil Pachá mataría a Mehmed. A cambio de poder, los jenizaros incumplirían su deber con el trono. Todo el mundo está dispuesto a sacrificar a Mehmed. Tenemos que encontrar la manera de hacerlos nosotros primero.

—¡Tenemos que protegerlo! ¡No dejaré que lo sacrifiques! —Radu se apartó, escandalizado. Se giró para irse. Lada lo retuvo por el brazo, pero él se soltó y giró el pomo de la puerta. Lada lo hizo caer el suelo y le clavó la rodilla en la espalda.

—¡Cállate y escucha! Algo hay que sacrificar, y ese algo es Mehmed. Sacrificaremos ahora el trono de Mehmed para que siga con vida y pueda tomarlo más adelante. Si se queda, morirá. Lo mantendremos a salvo hasta que sea mayor, más listo y más fuerte; hasta que no suba al trono como un niño impotente, sino como la mano de Dios en la tierra de la que tanto habla.

—¡No te burles de él!

—Lo perderemos todo, Radu.

A Lada se le quebraba la voz. De repente Radu tuvo miedo de verle la cara y descubrir que lloraba. La idea de que su hermana se viniera abajo lo aterraba más que cualquier otra cosa. El hombre al que había matado Lada, el ataque a Mehmed... Todo eso le era ajeno. No lo había visto o sentido de manera real. El llanto de Lada, por el contrario, significaba el final de su mundo. Si Lada no podía ser fuerte, ¿qué esperanzas le quedaban a él para serlo?

Su hermana siguió hablando.

—Mehmed es nuestra única protección. ¿Qué te crees, que quiero verlo sin poder? Si no está Mehmed al timón, podrían ejecutarlos por los delitos de nuestro padre.

—¡Pues ayudémosle! ¡Busquemos la manera de ganar a Halil Pachá!

—Estaríamos jugando con la vida de Mehmed. El próximo intento de asesinato no fallará. —Se apoyó en Radu con todo su peso, a la vez que retiraba la rodilla—. En el momento en que nos trajo aquí nuestro padre ya se podían dar nuestras vidas por perdidas. Yo no puedo... —Hizo una pausa y, enroscando los dedos en uno de los rizos de su hermano, lo estiró como cuando eran pequeños, pero sin fuerza. Después suavizó el tono—. No *pondría* en peligro la vida de Mehmed por la posibilidad de que salgamos beneficiados.

—Da igual. Mehmed jamás renunciará al trono. —Si Lada lo hubiera visto el día del baño, si hubiera visto su alegría y su determinación, lo entendería. Ahora Mehmed era el sultán, y ponía la misma pasión en ello que en todos los objetivos que se fijaba. Lada se colocó de espaldas a la puerta. Radu la siguió y se puso a su lado—. Si le pedimos que abdique, si le decimos que no puede seguir siendo sultán, nunca nos lo perdonará. Perderemos su amistad y su confianza.

—Pues entonces, organicémoslo para que le quiten el trono. De lo contrario, morirá. El trono y su orgullo, Radu, o bien su vida.

Radu pensó en su amigo, y en el fuego que ardía dentro de su corazón, más intenso cuanto más se esforzaba por cumplir su destino. Después se imaginó que se lo arrebataban de la manera más humillante posible.

Se imaginó que la chispa de Mehmed desaparecía para siempre del mundo.

Apoyó la cabeza en la madera maciza de la puerta. Mehmed se vendría abajo. Pero se salvaría.

—¿Cómo lo hacemos?

Lada apoyó su mano donde, si estuviera ejercitándose con los jenízaros, habría habido una espada enfundada.

—Me parece que tengo una idea.



—¿Queréis que haga *qué*? —preguntó Huma.

En su voz se insinuaba la risa, pero al fondo de sus ojos había violencia.

—Que se rebelen los jenízaros.

—¿Y por qué iba a hacerlo? Desestabilizaría toda la ciudad.

—Exacto. —Lada habló con calma, sin moverse de donde estaba sentada. Radu sabía que le estaba costando mucho. Se lo notó en que uno de sus pies, no del todo escondido por la falda, se movía sin parar—. Las ganas ya las tienen. Si pudieras sobornar a alguien con bastante rango para encender la chispa de la rebelión, lo seguirían los soldados. Cuando venga Mehmed a pedirte consejo sobre cómo sofocarla, pídele que les aumente la paga.

Huma frunció el ceño.

—Conozco al comandante jenízaro, Kazanci Dogan. Él lo haría, pero es un precedente peligroso. El dinero viene de los impuestos que cobramos a personas muy ricas e importantes. No les gustará que Mehmed ceda a las exigencias de los jenízaros en vez de hacer valer su autoridad.

—Si hay bastantes visires, pachás, beys y valís que exijan el regreso al trono de Murad, ni siquiera él tendrá más remedio que prestar oídos.

La elegante mano de Huma cortó el aire entre las dos.

—No. Ya se me ocurrirá otra manera. Yo no quiero que vuelva Murad. El descontento solo se explica porque existe otra opción. Si Murad estuviera muerto, tendrían que aceptar a Mehmed. —Se levantó y empezó a pasearse por la sala—. Si estuviera muerto Murad, podrían nombrarme regente hasta que

Mehmed fuera mayor. Necesitaría apoyos. Creo poder contar con el de Kazanci Dogan, pero Halil Pachá... —Se sentó sin ninguna pretensión de elegancia, con todo el peso de su cuerpo—. No, él nunca me apoyaría. Si le pasara algo a Murad, Halil Pachá se las arreglaría para que lo nombrasen a él regente; y con él en el trono, estaríamos todos muertos.

—Necesitamos a Murad. Si no vuelve, Mehmed morirá. —señaló Lada con énfasis.

—¡No! Con el tiempo se darán todos cuenta de que será un buen sultán.

—No tenemos tiempo. —Radu le dio la carta, que le parecía muy pesada para ser un simple pergamino.

La boca de Huma se curvó hacia abajo mientras la leía, y aparecieron arrugas entre sus ojos.

—Constantinopla. Maldita ciudad.

—Todo gira en torno a ella —dijo Lada—. Los jenízaros no quieren ir a luchar a Constantinopla, y temen que Mehmed los lance contra sus murallas. En cuanto a Halil Pachá, es evidente que está en contacto con la ciudad, la cual a su vez está interesada en que muera Mehmed. Teniendo en cuenta que este, por su parte, no oculta sus objetivos, es imposible convencer a sus enemigos de que lo mantengan con vida.

La respuesta de Huma tomó la forma de un susurro.

—Tiene que haber otra manera. He trabajado tanto, y durante tanto tiempo, para llegar a esto...

—Aquí no se trata de ti —replicó Lada.

La expresión de Huma se endureció. Radu se inclinó, desesperado. Tenía que convencerla.

—Para ti tiene más valor un hijo destronado que uno muerto. Si ahora lo mantenemos a salvo, será para que al regresar al trono pueda gobernar de

verdad. Contigo como la sultana madre más poderosa que haya visto jamás el imperio.

Durante un breve paréntesis, pero que se hizo eterno, Huma se quedó exactamente como estaba. Luego su rostro dejó de ser de piedra. En sus párpados pesaba la resignación.

—Está bien, lo pondré en marcha. Salid.

El alivio se adueñó de Radu, que al igual que su hermana se puso en pie para marcharse.

El tono de Huma volvió a ser el de siempre, pausado y con un punto de sorna.

—Sois los dos muy buenos amigos de mi hijo.

Radu sonrió efusivamente. Habían tomado la decisión correcta.

—Y también muy malos, mucho —añadió Huma, sin embargo—. Esperemos que nunca se entere de lo que habéis hecho hoy.



Dos semanas después, Lada y Radu iban en el mismo carruaje que Mehmed, dejando atrás los restos chamuscados de varios edificios que habían ardido durante la revuelta. Salían de Edirne para Amasya.

Ninguno de los tres apartaba la vista del paisaje, cada vez más alejados de todos los sueños de Mehmed.

El trono volvía a estar ocupado por Murad. Ni Radu ni Lada lo habían visto, o pronunciado su nombre. Ni siquiera se atrevían a decir en voz baja lo que podría hacer si se acordaba de su pacto con el padre de ambos. Ahora, de lo que se trataba era de desaparecer en el anonimato, con la esperanza de que nadie cayera en la cuenta de que habrían tenido que estar muertos.

Por eso estaban sentados al lado de su único amigo. Radu se alegraba de no tener que soportar más presiones. Al menos estaban regresando a Amasya,

donde habían sido felices, y donde tal vez pudieran volver a serlo.

Ni él ni su hermana, sin embargo, salían de su silencio, conocedores ambos del secreto de su huida, la verdad de la que no tenía que enterarse Mehmed jamás de los jamases. Era un secreto más hondo y oscuro que el estanque del bosque. Lada tomó una de las manos de Radu y la apretó. Dolía tanto como su nuevo vínculo.

Habían traicionado a Mehmed.



1451: Amasya, Imperio otomano

El viento se llevó el grito de Lada, haciéndolo jirones. Espoleó a su caballo para que galopara más deprisa. La presa estaba cerca, casi a su alcance, pero faltaba poco para llegar a los árboles, y una vez entre ellos perdería su pista. Había que evitarlo a cualquier precio.

Gracias a un último arranque de velocidad, se situó a una mano de distancia del otro caballo. Entonces puso las dos piernas en un mismo lado de la silla y, cuando estuvo en equilibrio, se arrojó de su montura con un grito de batalla, chocando con Radu.

—¿Se puede saber qué te pasa? —exclamó él, mientras se la quitaba de encima.

Lada rodó de espaldas por el suelo, bajo un cielo intensamente azul que daba vueltas. Se rio.

—¿Has perdido la poca sensatez que te quedaba? ¡Podrías haber hecho que nos matáramos los dos!

Lada, que aún jadeaba de risa, le dio unos golpecitos en la mejilla, con fuerza suficiente para que se oyeran las palmadas.

—Ya, pero he ganado.

—Has... —Él le clavó un dedo en el brazo—. Has... —Logró controlar su

respiración. Sacudió la cabeza y sonrió—. Has hecho trampa.

—Las trampas no existen. Solo se puede ganar o perder, y yo he ganado.

—¿Y si nos hubiéramos muerto los dos?

—Mientras te hubieras muerto tú primero, habría seguido considerándolo como una victoria.

Con una exhalación que tal vez fuera una risa, Radu corrió hacia su caballo, que estaba cerca, con los ojos muy abiertos aún por el susto. Lo tranquilizó hablándole en voz baja, y acariciando su larga y aterciopelada nariz. Lada buscó su corcel con la mirada. También estaba cerca, mirándolos desde la protección de los árboles.

Seguro que se escondía de ella. Muy inteligente.

Tras calmar y reunir ambos caballos, Radu le tendió una mano a Lada, que como siempre dio un respingo de sorpresa y de celos al ver que su mano era más grande que la de ella. De puntillas le llegaba a Radu hasta el mentón. En algún momento de los últimos dos años su hermanito pequeño se había hecho un hombre. Había crecido deprisa, erguido, fuerte, perdiendo poco a poco la redondez querúbrica de sus mofletes, en cuyo lugar habían aparecido unos pómulos y una mandíbula de piedra. Ya sin facciones de bebé para contrapesar sus grandes ojos, ahora impresionaban, enmarcados por largas y oscuras pestañas, bajo dos pobladas cejas. Se recogía en la base del cuello sus largos y lánguidos tirabuzones.

—*Puf* —murmuró Lada, estirándole el pelo—. Qué guapo eres. Como una delicada mariposa debajo de mi bota.

—*Puf* —contestó él, que también le estiró un rizo, espeso y recio—. Pues tú qué loca estás. Como un perro rabioso que hay que sacrificar.

Se tomaron con calma el camino de regreso hasta la fortaleza, siguiendo las orillas serpenteantes del río. Cuando cruzaron la ciudad, Radu recibió el

alegre saludo de varios tenderos y comerciantes, mientras se paraba a preguntar por niños enfermos, expresaba sus buenos deseos para la cosecha y se deshacía en mil y una otras trivialidades que aburrían a Lada hasta el extremo de poner los ojos en blanco. A ella no la saludaba nadie. Su presencia pasaba desapercibida.

Sin Radu se habría vuelto loca en Amasya. Se habían ido de Edirne hacía dos años, y en ese tiempo se había cerrado un poco la distancia entre los dos. Compartían bastante sangre y bastantes secretos para saber que solo se tenían el uno al otro. Algo era.

El vínculo se hacía extensivo a Mehmed, que los consideraba como sus mejores amigos, y sus únicos aliados. El sentimiento de culpa de saber la verdad había hecho que Lada se mostrase más benévola, y había sofocado la rabia tan largamente alimentada en su interior.

Allá estaban fuera de peligro. También era algo.

Por desgracia, los últimos seis meses habían sido los más aburridos de su vida. Otra guerra con Hunyadi se había llevado a todas las personas que le importaban algo. Hasta Mehmed había sido convocado.

Se sobresaltó al oír su nombre. Tiró enseguida de las riendas, y al girarse vio que Nicolae se acercaba a caballo, presto en brindarle su sonrisa burlona de siempre, a pesar del largo tajo que partía del medio de su frente, le cruzaba el puente de la nariz y la mejilla izquierda.

—¡Lada! ¿Me has echado de menos?

Lada frunció el ceño y se dio unos golpecitos en la barbilla.

—¿Estabas fuera? No me había dado cuenta.

—Has llorado cada noche antes de dormir.

—Lo que he hecho ha sido gozar de la bendita paz que has dejado al marcharte.

Nicolae le dio una palmada en el hombro, sin dejar de sonreír, hasta que Lada cedió y tuvo a bien hacer lo mismo. En realidad, no cabía en sí de alegría.

—Cuéntamelo todo. Incluido cómo te lo has hecho. —Señaló la cicatriz con la cabeza.

—¿Esto? Ah, sí, con lo guapo que era... ¿Verdad que es trágico?

—Deberías dar gracias. Por primera vez en tu vida tienes dos cejas en vez de una.

—Mi pequeño dragón, que siempre ve el lado bueno de las cosas. — Nicolae echó la cabeza hacia atrás e hizo temblar la plaza con su carcajada—. Ven, vamos a beber.

Radu les dio alcance y se puso junto a Nicolae, estudiando la calle con el cuerpo tenso y los pies en los estribos, como si erguirse en toda su estatura pudiera hacer que se cumpliera su deseo.

—¿Están volviendo todos?

Lada y Nicolae intercambiaron una mirada cómplice. Ella se fingió molesta, pero en realidad se moría de ganas de cruzar la ciudad a caballo para ver cuanto antes a Mehmed. ¿Dónde estaba? ¿Sano y salvo? ¿Lo habían herido, como a Nicolae?

—Mehmed ha hecho un alto en Edirne. —El jenízaro trató de darle a Radu una palmada en la cabeza, pero ya no llegaba—. No sé cuándo volverá tu amo, mi pequeño cachorrillo. Oye, Lada, ¿has conseguido enseñarle a hacer fuera sus necesidades en ausencia de Mehmed?

—No, por desgracia han fallado todos mis intentos. Moja cada noche su estera con orines y lágrimas.

—Siempre es un placer que vuelvas sano y salvo, Nicolae —dijo Radu con un tono tan seco como los campos bajo el sol de aquel otoño más cálido de lo

normal.

Se despidió con un gesto de la mano y se marchó, dejando a sus anchas a Lada y Nicolae. Aunque no lo reconociese, se marchó para evitar lo que harían a continuación, y poder esconder que él se estaba preparando para observar el Ramadán. Como si su hermana no lo supiese ya.

Lada y Nicolae se acomodaron al fondo de una pequeña tienda muy frecuentada por los jenizaros, porque el dueño, a cambio de unas pocas monedas de más, se olvidaba oportunamente de la prohibición contra el alcohol. Ella esperó a haber escuchado varias anécdotas, entre ellas la vergonzosa huida de Hunyadi, antes de abordar el único tema sobre el que tenía ganas de escuchar.

—¿Cómo le ha ido a Mehmed?

Simuló una curiosidad inocente. Durante los últimos dos años habían dedicado gran parte de su tiempo a estudiar tácticas, analizar batallas de la historia y reunir toda la información posible sobre los peligros que se cernían sobre el Imperio otomano. Tras su humillante expulsión del trono, Mehmed estaba decidido a no quedar nunca más por debajo de las expectativas.

Y tras haberlo traicionado, y haber sido traicionada por su propio padre, Lada había hecho todo lo posible por ayudarlo.

—Nos ha sorprendido a todos, el pequeño fanático. —Nicolae levantó el vaso, sonriendo. La cicatriz, lívida, desfiguraba su mejilla—. Los que menos bajas han sufrido son los que estaban a sus órdenes en el flanco derecho. Sabía lo que tenía que hacer, y lo ha hecho bien, mejor incluso que nuestro padre el sultán.

Lada ocultó su sonrisa de traidora detrás de su gran jarra.

—Ten cuidado, Nicolae, que casi parece que lo elogias.

—Jamás en mi vida pienso llamarlo a él *padre*, pero no descarto que tu

Mehmed llegue a ser un sultán respetable. Hasta que nos desangre a todos contra las murallas de Constantinopla.

Aliviada y animada por la noticia del triunfo de Mehmed, Lada se relajó y disfrutó con las anécdotas de Nicolae sobre la campaña, y la exageración con que pintaba las escenas de caos, sangre y vísceras y heroísmo personal. Se unieron a ellos varios jenízaros de escasa devoción y gran amor a la bebida, que fueron distribuyéndose por la sala en penumbra, hasta que al poco rato no había un alma. A todos los entorpecían el alcohol y la somnolencia de después del viaje.

—Aún no me has explicado que por fin tengas dos cejas —dijo Lada después de que Nicolae hiciera una cómica interpretación de sus esfuerzos por sacar su espada de las tercas costillas de un soldado húngaro antes de que le diera alcance un transilvano gritón.

—Ah, eso. La costurera del campamento, que se disgustó conmigo. —El jenízaro se señaló la entrepierna—. Siempre tiene que hacerle un arreglo al uniforme estándar para que quepa mi enorme virilidad. Al final se cansó de tener que añadir tanta tela. Sus tijeras están muy afiladas.

Las carcajadas fueron generales. Lada puso los ojos en blanco, contenta de que hubiera bastante poca luz para esconder su incómodo rubor. Normalmente evitaba aquel tipo de lenguaje con los hombres, por temor a lo que pudiera fomentar, pero los había añorado demasiado para quedarse al margen de sus bromas obscenas. Resopló con desdén por la nariz.

—Me extrañaría menos que hubiera confundido tu virilidad con una de sus finas agujas.

Se ganó carcajadas aún más estrepitosas que Nicolae, así como varias palmadas en los hombros. Se recostó en su asiento y ocupó tanto espacio como los hombres que la rodeaban, mientras sonreía de oreja a oreja a su amigo.

—Si quieres, te la enseño. —Nicolae abrió mucho los brazos—. ¿Eres de desmayo fácil?

—Tengo bastante mala vista. Para poder ver algo tan pequeño necesitaríamos algún tipo de lupa.

Varios soldados dieron puñetazos en la mesa. Hubo uno que se cayó de la silla, por la borrachera o por reírse tanto. Ivan, a quien Lada siempre le había sido antipática, desde el día en que lo había vencido, se inclinó hacia delante.

—Pero aquí hay cosas que no son tan pequeñas. —Puso una mano en el pecho izquierdo de Lada, y le hizo daño al apretárselo.

Antes de que Lada pudiera reaccionar, Nicolae apartó a Ivan, le estampó la cabeza en la mesa y lo tiró al suelo. Después le restregó la cara por la tierra compactada.

—Lada es de los nuestros —dijo con voz ronca—. Y a los nuestros no los tratamos así. ¿Lo has entendido?

Ivan gruñó en señal de asentimiento. Nicolae volvió a sentarse, y a sonreír con la facilidad de siempre, pero el ambiente se había contaminado de un silencio enrarecido. A Lada nunca le había pasado nada así. Sospechó, sin embargo, que tenía que agradecersele a Nicolae. ¿Desde cuándo disuadía aquellas actitudes? ¿Cuántos comentarios se habían hecho cuando ella no podía oírlos? Aunque Nicolae hubiera dicho que era de los suyos, su defensa demostraba justo lo contrario. A Lada le sentó como si hubiera comido algo en mal estado, y amenazase con salir de nuevo de su estómago. Era la constancia de que nunca podría ser igual a ellos. Siempre estaría separada.

La mirada hostil de Ivan al levantarse del suelo prometía un futuro de violencia.

Lada la sostuvo sin pestañear, con la misma hostilidad.



Radu no podía ni respirar de la emoción mientras veía cómo se acercaba la caravana a la fortaleza. En medio iba un lujoso carruaje, con veinte jenízaros y dos eunucos a caballo, cuya presencia le extrañó, aunque quedó explicada en el momento en que se abrió el carruaje y se vio que iba en él otro miembro de la familia del sultán que aquel con quien tan desesperado estaba por reunirse.

La que se apeó fue Huma, con una clara mueca de repulsa al contemplar Amasya en la orilla del río que corría a sus pies. Verla después de dos años —sabiendo en qué había consistido su último encuentro— llenó a Radu de temor.

—¡Radu! ¡Pero cuánto has crecido!

Huma le tendió los brazos. Radu tomó sus manos sin saber muy bien de qué manera saludarla.

—Tienes buen aspecto —le dijo.

—Las apariencias engañan. —La risa de la sultana madre fue grave y áspera, como un aliento cargado de humo—. No hace falta que mires tanto por encima de mi hombro, que él no viene.

—¿Qué te trae a Amasya, si no es acompañar a Mehmed? —Radu esbozó una sonrisa forzada.

Ardía en deseos de preguntarle cuándo volvería el hijo del sultán, y cuál era el motivo del retraso, pero le pareció importante mostrarse tranquilo.

—Vengo por asuntos familiares.

—Pero... ¿Mehmed sigue en Edirne? ¿Qué asuntos familiares tienes aquí sin él?

Tras observarlo durante unos instantes, Huma se volvió a reír.

—Realmente no sabes mucho de la vida de mi hijo, ¿eh? Qué encanto. —Le tocó la mejilla con una mano seca y suave—. Entra conmigo, que nos pondremos al día. Llama a tu encantadora hermana. Así estará reunida toda nuestra alegre compañía.

—Estará con los jenízaros. Casi no la he visto desde que volvieron.

Huma hizo un ruido de interés con la garganta, pero no dijo nada. Después de acomodarla en uno de los mejores aposentos de la fortaleza, Radu fue en busca de Lada. Podría haberla mandado llamar, pero no quería quedarse solo con Huma. El secreto entre él y Lada le pesaba, pero al mismo tiempo los unía. Con Huma en Amasya, lo sentía como una amenaza.

Los jenízaros que habían llegado con Huma estaban descargando el equipaje.

—¿Puedes enseñarnos dónde está el cuartel? —preguntó uno.

—Allá iba. Seguidme, si queréis.

Al girarse para hacer señas al soldado, se quedó de piedra, sin saber de qué lo conocía. Tenía la cara redonda, los labios carnosos y los dientes separados, promesa de una robustez que desmentían sus largos brazos y piernas, y su constitución delgada. Ahora que Radu era casi tan alto como él, le parecía mucho más joven que como lo recordaba.

—¡Lazar!

—¿Nos conocemos? —Lazar sonrió, desconcertado.

—¡Te he estado buscando desde que llegamos! ¡No me lo puedo creer!

Radu lo agarró por los hombros. Finalmente, en el rostro de Lazar se abrió la sonrisa franca y cálida que tanto consuelo le había deparado a Radu hacía una eternidad.

—¡El niño del establo! ¿Será posible?

—¿Qué haces aquí?

—Me han destinado con los hombres de Ilyas. Como al resto.

—¡Cuánto me alegro! Es una alegría verte, de verdad.

Radu no podía apartar la vista del rostro de Lazar. Le parecía increíble haber recuperado a aquel amigo después de tanto tiempo. Gracias a ello se le hizo un poco menos punzante ver frustrada su esperanza de que volviera Mehmed.

—Mi presencia no suele despertar tanta alegría. Decididamente, tendré que ausentarme unos años de tu vida, aunque solo sea para sorprenderte con mayor frecuencia. —Le pasó un brazo por los hombros y fueron juntos al cuartel.

Pronto reclamaron a Lazar sus deberes logísticos, si bien prometió que se verían a menudo. Canturreando de alegría, Radu encontró a Lada, y se le pasó de golpe el buen humor al acordarse de por qué había venido.

—Está aquí Huma —dijo sin preámbulos.

Lada dio un respingo y apartó la espada que había estado afilando.

—¿Y Mehmed?

—No. Huma quiere vernos.

—Pues yo a ella no.

—Lada... —dijo Radu.

Su hermana bajó la cabeza, resignada. Tenía que ser consciente, y sin duda lo era, de que Huma siempre conseguía de ellos todo lo que deseaba.

Cuando entraron Radu y Lada en el salón, Huma tenía metidas las manos en

un gran trozo de tela bordada con primor. Levantó la vista con una gran sonrisa.

—Lada, querida. ¿Tienes hilo?

Radu no entendió la risa seca y casi histérica que brotó de la boca de su hermana.

—No —dijo ella, sacudiendo la cabeza—. No tengo hilo. Ni uno solo.

Su exabrupto hizo arquear una ceja a Huma, que la miró de los pies a la cabeza como si mirase una miga en el suelo.

—Veo que no has renunciado a tus esfuerzos por convertirte en hombre.

—No tengo ningunas ganas de ser hombre —replicó Lada, ya rehecha.

—Pues llevas pantalones, y te entrenas con los jenízaros.

—Cierto, cuando podría estar sentada contigo en esta sala, siendo invisible, cosiendo y envejeciendo. Qué raro que opte por otra cosa.

—Hay mucho poder en ser mujer. —Huma chasqueó la lengua—. Estás estropeando tus posibilidades. Si me dejaras, podría sacarte un gran partido.

Lada se giró para marcharse, pero Huma carraspeó y tocó varias veces con la palma el sitio que tenía al lado. Lada se dejó caer con mala cara contra la pared, y la observó con mirada recelosa.

—¿De qué querías hablar, Huma? —preguntó su hermano. Cuanto más tardaba en explicarles por qué había venido, más nervioso se ponía. ¿Por qué aún no había vuelto Mehmed? ¿Había pasado algo en Edirne? ¿Venía Huma a decirles que había sido descubierta su estratagema, y que Mehmed los odiaba? Se apretó las manos hasta que los nudillos quedaron blancos.

Sin hacerle caso, Huma recogió varios hilos de colores que colgaban de su bordado.

—¿Habéis oído hablar alguna vez de Teodora de Bizancio?

—¿También cose? —Lada echó la cabeza hacia atrás, y miró hacia arriba

con irritación.

—Pues mira, no, era prostituta.

Radu se sentó en un banco cerca de Huma, perplejo, pero intrigado. No parecía la manera de empezar a explicarles que Mehmed quería verlos muertos por haberle arrebatado el trono.

—Vivió hace casi mil años en Bizancio, cuando aún era Bizancio y no solo una ciudad tristemente aferrada a la vida detrás de sus murallas. Su padre amaestraba osos, y su madre era actriz. —Huma pronunció la palabra *actriz* con una sonrisa cómplice, que insinuaba todos los otros deberes que habría comportado dicha profesión—. Siguiendo su ejemplo, Teodora adquirió una gran habilidad en todo lo que hacía. Corren anécdotas muy interesantes sobre su juventud, pero me las saltaré. Sería de mala educación contarlas en presencia de ambos sexos.

Lanzó una mirada a Radu, que apartó la vista, intentando no ruborizarse. No entendía que a Huma le pareciera bien compartir esas anécdotas con Lada, pero no con él.

—¿Por qué nos lo cuentas? —preguntó Lada inexpresivamente.

—Os estoy haciendo un favor. Tened paciencia. Después de muchos años, Teodora aceptó el cristianismo y llevó una vida honrada pero sencilla, hilando lana cerca del palacio. Fue donde conoció a Justiniano, el emperador. No se sabe qué le atrajo de ella, si su inteligencia, si sus orígenes humildes, si su... experiencia... El caso es que se enamoró. Anuló las leyes que le impedían casarse con una muchacha de tal condición, y Teodora fue coronada emperatriz. No emperatriz consorte, ¿eh?, sino emperatriz de pleno derecho, a la misma altura que su esposo. Imaginároslo. —Huma hizo una pausa, y se le suavizó la mirada. Al cabo de un rato salió de su ensimismamiento—. Pasó de entretener a hombres sobre el escenario, y detrás de él, a gobernar todo

Bizancio. Aplastó una rebelión, cuando su marido habría huido; mejoró las leyes para todas sus gobernadas, y ayudó a construir la catedral más bella del mundo entero, Santa Sofía, que sigue en pie en Constantinopla, como testimonio de los logros conjuntos de Teodora y su marido. —Huma se inclinó—. Nunca tuvo en sus manos una espada, pero dio orden de matar a treinta mil traidores. De ser prostituta, y someterse a cualquier hombre con bastantes monedas, pasó a no someterse nunca más a nadie. ¿Y qué te crees, que lo hizo llevando pantalones?

—Pero seguía necesitando a un hombre —dijo Lada, cuyos ojos eran dos ranuras.

—Has entendido perfectamente la historia. —Huma mostró los dientes, como podría sonreír un depredador.

Sufrió un ataque de tos seca y convulsa, que no le dejó hablar durante unos momentos.

—¿Te traigo algo? —preguntó Radu.

Ella lo descartó con un gesto.

—Entiendo tu situación mejor de lo que te imaginas —le dijo a Lada—, pero estás reteniendo a Mehmed. Toma una decisión, Lada. Si no quieres casarte con mi hijo, suéltalo.

—¡Yo no tengo ningún poder sobre Mehmed! —Lada se irguió mucho, indignada.

—¡Pero si nadie ha dicho nada de casarse! —Tampoco Radu daba crédito a sus oídos.

Miró a Lada para que se lo confirmase. Eran tres, y siempre lo habían sido. Los tres juntos. Entre Lada y Mehmed no había ningún amor que no compartieran también Radu y Mehmed. No, se habría dado cuenta. Por otra parte, Radu y Mehmed tenían en común el vínculo de la hermandad en la fe,

que sin duda los unía más que cualquier vínculo entre Mehmed y Lada.

—Mehmed quería volver a Amasya cuanto antes. —Huma sacudió la cabeza—. Yo le he convencido de que se quedara en Edirne para cultivar relaciones y formarse una base sólida. Desde que se marchó han cambiado pocas cosas. Yo no tengo nada, ni siquiera el aprecio de mi esposo. —Escupió la palabra como un higo en mal estado—. Tampoco la promesa de un hijo capaz de conservar el trono que le conseguí. Debería sacar provecho de su éxito contra Hunyadi, no anhelar el regreso a este lugar perdido; pero aquí estaba tan contento con sus queridos y *fieles* amigos, que no se ha fijado en lo importante. Por eso te lo vuelvo a pedir: libéralo de tu ascendiente.

—Tendrás que disculparme por mi desconcierto. No estoy muy familiarizada con la libertad. —De la boca de Lada salió un aire gélido. Su rabia fría era palpable.

—Esto es una tontería. —Radu levantó las manos, tratando de aportar una nota de desenfado—. Mehmed ha dedicado todo su tiempo a estudiar y prepararse para el gobierno. Nosotros nunca se lo impediríamos. Sabes que haríamos cualquier cosa por proteger a Mehmed. Y que *lo hemos hecho*.

—No, si yo lo sé, pero él no, ¿verdad? Y si sospecho alguna vez que os interponéis en mi camino, no vacilaré en apartaros de él.

A Radu se le enfrió la sangre. No había duda de que Huma podía mandar que los matasen. Lo peor, sin embargo, era que podía contarle a Mehmed la verdad sobre cómo había perdido el trono. Y entonces ellos dos lo perderían para siempre. Radu no se podía imaginar la vida sin él.

No, el problema no era ese. El problema era que se imaginaba perfectamente una vida sin Mehmed. Era como había vivido durante toda su infancia, y a esa vida de frío y soledad no quería regresar por nada del mundo, aunque obligasen a Lada a acompañarlo.

—Tengo otras cosas que hacer. —Huma se levantó, dejando caer su bordado al suelo—. Que no se os olvide lo que hemos dicho.

Al irse, pisó la tela como si los cientos de horas de trabajo invertidos en las puntadas no valieran nada.



Dos semanas después de la angustiosa visita de Huma, y de su rápido regreso a la capital, y un mes después de que volvieran los jenízaros, pero no Mehmed, Lada se encontró inventando excusas para no unirse a las prácticas del contingente de Nicolae. Todo había cambiado. Antes se esmeraba en demostrar que era la más rápida, la más inteligente y la más despiadada, pero desde el lascivo ataque de Ivan, y la reacción protectora de Nicolae, se había dado cuenta de que no importaba. Nunca sería el mejor jenízaro, porque jamás sería un jenízaro. Nunca podría ser poderosa por su cuenta, porque siempre sería una mujer.

Había pensado que el regreso de los soldados pondría fin a la melancolía y la desorientación que la habían hostigado durante los seis meses de ausencia de Mehmed, pero no, al contrario, las había agudizado. Hasta Radu estaba agobiado y de mal humor, con miedo a que no volviese nunca Mehmed, y a lo que pudiera decir Huma para retenerlo.

Bajo un sol que abrasaba de manera brutal, Lada se despojó de sus prendas exteriores. Había tomado la costumbre de ponerse largas túnicas y sujetárselas con una faja, sobre unos bombachos sueltos. A Huma no le parecía bien, pero si se escandalizaba alguien en la fortaleza o en el pueblo, no se molestaba en decirlo (o no se atrevía). Lada también había encargado nuevos puños de

cuero para las muñecas, con un cuchillo escondido en cada uno. Se los desabrochó y los dejó sobre su ropa, al lado de las botas. Lo último que se quitó fue el pañuelo blanco con el que se recogía el pelo enredado y lleno de nudos. Lo desplegó para mirarlo, preguntándose si siempre optaba por el blanco porque parecía un tocado de jenízaro.

Pero nada se parecería nunca bastante.

Se metió con un suspiro en el estanque secreto, rodeado de rocas y escondido por los árboles. El agua era de color verde oscuro, y estaba tan fría que le quitó el aliento y le insensibilizó los dedos de los pies.

Seguía siendo el maravilloso secreto de los tres, un sitio que sentían realmente suyo. Mehmed había vuelto a Amasya lleno de tristeza y de contrariedad. Él no había querido perder el trono. De ahí que Lada y Radu se hubieran prodigado en atenciones para distraerlo. Jugaban a ver cuántas veces lograban escaparse de los guardias de Mehmed para refugiarse en el estanque. Era una escapatoria que necesitaban todos, pero en ausencia de Mehmed, Radu no había querido ir al estanque. Tampoco Lada lo había visitado desde entonces, por miedo al silencio y la soledad.

Hasta hoy. Ahora sabía que fuera adonde fuese, y sin importar cuántos la rodeasen, siempre estaría sola. Mejor, entonces, estarlo en un lugar hermoso.

Cerró los ojos y se quedó flotando boca arriba, sumergida toda ella a excepción de la cara. El sol brillaba mucho, y su calor contrastaba con el frío del agua. Bajo la camisa interior pegada a la piel, sus pechos se elevaban hacia la superficie, cosa que le parecía divertida, pero también extrañamente turbadora. Aunque no hubiera crecido mucho en estatura, se hubiera vuelto más gruesa y robusta, y sus pechos se habían convertido en algo pleno y turgente. Aquella novedad de tan difícil manejo la había obligado a introducir ajustes en su técnica de lanzamiento de cuchillo, y en la de tiro con arco, que

siempre había sido la que menos dominaba. Ahora flotaban suavemente en el agua, inevitables.

Tenían algo claustrofóbico.

También sus pezones parecían tener voluntad propia. A veces eran planos y pequeños, y otros se abultaban y sobresalían. Sospechó que esta vez era por el frío, pero ya le había pasado en algunas otras ocasiones. Su niñera se lo habría explicado.

O Huma. Aunque antes de pedirle consejo a Huma acerca de su cuerpo, se habría cortado los pechos.

A veces sentía curiosidad por cómo habría sido tener madre. ¿La habría guiado y calmado en el traumático momento del primer sangrado, explicándole que no, que no se estaba muriendo? ¿La habría ayudado a esconder las pruebas durante más tiempo del que había sido capaz de hacerlo ella?

No. Su madre habría huido a rastras, aterrada, o lo habría dejado en manos de la niñera.

Dejó que se le hundiera la cara en el agua. Una madre. Una niñera. Una amiga, incluso. Con más mujeres en su vida, tal vez las exigencias físicas y sociales del género femenino no la hubieran indignado tanto.

Pensó en el bordado. En el peso de las capas de ropa, y en la estrechez de los zapatos. En las miradas bajas, y las sonrisas oportunas. En su madre. En Huma, Halima y Mara. En todas las maneras de ser esposa. En todas las maneras de ser mujer.

No, tener más mujeres en su vida no habría cambiado nada.

Además, con pechos o sin ellos, todavía podía seguir perfeccionando el manejo del arco. Se puso una mano en cada pecho y apretó hasta que le dolieron, tratando de adivinar qué había querido Ivan. ¿Qué encanto podían tener aquellas protuberancias de carne? De repente pegó un grito: había

aterrizado un cuerpo casi sobre ella, sumergiéndola. Se abrió paso hasta la superficie sin poder respirar.

Y se encontró con la cara de Mehmed, que sonreía a pocos centímetros de la suya.

La rabia por el susto se escurrió con el agua por su rostro y su pelo. Mehmed estaba diferente. Durante los meses de ausencia se había hecho mayor. Si en el caso de Radu los cambios del crecimiento lo habían vuelto más guapo, en el de Mehmed lo habían endurecido. Estaba más distante, menos parecido al niño a quien había encontrado llorando en la fuente, y más a como sentía Lada que tenía que ser un sultán.

A tan poca distancia, sin embargo, la dureza de los planos de su cara quedó suavizada por la familiaridad de una sonrisa que no había cambiado desde la niñez. Tenía los labios carnosos, suaves e incitantes, y la mirada llena de astucia.

Lada se vio incapaz de apartar la vista de sus labios.

—¿Me has echado de menos? —preguntó él con picardía.

—Sí. —La sinceridad la traicionó, saliendo en un susurro de su boca antes de poder frenarla.

Mehmed le puso las manos en la cintura. Durante el último verano lo había hecho muchas veces, para hundirla en el lago, empujarla y jugar, pero esta vez no las movió. Lada sintió su calor a través de la fina tela de su ropa interior.

—Yo también te he echado de menos. —La voz de Mehmed era ronca, y más grave que antes.

Se acercó más a ella. Lada se debatía interiormente. Si por ella fuese, lo habría empujado, o desarmado con alguna réplica ingeniosa y cortante, o habría encontrado *algo* que hacer con sus manos, esas manos inútiles que flotaban a ambos lados de su cuerpo.

Volvió a oír mentalmente las palabras de Huma: *Libéralo*. ¿De veras lo tenía prisionero? ¿Era lo que deseaba?

Fue como si sus manos respondieran a su desesperación, pero no a la confusión y el miedo que reverberaban en el interior de Lada como un choque de espadas, porque subieron hasta unirse en la nuca de Mehmed y enredarse en su pelo mojado. Después sus labios, de los que jamás había salido nada más que veneno, buscaron los de Mehmed y recibieron un dulce bautismo de fuego, renaciendo en forma de algo nuevo y salvaje. La boca de él respondió abriéndose. Los dientes de ambos se tocaron, y sus lenguas se enlazaron.

Era una sensación como de lucha.

Como de caerse.

Como de morir.

—¿Mehmed?

Era la voz de Radu, indefinida y en sordina, como si Lada aún tuviera la cabeza dentro del agua. Ella y Mehmed interrumpieron su combate de bocas. Entonces Lada se dio cuenta de que rodeaba la cintura de él con las piernas, de que la sostenía con las manos por detrás de los muslos, y de que sus pechos estaban muy pegados.

Lo apartó para sumergirse en el estanque y nadar al otro lado, justo cuando aparecía su hermano entre los árboles y se zambullía entre los dos. Radu reapareció con el pelo chorreante, lleno de gotas de sol. También su risa estaba llena de alegría. La de Mehmed no era igual de sincera. Miraba a Lada a los ojos como si la quemase, mientras sus cejas formaban una pregunta o una promesa. Ella no supo cuál de las dos.

—¡Ha vuelto Mehmed! —exclamó Radu.

—Creo que ya se ha dado cuenta —dijo Mehmed.

—Lada... —Radu se acercó a nado y la empujó en broma por el hombro—.

El agua no está *tan* fría. ¿Por qué tiembles?

Ella apartó la vista de los ojos de Mehmed.

—Por nada.



—He terminado. —Radu se reía sin aliento, mientras soltaba su espada de práctica.

—Has mejorado mucho. —La sonrisa perezosa de Lazar no cuadraba con las gotas de sudor que perlaban su frente y su labio superior. Se ajustó su larga toca blanca, de la que se escapaban algunos mechones de pelo negro.

Lazar era una de las grandes alegrías de Radu, solo inferior a la de haber recuperado a Mehmed el mes anterior. Aunque ya hiciera un par de años que Radu, a instancias de Mehmed, se entrenaba con los jenízaros, la presencia entre ellos de un rostro conocido convertía el deber en placer. Siempre que Radu iba al cuartel en busca de alguien con quien entrenarse, Lazar se ofrecía voluntario. Seguía siendo el mismo personaje ocurrente y despierto que en Tirgoviste, veloz con la espada, pero aún más con la risa. La diferencia de diez años parecía mucho menor que cuando Radu era pequeño.

Dejó su espada junto a la de Radu.

—Es posible que dentro de muy poco superes a tu hermana.

—Que no te oiga decirlo, que entonces pasaría aún más tiempo entrenando que ahora. —Radu se apoyó en la pared, sacudiendo la cabeza—. La verdad es que casi no la veo.

—¿Y eso es malo? —Lazar levantó una de sus cejas negras.

—Es mi familia.

—Pobrecito. Es verdad.

Radu se rio y acercó las manos a un cubo de agua. Después de echarse un poco en la boca, se remojó la nuca. Lazar se inclinó hacia adelante hasta rozar el hombro de Radu y le sacó el cubo. Luego se descubrió la cabeza y se echó por encima toda el agua del cubo.

—¡Serás derrochón! —Radu se apartó de un salto, pero aún así la mitad del cuerpo le quedó empapado.

Con una sonrisa que tiñó de malicia su expresión juvenil, Lazar se puso el cubo en la espalda.

—Pues ven a buscarlo.

Por alguna razón, su voz dejó a Radu en suspenso, mientras sentía vibrar un extraño vacío entre su corazón y sus costillas, pero justo entonces oyó que lo llamaban, y al girarse vio a Mehmed en la pared del fondo del pequeño recinto de entrenamiento.

—¡Mehmed! —exclamó con una gran sonrisa.

Después de una ausencia tan larga, seguía siendo una alegría enorme verlo. Siempre le sorprendía su cara, como si fuera una pregunta para la que aún tenía que hallar una respuesta.

Mehmed gesticuló animadamente, demasiado emocionado para tener las manos quietas.

—A la cena de esta noche está invitado un derviche, llegado nada menos que de la India. ¡Verás qué pies tiene! Y qué cara... No cabe duda de que es un hombre santo. Lávate y ven a mis aposentos.

Radu asintió, contagiado por el entusiasmo de Mehmed, que en el último año, desde la muerte de Molla Gurani, buscaba cada vez más lo atípico en materia religiosa: derviches que habían hecho voto de pobreza y recorrían el

mundo, estudiosos que intentaban entender mejor las palabras del Profeta, y hasta preceptores con reputación de herejes. Nunca se satisfacía con la práctica sencilla y conformista del islam. Para Radu era uno de sus grandes atractivos. Estudiar y aprender a su lado siempre había sido una aventura.

Tras despedirse provisionalmente de Mehmed, se reunió de nuevo con Lazar, sintiendo una alegría que imprimía más ímpetu a sus pasos. El jenízaro lo miró con agudeza, mientras curvaba sus labios en una sonrisa falsa.

—Ten cuidado, hermanito.

Radu, que estaba recogiendo las armas que habían dejado por el suelo, se detuvo.

—¿Por qué lo dices?

—Hay cosas que no es aceptable desear, pero que pueden conseguirse con algún rodeo, mientras la gente hace la vista gorda. Luego hay otras que es imposible desear. El mero hecho de hacerlo puede hacer que te maten solo con que se dé cuenta quien no debe darse cuenta. —Dirigió una mirada llena de elocuencia hacia donde había estado Mehmed—. Sé más cuidadoso.

A Radu se le hizo un nudo en la garganta, y se le aceleró tanto el pulso que temió morir. ¿Qué había visto Lazar? ¿Qué sospechaba? ¿Se daba cuenta solo con mirarlo de que le pasaba algo muy malo, cuando ni siquiera él mismo sabía qué era? Radu solo sabía que Mehmed era portador de una luz, de una atracción, de un *fuego*, y que él solo se sentía vivo de verdad en su presencia.

¿Era algo malo?

—Si alguna vez quieres... hablar, dímelo. —Lazar le apoyó los largos dedos en la nuca, donde los dejó durante unos segundos de una longitud inverosímil, mientras latía el tiempo en la aterrada pulsación de la sangre de Radu.

Viendo cómo se alejaba, ancho de hombros, cubierto por la túnica

empapada, Radu supo que nunca volvería a buscar la compañía de Lazar; porque al margen de cuál fuera su secreto, al margen de cuál fuera la pregunta cuya respuesta ya estaba seguro de no comprender, al margen de lo que significara el vacío secreto que dolía en su interior, intuía que la respuesta sería mucho más aterradora que cualquier pregunta.



Dos días después, la conversación con Lazar seguía escociendo como arena en la piel quemada por el sol, e incomodando a Radu cuando menos lo esperaba. Había ido a refugiarse a un jardín calzado en un rincón remoto de la fortaleza. Se sentó a la fresca sombra de un árbol sobrecargado de ramas que colgaban hacia el suelo. Quizá le pidiera a Mehmed que enviase a Lazar a otra parte del país. ¿Pero y si Mehmed quería saber por qué? ¿Qué le respondería, si le había dicho que estaba tan contento de haber vuelto a encontrar a su antiguo protector jenízaro?

No tenía sentido preocuparse. Mehmed era su amigo, el más querido, el único. Tal vez Lazar nunca hubiera tenido un amigo así. ¿Cómo iba a entender lo que sentía? Imposible. Era absurdo insinuar que tuviera algo malo o peligroso querer a Mehmed más que a nadie. ¡Pero si era el heredero del trono! Lo deseable era que todos lo *quisieran* como él.

Mehmed le había aportado seguridad y esperanza, y le había ayudado a alimentar la semilla que, a través de la bondad de Kumal, Dios había plantado en él cuando más falta le hacía. Por supuesto que Radu daba más valor a Mehmed que a cualquier otra persona. Lo quería incluso más que a Lada, cosa que le hacía sentirse culpable; pero es que ella había dejado que sufriera por su culpa, muchos años antes, en manos de su primer preceptor otomano, y Radu aún se acordaba de cuando su hermana asistía impasible a las palizas que le daban a él por el silencio de ella. Eso Mehmed nunca lo habría

permitido.

Su amor a Mehmed era lo más lógico del mundo.

Pero entonces, ¿por qué la mirada de Lazar seguía dándole esa sensación de algo extraño, algo malo?

Lo distrajo el ruido brusco de alguien que pisaba sin ninguna elegancia la grava del camino. Espió a través de la cortina de hojas que aislaba su escondite. Era Lada, que se paseaba inquieta, con cambios constantes de dirección, como si en su cuerpo se librara una disputa en la que no vencía ninguno de ambos bandos. Después de unos minutos de furiosa indecisión, durante los que fue decapitada sin misericordia toda una generación de flores, se quedó muy quieta, con una inmovilidad chocante; no la quietud alerta que solía adoptar, sino una interrupción plácida y soñadora de cualquier movimiento. Sus brazos y sus piernas, que tan rígidos solían estar, daban una impresión casi de suavidad, mientras se llevaba una mano a la boca y seguía sus contornos con los ojos cerrados.

Radu la observó sin respirar, curioso por saber qué sucedía en la cabeza de su hermana. Ya hacía tiempo que había renunciado a cualquier esperanza de entender lo que pensaba. En ese momento, sin embargo, su hermana ya no era la persona resuelta y brutal de siempre, sino...

Una chica.

Exacto: Lada parecía una *chica*.

Exhaló de golpe, aguantándose una carcajada de perplejidad. En un abrir y cerrar de ojos, su hermana volvió convertirse en un depredador. Sus ojos localizaron el origen del ruido, y apareció el brillo de una daga en cada una de sus manos.

—¿Quién está aquí? —inquirió con los pies bien separados, levemente agachada, en equilibrio.

—No me mates, por favor. —Radu apartó dos cortinas de ramas y tendió las manos en un falso gesto de súplica.

—¿Me estabas espiando? —La voz de Lada era estridente, llena de pánico, como si la hubieran pillado cometiendo alguna infracción.

Pero no, no era eso exactamente. Durante su niñez, Radu la había pillado haciendo cosas horribles. Una vez la había encontrado en el establo estrangulando a Vlad Danesti, el insufrible hijo de la familia boyarda rival y, al oír el grito de sorpresa de su hermano, Lada se había limitado a levantar la vista e informarlo tan tranquila de que Vlad le había dicho que valía menos que el hijo bastardo del padre de ambos; ella lo estaba castigando, y tenía curiosidad por saber cuánto tendría que seguir apretando para que perdiera el conocimiento.

Ese día, al verse interrumpida, soltó al niño, que después de toser con la cara muy roja se marchó llorando y no jugó con ellos nunca más; pero más de una vez, al recordar la mirada pensativa y de concentración de Lada, Radu se había preguntado si de no haber aparecido él habría persistido en comprobar cuánto tardaba el niño en morir.

Comparando la impasible reacción de entonces con la rabia de ahora, la curiosidad de Radu se multiplicó por diez, aunque lo disimuló con una mirada apaciguadora donde se mezclaban el miedo y la confusión.

—No sabía que estabas hasta que has gritado —dijo. Los ojos muy abiertos, la boca redondeada, las palmas hacia arriba... Había perdido la cuenta de las veces en que esa expresión lo había sacado de algún aprieto. Si ya de por sí eran grandes sus ojos, al verlos tan abiertos nadie podía creer que fuera capaz de ningún tipo de argucia. Robar algo de comer en las cocinas, ser pillado espiando una conversación, saltarse el protocolo jenízaro... Los ojos grandes y el tartamudeo de disculpa siempre funcionaban.

Si alguien no debería haberse dejado engañar era Lada, pero se le relajaron los hombros, y guardó los cuchillos.

—¿Qué haces merodeando por aquí?

Radu le apartó las ramas. Ella vaciló, pero al final se sentó a su lado al pie del árbol. Cabían justos, con las espaldas encorvadas contra el tronco. El aire era más fresco, y los invadía un aroma a hojas marchitas y brotes nuevos.

—Se está muy bien aquí —dijo Radu.

—Es un sitio como... secreto. Seguro. —Ella asintió, con el gesto sombrío por reconocerlo.

Lo dijo en valaco, mientras palpaba la bolsita de cuero que nunca se quitaba del cuello. Radu la había oído hablar con Nicolae en su idioma, pero desde que Lada había dejado que le pegara su primer preceptor otomano, se resistía a emplearlo con ella. Entre ellos siempre usaban otros idiomas. Oyendo el de su infancia común, lo sobresaltó una extraña sensación de intimidad.

—Nunca había estado en este jardín —dijo ella.

Radu le tocó la daga que llevaba en la muñeca, pero con ligereza, para no romper aquel momento frágil y valioso que se había creado entre los dos.

—Pues has hecho bien en venir preparada, porque suelen frecuentarlo asesinos y ladrones.

Lada le dio un fuerte codazo en las costillas, aunque viniendo de ella era casi un abrazo. Su relación se había vuelto más estrecha durante los meses de ausencia de Mehmed. Ahora, rodeados de hojas, y hablando el idioma de su infancia, Radu se extrañó de que hubieran dejado que se abriera nuevamente una brecha entre los dos y se preguntó si era posible que por fin la cerrasen.

Se oyó una voz en el camino.

—Mehmed —susurró.

—Claro, quién va a ser. —Lada puso mala cara y habló en turco. Había

pasado el momento—. ¿Pero a dónde va? Me había dicho que hoy tenía un consejo sobre los impuestos provinciales.

Radu frunció el ceño.

—A mí me había dicho que se reuniría con los líderes jenízaros para repasar los presupuestos.

Esperaron muy atentos, dos pares de ojos en busca del objeto de su deseo. Mehmed pasó en compañía de un hombre al que Radu no conocía, aunque sí identificó su túnica blanca y su cabeza rapada: un eunuco. Justo al llegar a la altura del árbol, Mehmed se rio. A Radu se le pasó por la cabeza que los había descubierto, y que le divertía que hubieran elegido un escondite tan extraño. Sin embargo, Mehmed se alejó con el eunuco. Caminaban al unísono y muy juntos, señal de familiaridad.

En cuanto se fueron los dos hombres del jardín, Lada salió tras ellos, abandonando el árbol. Radu corrió para no quedarse rezagado. Nunca había cruzado la verja de la otra punta del jardín. Lada se detuvo, miró con cuidado a todas partes y la abrió. Daba a un camino que rodeaba la parte trasera de la fortaleza; un camino amurallado, como los demás, pero estrecho y de una intimidad inhabitual.

Al doblar una esquina, frenó tan bruscamente que su hermano chocó con ella. Tenían delante un edificio que Radu nunca había visto. La expresión de Lada le hizo suponer que estaba igual de sorprendida por su existencia. Lo rodeaban muros altos, cargados de enredaderas, pero la entrada, de dos pesadas hojas, estaba abierta de par en par. Al otro lado vieron parte de un jardín, suntuoso y de una exuberancia casi vulgar, con árboles cargados de frutos, y flores que cubrían las paredes con un alboroto de color.

La idea de que Mehmed les hubiese ocultado la parte más bella del recinto avivó una chispa de rencor en Radu, hasta que se dio cuenta de que dentro del

jardín aguardaban varias mujeres, digno reflejo de las flores, tan llenas de pétalos como ellas, y con el mismo torbellino de colores y la misma efímera viveza. Una de ellas, la del medio, tenía un niño en sus brazos.

En lo que tardó Radu en procesar que era Mehmed quien se acercaba con paso firme al bebé y lo tomaba en los suyos, Mehmed quien reía y sujetaba al niño como un cochinillo en un mercado, Mehmed quien depositaba en su frente un beso asombrado, se cerró la verja, separando a los hermanos del luminoso sueño que contenían. Radu no habría sabido decir si el sonoro impacto de metal lo había hecho la verja, o lo había sentido él en su interior.

—¿Tú lo sabías?

—No. —La voz de Lada llegó de muy lejos, de debajo del agua, de una cueva cuyas profundidades jamás verían la luz.

Radu tardó una eternidad en darse cuenta de que se ponía el sol, y de que se había quedado solo contemplando la verja, y la puerta que ocultaba el misterio de Mehmed. El Mehmed que lo había dejado del otro lado.



Por la noche, Radu y Lada esperaron a solas en los aposentos de Mehmed, que estaba tardando mucho más que de costumbre en reunirse con ellos para una cena tardía. No hablaban. Tampoco se miraban. Radu estaba envuelto en una sofocante manta de tristeza y amargura. ¿Cómo había sido capaz Mehmed? ¿Cómo podía ser... *padre*?

Le dolía que Mehmed no le hubiera hecho partícipe de la noticia. Ese, y no otro, era el motivo de la horrible sensación que se clavaba en sus entrañas.

La sonrisa cómplice de Lazar...

Se abrió la puerta. Radu gritó de alivio. Había llegado Mehmed. Se lo explicaría todo. Tendría sentido. Todo volvería a ser como antes. Radu volvería a saber cómo sentirse.

También Lada se incorporó. Su rostro era inescrutable.

En cambio el de Mehmed era como el desierto durante una tormenta de arena. Una expresión de rabia en carne viva crispaba hasta el último centímetro de sus facciones. Tiró al suelo un pergamino, a los pies de los hermanos.

Lo recogió Lada, en cuyo ceño se marcaron también surcos de ira.

—¿Qué es esto? ¿Te burlas de mí?

—Te aseguro que estoy tan sorprendido como el que más. —Mehmed sacudió la cabeza.

Levantó una mano hacia ella, como quien calma a un caballo asustado. Radu los miró a los dos. Pasaba algo raro, algo nuevo; algo que en su vorágine íntima de confusión se le había pasado por alto. ¿De qué se trataba? ¿Qué había sucedido?

Presa del pánico, intentó quitarle el pergamino a Lada, pero lo tenía demasiado bien cogido.

—Es de mi padre. —Los labios de Mehmed se torcieron en una sonrisa, mientras hablaba con el mismo tono de antes—. Se ve que estoy invitado a mi propia boda.



Edirne, Imperio otomano

Había oro en todas partes.

Oro en los dedos, gruesos o delgados; oro en las narices, largas o romas; oro en las orejas, y en las frentes, y en los cuellos, y también en las muñecas; oro en los brazos y oro en los tobillos. Y en ningún lugar tanto oro como en dos finos tobillos que asomaban por debajo de la seda adornada con hilos de oro, unos tobillos débiles, que no habrían podido sostener a su dueña en ninguna pelea, ni durar hasta el final de una carrera.

Sitti Hatun, la esposa de Mehmed, tenía unos tobillos detestables.

Transcurridos dos días del mes de festejos nupciales, a Lada ya le dolía la cabeza por culpa del perfume, de la comida especiada y de la música incesante. Le habría gustado poder usar el instrumento del arpista como un arco, y disparar flechas de incienso encendido a los dorados corazones que palpitaban dentro de los invitados.

Ni siquiera había tenido un momento para hablar con Mehmed. No había vuelto a estar con él a solas desde el día del estanque, desde el beso, desde que todo se había confundido y enmarañado. Mehmed, por su parte, no hacía sino sonreír, reír y estar sentado junto a su mujer, la de los tobillos finos, la de la belleza que dejaba sin respiración, y en lo más hondo de Lada, donde el

hijo del sultán había encendido una llama, solo quedaba un agujero chamuscado.

Cerca, encima de un estrado, recitaba poesía un joven igual de curvado y reluciente que una espada jenízara. Su voz era un río que arrastraba a Lada, sumergiéndola en sus aguas bravas, y haciéndola girar hasta que tuvo la impresión de que aquellas historias de valor, de amor y de victoria llenaban sus pulmones hasta no dejarla respirar.

Echó mano de una de las copas que llevaba un criado de ojos mansos y bebió el vino amargo a la mayor velocidad que pudo, intentando quitarse el regusto de la pasión del poeta. Le sorprendía que Mehmed estuviera dispuesto a que se sirviese vino en su boda, cuando él se negaba a beberlo por principios religiosos, pero se alegraba muchísimo de que así fuera.

Al otro lado de la enorme sala, bajo un dosel de reluciente seda, estaban Mehmed y su esposa, recostados en cojines de terciopelo. La gente fluía hacia ellos como arroyos: como el fluir de los vasos sanguíneos que alimentan con amor y adoración el palpitante corazón del imperio.

Antes de fingirse contenta por ellos, Lada se habría desangrado.

—¡Lada! —Radu tenía la cara tan brillante como las lámparas del techo—. ¿Me concedes este baile? Tenemos que hablar.

—Antes deo que me lleve a dar un paseo por el patio el jardinero mayor —replicó ella.

—Es que quería preguntarte algo. Su hermano se entristeció.

Una joven pasó cerca, deliberadamente, entornando las pestañas al mirar a Radu y sonreírle con un recato casi obscuro. Lada se percató de que había visto bailar a su hermano prácticamente con todas las mujeres presentes en la boda. En Amasya nunca había intentado conquistar a nadie, pero tampoco había tenido la oportunidad. Se mareó al sentir que el vino se movía en su

estómago vacío.

Radu no podía ser tan tonto como para pedirle a ella consejo sobre cómo cortejar a las otomanas.

—Seguro que te las puedes arreglar perfectamente solo —dijo Lada con desdén.

Radu parecía dolido. Sin embargo, apretó la mandíbula y se alejó. Molesto con él, pero también consigo misma, Lada se giró con la intención de huir, y al hacerlo se topó con Huma. Tenía los labios pintados de un granate a juego con la tela en la que iba enfundada, y parecía una herida brillante.

—Ven, vamos a dar un paseo —dijo la mujer, tendiéndole la mano.

Con el ceño fruncido, Lada se dejó llevar por el codo hasta la otra punta de la sala, a un rincón donde no refulgía tanto la luz de los candelabros colgados. Había tantos, y brillaban de tal modo, que una nube de humo oscurecía el techo, agitando y difuminando sus dibujos.

O, tal vez, Lada había bebido demasiado.

—Te veo preocupada, pequeña.

Soltó una risa amarga mientras se tocaba el vestido. Durante esa semana la habían vestido cada día los criados. Aunque hubiera tratado de insistir en que quería ir como los jenízaros, le habían puesto vestidos drapeados y zapatos de seda. El de esta noche era de un rojo tan oscuro que casi parecía negro, demasiado escotado para su gusto, con una faja blanca. También el pelo se lo habían domado, agrupándolo en trenzas y tirabuzones que le caían por la espalda. Al menos llevaba sus botas.

Huma deslizó un dedo por su clavícula.

—Aquí deberías llevar un collar, para llamar la atención. —Y le señaló los pechos.

Lada habría estado dispuesta a tirarle una flecha de incienso, antes de

hacerle caso. Al mirarle la cara, sin embargo, se dio cuenta de que Huma tampoco se encontraba a gusto. Había dado por supuesto que estaría encantada, como pez en el agua en su papel de madre del novio, y que se dedicaría a presumir y hacer gala de su nuevo poder. No había querido que Lada se casase con Mehmed. Pues bien, ya lo tenía casado con otra.

Pero no, Huma lo miraba todo con los ojos entornados.

—Aún no te he felicitado —le dijo Lada.

—No disimulemos. —Huma bufó un poco, e hizo un gesto brusco con la mano—. Esto no me lo consultaron a mí. Es una alianza política decidida por Murad para reforzar las fronteras orientales. Extraño paso, si tenía pensado volver a abdicar pronto, ahora que Mehmed es mayor.

Lada miró la sala de otro modo. No estaban ninguno de los preceptores de Mehmed, ni de sus santones favoritos; ninguna de las personas con las que había trabajado durante su breve paso por el trono de sultán. Sí estaba, en cambio, Kazanci Dogan, el que había sido jefe de la rebelión. No podía haberlo invitado Mehmed. Contrariamente a lo que había pensado Lada, las venas del poder no salían del corazón palpitante de los recién casados, sino de... Murad.

—Pues yo pensaba que con la boda, y al tener Mehmed un heredero...

—Un bebé con una concubina dista mucho de ser una garantía. —Huma emitió una risa tétrica—. En cuanto a casarse con una integrante de una tribu turca con la que ya estamos aliados... No, el objetivo de esta boda es reforzar, no construir, ni expansionarse o crear poder y relaciones para Mehmed. Es Murad el que sale fortalecido, sin beneficiar en nada a Mehmed. El bebé, y esta esposa, no tienen importancia. No cambian nada.

A Lada se le aflojó algo en el pecho, y a partir de entonces se le hizo más fácil respirar aquella atmósfera sobrecargada.

Huma miró al padre de Sitti Hatun, que con el ardor de la embriaguez peroraba ante varios pachás que miraban por encima de su hombro, deseando estar en otro sitio.

—¿Sabías que hace dos meses Murad dio la bienvenida a otro hijo? —preguntó—. Qué bendición haber engendrado un varón más. —Hizo una pausa, durante la que Lada oyó un horrible chirrido, y sospechó que procedía de los dientes de Huma—. Qué oportuno, por cierto, haber concertado una boda con tan poco tiempo de diferencia, para que puedan enterarse todos del nacimiento por boca del propio Murad... No está dicho que este, con el beneplácito de su fiel Halil Pachá, no haya decidido esperar una o dos décadas más en favor de un heredero más dúctil.

—Así que todo esto no es en favor de Mehmed.

Lada apoyó todo su peso en la pared, viendo el festejo como lo que era de verdad. Era consciente de que debería haber reaccionado con asco, preocupación y rabia por Mehmed, pero lo único que lograba sentir era un alivio abrumador. Aquel mundo, aquella oda fastuosa al poder que no contenía ni una sola palabra sobre ella... No le pertenecía a Mehmed. ¿Lo sabía él?

—No. Murad nos está recordando que es fuerte y viril, y que no piensa moverse de su sitio. Que Mehmed le pertenece, y que...

Huma tuvo un ataque de tos que la sacudió en lo más profundo. Al visitarlos en Amasya ya tosía así, pero ahora era mucho peor.

Se pasó por la cara un pañuelo sacado de la manga, desprendiendo una capa de polvos que dejó a la vista unas profundas ojeras y unas mejillas que habían perdido su antigua plenitud. Tensó los labios, enseñando los dientes, y toda su sensual carnosidad se convirtió en un odio adusto.

—Me están arrancando todo lo que había construido, todo el fruto de mis esfuerzos. No puedo soportarlo. Yo le quité todo lo que pude, pero aún me ha

quitado más él a mí.

Siguió a Murad con la mirada como quien observa a una presa que está demasiado lejos para ser abatida.

En ese momento, Lada ya no la vio como una amenaza, sino como una hermana. A las dos las había forzado Murad a vivir donde y como no querían.

—Lo mataremos —susurró.

—Ya lo he intentado.

—Yo podría.

—No. —Huma ladeó la cabeza, pensativa, hasta que suspiró—. No es que dude de que pudieras meterle un cuchillo entre las costillas, pero no lograrías salir viva. Para ti no sería una auténtica victoria. Quédate con Mehmed, y ayúdalo. Es nuestra máxima esperanza. Tenemos que proteger nuestra inversión. —Le tocó a Lada la cara con una mano seca y fría, mientras su expresión se volvía casi tierna—. Y si quieres, cástate también tú con él. Hice mal en querer disuadirte. Búscate la vida como puedas, porque nadie lo hará por ti.

Señaló con la cabeza a varios jóvenes con turbantes y capas que formaban un grupo muy apretado cerca del recinto de Mehmed. En el centro se reía Radu, perfilándose muy nítido a pesar de la neblina del incienso.

—En cambio tu hermano... Con tal de hacerle sitio a él, la gente estará dispuesta a arrancarse el corazón. Él nunca tendrá que ensuciarse las manos.

—Puso sus manos junto a las de Lada, y sonrió—. Pero las manos que se tiñen de rojo son las que hacen lo que hay que hacer.

Se irguió, poniéndose su sempiterna máscara de pícara sensualidad, aunque no encajaba tan bien como la última vez que Lada la había visto. Y se marchó en un susurro carmesí.



Las semanas pasaban lentas, y Mehmed seguía siendo inaccesible. Ya llevaban cuatro de boda. Lada no entendía que no se hubieran muerto todos por exceso de placeres. A esas alturas, hasta Radu habría sido una distracción aceptable, pero siempre estaba en el centro de las reuniones, o bien desaparecido. ¿Dónde? Eso Lada lo ignoraba. Suponía que en alguna reunión más íntima, dentro de la celebración de la boda en donde más personajes relucientes se extasiaban con él y con su bella y ocurrente boca.

A Lada se le habían quedado grabadas las palabras de Huma. La situación de Mehmed era tan precaria como antes, si no más. Por otra parte, no podía olvidar lo sucedido la última vez que habían estado en Edirne. A veces aún se despertaba con sabor a sangre en la boca, y el recuerdo del hueso topando con sus dientes, mientras su mano se aferraba a una daga inexistente.

Nicolae, que llevaba un tiempo de permiso, suspiró. El cuartel estaba oscuro. Se apoyaron en una pared. La noche olía intensamente a flores, pero al menos Lada podía respirar. Le gustaba más la oscuridad que toda la luz falsa de aquel disparate de boda.

Nicolae se quitó su sombrero blanco de jenízaro y se pasó la mano por el pelo, mojado de sudor.

—Entiendo que te preocupe la seguridad de Mehmed, y estoy de acuerdo contigo, pero entre su situación y la de antes hay una diferencia.

—¿Cuál?

—Antes, su protección corría a cargo del antiguo cuerpo de jenízaros, que está destinado a la ciudad desde tiempos inmemoriales, y que tiene su propia política y sus propias alianzas. Al no ser él protagonista de ninguna de ellas, era vulnerable. Ahora lo protegemos nosotros. Hace años que estamos con él. Además, ya no es ese fanático insufrible de antes, ese mocoso por quien no podíamos sentir respeto ni afecto. Hemos combatido a sus órdenes, y estamos

dispuestos a luchar por él. No encontrarás ni un solo traidor en nuestras filas. Ya lo sabes, Lada. —Le dio una palmada en el hombro—. Que se preocupe Mehmed de satisfacer a su guapa esposa, que ya nos ocuparemos nosotros de que no le pase nada.

—¿Y de qué me ocupo yo?

—¡De nada! Duerme un poco, pequeño dragón. Es una orden.

Entró en el cuartel para reunirse con los demás soldados, dejando a Lada con sus preocupaciones: mala compañía, que la importunaba sin cesar, estirándole el pelo y susurrándole cosas al oído.

Mehmed muerto. Mehmed enamorado. Mehmed olvidando que Lada existía. Todos olvidando su existencia. Seguir existiendo en un mundo al que le importaba un pimiento que existiese o no. Seguir existiendo en un mundo donde no volvería a ser besada.

¡E importarle que volviera a serlo, malditos fueran Mehmed, sus labios, su lengua y cuanto salía de ellos!

Necesitaba un trabajo, algo real, en lo que concentrarse y en lo que canalizar sus fuerzas. Si Nicolae consideraba que Mehmed no estaba en peligro, era porque no le parecía que pudiera ser una amenaza para nadie. Murad había vuelto, reinaba la estabilidad en el país, y todos estaban contentos. Pero mientras estuviera vivo Mehmed, seguiría en pie la promesa de su acceso al trono. ¿Quién era el más amenazado por ella?

Halil Pachá.

¡Halil Pachá! Lo adoptó como nuevo objetivo. Siempre había sido una amenaza. Hasta era probable que estuviera tras la primera tentativa de asesinato. No cabía duda de que aún era un peligro para Mehmed. Lada lo seguiría como una sombra, y así podría ver cualquier peligro antes de que Mehmed lo tuviera cerca. Su nuevo objetivo le dio fuerzas. No había tiempo

que perder. Pasó por el edificio del harén, iluminado en medio de la noche como una fogata, y pidió permiso al eunuco que vigilaba la entrada para hablar con Huma. No la había visto en todo el día, durante los festejos. A esas horas ya se habrían acostado muchos de los invitados.

El eunuco se la quedó mirando con el ceño fruncido.

—Huma no se encuentra bien.

—Bueno, pero querrá recibirme.

Cuando el eunuco sacudió la cabeza, su pálida tez brillaba débilmente bajo la luz que salía por las ventanas.

—No puede recibir a nadie. Puedo hacer que le entreguen un mensaje.

Lada se desanimó. Ya le daban largas. Pero no. No necesitaba ni el permiso ni los consejos de Huma.

—¿Puedes decirme dónde vive Halil Pachá?

Con una mirada cuya pasividad daba testimonio de muchos años de aprendizaje para no traslucir sus emociones cuando le pedían algo, el eunuco le indicó el camino de la majestuosa residencia de Halil Pachá.

Tras salir como una sombra del recinto del palacio, Lada se adentró en el barrio más cercano, donde vivían los pachás y visires más ricos y poderosos. La mansión de Halil Pachá era enorme y muy alta, señal de su influencia, y de la consideración de que gozaba en el reino de Murad. Evitando la entrada principal, encontró una estrecha callejuela entre el muro de la casa y la de al lado, con bastantes puntos de apoyo para escalar por las piedras e impulsarse hasta la finca de Halil Pachá. Tras dejarse caer, permaneció muy quieta y en cuclillas, sobre baldosas que aún olían a polvo calentado por el sol.

Del fondo del edificio llegaba un coro de animadas voces. Se deslizó por la pared, y a la vuelta de una esquina encontró un patio. Varias hileras de lámparas, balanceándose como collares, alumbraban una reunión que, a pesar

de la hora, no daba muestras de desfallecer. No había tanta gente como en los festejos y bailes de la boda. Se trataba claramente de una reunión más íntima. Lada no tuvo la menor idea de qué hacer. Era una pérdida de tiempo. Miró la casa, que probablemente estuviera casi vacía.

Al volver al muro lateral del edificio encontró una puerta pequeña junto a la que se acumulaban sin orden ni concierto cestas llenas de cáscaras de verdura y montañas de basura. Al otro lado había un pasillo estrecho, y al fondo una cocina al límite de su capacidad, que a esas horas de la noche se mantenía en funcionamiento a duras penas. A mano derecha, Lada tenía una escalera angosta. Subió hasta el primer piso y abrió una puerta. Esta vez el pasillo era ancho, de techo alto y con gruesas alfombras. Se internó por él con rapidez, sin saber qué buscar, pero ardiendo en deseos de encontrar algo.

Una risa grave la advirtió con un segundo de retraso de que no estaba sola. Se detuvo justo cuando salían dos hombres de una habitación, uno de ellos mirando a otra parte, y el otro hacia ella.

La mirada de Lada topó con la de Radu.

Él, primero se quedó de piedra, horrorizado. Después suavizó su expresión con una sonrisa, y puso una mano en la espalda de su acompañante, señalando algo al otro lado de donde estaba su hermana.

—¿Te habías fijado en este retrato del pachá? Parece que lo haya pintado un elefante. Muy viejo y enfermo.

El otro se rio sin girarse. Radu lanzó a Lada una mirada llena de angustia y pánico, mientras hacía un gesto con la cabeza hacia la escalera de servicio.

En lo que tardaron Radu y su amigo en llegar a la altura del cuadro, Lada ya estaba abajo. Solo al abandonar la casa, y los terrenos de Halil Pachá, cayó sobre ella todo el peso de su humillación. No solo no había encontrado nada, sino que la habían pillado. Radu, nada menos. ¿Qué hacía dentro de la casa?

¿Por qué parecía que la conociera? ¿Y qué estuviera tan a gusto en ella?

Volvió al palacio, pero en vez de ir a su habitación fue a la de Radu y empezó a dar vueltas como un león enjaulado. En su interior se debatían ráfagas de rabia y de vergüenza, a la vez que surgían sospechas que procedía a descartar sumariamente. Finalmente volvió Radu, justo cuando Lada tenía miedo de volverse loca. Cerró la puerta y se apoyó en ella, frotándose cansado la cabeza. Lada abrió la boca para regañarlo, pero él se adelantó.

—¿En qué estabas *pensando*, Lada?

—¿Que en qué estaba pensando? Muy fácil: ¡Halil Pachá ya amenazó una vez a Mehmed, y puede ser que vuelva a hacerlo!

—¡Sí, claro! ¿Pero qué pretendías espiando de noche por su casa?

—Pues... pues he pensado que si lo pillaba antes de... si descubría algo, para que supiésemos...

No continuó. Ignoraba lo que había pretendido lograr. Sencillamente, había tenido ganas de actuar, de *hacer algo* más que estar en un salón lleno de desconocidos con sus mejores galas, viendo a Mehmed con otra mujer.

—¿Te has fijado en el círculo de íntimos de Halil Pachá? —Radu arqueó las cejas y empezó a dar vueltas alrededor de su hermana—. ¿Has tomado nota de quién estaba en la reunión, quién hablaba con quién y quién se entretenía más tiempo conversando con Halil?

—¿Cómo quieres que haya visto tantas cosas sin dejar de esconderme? —dijo Lada despectivamente.

—No, claro, no podías. Te habría hecho falta una invitación. Habrías necesitado hacerte amiga de todos los pashazadas, especialmente del hijo de Halil Pachá, Salih. Habrías tenido que gozar de la simpatía y confianza necesarias para ser bienvenida en los ríos de influencia que corren alrededor de Halil Pachá.

—O sea, que ahora eres amigo suyo, ¿no? ¿Ya te has olvidado de lo que intentó?

—Nunca me ha dirigido la palabra. —Radu levantó las manos, y se sentó en la cama con todo su peso—. Dudo que sea consciente de quién soy. Lo que ocurre es que gracias a su hijo tengo abiertas las puertas de su casa. Me invitan a sus reuniones. Puedo moverme cerca de Halil, prestar oídos, observar, intercambiar secretos falsos por otros verdaderos, y tomar el pulso a los planes de ese miserable. Mientras tú te escondías por el pasillo como una ladrona, yo estaba sentado en su estudio personal, como amigo del alma que soy del mediano de sus hijos, el que menos atención recibe.

—Pues no me habías dicho nada.

—Lo intenté, pero no me dejabas.

Era verdad. Lada había estado tan absorta en su desgracia, tan celosa de lo feliz que parecía Radu, que la noche en que él había intentado bailar y hablar con ella lo había rechazado. Aunque desde entonces habían pasado cuatro semanas. Además, ¿cómo iba a saber ella que se dedicaba a algo así?

—No... no parece propio de ti. Nunca se me había ocurrido que pudieras hacer algo por el estilo.

Radu se puso tenso.

—Aunque la última vez parases tú la daga, la próxima seré yo quien se entere, incluso antes de que se haya acercado a Mehmed el cuchillo.

Lada sacudió la cabeza de incredulidad, sin decir nada. Radu había llegado a la misma conclusión que ella —que Halil Pachá seguía constituyendo un peligro para Mehmed—, pero en vez de echar a correr por la oscuridad, de escalar muros y de merodear sin rumbo dentro de una casa, había discurrido la manera de proteger a Mehmed; una manera que, a pesar de toda su instrucción guerrera, y de su ferocidad, no estaba al alcance de Lada. No le extrañó que no

la hubiera involucrado en sus planes.

—¿Qué puedo hacer? —susurró.

Su hermano contestó con voz tensa por el cansancio.

—No cruzarte en mi camino.

Lada se lanzó hacia la puerta a trompicones, ignorando las disculpas que se apresuró a pedirle Radu en voz alta. Tras cruzar el pasillo —vacío, afortunadamente— hasta su puerta, echó el pestillo y se acurrucó en la cama.

Quería soñar con Valaquia.

Hasta en eso fracasó.



ARadu le encantaba bailar.

El ritmo, la música, sentirlos de los pies a la cabeza al dar vueltas por la sala en perfecta sincronización con los demás bailarines... Algo tenía de idóneo, dolorosamente idóneo, moverse juntos, dejándose llevar por el sonido, formando todos parte de algo mayor, y renunciando a la individualidad para crear algo bello. En esos momentos no tenía que pensar, ni que sentir, ni que ser nada más que movimiento. Era casi como la oración.

Bailó prácticamente con todas las mujeres de la corte, mientras se sucedían sin pausas las canciones. Con halagos, sonrisas encantadoras, le aseguraba a cada una que era su pareja más elegante... Y al devolvérselas a sus maridos, por supuesto, el reconocimiento del buen gusto y la suerte que tenían ellos por haber merecido a la joya más deslumbrante de la sala.

Era tan fácil caer bien, tan agradable...

Y *útil*, también, pensó al aceptar con una sonrisa la invitación de Salih, el hijo de Halil Pachá, a compartir con él una cena en privado.

Las distracciones eran muchas, y de fácil acceso. Radu lograba casi siempre paliar sus ansias por hablar con Mehmed, de estar cerca de él y confirmar que seguiría siendo parte de su nueva vida, la del Mehmed casado y padre de familia. Si encontraba bastantes cosas que hacer, pensar en Mehmed ya no

sería una nota estridente de trompeta, sino el dulce susurro de una flauta.

Desde la otra punta de la sala le sonrió una mujer de labios carnosos, cuyo semblante brillaba con la suavidad y dulzura de la luna. Era joven. Radu no la reconoció, pero le pareció un tanto familiar. Se acercó y le hizo una reverencia.

—No te acuerdas de mí —dijo ella.

—Deberían azotarme por haberme olvidado de una cara así.

—Palabras dulces como la miel, e igual de poco sustanciosas. —Se rio—. Soy Nazira, la hermana de Kumal.

Radu se irguió y miró a su alrededor, entusiasmado.

—¿Está aquí Kumal?

—No, odia la capital. He venido con mi tío, y solo para esta noche. Quería verlo. —Se refirió con un gesto al decadente esplendor de la sala.

—Ah. —A Radu se le cayó el alma a los pies por el peso de la decepción. Hacía tiempo que quería darle las gracias a Kumal por su amabilidad en una época tan mala, y por haberle enseñado a rezar cuando no tenía ningún otro asidero en el mundo. Hizo otra reverencia y tendió la mano—. ¿Bailamos?

La joven asintió. Se sumaron a las otras parejas que bailaban. Radu no perdía de vista el recinto de Mehmed, a quien observaba de reojo preguntándose si su amigo también lo veía, y el deseo de que en vez de quedarse sentado se uniera a la fiesta.

Nazira bailaba muy bien. Al final del baile dio las gracias a Radu con una sonrisa secreta, y él se dio cuenta de que a partir de entonces se quedaba en compañía de una anciana marchita, sin bailar con nadie más.

Justo cuando iba a reunirse con Salih y varios hijos de pachás importantes, le llamó la atención el único punto inmóvil de la enorme sala: Lada, recostada en una pared, cerca de una doble puerta dorada y altísima. Vio que por debajo

del vestido no llevaba sus botas favoritas de jenízaro, sino unas zapatillas con un bordado precioso.

No daba la impresión de albergar la secreta esperanza de matar a nadie. De hecho, no daba la impresión de albergar ninguna esperanza, sino de sentir lo mismo que había sentido Radu al ver al hijo de Mehmed.

Se le clavó entre las costillas un puñal de compasión. Desde hacía una semana, cuando habían estado a punto de pillarla espiando, cosa que lo habría desbaratado todo, Radu había intentado suavizar sus palabras, pero cada vez que se acercaba, ella desaparecía de su vista. Y una parte de Radu, una masa oscura y compacta de mezquindad profundamente metida en su pecho, se había alegrado. Que se sintiera *ella* una inútil. Que se sintiera *ella* una fracasada. Que viera que su hermano podía hacer cosas de las que ella era incapaz.

Pero ahora, al verla, lo embargó la compasión. Cruzó la sala, saludando y prometiendo bailes, y llegó a su lado.

—¿Lada?

Ella parpadeó, y sus ojos se enfocaron lentamente en él.

—Qué —dijo sin el menor asomo de expresión.

—¿Quieres que bailemos?

—¿Tanto me odias? —Se le arrugó la frente, y su expresión se afiló con un atisbo de la Lada de siempre.

—Podría ser divertido. —Radu se rio.

—Sí, me encanta humillarme ante cientos de desconocidos.

—Peor que la mujer de Nebi Pachá seguro que no lo haces. Tiene la gracia de una cerda preñada.

—Sí, y yo la de un jabalí que agoniza con una lanza clavada. —Lada resopló por la nariz.

—Hasta con una lanza clavada, un jabalí puede matar a un hombre.

Esta vez sí que se le escapó una sonrisa, aunque la borró enseguida mordiéndose el labio.

—Venga. ¿Te acuerdas de cómo bailábamos, cuando éramos pequeños?

—Me acuerdo de que te tiraba al suelo y te restregaba la cara en las cenizas de la chimenea.

—¡Exacto! ¿Y te acuerdas del tiempo que pasabas entrenándote con los jenízaros?

—Sí, entrenándome para el combate.

—¡El combate es como el baile! La única diferencia es que me salen algunos morados menos.

Radu tendió la mano, y se llevó la buena sorpresa de que Lada la aceptase.

A decir verdad, bailaba con extraña elegancia. Aunque sus movimientos no tuviesen nada de bonito, llamaban la atención por su fluidez y su potencia. Después de tantos años aprendiendo a luchar, tenía una percepción instintiva del movimiento de su cuerpo por el espacio. En cuanto a su expresión, como de estar tramando el asesinato de su pareja de baile... a eso Radu ya estaba acostumbrado.

Hasta lo echaba de menos.

Al unirse a una rueda de varios bailarines, pasaron junto a la mujer de Nebi Pachá. Radu la miró con elocuencia, y después arqueó las cejas, girándose hacia Lada, que soltó una risa seca, no del todo tapada por la música. Radu a duras penas logró aguantarse la suya, mientras se acababa el baile.

Lada apoyó la cabeza en el hombro de su hermano, sin dejar de reír.

—¡Tenías razón! Se mueve como una cerda preñada.

Él asintió solemnemente.

—Aquí hay parejas de baile como para llenar toda una granja, y yo he dado vueltas por la sala con todas.

—Dime qué especie de animal es Huma.

—Una gata con las caderas gastadas, demasiado orgullosa para renunciar a los ratones.

Lada soltó una risa aguda, escondiendo la cara en el hombro de su hermano.

—¿Y la mujer de Halil Pachá?

—Una oca con mal genio y los pies planos, que va estampándolos por el suelo.

—¿Y la adorable esposa de Mehmed? ¿Qué animal es?

—Eso —los interrumpió una voz grave—. ¿Qué es mi esposa?

Lada dio un respingo y se apartó de Radu. Bajaron a la vez la vista al suelo, evitando los ojos de Mehmed. Era la primera vez que Radu lo tenía cerca en todos los festejos. Siempre los separaba una tela colgada, o un corro de dignatarios. No se apartaba ni un momento de Sitti Hatun.

—Tenemos que darte la enhorabuena por la boda —dijo Radu.

—Para.

Radu levantó la vista, sorprendido por el tono brusco de Mehmed.

—Vosotros no, por favor. No aguanto más todo este... —El hijo del sultán movió la mano para referirse a la sala, y a todos sus ocupantes—. No me digáis que esta pesadilla también me ha robado a mis dos únicos amigos.

Lada se quedó callada, mirándolo con unos ojos cuyo fuego era más negro que el de los braseros de carbón.

Radu se atrevió a sonreír un poco.

—No sé, podría ser un pájaro cantor...

—Si piensas eso es que no has oído su voz. —Mehmed hizo un ruido burlón por la nariz—. No, mi encantadora esposa es como un ratón acorralado, que tiembla, chillá y no vale para nada.

A fin de cuentas, la mezquindad del pecho de Radu no debía de haberse

deshecho del todo, porque las palabras de Mehmed lo hinchieron de felicidad.

—Pero es guapa —opinó, sin saber si era para luchar contra su propia mezquindad o con la esperanza de que Mehmed lo contradijera.

—Es un desperdicio de aire. —Mehmed giró la cabeza para desentumecerse el cuello, con movimientos de rabiosa energía—. Quiero bailar.

Radu miró el estrado donde seguía tristemente sentada la novia. Parecía que hubiera llorado.

—No creo que a Sitti Hatun le apetezca...

—No, con *ella* no —replicó Mehmed, tendiéndole la mano a Lada.

Radu, que miraba su mano fijamente, tardó unos segundos en darse cuenta de que Lada hacía lo mismo. La diferencia era la expresión: si él la miraba con perplejidad, ella lo hacía con rabia.

—¿Ahora? —La voz de Lada tembló por el esfuerzo de no levantarla—. ¿*Ahora* quieres bailar? ¿*Ahora* quieres hablar conmigo?

Brotaron llamas de las brasas de sus ojos. Radu, que la conocía, dio un paso hacia atrás, pero lo que hizo Lada no fue atacar, sino dar media vuelta y salir corriendo de la sala.

—¿Qué he hecho? —preguntó Mehmed con las cejas muy juntas.

Radu se frotaba la nuca. No estaba seguro de por qué había reaccionado Lada con tanta vehemencia, pero por nada del mundo desperdiciaría la oportunidad que se le había presentado de hablar con Mehmed.

—Te... te vimos. Antes de venir. En el harén.

La expresión de Mehmed no delató nada.

—Con... tu hijo.

Esta vez cerró los ojos y emitió un largo suspiro.

—Ah. Sí. Mi hijo. —Le puso a Radu una mano en el hombro. De repente todo parecía un sueño: los saludos, los bailes, los contactos amistosos que

intercambian dos personas que conversan... Fue como si Mehmed, tocándolo, lo despertase—. Qué raro, ¿no?

El alivio llenó a Radu de dicha. ¡Mehmed entendía lo que pasaba cuando estaban juntos! Era algo normal, compartido. Podían...

—Aún se me olvida que soy padre.

—Sí, es raro. —Se le escapó de entre los labios una leve exhalación que se llevó todo su falso alivio.

—Cuando miro al bebé, se me hace igual de raro que dormir en otra cama que en la mía. —Mehmed apartó la mano del hombro de Radu para enseñar las palmas—. Pero bueno, como diría mi padre, es *mi deber*.

—Como Sitti Hatun.

—Exacto, como Sitti Hatun. Cuando se acabe todo esto y podamos irnos a casa, cuando vuelva a ser todo como antes, estaré contento.

Radu asintió. Era lo mismo que quería él, el anhelo, la necesidad, el ansia que llevaba dentro: todo como antes.

Con un leve ademán y la mirada distraída, Mehmed se alejó a toda prisa. Radu lo siguió con la mirada. Siempre era consciente de en qué punto de la sala estaba el hijo del sultán, como si fuera el sol de su firmamento. Por eso cuando Mehmed, aprovechando que el centro de atención era un poeta que empezaba a recitar, se escabulló por una puerta lateral, el único en verlo fue Radu.

Sabía que Mehmed no podía estar solo. Por nada del mundo. Al cruzar la puerta también él, tuvo el tiempo justo de ver que la capa morada de su amigo desaparecía a la vuelta de una esquina. Mehmed no lo había invitado a seguirlo. Por otra parte, si se escabullía debía de ser porque necesitaba tiempo a solas. Por lo tanto, lo siguió sin hacer ruido y desde lejos. Estaba tan atento a no perderlo de vista, y a no dejarse ver, que solo comprendió a dónde iba al

asomarse a una esquina y ver que aporreaba la puerta de Lada.

—¡Abre!

—¡Vete al infierno!

—¡Tenemos que hablar! ¡Es necesario!

—¡Yo de ti no necesito nada!

Mehmed apoyó la cabeza en la puerta y respiró profundamente. Después su tono se dulcificó. A Radu le costó entender lo que decía. Seguro que a Lada, detrás de la puerta de madera maciza, también.

—De lo del niño solo me enteré al volver, después de que nos encontrásemos tú y yo en el estanque. No sabía cómo decírtelo. De hecho, sigo sin saberlo. No tengo ni idea de lo que tengo que sentir. Es... un deber. Lo mismo que aguantar sentado aunque se me hagan eternos los consejos, y que escuchar las quejas de los pachás y las mezquinas riñas entre jenízaros y spahis. —Mehmed se quedó callado, como si prestase oídos. Luego sacudió la cabeza—. Ella es detestable. Y el harén... no es real, Lada. Voy, y se mueven a mi alrededor como fantasmas. Para mí no hay ninguna que sea real. —Hizo otra pausa, apoyando la palma de una mano en la puerta—. Lo único real que hay en mi vida eres tú.

El dolor físico que le provocaron esas palabras dejó a Radu sin aliento, pero su amago de grito se perdió en el ruido de la puerta al abrirse. Mehmed introdujo un brazo y sacó a Lada. Al momento siguiente sus bocas estaban unidas, mientras Mehmed, con las manos en el pelo de Lada, la abrazaba con fuerza, con tanta tanta fuerza... Entraron otra vez y cerraron la puerta.

Dando tumbos, y arrastrando los pies, Radu se plantó en la entrada de la habitación. Quería estar dentro. Quería ser lo único real para Mehmed, como lo era Mehmed para él.

Quería...

No, por favor. *No*.

Sí.

Quería que Mehmed lo mirase como había mirado a Lada.

Quería que Mehmed lo besase como había besado a Lada.

Quería ser Lada.

No, mentira. Quería ser *quien era*, y ser amado por Mehmed por ser como era. Por fin tenía respuesta su pregunta sobre Mehmed; una respuesta que lo taladró, y que lo dejó mudo y temblando en el suelo.

No. No era la respuesta que deseaba.



Aunque Mehmed había tenido que regresar a la fiesta demasiado pronto, para que su ausencia no fuera descubierta, Lada aún sentía el roce de sus manos y sus labios.

No sabía qué significaba, ni qué habían puesto en marcha, pero al final, en todo caso, tenía razón Huma: la expresión con que la había mirado Mehmed antes de irse la hacía sentirse más poderosa que nunca.

Volverían a verse a última hora de la noche, en una fiesta. Mientras tanto, los hombres irían a los baños, y las mujeres cenarían juntas, en la intimidad.

Lada no tenía pensado ir, pero su habitación se le hacía pequeña, y su piel también. Algo tenía que hacer para no explotar. Como no le apetecía nada estar con Nicolae y los jenizaros, y Radu no estaba en su cuarto, localizó la reunión y se sumó a ella envuelta en su secreto, que la protegía como una armadura.

Al ver que la mesa estaba presidida por Sitti Hatun —menuda y perfecta, de una perfecta tristeza—, casi se le escapó la risa. Tan empequeñecida estaba su rival, que no se merecía ni la burla.

Viendo un rostro conocido, eligió un cojín y se sentó al lado de Mara, que primero frunció el ceño, pensativa, y luego sonrió.

—Ladislava. Cuánto has crecido.

La sensación de Lada era de haberlo hecho varios metros en una sola tarde. Puso todo su empeño en que no se le curvasen hacia arriba las comisuras de los labios, desprotegiendo sus recuerdos.

—Sí, es verdad. Tú luces muy bien. ¿Dónde está Halima? —Lada miró a su alrededor, pero no la encontró. En las puertas había eunucos, y estaban presentes la mayoría de las esposas y concubinas de Murad.

Un vuelco en el estómago le recordó a la fuerza que era muy probable que al menos un par de las presentes fueran de Mehmed.

No. No quiso ni planteárselo. Y si estaban, eran como Sitti Hatun: deberes impuestos a la fuerza. No por elección, ni por deseo. No como ella.

—¿No te has enterado? —La sonrisa de Mara no era sincera—. Tuvo un hijo hace dos meses. Todavía está convaleciente.

Lada estuvo a punto de gritar, sin poder remediarlo.

—¿El nuevo hijo de Murad es de Halima?

—Ni más ni menos. Estuvo muy mareada durante los nueve meses de embarazo, y poco le faltó para morir de parto. Nunca he visto un bebé tan feo. No para nunca de llorar. Halima nunca ha sido tan feliz.

—Pobre Halima, siempre tan feliz... —Lada resopló burlonamente—. ¿Y tú, eres feliz?

Mara bebió un poco de vino. Casi ninguna otra mujer de la mesa lo tomaba, pero ella lo hacía sin disimulo.

—Serbia está en paz. Mi marido no pide ni exige mi presencia. Estoy muy bien. Y tú también.

Lada bajó la vista, sonrojándose, y cambió el plato de sitio. ¿Tan claras estaban las huellas de Mehmed en su piel para que las vieran los demás?

—¿Por qué lo dices?

—No eres la niña triste y muerta de miedo de la última vez que nos vimos.

Has dejado de luchar.

Lada quiso discrepar, porque las palabras de Mara le habían llegado al alma, pero era cierto. Se le fue la vista hacia el espacio vacío que rodeaba a Sitti Hatun, y se fijó en cómo hablaban con ella todas sus compañeras de mesa sin decir nada. Sitti Hatun estaba siempre sola, incluso en compañía. Su padre la había usado como moneda de cambio. Lada sofocó rápidamente un breve ataque de compasión. Lo hacían todos los padres. Les correspondía a las hijas buscar la manera de sobrevivir.

Se giró otra vez hacia Mara, y le dijo la verdad.

—Ya no sabía contra qué luchar.

Mara levantó la copa.

—Que al rendirte encuentres algo de felicidad. —Bebió un buen trago—. Que la encontremos todas.



Por el jardín circulaban tortugas en cuyos caparazones goteaban grandes velas, haciendo deslizarse lentos círculos de luz que iban iluminando a los distintos grupos, como retazos de conversación oídos al pasar. Las flores que los rodeaban, y que de noche eran negras, estallaban de golpe en colores brillantes, y luego quedaban reducidas nuevamente a siluetas.

Al pasar a su lado una tortuga de paso laborioso, Lada tuvo la impresión de brotar como una tea ardiente de la oscuridad, aunque sabiendo que estaba cerca Mehmed, aún era mucho más vivo el fuego que llevaba dentro. Durante la cena, turbada por el interrogatorio de Mara, se había excedido con el vino. Esta noche no quería preguntas, sino algo sencillo, físico, real.

Empezó a sonar una canción. El cantante desgranó la historia de Ferhat y Shirin.

Sola, e inmóvil como una montaña, Lada se dejó ubicar por la luz titubeante

de la vela. No apartaba la vista del punto en que intuía que estaba observándola Mehmed, aunque ya no lo viese. Luego, mientras le tensaba los labios una sonrisa al recordar el contacto con los de él, se internó en la oscuridad, en los rincones secretos adonde aún no había llegado el pausado caminar de las tortugas.

Una oscuridad que lo atenuaba todo, hasta la música, de la que llegaban solo jirones que el viento, distorsionándolos, convertía en meros rumores de melodía. Se sintió sola, pero no era ya una soledad desesperada, como antes, sino expectante. Seguro que Mehmed se iba del pabellón que compartía con Sitti Hatun, y la encontraba. Lo adivinaba con todo su cuerpo, hasta en los dedos de los pies. Que fuera una imprudencia, una insensatez, no hacía sino mejorarlo. Nada de cautas proyecciones de futuro. No las quería. Esta noche el futuro no llegaba más allá del tiempo que tardase Mehmed en seguirla.

Al encontrar un sitio resguardado al pie de un árbol, con un arco de ramas que formaba un techo, se apoyó en el tronco y disfrutó al sentir la corteza en su piel. Aunque hubiera usado su cuerpo tantas veces como un instrumento, hasta entonces nunca había valorado la piel en su justa medida.

—Lada —la llamó Mehmed, cuya voz era un susurro ronco, transportado por el denso aire de la noche, y seguido por el aroma de las flores tronchadas.

Lada lo vio, iluminado de espaldas por la fiesta lejana. Él se giró a ambos lados en su busca. Al ver su afán por encontrarla, Lada se sintió recorrida por una especie de vértigo.

El recuerdo de las últimas semanas era tan vívido como el sabor de él sobre la lengua. Lada decidió no responderle. Que esperase. Que la buscase. Que estuviera solo. Lada iría a su encuentro cuando *lo decidiera* ella, del mismo modo que antes, en su dormitorio, solo le había permitido tocarla en los lugares donde se dejaba.

Sin embargo, la cabeza de Mehmed se giró hacia ella. Avanzó con paso vacilante, y en actitud de búsqueda. Luego tendió el brazo, y dio certeramente con su rostro.

—¿Cómo has sabido dónde estaba? —preguntó ella, tan decepcionada como emocionada.

—Tácticamente, es la mejor zona del jardín. —La risa de él fue como una silenciosa exhalación—. Tienes la espalda protegida, pero puedes ver todo lo que pasa sin obstáculos, y seguir escondida al mismo tiempo. No podías estar en otro sitio.

El enfado de Lada al saberse previsible se borró cuando la boca de Mehmed se unió a la de ella con una intensidad cargada de avidez. Mehmed la encajó entre su cuerpo y el árbol. Lada lo agarró por los hombros para darle la vuelta, y ser ella quien lo aprisionase contra el tronco. Él sonrió, con su boca pegada a la de Lada, que le mordió el labio inferior con una fuerza que lo sorprendió. Él, entonces, le enroscó los dedos en el pelo, y apartando los labios de su boca los bajó hacia el cuello. En todo lo que tocaba ardía un calor febril, ansioso y tierno. Le puso las manos en las muñecas, y se quedó en suspenso.

—¿Qué son? —murmuró con la boca en el cuello de Lada, mientras palpaba las muñequeras de cuero a través de las mangas.

El pulso de Lada era casi tan sonoro como su respiración. Cerró los ojos para aguantarla y concentrarse en...

Se oyó un ruido a sus espaldas. Tapó la boca de Mehmed con la mano para que no se oyera su respiración. Luego se giró, quedando de espaldas contra él, y fijó la mirada en la noche.

Una silueta oscura se acercaba a ellos con sigilo. No llevaba sombrero de jenízaro. La postura de su cuerpo, erguido como un depredador, descartaba la

posibilidad de que fuese un criado. Los criados caminaban formando una curva descendente y sumisa. Aquel hombre acechaba con las manos listas para entrar en acción. En una de ellas se posó un rayo de luz extraviado, que, como una almenara, despidió un reflejo de metal.

Lada desenfundó ambas dagas a la vez. Ya tenían justo delante al cazador, inclinado para divisar lo que había en la profunda oscuridad del árbol.

Lada salió de ella de un salto, bloqueando con un brazo la mano donde estaba el arma, mientras la otra daga localizaba su objetivo con un húmedo susurro de victoria. El cazador se quedó quieto durante un momento que pareció eterno. A continuación se desplomó en el suelo, mientras se le escapaba de los labios un grito de agonía que se perdía en la noche. Lada se quedó a su lado mientras se le iba la vida por el cuello, en frenéticas palpitaciones. Dos convulsiones, y donde había habido un hombre no hubo nada.

Lada no levantó la vista hasta que se dio cuenta de que veía bastante bien para reconocer el color granate de la sangre de su víctima. Una tortuga con iniciativa había llegado a las profundidades del jardín. Sobre Lada caía luz: sobre los guiños traviosos de la daga, sobre la mano ensangrentada, y sobre Mehmed, que estaba detrás de ella.

—¿Lada? —preguntó el hijo del sultán, sin apartar la vista del cadáver.

Pero a quien miraba el resto de los invitados, incluido el mismísimo Murad, era a ella, y con horror.



—¿Seguro que te encuentras bien?

Salih se inclinó solícito. Sus ojos, que al tener las comisuras de los párpados hacia abajo le daban un aspecto perpetuamente triste, se arrugaron de preocupación. Tenía dieciocho años, solo dos más que Radu. Era un joven amable y nervioso, que se afanaba siempre en buscar su compañía.

Radu asintió con la cabeza, sin poder salir de su aturdimiento.

Los labios de Mehmed.

Las manos de Mehmed.

El corazón de Mehmed.

Enredados en Lada, no en él. Lada, que no habría podido amar a nadie aunque le fuera en ello la vida. Lada, que había acaparado la atención de su padre, y había dado preferencia a Bogdan sobre su propio hermano. Lada, que había dejado a Radu a merced de toda una vida de palizas y de soledad. Lada, fría, malévola y fiel solo a sí misma.

Lada, que ni siquiera era hermosa.

—¿Acaso no soy guapo? —dijo de sopetón, como si en vez de palabras le salieran lágrimas.

—Pues... sí. —Salih alzó las cejas, dando a su expresión un aire casi cómico, por la mezcla de pesadumbre y sorpresa.

—¿No merezco que me quieran?

—Sí. —La sorpresa de Salih dejó pasó a una emoción abrupta, y llena de temor.

Radu bajó la cabeza. ¿Qué sabía él del amor? No era el amor del que había oído hablar, el que cantaban los poetas y ensalzaban los cuentos. Era... otra cosa, para la que no tenía palabras. ¿Con quién podía hablar? ¿Quién podía explicarle cómo amar a otro hombre?

¿O cómo dejar de hacerlo?

—Radu, yo... —Los dedos de Salih, cortos y gruesos, se posaron temblando en uno de sus hombros.

Los interrumpió un criado que llamó en el marco de la puerta. Al levantar la vista con cansancio, Radu reconoció al muchacho delgado a quien había pegado el día antes. Cuando aún le interesaban las intrigas. Cuando aún se veía como el protector de Mehmed.

Antes de que se acabara el mundo.

—Salih, ha venido alguien a verte. —El criado se inclinó y quedó a la espera.

—Perdona, es que... —En la cara de Salih se formaron arrugas de consternación.

—Ve —le dijo Radu, mirando al suelo, donde seguían sus dos platos, fríos y olvidados, y el de él casi intacto—. Te esperaré en el estudio de tu padre. Tiene un libro sobre el Profeta, la paz sea con él, que quiero consultar.

—Me daré prisa.

En cuanto se marchó Salih, Radu se arrastró por el pasillo con plomo en los pies y en los latidos de su corazón. No se sentía osado, ni inteligente. Todos sus esfuerzos en aquel lugar serían en vano, como su amor por Mehmed. Como su vida.

Una vez dentro, no se molestó en cerrar la puerta. Apartó lentamente la silla del elaborado escritorio de madera, cuya parte superior estaba adornada con taraceas de madera más clara, y volutas de peral. ¿Qué creía poder encontrar? Daba lo mismo. Habría hecho mejor en buscar realmente un libro acerca del Profeta, la paz fuera con él. Lo único que le quedaba era Dios. Lo único que no podía perder.

Lo único que no podía quitarle Lada.

Al impulsarse con los brazos, se dio un golpe en la rodilla con la parte inferior del escritorio. Sus labios formaron a medias un insulto. Algo se había movido. Se agachó para mirar el escritorio por debajo. Su rodilla había desprendido un panel falso, que parecía indicar que dentro había algo.

Lo retiró, y sacó un grueso fajo de pergaminos. Estaban escritos en latín, en una letra apretada que casi llegaba hasta el final de cada página. Los leyó por encima a la mayor velocidad posible, sin acordarse de su desesperación. La primera carta versaba en su mayor parte sobre un tal Orhan, unas pretensiones y una asignación. Se guardó la información, a pesar de que no le decía nada. Después fue pasando las hojas, hasta que lo dejó petrificado el final de una corta misiva. Estaba firmada en nombre de Constantino XI.

El emperador de Constantinopla.

Reaccionó con pánico al oír pasos fuera del estudio. Tras meter de nuevo las cartas en el compartimento oculto, puso el panel en su sitio. No lo encajó bien, pero se le había acabado el tiempo. Se lanzó al otro lado de la sala, y se puso delante de una de las estanterías, tratando de ocultar su expresión culpable.

La puerta maciza se cerró. Radu no se atrevía a girarse. Si no lo hacía, no tendría que ver que había sido descubierto.

Sintió una mano en el hombro; no pesada y violenta, sino suave.

—Radu —dijo Salih, con una voz tan titubeante como su mano.

Radu se giró con la respiración entrecortada, y en el rostro una sonrisa de falsa alegría. Salih estaba cerca, demasiado: a un solo aliento tembloroso de distancia.

Antes de que Radu pudiera formular una pregunta, la boca de Salih cubrió la suya.

Se puso tenso, reaccionando al asalto con una mezcla de conmoción y desconcierto. La mano de Salih rodeó su cintura para pegarse más a él, mientras su boca se unía a la de Radu con voracidad y desesperación. Finalmente, el cerebro de Radu, impregnado de pánico, procesó la situación. Levantó las manos sin saber muy bien para qué usarlas. Se las puso en los hombros a Salih, empujándolo.

La expresión que encontró en sus ojos estaba llena de una desesperación que le llegó al meollo del alma. Contenían deseo en carne viva, de una evidencia dolorosa.

Era lo que había visto Lazar cuando Radu miraba a Mehmed. Sintió caer sobre él una ola de humillación y desesperación. Seguro que lo sabían todos. Si Radu era tan transparente, seguro que Mehmed se había dado cuenta antes que él mismo de lo que sentía, y de lo que era.

Y seguro que también lo sabía Lada.

Su humillación empezó a ser devorada por la rabia. Endureciendo la mirada, la enfocó de nuevo en quien tenía delante: Salih, el triste y solo Salih, que lo deseaba.

Se abalanzó sobre su boca con tal ferocidad que los labios dolieron al chocar con los dientes. Salih quedó sin aliento, mientras Radu le agarraba la cabeza por detrás y deslizaba los dedos por debajo del turbante para enroscarlos en el pelo. Las torpes manos de Salih se movieron por la túnica de

Radu hasta estirar el ceñidor de la cintura. Le levantó la prenda y deslizó su mano desde la barriga hacia el pecho.

Radu no sabía si era deseo, rabia o asco, o una especie de mezcla de las tres cosas. Odiaba a Salih por desearlo, se odiaba a sí mismo por disfrutar, odiaba a Mehmed, pero a quien más odiaba era a Lada.

Besó a Salih con más fuerza.

Se oyó el clic del pomo de la puerta. Salih se apartó de golpe con cara de pavor. Radu se giró hacia la estantería que tenía detrás, sacó un libro al azar y lo abrió por la mitad. Se le apareció borrosamente una página iluminada en diestra caligrafía árabe, con pan de oro en los bordes.

—¿Salih? —preguntó una voz grave, con tono de reproche—. ¿Qué haces aquí?

Al mirar hacia atrás, Radu vio a Halil Pachá. Respiraba con dificultad, y estaba sudoroso. Tras lanzar una mirada pensativa al escritorio, volvió a mirar a su hijo.

—Estábamos buscando un libro —dijo Salih.

Finalmente, Halil Pachá reparó en la presencia de Radu. Poco a poco, a medida que se fijaba en todo, puso cara de entenderlo, y una mueca de repulsa torció sus labios. La túnica mal puesta de Radu. La boca roja de Salih. Radu nunca se había sentido tan sucio. La evidencia de su manipulación de Salih saltaba a la vista en ambos.

—Esto es mi estudio privado —gruñó Halil Pachá.

—¡Ya lo sé! Y lo siento. Es que pensaba... que estabas en la recepción, en el jardín. ¿Ya se ha acabado? ¿Tan temprano?

Halil Pachá hizo un gesto como de quitarle importancia, pero su tono delataba tensión.

—Ha habido un asesinato. Una puta de Mehmed, no sé cuál, ha matado a uno

de los invitados.

Radu soltó el libro, que se cayó al suelo. Halil Pachá lo fulminó con la mirada, pero Radu fue incapaz de reaccionar de la manera debida. No podía haber ninguna otra mujer capaz de matar a alguien. Solo Lada.

—Un momento. Yo a ti te conozco. —Ahora que miraba de verdad la cara de Radu, en vez de limitarse a tomar nota de su culpabilidad, la mirada de Halil Pachá adquirió más perspicacia—. Has crecido. Eras amigo de Mehmed en su época como sultán. —Finalmente encajó todo—. Tu hermana. Ahora la recuerdo.

Radu tragó saliva.

—Tengo que irme. Perdón por haber interrumpido la velada.

Bajó la vista y huyó sin mirar a Salih.



Primero fue a la habitación de Lada, pero no había nadie. Tampoco en los amplios pasillos del palacio, cuya falta de actividad no presagiaba nada bueno. De camino a los aposentos de Mehmed, estuvo a punto de chocar con Lazar a la vuelta de una esquina.

Asió al soldado por el brazo.

—¿Dónde está Lada? ¿Qué ha pasado?

—Se ha metido en un lío muy gordo. —Lazar frunció el ceño—. Te aconsejo que te mantengas al margen.

—¿Dónde?

—Ven. —Suspiró Lazar.

Recorrieron velozmente los pasillos hasta llegar a una de las salas que dos días antes habían rebosado de comida, bebida y luz.

Ahora lo que había era un juicio.

En un rincón estaba Lada, erguida, firme y desafiante. Al otro lado de la

sala, rodeado de guardias, Murad movía la cabeza en señal de aquiescencia mientras un individuo suntuosamente vestido a la italiana chillaba y gesticulaba en dirección a la muchacha.

En el centro estaba Mehmed, que observaba a su padre con una mezcla de miedo y rabia contenida. Quien no lo conociera habría interpretado su actitud como de simple aburrimiento, pero Radu se sabía de memoria todas sus expresiones, y todos los cambios de su rostro.

Su estómago dio un vuelco. Cruzó los brazos contra el pecho como si pudiera evitar que se le consumiese de amargura y odio el corazón. Lazar le puso una mano en el hombro.

—Mejor que nos vayamos —susurró—. Es un momento peligroso para llamar la atención.

—Aún no.

Radu se deslizó por la pared hasta confundirse con la multitud que hablaba en voz baja. Parecía que hubieran acudido la mayoría de los invitados a la boda, expectantes por ver en qué paraban tantas emociones imprevistas.

Lada estaba sola, con manchas de un marrón como de herrumbre en el dobladillo de la falda. En una de sus manos había más pruebas de su culpabilidad, aunque ella no hacía ningún esfuerzo por esconderla, o por limpiarse la sangre seca; se limitaba a mantener la vista al frente, como si de lo que tuviera ganas fuese de reanudar lo antes posible sus labores homicidas.

Radu estuvo seguro de que él en su lugar habría sido un despojo, un mar de lágrimas. También a ella la había visto vacía y conmocionada tras matar por primera vez. Vio un atisbo de la misma desubicación en la manera que tenía Lada de fijar la mirada en el vacío, pero al igual que en el caso de Mehmed, solo quien la conociese se habría dado cuenta de lo descompuesta que estaba.

Radu la conocía. Y la entendía. Y no por ello dejaba de odiarla.

—Basta. —Murad hizo un gesto para interrumpir el discurso del italiano, que cada vez levantaba más la voz—. Mehmed, cuéntame qué ha pasado.

Su hijo respondió entre dientes.

—No lo sé, padre.

—¿Por qué estabas en esa zona del jardín?

—Necesitaba respirar. El perfume de Sitti Hatun me da náuseas.

La crueldad de Mehmed con su esposa hizo estremecer a la multitud. El ceño de Murad se hizo más pronunciado, si cabía.

—¿Y ella, por qué estaba en esa zona del jardín?

Mehmed apretó aún más los labios, levantando las cejas en señal de desafío. Reprimiendo un grito colectivo, todos los presentes llegaron a la misma conclusión.

La cara de Murad se puso morada de rabia. En pocos pasos se plantó ante Lada, que a pesar de la diferencia de estatura, de bastantes centímetros, no se movió.

—¿Di, *qué hacías* tan metida en el jardín?

A Radu le extrañó que el sultán desahogara su ira con Lada, no con Mehmed, siendo su hijo quien lo ponía en evidencia.

Radu ardía en deseos de oír la verdad, aunque desease con todas sus fuerzas que las cosas fueran de otro modo.

—Seguir a Mehmed —se limitó a responder Lada.

—¿Y eso por qué?

—Para protegerlo.

—¿En su propia fiesta nupcial? ¿Qué daño pensabas que podía sufrir?

Esta vez sí hubo cambios en la pétrea expresión de Lada, que enarcó una sola ceja en señal de repulsa.

—Un cuchillo en la oscuridad. Exactamente el daño que he impedido.

—En el hombre que has matado no hemos encontrado ningún cuchillo.

—Antes de que llegara la guardia jenízara mucha gente ha tocado el cadáver. —Intervino Mehmed—. El arma se la puede haber llevado cualquiera.

—¿Te ha atacado? —Murad se giró hacia él.

—Me estaba buscando.

—¿Y en tu propia fiesta no podía buscarte nadie sin tener intenciones asesinas?

—No soy tan popular —respondió Mehmed con voz seca.

Murad, aún más rojo que antes, señaló a Lada con el dedo.

—¿Por qué lo has matado?

—He visto que seguía a Mehmed. He visto un brillo metálico en la oscuridad, y he actuado sin vacilar para proteger a Mehmed, como en otras ocasiones.

—¿A qué te refieres? —Murad ladeó la cabeza.

El error de Lada hizo encogerse a Radu, que la vio palidecer. El atentado contra Mehmed en su época como sultán era un secreto. Ahora no podía reivindicarlo. Lada sacudió la cabeza y balbuceó.

—Bu... bueno, como lo he hecho antes durante los entrenamientos.

—¿*Entrenamientos*?

—Soy jení...

Bruscamente se calló, tan impactada como el resto de los asistentes por lo que había estado a punto de decir. Ni toda la instrucción del mundo habría podido convertirla en jenízara. Lo cual la dejaba sin ningún motivo claro para encargarse de matar a un hombre.

—No eres jenízara. ¿Quién eres?

—¿No os acordáis? —Lada miró a Murad con una rabia fría, y su voz

tembló de dolor.

Radu se apoyó en la pared con todo su peso, mientras se le atragantaba una amarga carcajada. El hombre que los había robado, que les había inspirado terror durante tantos años, que les había destrozado la vida, *ni siquiera se acordaba de ellos*. Por fin quedaba revelado el secreto de su supervivencia: no era Mehmed, ni la voluntad divina, sino un descuido por parte de un hombre que no se tomaba la molestia de interesarse por ellos.

—Yo sé quién es. —La multitud se abrió para dejar pasar a Halil Pachá, que miró hacia ambos lados. Radu supo a quién buscaba. Cambió de postura. Como quien no quiere la cosa, Lazar se colocó ante él, ocultándolo de Halil Pachá—. Es Ladislava Dragwlya, hija de Vlad, el traidor voivoda de Valaquia. El que incumplió su pacto. ¿Una de las condiciones de que fuera príncipe no era que os siguiese siendo fiel? ¿A cambio de las vidas de sus hijos?

—¡No es de lo que se está hablando! —Mehmed dio un paso adelante—. Aquí de lo que se trata es del atentado contra mi...

Halil Pachá hizo un gesto displicente con la mano y siguió hablando.

—¿Cuántas veces ha ido Valaquia en contra de nuestros intereses? ¿No sería conveniente que aprovechásemos la oportunidad para recordarle a Vlad las consecuencias de la deslealtad?

En ese momento se apoderó de Radu una fría lucidez, como la de las primeras escarchas del otoño; y de la misma manera que estas anunciaban el invierno, él vio lo que estaba sucediendo. Halil Pachá quería evitar que siguiera indagándose en el incidente del jardín. Estaba distraendo a Murad con un tema más amplio, el de la traición del padre de Radu y Lada. Así, de paso, eliminaba a la chica que había desbaratado no una, sino dos veces lo que sospechaba Radu que eran tentativas por parte del propio Halil Pachá de

asegurarse de que Mehmed nunca gobernase.

Lada moriría aquella misma noche.

Murad la escrutaba con una mirada penetrante, acordándose del Campo de los Mirlos, donde se habían enfrentado. Seguro que en esta ocasión el recuerdo se pobló con los soldados valacos que lo habían desafiado. Y ahora tenía delante a Lada, como representante de todo el país.

Radu dio un paso hacia la puerta. Tenía regalos de Mehmed y de otros, cosas que se podían vender. Tenía un caballo, y ropa de viaje. Podía desaparecer al amparo de la noche. Miró a Mehmed, que miraba a Lada.

Siempre mirándola a ella.

Sintió crecer en su interior una amargura tan densa que hasta sabor tenía. Justo cuando se giraba para irse, captó fugazmente la imagen de Lada. En vez de a la muchacha elegida por Mehmed, en vez de a la chica que tantas veces le había fallado no siendo lo que necesitaba él que fuera, lo que vio fue la misma expresión que aquel lejano día en que se había arrastrado por el hielo para rescatarlo. En ese momento, a él le había parecido que era enfado. Ahora se daba cuenta de que era terror, y desafío ante su propio, y devastador, miedo.

Bajó la cabeza. Lada se había enfrentado al hielo para que él burlase a la muerte. Y tuvo la certeza de que volvería a hacerlo sin vacilaciones.

—¿Cómo es posible que me haya olvidado de ti? —le preguntó Murad a Lada, con una voz que oscilaba entre la malevolencia y la diversión, como sobre el filo de una espada.

Quitándose de encima a Lazar, y riéndose, como si fuera todo un simple y divertido juego entre amigos, Radu avanzó. Lo hizo justo a tiempo, porque así lo miraron todos a él y pasó desapercibida la mueca feroz que deformó el rostro de Lada, delatando una rabia cada vez más asesina.

Radu hizo una profunda reverencia.

—¡Mi sultán, joya de Anatolia, vaso de poder, elegido y amadísimo de Dios, es un honor! Os aseguro que *nosotros no os hemos olvidado* ni un solo momento. —Se irguió con la luz de una sonrisa benévola en el rostro—. De hecho, y disculpad la impertinencia, yo he adoptado la tradición jenízara, y os veo como a un padre. Hacía años que esperaba la ocasión de daros las gracias.

—¿Darme las gracias? —Las cejas de Murad se levantaron debajo del turbante.

—Por habernos salvado. Por habernos educado y sacado de la ignorancia, pero sobre todo por habernos llevado hasta Dios.

—¿Pero qué estás diciendo? —le espetó Halil Pachá.

—Mi hermana y yo nos convertimos hace años al islam. Ha sido la mayor fuente de luz y de dicha en mi vida, y sin la generosidad de nuestro padre el sultán, habría permanecido en las tinieblas. Hablo por los dos, naturalmente.

Lada se puso muy roja de rabia. Radu le sonrió, aguzando fugazmente la mirada. Si ella arruinaba su estrategia, ambos tendrían los días contados.

Murad se giró hacia Lada, que durante un segundo aterrador no hizo nada. Luego inclinó la cabeza en señal de aquiescencia, con toda la musculatura tensa.

—Pero ¿y su padre? —El tono de Halil Pachá parecía más propio de una pataleta infantil.

—¿No os habéis comunicado con él en los tres años transcurridos desde su traición? —Radu sonrió.

Murad sacudió la cabeza, sin dejar de mostrarse receloso.

Esta vez Radu hizo reverberar su risa por la sala, contagiando su alborozo a todos los presentes.

—¡Eso significa que desde entonces nos ha dado por muertos! Justo castigo

para tan rastrero infiel. ¡Espero que cada uno de sus días haya sido una agonía, y cada noche una tortura! ¿Podéis comunicarle que seguimos con vida, y que nos encontramos felices y a gusto en nuestro hogar? Imaginaos qué dicha sentirá. Después, si os place, podríais informarle de nuestra conversión, y de ese modo perderá de golpe todo el gozo de su corazón. —Radu dio una palmada de alegría—. Disculpad, me estoy excediendo. Compete solo a vuestra magnificencia decidir qué hacer con él, naturalmente. Es que estoy tan agradecido por que al fin haya llegado la oportunidad de agradeceros en persona todo lo que nos habéis dado... Vuestra gracia y benevolencia han sido el molde en el que se ha formado toda mi vida.

Se inclinó aún más profundamente que antes, y levantó la mirada con veneración.

Murad sonreía. También Mehmed puso cara de alivio y agradecimiento cuando su mirada se cruzó con la de Radu, que no se atrevía a mirar a Lada, para que nadie se fijase en ella. Necesitaba que su magnífica actuación acaparase todas las miradas.

De todos modos, había que decir que le salía con facilidad. Aunque odiase a Murad, era cierto que se consideraba en su hogar. Y, además, él sí se *había* convertido, y Molla Gurani había sido su testigo. El islam le había dado un hogar, una sensación de pertenencia, y una paz que no había encontrado en nada más.

Bueno, en casi nada. Apartó la vista de Mehmed. Aún le quedaba Dios.

—No volveré a olvidarme de vosotros. —expresó Murad con una sonrisa sin rastros de crueldad.

—Ser recordado por vos es el mayor honor imaginable.

Radu hizo otra reverencia, mientras Murad pasaba a su lado y, antes de salir, le ponía una mano sobre la cabeza. Al incorporarse, Radu topó con la mirada

calculadora de Halil Pachá.

—Por lo visto el sultán —dijo este último en voz baja, tan baja que solo le oyó Radu— ha olvidado por completo que tu hermana ha asesinado a un invitado en la fiesta.

Radu respondió con una sonrisa cómplice, como si compartiesen ambos las mismas inquietudes. Sabía poco de Halil Pachá, pero pensaba sacarle a ese poco el máximo provecho.

—Quizá sea mejor que nadie investigue demasiado a fondo lo ocurrido.

—¿Qué quieres decir? —El tono del pachá se llenó de cautela.

—Nada, que es una boda, una celebración; lo mejor es olvidarnos de este lamentable incidente, rezar por el alma del desdichado y esperar el día en que regrese Mehmed al campo, muy lejos, donde no se le recuerde.

Con un gruñido, tal vez de asentimiento, Halil Pachá se marchó de la sala, seguido por el resto de los congregados, que ya estaban seguros de que no sucedería nada interesante. Si a alguien le preocupó que el crimen quedara sin resolver, no lo dijo.

Lada, ceñuda, llamó a Radu con las manos tendidas. También Mehmed miró a Radu, esperando que se uniera a ellos para hablar de lo ocurrido.

Radu se giró y se fue.



Lada se calzó las botas con un suspiro de alivio. Su permanencia allí había sido interminable. Desde la debacle de la semana pasada había procurado llamar lo menos posible la atención. Mehmed siempre estaba rodeado por su guardia. Tal vez Murad no hubiera olvidado por completo que alguien había tratado de matarlo.

Suponiendo que así fuera.

Lada estaba segura de haber visto brillar un arma, pero nadie había sabido identificar al presunto agresor, y por casualidades de la vida se había perdido la lista de invitados. Nadie había reclamado al muerto, lo cual dejaba bien claro que, fuera cual fuese su intención, estaba donde no tenía que estar.

De todos modos, no dejaba de ser cierto que Lada lo había matado sin estar segura de que quisiera atacar a Mehmed.

Apretó la mandíbula mientras se aseguraba la faja alrededor de la túnica. Si el muerto era inocente, lo sentía, pero tenía la certeza de que volvería a tomar la misma decisión. ¿Qué decía eso sobre su persona?

Cruzó el pasillo para ir a la habitación de Radu, dejando que el resto del equipaje lo hicieran los criados. A diferencia de ella, su hermano no solo no había pasado desapercibido, sino que era más que nunca el niño mimado de la corte. Hacía una semana que Lada no lograba hablar con él. Ya no alternaba

con hijos segundones y funcionarios de poca monta. Durante la fiesta de la noche anterior había estado casi todo el tiempo al lado de Murad, que presumía de él como de un hijo reencontrado tras una larga ausencia, mientras Lada se quedaba en un rincón, y Mehmed seguía confinado en su prisión de seda, con la cada vez más mustia Sitti Hatun.

Golpeó con fuerza la puerta de Radu, que abrió en ropa de cama.

—¡Date prisa, que nos vamos dentro una hora! Por fin volvemos a Amasya. —Lada lo apartó y se sentó en la cama deshecha—. Qué contenta estaré de que nos alejemos de esta pesadilla.

Radu la miró con una intensidad a la que no estaba acostumbrada. Normalmente sonreía, o decía algo gracioso para que se le pasara el mal humor; en cambio ahora su mirada era fija, expectante, y sin ninguna afabilidad.

—El que me ha estado evitando eres tú. —Lada cambió de postura, enfurruñada—. Yo *quería* darte las gracias. Lo hiciste muy bien, lo de Murad. ¿Pero cómo te atreviste a decir que me he convertido al islam? Te habría matado.

No fue capaz de ir más allá; sabía, en realidad, que sin la brillante intervención de Radu ya estaría muerta. Algo de gratitud lograba reunir, pero como más se sentía era molesta, enfadada y hasta celosa. Entre esas gentes, Radu estaba en su elemento. Ella, en cambio, no podía estar más lejos del suyo.

La expresión de su hermano no cambiaba. Lada se puso en pie, levantando los brazos.

—¿Qué quieres?

—Lo sé —dijo él.

—¿El qué?

—Lo tuyo con Mehmed.

Radu pronunció el nombre del hijo del sultán como si fuera una plegaria. Siempre lo había hecho, pero esta vez introdujo un matiz de desesperación y de añoranza. Lada giró su cabeza, a la defensiva, y quitó una vela de su candelero para jugar con la llama.

—¿Qué te crees que sabes?

—No le mereces.

—¡Igual es él el que no me merece! —Volvió a dejar la vela en su sitio, bruscamente, y se encaró con su hermano—. ¡Yo no me lo he buscado! ¿Cómo puedes juzgarme por encontrar un poco de felicidad en...?

Dejó a medias la pregunta, escrutando la cara de su hermano, y de pronto lo vio, tan claro como las estrellas de una noche sin nubes. Quizá estuviera desde siempre. Se sentó otra vez en la cama, sus ganas de pelear y su fuego se habían extinguido.

Había oído rumores en aquel sentido, bromas y anécdotas obscenas de Nicolae y los jenízaros sobre hombres que querían a otros hombres como quieren los hombres a las mujeres, y siempre le había parecido un sinsentido. Claro que ella nunca había querido a nadie como sabía que quería su hermano a Mehmed.

Como *siempre* lo había querido.

Sintió rebrotar en su pecho, nítida como un puñal, toda la impotencia y soledad que había sentido desde que se la habían llevado de Valaquia. ¿Cómo sería querer a *alguien* tanto como quería ella *algo*, sabiendo que ese alguien nunca te corresponderá?

—Lo siento —dijo sin moverse ni sentir ninguna emoción, porque no sabía expresar lo que entendía. La angustia de Radu era tan palpable que la asfixiaba a pesar de la distancia.

—Tú no lo amas.

Lada sacudió la cabeza. No sabía qué era lo suyo con Mehmed. Solo sabía que la protegía de la desesperación, y a eso no pensaba renunciar.

—Me importa.

—Te importa lo que te hace sentir. No puedes amarlo.

Radu temblaba y apretaba los puños, devorado por sus sentimientos. Aquel amor lo haría pedazos. A menos que lo hiciese pedazos ahora mismo Lada... No sería la primera vez que le expusiera a llevarse una paliza para protegerlo.

—Él nunca te querrá. —Lada habló con toda la amargura de la verdad, convirtiendo cada palabra en un latigazo en el corazón de Radu—. Nunca te mirará como me mira a mí. Es imposible, Radu.

Se miraron a los ojos sin moverse, hasta que Radu se dejó caer al suelo y levantó las rodillas hasta el pecho, tapándose la cara con las manos.

—Tú no tienes amor para darle, y el mío no lo aceptará. ¿Qué se supone que podemos hacer?

Lada se inclinó, tendiendo una mano, pero luego la cerró. No podía consolar a su hermano. No podía arreglar la situación. Radu tendría que ser más fuerte. Era la única solución.

—Levántate, y deja de compadecerte. Estamos a punto de marcharnos. Volverá a ser todo como antes.

—Como antes ya no puede ser.

Radu fijó en ella una mirada ausente, mientras la verdad de sus palabras resonaba como una campana en el interior de Lada. Era verdad. Los sentimientos de Radu no tenían vuelta atrás. Tampoco lo que había permitido Lada que ocurriese entre ella y Mehmed. Tal vez hubiera sido todo un gran error.

—¡Vístete! —replicó, enfadada y superada por los acontecimientos.

—No. —La mandíbula cuadrada de su hermano se tensó, mientras su rostro adquiriría una expresión fría y distante.

—No te esperaremos.

—No iré.

—No vales para nada. —Lada, exasperada, empezó a sacar ropa al azar del gran armario—. ¿Qué piensas hacer, quedarte aquí?

—Sí. —Tras erguirse en toda su estatura, Radu se acercó hasta que su hermana tuvo que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos. Se la quedó mirando. De repente no quedaba ni rastro del hermano pequeño a quien había arrastrado por la vida—. Tú y Mehmed habéis estado tan ocupados en estudiar estrategia y batallas, que no os habéis dado cuenta de cómo se ganan y pierden de verdad los tronos: por los chismorreos, las palabras y cartas intercambiadas en la penumbra de un rincón, las alianzas turbias y los pagos secretos. ¿Te parece que no valgo para nada? Pues soy capaz de cosas que ni en sueños se te ocurrirían.

—Pero... tenemos que quedarnos juntos. —Lada retrocedió. Las palabras de su hermano habían tocado el punto vulnerable que se había afanado en evitar—. Contra este imperio solo nos tenemos el uno al otro.

—Te equivocas al presuponer que los vemos los dos como enemigos. —Radu abrió su puerta y miró por encima de la cabeza de su hermana.

—No puedes decirlo en serio. Somos valacos. —Lada dio rienda suelta a la rabia y el asco.

— *Tú* eres valaca. Yo estoy en mi hogar. Vete.

No se le ocurrió nada más que decir. Tenía ganas de pegar a Radu, y de clavarlo al suelo hasta que se rindiese, como de pequeños, pero ya no tenía delante al niño de esos tiempos, sino a un hombre, un desconocido. A Radu lo había perdido en algún trecho del camino, y no sabía cómo recuperarlo.

Pasó a su lado, aturdida. Él estuvo a punto de golpearla con la puerta al cerrarla bruscamente.

Una hora después, Lada estaba a lomos de un caballo, sin saber cómo, ni salir de su estupor. A su lado iba Mehmed, que había renunciado a usar su espléndido carruaje. Se le veía relajado y contento, como si le hubieran quitado un peso de los hombros.

—¿Dónde está tu hermano? —preguntó, perplejo, justo cuando iban por el campo.

Lada pensó en el desengaño que se habría llevado Radu al saber que la persona a quien más valor daba en el mundo tardaba tanto en percatarse de su ausencia. Pero, de inmediato, recordó que Radu también le había roto el corazón.

—Yo no tengo hermano —contestó, mientras espoleaba a su caballo y dejaba atrás al resto de la comitiva.



Amasya le sentó como unas botas que se le habían quedado pequeñas. Le rozaban donde no tenían que rozarle, dejándole la piel en carne viva. Había desaparecido todo lo que en otros tiempos la reconfortaba, y la hacía sentirse a salvo.

—¡Cuidado! —exclamó Nicolae al ver que golpeaba con su espada de madera las costillas de uno de los nuevos jenízaros.

Era un serbio y tenía la misma edad que ella. Lada lo odiaba por su juventud, y su risa alegre y natural. Los odiaba a todos. Se giró y le dio otro golpe. Él gritó, soltó la espada y retrocedió.

—No tan fuerte. —Nicolae levantó las manos. Lada le arrojó la espada, que él atrapó entre risas—. ¿No habíamos quedado en que las palizas las guardabas para Ivan?

Los demás soldados se rieron. Ivan los fulminó con la mirada y se ensañó con el jenízaro con quien estaba entrenando en un rincón, dándole una patada.

Lada se alejó hecha una furia, sin hacer caso a nadie. Desde hacía un tiempo practicaba más con los jenízaros, lanzándose de lleno en la rutina del grupo, pero al final se acababa. Siempre se acababa. Cada noche se iban ellos al cuartel, y ella a su cuarto vacío.

Mehmed... Mehmed se iba adonde se iba cuando no estaba con ella, y su compañía nunca duraba bastante para que las cosas dieran la impresión de mejorar.

Y Radu... Radu no estaba.

Escaló el muro de piedra que rodeaba la fortaleza y, tras dejarse caer al suelo, subió por la montaña, entre los árboles. Seguía siendo el lugar que más le recordaba a su hogar: aquel el intenso aroma de los pinos, la tierra calentada por el sol, la fresca penumbra. Respiró profundamente, pero de repente se le atragantó un temor: ¿y si su Valaquia no olía así? ¿Y si todas esas sensaciones habían sustituido los recuerdos de su tierra?

Se dejó caer al pie de un árbol, con las rodillas contra el pecho y las manos aferradas a la bolsa colgada de su cuello. Le daba un miedo atroz abrirla y encontrar solo polvo, sin ningún olor. O un olor que no reconociese, que habría sido lo peor.

Quizá tuviera razón Radu. Quizá ahora estar en casa fuera estar en Amasya, y hubiera que aceptarlo.

Oyó la pisada un segundo antes de recibir un fuerte golpe en un lado de la cabeza. Se quedó tirada en el suelo, mientras le daba todo vueltas, sintiendo en la cara el filo de una piedra, y la rugosa y punzante pinaza. Una patada en la barriga la dejó sin aliento, mientras se le escapaba por la boca una especie de chirrido. Embargada por el pánico, y viendo flotar delante de ella vivos

puntos de luz, rogó por que le respondieran los pulmones.

Cuando quiso acercar la mano a la muñquera, una bota se la aprisionó contra el suelo.

—Ya me sé tus trucos, pequeña zorra.

Aunque se le hiciera difícil pensar, y le doliera la cabeza, reconoció la voz. Jadeó, dando gracias por que volvieran a funcionar los músculos de su estómago.

—¿Ivan?

Se recortaba en el sol como un borrón oscuro. Se puso encima de ella, con una rodilla a cada lado de su cuerpo, aprisionándole las piernas con las suyas, a la vez que sujetaba sus muñecas por encima de su cabeza. Lada lo tenía tan cerca que veía las marcas de viruela en sus mejillas, y las raíces oscuras de la barba por debajo de la piel.

—¿Te crees especial? Pues no eres nada. —Ivan le escupió en la cara una saliva caliente y pegajosa que goteó por su mejilla hasta meterse por el pelo —. Eres una puta, y las putas solo sirven para una cosa. Deberías saber cuál es tu sitio.

Le dio un revés en la cara. Luego, mientras le sujetaba las muñecas con una sola de sus enormes manos, bajó la otra hacia sus pantalones.

Lada intentó quitárselo de encima, pero pesaba demasiado, y no le dejaba mover las piernas. Los golpes en la cabeza le habían provocado una desorientación por la que intentaba abrirse paso la incredulidad. No podía estar donde estaba. Lo que pasaba no podía estar pasando. No era posible que estuviera siendo derrotada por Ivan.

—Nunca serás de los nuestros —dijo él mientras ponía su cara justo encima de la de ella, impidiendo que mirase hacia cualquier otro lugar, mientras le arrancaba la túnica y buscaba a tientas su ropa interior.

Lada le dio un cabezazo en la nariz, y aprovechó la pasajera distracción para incorporarse y empujarlo, provocando una pérdida de equilibrio que le permitió liberar una pierna. Fue la que usó para clavarla en la entrepierna de Ivan, que gritó de dolor y se apartó. El jenízaro se levantó. Lada saltó sobre su espalda, aprisionando su cintura con las piernas, y su garganta con un brazo. Con la otra mano se sujetó su propia muñeca para hacer más presión. Ivan se tambaleó hacia atrás y la estampó contra un árbol, pero Lada no se soltó. Él le hincaba los dedos en el brazo, intentando hacer palanca y apartarlo. Lada le clavó un talón con fuerza en el estómago y la ingle, una, dos y tres veces.

Al final, el jenízaro se vino abajo y cayó de rodillas.

—No soy de los vuestros —le dijo Lada al oído—. *Soy mejor.*

Ivan se desplomó. Lada acompañó su trayectoria sin relajar el brazo ni un momento, aunque sus músculos pidieran a gritos descansar. Se quedó así incluso cuando hacía un buen rato que él había dejado de moverse. Al final se levantó y se alejó.

Era el tercer hombre que mataba.

Esta vez tenía las manos limpias.

Al llegar a su cuarto, se encontró con que la esperaba Mehmed. Pasó a su lado, se quitó la túnica y la arrojó a la chimenea. Las llamas lamieron la tela y la devoraron lentamente, ennegreciéndola hasta consumirla.

—En el bosque de detrás de la fortaleza hay un cadáver —dijo, mientras veía reducirse a cenizas la túnica contaminada por las manos de Ivan.

—¿Qué?

Las manos de Mehmed se quedaron en el aire, una a cada lado de las caderas de Lada, que se giró hacia él con un fuego en los ojos que era como un escudo en llamas contra todo lo que veía.

—Ah, y otra cosa: quiero estar al mando de un contingente propio de

jenízaros.



Radu nunca se había imaginado que la popularidad pudiera ser tan solitaria.

En el banquete de esa noche estaba a solo tres asientos de distancia de Murad: un puesto de honor, que lo hacía muy visible —y deseable— para todos los pachás, sus hijos pashazada, los valís de visita, los jefes spahi locales que competían con sus rivales jenízaros e incluso varios beys muy poderosos; gentes, todas, superiores a él en importancia, en virtud de su cuna.

Y sin embargo era él, no ellos, quien estaba ahí sentado, y todos querían saber por qué.

Sonreía con los ojos muy abiertos, candorosamente, como si todo lo que veía le produjese un ingenuo alborozo; pero justo a su izquierda tenía a Halil Pachá, y era difícil ser consciente de algo más.

Poco después de que sirvieran un asado de aves de caza con una salsa cremosa y delicada, tomó la palabra Halil.

—Desde el mes pasado, cuando se fue tu querido amigo Mehmed, no has vuelto a visitar a mi hijo Salih.

Radu se tragó el trozo de carne con el que corría peligro de atragantarse. Cuántas trampas contenía la frase, cuántas cosas que esquivar, o a las que imprimir un giro favorable... Tenía muy claro que Halil Pachá lo miraba con

recelo, y que era el hombre más peligroso de Edirne.

—Me he dado cuenta de que Salih y yo no... compartimos los mismos intereses. —Se encogió de hombros, con una sonrisa entre cohibida y apenada.

Los ojos de Halil Pachá se tiñeron de una dureza cómplice al enfocarse brevemente en su hijo, que estaba al final de la mesa, apenas visible. Siempre que coincidía con Radu en algún acto, buscaba su mirada. También le había invitado varias veces por escrito a su casa, pero a Radu le parecía más amable actuar así que darle a entender que entre los dos pudiera haber algo sincero.

—Sí, los intereses de Salih son algo peculiares. —Halil Pachá siguió comiendo, hasta que hizo una pregunta con un tono tan fortuito como pudiera serlo un cuchillo en la oscuridad—. ¿Y tu amigo Mehmed? ¿Recibes muchas noticias suyas?

Radu suspiró y miró hacia Murad afectando una expresión culpable.

—Mi comportamiento con Mehmed no habla nada bien de mí. Lo considero un motivo de vergüenza.

—¿Ah, sí? —Halil Pachá se inclinó hacia él.

—Al irse, me acusó de haber usado su amistad para aproximarme a su padre, y... me temo que no andaba errado. Estoy agradecido por las atenciones que me ha mostrado Mehmed, pero nunca he estado de acuerdo con su tolerancia ante las visiones radicales del islam, ni con sus ideas militaristas, tan desencaminadas. Aunque en ese aspecto —dijo, ladeando pensativo la cabeza— se ha moderado mucho. Creo que su estancia en el campo ha mejorado su carácter. Nuestro sultán, con todo, es un erudito y un filósofo de primer orden, y hace tiempo que sueño con estar bastante cerca de él para absorber una pequeña parte de su sabiduría.

Halil Pachá hizo un sonido gutural, como de reflexión, aunque no puso buena cara al digerir las palabras de Radu. Este siguió comiendo como si la

información que acababa de facilitar a Halil Pachá no fuera una absoluta falsedad, pensada hasta el último detalle.

Al otro lado de la mesa, la conversación se hizo más acalorada, hasta el punto de que Radu pudo captar unas cuantas palabras. Había una que se repetía sin cesar: *Skanderberg*.

—¿Quién es ese Skanderberg del que hablan? —preguntó, inclinándose hacia Halil Pachá.

—¿Cómo, pero no lo sabes? Antes era uno de los favoritos de Murad, aunque entonces se llamaba Iskander Bey. Es un jenízaro albanés que fue subiendo en el escalafón hasta que Murad lo nombró bey de Kruje. En pago a su generosidad, Skanderberg lo traicionó y proclamó sus derechos sobre esa zona de Albania. Ya hemos tratado de recuperarla dos veces en vano. —Hizo una pausa para obsequiar a Radu con una sonrisa venenosa—. Un favorito puede caer muy bajo.

Murad cambió de postura, sonrojándose. Si Radu oía la conversación sobre Skanderberg, seguro que el sultán también, y debía de resultarle muy violento.

Viendo llegada la oportunidad de ganarse aún más el favor de su protector, Radu se levantó. Todas las miradas se volvieron hacia él, que sin embargo se inclinó hacia Murad.

—Si os place, padre mío, he escrito un poema sobre la gloria de vuestro reinado.

Era una de las muchas armas de su arsenal, que había confiado en poder mantener aún cierto tiempo en su vaina, pero Murad estaba listo para el ataque. Con una sonrisa desbordante, el sultán le hizo señas de que se subiera al estrado que había en un rincón de la sala.

Radu había practicado tantas veces el poema, que hasta dormido habría podido recitarlo. Robando fragmentos refulgentes de poemas árabes famosos,

había hecho con ellos lo que el cuervo que se reviste el nido. Su estilo era denso, florido, hiperbólico hasta el paroxismo. Murad quedó cautivado al oír comparar su reinado con el mar, y su posteridad con un pujante río.

Mientras Radu recitaba las largas estrofas, vio que los hombres acababan de comer y empezaban a desperdigarse por la sala. A diferencia de Murad, inmóvil e intocable, prácticamente todos los personajes de alguna importancia acabaron gravitando hacia Halil Pachá, a fin de presentarle sus respetos. El pachá ocupaba el centro de una gran red de influencias.

Radu sonrió y dio aún más brío al recitado para disimular la desesperación que sentía al ver a su enemigo, la araña, y extrañarse de haber albergado alguna vez la esperanza de vencerlo.



Hacía un tiempo que a Radu no le procuraba mucho consuelo la oración. Aunque acudiera cinco veces al día a la mezquita, de una belleza indescriptible, se sentía solo entre sus hermanos. Con la cabeza gacha, y un peso en el corazón, subió cansinamente por los escalones del templo, mientras ya el anochecer carcomía el azul del cielo. ¿Qué le quedaría, si perdía la fe?

—¿Radu?

Al levantar la vista, vio que lo miraba un hombre con los brazos abiertos y una expresión de franca sorpresa.

—¿Pero es posible que sea el niño perdido con quien recé hace tanto tiempo?

—¿Kumal? —Reconocerlo fue como sentirse calentado por el sol.

Se vio rodeado por sus brazos, mientras le oía reírse. Era la primera vez que le manifestaban afecto físico sincero desde la horrible noche con Salih. Sintiendo que se le soltaba algo en el pecho, se aferró a Kumal con una fuerza algo excesiva.

—¿Qué, todavía estás perdido? —En la voz de Kumal había la misma ternura que en su manera de tocarle la espalda.

—Creo que sí.

—Pues vamos a comer.

Sin quitarle la mano del hombro, lo guio como la otra vez, cuando Radu era mucho más joven. Encontraron una posada donde daban de cenar. Les pusieron delante varios platos de carne con especias, que desprendían un calor fragante.

—¿Dónde has estado? —preguntó Radu—. En la corte no te he visto.

—No vengo mucho. En mi valiato hay demasiado que hacer, y siempre he preferido cumplir allí con mis obligaciones que pasar aquí el rato.

Radu asintió con la cabeza. Conocía por experiencia los desvelos de los valís y beyes, gobernantes locales que abandonaban o descuidaban sus obligaciones con la esperanza de prosperar aún más.

La sonrisa beatífica de Kumal echó luz en la penumbra del rincón donde estaban sentados.

—Además, acabo de volver del umrah a La Meca.

Radu se inclinó, atraído por el brillo de su sonrisa.

—¿Has peregrinado a La Meca? Y por umrah, no por hajj. ¡Es decir, que ya habías estado!

El hajj, viajar al lugar de nacimiento del Profeta, en La Meca, era uno de los cinco pilares del islam. Junto con la oración, el ayuno durante el Ramadán, la limosna a los pobres y la afirmación de que había un solo Dios, constituía la base más sencilla para ser musulmán. Radu no sabía mucho sobre el peregrinaje, y dudaba que pudiera llegar a cumplirlo, pero ahora tenía delante a quien le había ayudado a encontrarse a sí mismo en el islam, y no solo había cumplido con el hajj, sino que había vuelto.

—No sé casi nada del umrah. Explícamelo todo.

Kumal describió el largo viaje, con su pugna entre el agotamiento y la emoción; la ciudad de La Meca, donde había caminado el Profeta, la paz fuera con él, y donde se unían los peregrinos para circundar la Kaaba. Era el lugar más sagrado del mundo, al que apuntaban físicamente todas las oraciones. ¡Y Kumal lo había visitado! Durante el umrah había hecho también rituales en honor de Ibrahim, su esposa Hajar y el hijo de ambos, Isma'il.

—Tal vez sea lo que necesito. —Cuando Kumal terminó de hablar, Radu volvió a sentirse abrumado por la fatiga—. Si fuese a La Meca, y la viera, quizá...

—Ya irás algún día, y será una bendición para tu vida, pero no una solución; seguirán presentes y a la espera todos tus problemas. —Kumal sonrió amablemente—. Primero debes esforzarte por hallar la paz donde te encuentras. Solo entonces podrás celebrarla con una peregrinación.

—En esta ciudad no sé dónde encontrar la paz. —Radu sacudió la cabeza.

—Pues entonces es ese tu problema. La paz no hay que buscarla ni en esta ni en ninguna otra ciudad, ni siquiera en La Meca. La paz se encuentra aquí. — Señaló el corazón de Radu.

—Creo que mi corazón es el problema. —Se puso la mano en el pecho para sentir la vida que palpitaba en él. El pulso que durante tanto tiempo había marcado el nombre de Mehmed.

Kumal pagó la cena y se levantó.

—Quiero que hagas una visita a mi valiato. Tal vez ahí podamos ayudar a tu corazón.



Radu se encontró en sus aposentos a un eunuco con un mensaje de Huma, que exigía que fuera a visitarla. El eunuco, silencioso e impasible, no se movía de su sitio. Radu sospechó que ni él ni Huma aceptarían la excusa de que estaba

demasiado cansado, así que lo siguió al harén.

Los aposentos de Huma ya no eran las lujosas estancias de antaño. Ahora estaban situados en un ala lateral, tenían ventanas estrechas, y apenas cabían dos personas. Radu se sentó en un banco con cojines, apoyado en la pared. Huma, que tenía la piel de un amarillo enfermizo, lo hizo en una silla más alta, tan cerca que casi se tocaban sus rodillas.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Radu.

—Quiero que mates a Halil Pachá.

—¿Que quieres... *qué*? —Radu se atragantó por la sorpresa.

—Sé lo que sientes por mi hijo. —Huma cambió de postura, y contradujo su inocente sonrisa con una mirada penetrante.

Radu se aguantó las ganas de girarse, o de tensar el cuerpo a la defensiva. No tenía la menor duda de que Huma adivinaba el sentido de cualquier movimiento.

—Es mi amigo.

—No me mientas. Lo amas como una flor ama al sol.

—No sé de qué me...

—Son cosas que pasan. —Huma interrumpió sus protestas con un gesto cortante—. Tampoco es nada que no tenga precedentes. ¿Sabías que algunos sultanes han tenido harenes con integrantes masculinos?

Radu se dio cuenta demasiado tarde de que sus ojos lo habían delatado todo.

—Yo puedo ayudarte. —Huma se apoyó en el respaldo, satisfecha de sí misma—. No hace falta que te desesperes. Tu amor no es imposible.

Radu sacudió la cabeza, mientras se debatían en sus labios las protestas y la oscura esperanza que había introducido Huma. ¿Sería cierto que *podía* tener algo más con Mehmed?

Huma tomó un poco de agua de un simple vaso de cerámica blanca, que miró

con desdén.

—Yo te ayudaré —dijo sin levantar la vista— cuando Halil Pachá esté muerto.



La noticia de la prueba de Lada había corrido por toda la ciudad. Al fondo del campo se agolpaban los espectadores sentados a la sombra de los altos árboles, en sillas traídas por criados, o, si no los tenían —como era el caso de la mayoría—, en el suelo.

—Esto es una ridiculez.

Lada cruzó los brazos con fuerza contra la armadura. Llevaba cota de malla debajo de una túnica. Los pesados eslabones caían en hileras por su cuerpo. La cabeza se la había dejado al descubierto, a pesar de que todos los hombres a los que tenía detrás llevaban sus sombreros de jenízaro.

—No lo empeores más de lo necesario, por favor. —Mehmed sonrió, saludando a la multitud con una mano—. Sabes muy bien que no soy la autoridad suprema. Si Ilyas decidiera contárselo a mi padre, me quedaría con las manos atadas. El mero hecho de que Ilyas haya accedido ya dice mucho de tu reputación entre las guarniciones locales.

Lada miró al otro lado del gran campo hasta reconocer a Ilyas Bey, el jefe de la guarnición personal de Mehmed; una incorporación valiosa, que por si fuera poco le había dado permiso para entrenarse junto a los jenízaros. A Lada le inspiraba respeto, por no decir admiración.

Parecía, sin embargo, que ponía en duda la conveniencia de que Lada

tuviera hombres *a sus órdenes*. Le había permitido elegir un regimiento de veinte para enfrentarse al suyo, de otros veinte. Ambos bandos disponían de espadas sin filo y flechas romas con la punta cubierta de tela enharinada, para demostrar que habían dado en el blanco. El bando de Ilyas, sin embargo, disponía también de una caballería ligera, para representar el desafío al que a menudo se enfrentaban los jenízaros.

Cuando Mehmed fue a sumarse a los espectadores, como señal de que empezaba la refriega, los oídos de Lada detectaron más de una carcajada. Ilyas no se movió de donde estaba, en espera de que fuese Lada quien hiciera el primer movimiento.

—Ya es la hora —dijo ella.

—¡Esto es de locos, Lada! —Nicolae levantó los brazos, indignado—. No pienso jugarme mi reputación por algo así.

—¡Me lo habías prometido! —gritó ella, aferrándose a su hombro.

Él se zafó y tiró su espada al suelo antes de volver hacia la fortaleza, seguido por la mitad de los hombres de Lada, que desaparecieron en la sombra moteada de los árboles.

—¡Cobardes! —Lada recogió la espada de Nicolae y se la arrojó a los que se iban—. ¡Perros! ¡Arrastraos sobre vuestro propio vómito!

Respirando entrecortadamente, se giró hacia el resto de los soldados, que miraban inquietos por encima del hombro.

—Escudos arriba —dijo muy seria, con la boca reducida a una línea.

En formación, hombro con hombro, con los escudos por delante, avanzaron lentamente. Recibieron una salva de flechas que cayeron rebotando al suelo. El público se reía y los abucheaba.

Sacudiendo la cabeza, Ilyas levantó un brazo con desgana para ordenar a sus hombres que procedieran a la matanza.

Lo interrumpió una lluvia de flechas surgidas de detrás de los espectadores, que chocaron con los flancos de casi todos los caballos. Antes de que Ilyas hubiera tenido tiempo de asimilar lo ocurrido, o de retirar a los que habían quedado fuera de combate, cayó otra salva que le dio en el pecho, y que eliminó a los caballos que quedaban. Mientras los pocos hombres restantes debatían si disparar o no a los atacantes ocultos por encima de las cabezas de los espectadores, las fuerzas de Lada dejaron caer sus escudos y mostraron más arcos con los que dispararon a los «supervivientes», hasta que no quedó ni uno solo sin su marca.

El público ya no se reía.

Ilyas fue al encuentro de Lada en el centro del campo, impasible, pero con algo semejante al orgullo en la forma de sus ojos. Le temblaba el bigote por encima de los labios.

—Ha sido... sorprendente. Has jugado con nuestras expectativas.

En ese momento salió Nicolae de entre los árboles, con una sonrisa burlona, y se giró para hacer una reverencia a los espectadores.

—¡Muchas gracias por vuestra ayuda!

—Lo del público no lo teníamos planeado. —Lada lo señaló con la cabeza.

—Pero has conseguido usarlos como escudo. Admirable. Y cuestionable. ¿Y si yo no hubiera tenido reparos en disparar contra testigos inocentes?

Lada se encogió de hombros.

—Caería sobre tu conciencia, no sobre la mía. Además, te conozco, Ilyas. Eres hombre de honor.

—¿Y tú? —Ilyas se rio.

—No soy un hombre.

—¡Ha sido genial! —Mehmed se les acercó, radiante.

—Pero bueno, pasemos a lo importante. —Ilyas asintió, ceñudo—. A estos

hombres puedes capitanearlos, pero es que te conocen, y confían en ti. ¿Crees realmente que una guarnición que no te conociera ni confiara en ti te seguiría al campo de batalla? ¿O un grupo de cadetes ajami, recién salidos de la instrucción? No lo digo para insultarte, sino para cuestionar que sea práctico entregarte el mando. Yo me temo que sería condenarte a la derrota, y poner en evidencia a los jenízaros.

—Estoy de acuerdo. —Lada reaccionó con una sonrisa tensa a la sorpresa que provocaba en Mehmed su docilidad—. Ponedme al mando de un grupo fronterizo de jenízaros. Dejadme elegirlos uno por uno: hombres que no cuestionen mis órdenes, ni tengan miedo de seguir a una mujer. Dejad en mis manos su instrucción, para que formen parte de la guardia personal de Mehmed. Yo ya he visto su vida en riesgo dos veces. Sería conveniente disponer de un grupo que se plantease las cosas de otra manera, y funcionase al margen de los movimientos normales de los jenízaros. Veremos las cosas como no las ve nadie. Y si alguien menosprecia a mis soldados porque están a las órdenes de una mujer... —Señaló con un gesto a los que estaban limpiando de harina a sus caballos—. Siempre puedo usarlo en mi provecho.

Ilyas entornó los ojos por la magnitud de la propuesta. Tenía que estar de acuerdo. Lada se lo merecía. *Lo necesitaba*. Finalmente, cuando Lada ya empezaba a plantearse muy en serio desenfundar la espada y darle un golpe en la cabeza con la parte plana, Ilyas asintió.

—Está bien, elige a los jenízaros que quieras. Tómate todo el tiempo que necesites para reunirlos. Me informarás cada tres meses, pero puedes albergar y entrenar a tus hombres dondequiera y de la forma que te parezca más adecuada.

Luego, sacudiendo la cabeza y traduciendo en risas su incredulidad por lo que había aceptado, se giró y se fue con sus hombres.

—A mí nunca me sonríes así —dijo Mehmed, observando a Lada.

Ella se giró y se llevó una mano a la boca, que la había delatado al rebotar felicidad. Mirando por encima del hombro de Mehmed, se dio cuenta de que entre el público de observadores se encontraban varias flores delicadas del harén, con guardias eunucos y todo. Al bajar la mano, se llevó con ella su sonrisa. Arqueó una ceja.

—Nunca te lo ganas —dijo.

Mehmed se puso una mano a la altura del corazón, y tropezó un par de veces como si estuviese herido. Luego se irguió, y su mirada se cargó de promesas.

—Ven a mis aposentos.

—Tengo trabajo. —Lada se inclinó hacia él más de lo que permitía el decoro, totalmente consciente de que eran el centro de todas las miradas. Incluidas las de mujeres que conocían a Mehmed como aún no lo conocía ella.

Se giró, haciendo señas a sus hombres de que la siguieran. Nicolae se puso a su altura.

—Lo hemos conseguido —susurró Lada, volviendo poco a poco a sonreír.

—Lo has conseguido tú. —Nicolae le dio un codazo en la cota de malla—. ¿Por dónde empezamos?

—Quiero valacos. *Solo valacos.*

—¿Por qué? —Nicolae arqueó las cejas.

—Si te lo pregunta Ilyas, explícale que es para poder dar órdenes en un idioma que no entiendan los atacantes.

—¿Y si te *lo pregunto yo?*

—Porque no me fío de los hombres que no se acuerdan de que no han nacido para esto.

Nicolae miró por encima del hombro, hacia Mehmed, que los seguía con la vista. Su voz tuvo la soltura de una brisa de verano, pero con un toque de

bosque incendiado.

—¿Y el hombre que sí ha nacido para todo esto?

Lada no se giró. Porque una parte de ella sí confiaba en Mehmed, más que en nadie. Una parte de ella deseaba abandonar a Nicolae y reunirse con Mehmed en sus aposentos. Tomarlo como amante en vez de vivir en aquella agónica indefinición para los dos. Aceptar una vida fácil, siendo suya.

Y otra parte de ella tenía ganas de clavarle a Mehmed un cuchillo, justamente por eso.

—No tengo respuesta —dijo con sinceridad.



Radu huía de la ciudad.

El viaje hasta la casa de Kumal duraba medio día. Cuanto más se alejaba de Edirne, menos le costaba respirar. Aun así, sabía que Kumal había tenido razón al decir que la solución no estaba en cambiar de sitio. Cuando regresara a Edirne, todo lo estaría esperando. La paz que hallase sería un sueño, efímero y temporal.

A pesar de todo, yendo a caballo entre campos ondulantes y grupos de casitas limpias y ordenadas, se le hacía fácil fingir que Huma no le había ofrecido lo imposible, que no tendría que discurrir la manera de matar a Halil Pachá, que Lada no había vuelto a partirle el corazón, y que había una posibilidad que tarde o temprano Mehmed *fuera* suyo como deseaba él que lo fuera.

O algo que dolía aún más pensar: que había posibilidades de que algún día Mehmed fuera suyo.

Se encontró a Kumal esperando a la entrada de sus tierras, a pesar de que Radu, con las prisas de alejarse de Edirne, no se había hecho preceder por ningún aviso. Kumal le brindó una acogida de hermano, con un beso en cada mejilla, y tomó las riendas del caballo mientras Radu caminaba junto a él, estirando sus cansadas piernas.

La casa de Kumal era preciosa. Estaba construida alrededor de un patio central con una fuente. Si Edirne era una competición constante por la atención visual, la casa de Kumal se caracterizaba por la sencillez y la limpieza. Las paredes estaban revestidas de madera, y los suelos eran de baldosas, cubiertas por alfombras. Decoración ornamental solo la había en la larga sala de reunión: un versículo del Corán en letra arábiga dorada, que seguía la parte superior de las paredes.

Era la hora de rezar. Kumal tendió en el suelo dos esteras, y él y Radu oraron juntos. Después Radu se quedó de rodillas, tratando de prolongar al máximo la sensación.

—Tengo que ocuparme de un par de cosas —dijo Kumal—. Curioseas a tu antojo. Quedamos para cenar, antes de que oscurezca. —Le palmeó el hombro en forma amistosa, y después se marchó.

Radu se paseó por la vivienda de una sola planta, respetando las puertas cerradas. Se sentó un rato en el patio, disfrutando de los largos rayos que emitía el sol de la tarde, y luego dio un paseo hasta el jardín, iluminado por el sol poniente. Estaban tan cuidados como el resto, pero más adornados que el resto de la vivienda. Había un laberinto de altos setos, bien podados, con macizos de flores que saludaban la primavera con sus vivos colores. En el centro, un gran árbol se elevaba por encima de todo lo demás.

Radu intentó llegar al árbol, siguiendo los cambios de sentido del seto. Se oyó un susurro. De repente irrumpieron frente a él, en el camino, dos chicas que se reían, abrazadas. Estaban despeinadas, y les brillaban los ojos.

—*¡Oh!* —Nazira se rio y, poniéndose derecha, soltó a su acompañante. La otra chica se alejó un paso con la vista en el suelo, mientras se apresuraba a meter el pelo en el pañuelo del que se había salido—. ¡Hola! Había... — Nazira estaba sin aliento. Una sonrisa tensaba sus carnosos labios—. Había

una abeja. Estábamos huyendo de ella.

—¿Os ha picado?

—¡Sí! ¡Varias veces! ¡Ha sido maravilloso!

Apretó los labios, y se le escapó una carcajada. Su acompañante le dio un fuerte codazo en las costillas. Luego inclinó la cabeza y se alejó rápidamente.

Radu no recordaba que Nazira fuera tan excéntrica, aunque tenía una alegría contagiosa.

—Era mi doncella, Fatima. —Nazira se inclinó para ver cómo se iba—. Ven, que te enseñe el resto del jardín.

Lo guio por el brazo, hablando alegremente sin parar. Encontraron un banco justo en medio del patio, frente al árbol. Había un columpio colgado de dos ramas, aunque en el asiento de madera no cabía un adulto.

Radu dio un respingo al darse cuenta de que no tenía ni idea de si Kumal estaba casado, o tenía hijos. Se lo preguntó a Nazira.

Ella sacudió la cabeza, mientras se le curvaba hacia abajo su encantadora boca, y se levantó para coger la cuerda del columpio.

—Tenía uno, Ibrahim. Le encantaba este columpio. Murió hace cuatro años, con solo tres. El año siguiente fue Ine, su mujer, la que murió de parto. El bebé era niña. Solo estuvo tres días con nosotros antes de seguir a su madre.

Radu sintió una dolorosa compasión, que le hizo cerrar los ojos. Cuánto había perdido Kumal... Tres años. Era el tiempo que había pasado desde su primer encuentro.

—Cuando me encontró en Edirne...

—Habíamos venido a darle el pésame a la familia de Ine.

—Así que Kumal estaba en pleno luto. —Y aun así había encontrado tiempo para mostrarse compasivo y bondadoso con un niño perdido—. Tu hermano es una buena persona.

—La mejor que he conocido.

Tras unos momentos de silencio amistoso, en los que meditaron sobre lo que había perdido Kumal, volvieron a la casa. Las bromas de Nazira lo hacían sentirse mayor de lo que era, a diferencia de las de Lada, que lo hacían sentirse más pequeño.

Hacía siglos que Radu no comía tan bien: platos sencillos, pero sin política, ni miedo, ni mentiras, ni buscar beneficios haciéndose pasar por lo que no era.

—Me alegro de que hayas venido, Radu —dijo Nazira con una solemnidad extraña en ella—. Me gusta que haya alguien aquí que le enseñe a mi pobre hermano cómo hay que vestirse. Yo siempre intento ayudarlo, pero no es bastante.

—Que alguien me libre de una hermana tan solícita. —Kumal puso los ojos en blanco.

—Yo estaría encantado de llevármela —dijo Radu, y al darse cuenta del malentendido al que podía dar pie, se sonrojó—. Como hermana, quiero decir. Es muy preferible a la mía. No me ha tirado al suelo ni una vez, ni me ha torcido el brazo, ni me ha ganado en un concurso de fuerza.

Nazira hizo un gesto con la mano.

—Bueno, es que aquí los concursos de fuerza los dejamos para después de la cena.

La referencia a Lada, sin embargo, había distanciado a Radu del momento. A partir de entonces participó en la cena como observador, y el postre, fruta, le supo agridulce.

Después de cenar, apareció Fatima en la puerta. Nazira pidió permiso para levantarse. Kumal y Radu se retiraron a la sala de estar.

—Ahora entiendo que nunca vengas a Edirne.

Kumal sonrió.

—Aquí soy muy feliz, aunque me preocupa Nazira. Ya no es tan joven. Debería esforzarme más en buscarle un buen partido; pero como ella no da muestras de interés, me dejo llevar por mi egoísmo y por las ganas de tenerla a mi lado el mayor tiempo posible. De todos modos, sé que para ella sería mejor un matrimonio feliz y una familia propia. Si me muriese, mis bienes revertirían al imperio, y ella se quedaría sin nada. Aun así, insiste en que no quiere irse nunca.

—No me extraña. —Radu asintió con la cabeza—. Si yo pudiera tener siempre tus consejos, tampoco querría irme nunca.

—¿En qué te gustaría que te aconsejase?

Radu suspiró, pensando en todo el peso que llevaba encima, y en lo paralizado que se sentía.

—¿Qué se puede hacer ante un problema para el que no hay ninguna buena solución?

—¿Qué quieres decir? —Kumal frunció el entrecejo.

—Me refiero a que en algunas situaciones no hay ninguna opción fácil. ¿Cómo se sabe cuál es la correcta? ¿Hacer algo mal al servicio de un buen fin, o evitar el mal a sabiendas de que permites un desenlace peor?

Radu ni siquiera sabía a qué mal se estaba refiriendo. El asesinato de Halil Pachá, sin duda. Aprovechar su posición en la capital para ayudar a Mehmed a base de mentiras y de engaños. Incluso lo que sentía y pensaba con respecto a Mehmed, sin sentirlo como nada malo, pero sospechando que era porque nadie hablaba de ello, y Huma actuaba como si le diera poder sobre Radu.

—Me parece que se te ha complicado la vida.

Bajó la cabeza y se tapó los ojos con las manos.

—No sé qué hacer.

—Yo, en mi valiato, tengo a muchas personas a mi cargo, y hay veces en que

tomo decisiones que afectan negativamente a alguien. Pongamos que un granjero quiere disponer de más agua, pero que concedérsela supondría que otras familias ya no tendrían bastante para cultivar sus tierras. Le niego al primer hombre la oportunidad de ampliar sus cultivos y ganar más dinero, pero salvo a las otras tres familias de morirse de hambre. Hay años en los que he tenido que aumentar los impuestos para acumular reservas de cara al invierno, con la carga que supone para mi gente, pero así tenemos bastante para sobrevivir a una mala época. He tenido que apartar de su familia a más de un padre, por haber cometido un delito; la familia perdía a quien ganaba el pan, pero el resto de mi gente quedaba protegida del peligro. —Suspiró—. Nunca es fácil. Siempre intento trabajar por el mejor futuro posible, en el que se vea beneficiada la mayor cantidad de personas. A veces tengo que tomar decisiones difíciles, pero en esos casos siempre procuro llevar dentro del corazón una oración y el bienestar de mi pueblo. He cometido errores, pero intento que el arrepentimiento me impulse a ser más considerado, a sopesar las cosas con más detenimiento y a ser más amable y generoso en el trato con la gente.

Radu le dio las gracias, aunque en lo referente a sus problemas personales seguía sin ver la luz. ¿Qué era mejor, buscar su propio bien o el de los demás? ¿Y si Halil Pachá creía hacer el bien impidiendo que Mehmed ascendiera al trono? Mehmed podía hacerse una idea del futuro que, por ejemplo, estuviese en las antípodas de la de los habitantes de Constantinopla. ¿Cuál de las dos tenía más valor? ¿Cuál era la correcta?

¿Y él? ¿Podría ser tan generoso como para desear que su hermana fuera feliz con el hombre a quien querían los dos?



La estancia de Radu en casa de Kumal fue demasiado corta, pero al cabo de

unos días deliciosos, de apacible descanso, seguía tan lejos como antes de tener resueltos sus problemas. Edirne le pedía que volviese.

Tras prometerle a Kumal que volvería pronto, regresó a la ciudad y descubrió que Murad, en un alarde de generosidad, y complacido aún por su poema, lo había puesto al mando de un pequeño grupo fronterizo de jenízaros. Pensativo, acudió al cuartel a reunirse con sus hombres. Era buen jinete, muy diestro con el arco y las flechas y bastante habilidoso con la espada, pero nunca había aspirado a ningún tipo de mando militar. Le parecía extraño que Murad pensase que un poema lo cualificaba —a él, tan joven— para encabezar a un grupo de soldados.

Acudió a su encuentro un rostro conocido.

—Lazar —dijo Radu.

Aún no sabía qué sentimientos albergar hacia él, como única persona al corriente del secreto más profundo de su corazón.

Tras cuadrarse con gran formalidad, Lazar le hizo una reverencia y se incorporó con una sonrisa contagiosa.

—Ya sabía yo que hacía bien en quedarme en Edirne. He pedido que me asignen a tu grupo.

—No tengo la menor idea de lo que hay que hacer —admitió Radu.

—Para eso estoy yo aquí.

Lazar le presentó a los cincuenta hombres puestos a sus órdenes. Los temores de Radu respecto al jenízaro se disiparon. Prescindiendo de la familiaridad que siempre había marcado el trato entre los dos, Lazar hablaba en tono seco e imperioso, salvo al dirigirse a Radu, con quien mostraba siempre la debida deferencia. Radu, muy erguido, asentía seriamente, tratando de aprenderse los nombres de memoria.

Finalizada la visita, y dispersados los hombres, Radu regresó al palacio,

aunque antes Lazar lo acompañó al cuartel general de los jenízaros.

—Lo harás bien. Si quieres, me ocupo yo de la organización y la instrucción diarias. Estos cargos son más que nada ceremoniales, pero tú tienes buena fama. Los hombres están contentos con tu designación.

—Me alegro. —Radu asintió.

—Yo también. —Lazar se inclinó más hacia él, sin dejar de caminar.

Justo cuando Radu carraspeaba, sin saber si el jenízaro había pretendido insinuar algo, le llamó la atención el vuelo de una capa en una esquina. Apretó el paso y llegó a tiempo para ver a Halil Pachá, que le dio la mano a otro hombre antes de entrar con él en una sala.

—¿Con quién iba Halil Pachá? —le preguntó a Lazar.

—Con Kazanci Dogan, comandante de todo el cuerpo de jenízaros. Estoy seguro de que tarde o temprano lo conocerás.

—¿Viene a menudo, Halil Pachá?

Lazar se encogió de hombros.

—Alguna que otra vez lo he visto. —Se quedó callado y pensativo, entornando los párpados—. ¿Quieres que lleve la cuenta de cuántas veces viene?

—Sí. Y de cualquier encuentro entre Kazanci Dogan y personas ajenas al cuerpo de jenízaros.

Lazar se tocó el pecho con el puño y se marchó.

Radu volvió al palacio, absorto en sus pensamientos. Los hilos de la telaraña se extendían a todas partes: visires, pachás, beyes y las dos ramas principales del ejército, los líderes spahi autóctonos, y sus fuerzas regionales, y los jenízaros, con Kazanci Dogan. Y en medio estaba la araña, gorda y mortífera: Halil Pachá.

Si lo mataban, como pretendía Huma, seguiría en pie la telaraña. Tantos

hilos de poder trabados y alineados contra Mehmed... Y a saber si el lugar de Halil Pachá no lo ocuparía otra araña, aún más peligrosa.

No. Huma se equivocaba. Primero había que destruir la red. Solo entonces la araña perdería su poder.



Lada y Nicolae estaban de bruces en el suelo, observando la ciudad que se extendía bajo la cornisa. Al otro lado del río se agolpaban las casas de madera, disputándose el espacio de la orilla, como si brotasen directamente del agua. Amasya había sido incorporada al Imperio otomano hacía relativamente poco, y tenía una historia tan larga como ilustre, visible en las tumbas romanas que proyectaban su sombra en las piernas de Lada. La última vez había subido con Mehmed y Radu, y se habían quedado contemplando el firmamento y soñando con las estrellas.

Ahora miraba hacia abajo, y lo que urdía eran llamas.

—Podríamos usar el río —reflexionó Nicolae en valaco, como exigía ella—. Llegar en barco en mitad de la noche e incendiar las casas. Así tendríamos ocupada a la población, y a muchos de los soldados.

—¿Quién está al mando de los spahis en Amasya?

Petru, un joven valaco que acababa de concluir su instrucción, escupió con desprecio a sus espaldas.

—¡Spahis! Esos cerdos gordos y gandules... ¿Por qué deberían preocuparnos?

Lada lo había elegido porque se lo habían llevado de Valaquia en edad algo avanzada, a los catorce años, pero era un arrogante y un testarudo, y tenía un

ramalazo de maldad que le recordaba a su hermano mayor Mircea. A veces hasta le caía mejor por eso.

La mayoría de las veces, sin embargo, le daba ganas de arrojarlo por el precipicio.

—¿Y a ti quién te ha dicho que los spahis son unos cerdos gordos y gandules? ¿Has combatido contra ellos?

—¿Por qué íbamos a combatir, si estamos en el mismo bando?

Lada y Nicolae se miraron. Tal vez fuera mejor apartar a Petru de su regimiento.

—¿A los spahis les prohíben llevar barba?

—No. —Petru hizo un sonido burlón.

—En cambio a ti solo te dejan llevar bigote.

—Suponiendo que le salga —dijo Matei, un hombre enjuto y de mirada perpetuamente hambrienta a quien había reclutado Lada de su cuerpo de Edirne.

Petru le tiró una piedra. En total, Lada tenía diez hombres, de edades comprendidas entre los dieciocho y los veinticinco años. Había pocos valacos entre los que elegir. Los otomanos preferían otras nacionalidades, que daban mejores soldados, más inteligentes.

Qué tontos, se dijo Lada, aguzando la vista para ver qué casas se podían volar con la pólvora de los jenízaros para bloquear con mayor eficacia el camino a la fortaleza.

—¿Y a los spahis les prohíben casarse y tener hijos?

—No.

—Otra cosa que no le saldría a nuestro Petru —dijo alegremente Nicolae.

—¿Y los spahis son esclavos? —Lada esperó a que se apagaran las risas—. ¿Se los llevan a la fuerza de sus patrias para servir a amos y dioses ajenos?

No hubo respuesta.

—A los spahis no les gusta que tengamos cada vez más poder. No les gusta nuestra organización, nuestra destreza en la batalla y que nuestra relación con el sultán y el heredero del sultán sea más estrecha que la suya. Ni se os ocurra pensar que compartís el mismo bando, porque ellos no están en el vuestro. Ellos luchan para ganar tierras, prestigio y riqueza. Nosotros luchamos porque es lo único que nos permiten. —Esperó un momento y continuó—. ¿Quién organiza las defensas de una ciudad?

—El spahi al mando. —Era Petru, que se había puesto junto a ella para ver la ciudad. Su tono era de concentración.

—Si con el primer golpe cortas la cabeza, el cuerpo se quedará indefenso. —Lada siguió la línea del río como si fuera una serpiente.

Matei, sentado en una lápida caída, siguió aguzando una daga con una piedra de afilar.

—A mí me encantaría cortarles la cabeza a unos cuantos spahis, pero no estoy seguro de que esta noche tenga tiempo de incendiar la ciudad.

—Pues esto de planear destrucciones imaginarias es mi juego de instrucción favorito. —Nicolae se desperezó y se puso boca arriba—. Es muy relajante.

Lada se incorporó, quitándose el polvo de la túnica, y se caló el sombrero blanco que llevaba desde hacía un tiempo.

—¿Está de servicio Ilyas Bey?

Stefan, un hombre callado, con una cara desprovista de emoción, e inescrutable, como un cielo sin nubes, asintió. Hablaba poco, pero Lada tenía comprobado que su cerebro era como una colonia de hormigas: siempre traía nuevos datos con los que alimentarse.

También Lada asintió.

—Muy bien. Ha llegado la hora de asesinar a Mehmed.

—Eso es mucho menos relajante. —Nicolae gimió.

Los otros, sin embargo, ya habían empezado a recoger sus cosas con caras de entusiasmo. Emprendieron el descenso hacia la fortaleza, haciendo planes. Stefan se adelantó para espiar si Mehmed estaba dentro o fuera. Solía poder averiguarlo solo por la presencia de guardias en determinadas zonas.

Si Mehmed estaba fuera, lanzarían un ataque por sorpresa a través de la muralla, disparando flechas a la mayor velocidad posible. Si estaba dentro, Matei y otros tres hombres se acercarían al máximo, esperando que nadie se fijase en que no estaban de servicio, mientras Nicolae indagaba la ubicación de Mehmed y la transmitía desde una torre. Solo quedarían Lada, Petru y otros cuatro soldados bastante ligeros y fuertes para escalar la muralla externa de la fortaleza.

Bastaría con que una sola persona se acercase lo suficiente. Solo hacía falta una flecha, una daga, una oportunidad para matar al heredero.

Stefan se reunió con ellos junto a un nudoso pino que salía inclinado de las rocas. Era el punto de encuentro que elegía siempre Lada, aunque despertase recuerdos de una felicidad ya muy lejana, y emponzoñada por el tiempo.

El rostro de Stefan era tan inescrutable como de costumbre, aunque su actitud tenía algo defensivo que la ponía de los nervios. Ya sabía lo que diría antes de oírlo. También sabía que él era consciente de que la molestaría, lo cual era casi igual de malo.

—Presencia de jenízaros en la verja del harén, y dos eunucos de guardia en las puertas.

Los hombres exhalaban un suspiro colectivo, no supo Lada si de alivio o de contrariedad. Nicolae animó exprofeso el tono.

—Bueno, pues nada, se acabó el juego de hoy. No podríamos asaltar el harén.

—¿Por qué no?

A Lada le dolía la mandíbula. Se concentró en ese dolor. Desde que había empezado a formar a sus hombres, casi nunca veía a Mehmed; y cuando se veían era en la oscuridad de algún rincón, entre besos furtivos y manos ansiosas.

—Porque... —dijo Nicolae, dejando la palabra colgada de un sedal como si esperase que Lada fuera un pez que, tragándosela, le ahorrara explicaciones. Pero Lada no mordió—. Porque —repitió con un suspiro— los muros son demasiado altos, las ventanas tienen demasiados barrotes y las puertas están demasiado vigiladas. Esta estrategia ya la habíamos dibujado, Lada, y la conclusión siempre es la misma: esperar a que salga. No podemos entrar.

—No podrás entrar *tú* —dijo Lada—. Stefan, ¿has reconocido a los guardias de servicio?

Stefan sacudió la cabeza.

—Mejor. Así tampoco te reconocerán ellos a ti. Necesito faldas, un entari y un velo.

Petru se quedó boquiabierto, como el pez que había tenido la esperanza de pescar Nicolae.

—¿Faldas? ¿Por qué?

Lada les hizo señas de que la siguieran.

—Porque en las faldas se puede esconder una cantidad enorme de armas, y porque Stefan está a punto de dejar un regalo del sultán.

Nicolae le dio alcance mientras descendía a paso rápido hacia las dependencias que le habían concedido para su guarnición. Era otro impedimento para verse con Mehmed: ahora Lada vivía con sus hombres en el cuartel improvisado. Nunca estaba sola. Porque de lo contrario no habría habido barreras ni impedimentos, nada que les impidiera...

Mehmed estaba en el harén.

—Lada... —Nicolae lo dijo en voz baja, para que no lo oyeran los demás—. ¿Seguro que es buena idea? Yo creo que deberíamos esperar. Podríamos pillarlo al salir. Para eso ya tenemos planes.

—Sí, y son buenos, es decir, obvios, es decir, que Ilyas podría tenerlos previstos. Este es mejor.

—Lada, ya está bien. —Nicolae la agarró por el brazo.

—No me digas lo que tengo que hacer. —Ella se encaró con él, con una cólera que la hacía sentirse más alta y fuerte.

Él levantó las manos.

—Me limito a dudar que lo que más te convenga sea entrar en el harén.

Su cara de preocupación dio ganas a Lada de arrancarse el pelo. Y usarlo luego para estrangularlo.

—¿Qué te crees —replicó con desprecio—, que no sé qué pasa dentro? ¿Temes por mi tierna sensibilidad?

—¡No! Te prometo que nunca se me ocurriría que tuvieras nada tierno. —A Nicolae se le frunció la cicatriz al sonreír—. Lo que me da miedo es... tu reputación. Cuanto entra una mujer en el harén, ya no sale. Es un destino permanente.

Lada ahuyentó la reflexión de un simple manotazo. Sabía que Nicolae intentaba decir algo de mayor calado, pero no pensaba facilitárselo.

—No voy a entrar como mujer. Voy a entrar como asesino, o sea, que no hay nada que temer.

Pocos minutos después estaba cubierta de los pies a la cabeza con galas restantes de la boda de Mehmed. La mitad de la ropa que le habían preparado ni siquiera se la había puesto, pero una criada industriosa la había metido en su equipaje. Más allá de las arrugas, por las que a cualquier criada le habrían

dado una paliza, parecía una mujer. Y con el velo no se parecía en nada a sí misma.

Decidieron que solo la acompañaría Stefan. Ir con más guardias habría levantado sospechas, así que fue él quien la llevó sin fanfarrias hasta la entrada del harén, y la dejó en manos del eunuco a quien tenía más cerca.

—Un regalo de la madre de Mehmed —dijo.

El eunuco asintió sin interés y llevó a Lada al interior del harén, pasando junto a los dos guardias jenízaros.

Al oír el golpe de la puerta, Lada dio un respingo sin querer. Sonaba tan oficial y terminante... Con el corazón acelerado, y la respiración superficial e irregular, siguió al eunuco por varios pasillos, tratando de memorizarlos. Todo estaba limpio y lleno de luz, con azulejos de ricas formas cuyo intenso brillo los invitaba a entrar cada vez más en el harén.

El eunuco abrió la puerta de una pequeña sala de espera.

—Dentro de una hora vendrá alguien para establecer tu nivel y hacer que te sitúen.

Se fue sin decir nada más, cerrando la puerta. Pero no con llave ni pestillo.

Tampoco habría importado, pero a Lada, por principio, le dio una rabia atroz. Se dijo que era solo por la puerta, por la incapacidad absoluta del eunuco de ver a una mujer como posible amenaza.

Sacó una de sus dagas y, después de clavarla en el sofá, la deslizó de punta a punta, dejando un largo tajo. Después la enfundó, se arregló el velo y salió al pasillo. Era perfectamente capaz de cumplir la misión sin dejarse distraer por que estuviera dentro del harén de Mehmed.

Como lo único que se le ocurría era adentrarse aún más en el complejo, cogió un gran jarrón lleno de flores olorosas y se lo puso cuidadosamente por delante, como si tuviese algo que hacer. Transportar un ramo de flores le

pareció una ocupación racional dentro de aquella jaula dorada.

Después de muchas puertas cerradas, y de tres pasillos, la acometió una oleada de desesperación. Lo más probable era que Mehmed diera cumplimiento a sus quehaceres y se marchase antes de ser encontrado con Lada. ¿Qué les diría ella entonces a sus hombres?

Le llamó la atención el llanto de un bebé. Siguiendo sus chillidos estridentes, cambió de dirección hasta que llegó a una sala cuyas puertas, de madera tallada, estaban completamente abiertas.

Nada más entrar giró a la izquierda, hacia un biombo con pinturas delicadas situado ante una gran ventana abierta. Consiguió ponerse entre el biombo y la pared, gracias a que los berridos del bebé no permitían oír sus movimientos.

La risa de Mehmed resonó en la sala, y cayó como un mazazo en los hombros de Lada.

—¿Lo tengo mal cogido? No le gusto.

—¡Pues claro que le gustas! —Era una voz femenina, de una dulzura empalagosa. Al sentir que se depositaba en sus oídos, Lada tuvo la seguridad de que no podría limpiarse sus residuos, por mucho que se restregara las orejas—. ¿Ves lo fuerte que es?

—Mi pequeño Beyazit. Sé fuerte en mi ausencia, que pronto volveré.

Las palabras de Mehmed exudaban ternura. Lada deseó haberse encontrado con otra situación. Había pensado que lo peor que podía suceder era encontrárselo con otra, pero esto...

Con esto no sabía cómo enfadarse. De todos modos, lo logró.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera? —preguntó la mujer.

—Lo que tarde en derrotar a Skanderberg. ¿Necesitaréis algo?

—No, no, estamos muy bien atendidos. Cuídate.

—¡Adiós, mi niño!

Lada reparó con un punto mezquino de satisfacción en que el tono con el que se dirigía Mehmed a su concubina era el mismo que usaba con cualquier criado, aunque estaba claro que algo sentía por el niño, y eso se lo debía a la concubina.

El llanto del bebé se alejó de la estancia. Lada oyó que alguien se ponía de pie. Entonces salió de detrás del biombo con el jarrón en las manos.

Mehmed fue hacia la puerta sin mirarla. Lada le tiró el jarrón a la derecha de la cabeza. Él lo esquivó, haciendo que se rompiera contra la pared y dejara el suelo lleno de agua, flores y afiladas esquirlas de cerámica esmaltada.

—¿Pero se puede saber qué...? —La miró, rojo de rabia.

Lada se descubrió el rostro. Al principio a Mehmed se le quedó la cara de enfado. Luego se deshizo en una sonrisa, y se rio, sacudiendo la cabeza.

—Lada. ¿Qué *haces* tú aquí?

Ella cerró la puerta. Mehmed se acercó con los ojos brillantes de esperanza. Lada se zafó de él.

—Podría haberte matado.

—No dejes de hacerlo, te lo ruego.

Mehmed se acercó con una sonrisa que lo que menos traslucía era preocupación. Hacía días que no disfrutaban de un momento furtivo de intimidad.

Aquí no, pensó ella. *En cualquier lugar menos aquí.*

—¿Skanderberg? —preguntó, cambiando el rumbo de la situación.

Iskander Bey había sido uno de los jenízaros predilectos de Murad, y ahora era Lada quien lo tenía entre sus favoritos. Hacía años que suponía un incordio para el imperio, al que mantenía a raya aplicando lo que había aprendido de él.

Lada había estudiado todas las crónicas de sus batallas con la misma

devoción que Mehmed el islam.

—Sí, mi padre ha declarado una nueva campaña. —La expresión de Mehmed se hizo más distante—. Cabalgaré con él, y tendré a mi cargo uno de los flancos del asedio.

El pecho de Lada se llenó de emoción. Podría demostrar su valía, y la de sus hombres, y... por fin podría irse, ver otras tierras, aunque no fueran las de su patria.

—¿Cuándo salimos?

—Yo esta tarde. —Mehmed no la miró a los ojos. Se agachó a recoger algunas flores, esquivando con cuidado los bordes afilados del jarrón roto.

—En una hora podemos estar listos, y... —Lada corrió hacia la puerta.

—Tú no vienes. —La retuvo por el brazo.

—Yo... ¿Qué? Estamos listos. Mis hombres están listos. Somos pocos, pero podemos hacer de exploradores, y yo...

—¡Tú te quedarás aquí!

—¿Por qué? —Lada se quitó su mano de encima, y dio un paso hacia atrás.

De pronto Mehmed estaba fascinado por las maltrechas flores que tenía en la mano.

—Tengo que dejar la ciudad a cargo de alguien de confianza.

—¡Eso puede hacerlo cualquiera! ¡Aquí no quedará nada de valor!

Esta vez sí coincidieron sus miradas, especialmente intensa la de Mehmed.

—¿Nada de valor?

Entendiéndolo de golpe, Lada le arrebató las flores y las tiró al suelo.

—¡No pienso quedarme a vigilar a tu bebé! ¡No soy ninguna niñera!

—No me refería a mi hijo, Lada. —Mehmed parpadeó rápidamente y sacudió la cabeza—. ¿Qué te crees, que no doy valor a nadie más?

—¿Pues entonces?

—¡Tú! ¡No estoy dispuesto a llevarte a la batalla! No te haces una idea de lo que es. Ni te imaginas cuántas maneras hay de morir.

—Sé cuidarme.

—Pero ¿y yo? ¿Qué haría si te pasase algo? ¡Tengo que ponerte a buen recaudo!

—¡A mí no se me pone en ningún sitio! ¡No soy ningún objeto! —Lada lo empujó por el pecho y lo hizo tropezar, con un ruido de esquirlas pisadas por las botas—. Lo próximo que me dirás es que quieres que esté entre cuatro paredes, en habitaciones acolchadas y perfumadas. Que me quede aquí. ¡No soy tu concubina, Mehmed!

—¡No es lo que estoy diciendo! —Mehmed empezó a dar vueltas, con las manos en alto—. Para mí eres algo muy preciado. ¿Qué tiene de malo querer cuidarte?

—¡Si necesitara o quisiera que me cuidasen no sería mejor que las mujeres de aquí dentro! ¡Y no tengo nada que ver con ellas!

—¡Por supuesto que no te pareces en nada a ellas! A ti *te amo*, Lada. — Mehmed cerró los ojos y bajó la voz, intentando controlarse—. Déjame que te quiera, por favor. Eres la persona más importante de mi vida. Tú y tu hermano sois los únicos que me conocéis de verdad.

Lada dio un respingo. Mehmed arqueó las cejas al ver su reacción, aunque no la entendió. Lada no le había contado su última pelea con Radu, ni que no supiera nada de él desde que se habían separado. Seguía ignorando la auténtica profundidad del amor de Radu, y la intensidad con que Lada echaba de menos a su hermano.

—Por favor —le rogó Mehmed—. A Radu ya me lo ha quitado mi padre. Casi nunca me escribe, y cuando lo hace es como si se dirigiese a un desconocido. No puedo permitirme perderte a ti también.

—No puedes perder lo que no es tuyo. Llévame contigo.

—Eres ridícula. —Con un gruñido de contrariedad, Mehmed le arrancó el velo del pelo y lo tiró al suelo—. Te queda mucho mejor la armadura que la seda.

Lada le puso una mano en la mejilla. Tenía la piel suave y caliente, siempre caliente, como si ardiera más por dentro que una persona normal. La voz con que habló Lada fue como un ronroneo, tan parecida a la de Huma que ella misma se sobresaltó.

—Llévame e iré siempre con armadura.

Mehmed, tan vehemente como ella, la agarró por la cintura y se pegó a su cuerpo. Al arrimar la cadera a su entrepierna, Lada sintió que ya había empezado a formarse una dureza. Saberse capaz de provocarlo le infundía una mezcla de pavor y entusiasmo. El beso fue adquiriendo más profundidad y frenesí, entre los gruñidos de Mehmed.

—Lada —dijo él, dándole besos en el cuello, la oreja y el pelo—. Lada, Lada.

—Llévame contigo —le susurró ella al oído.

Mehmed hundió la cara en su pelo, y la abrazó con tanta fuerza que Lada estuvo segura de haber vencido. Luego sacudió la cabeza.

—No.

Gritando, Lada lo empujó. Mehmed, que tenía los pies empapados por el agua del jarrón, se cayó. Entonces ella sacó una daga, se agachó y le cortó el cinturón. Tras convertirlo en una bola, lo estrujó con el puño mientras miraba fijamente a Mehmed.

—¿Necesitas que esté a buen recaudo? ¿Y a ti quién te protege? He vuelto a matarte ante las propias narices de tu guardia.

Él tuvo la audacia de tumbarse boca arriba y reír.

—Lada, no hay nadie en el mundo capaz de poner tanta entrega e ingenio en asesinarme como lo haces tú una y otra vez. —Tendió los brazos, con un brillo de súplica en los ojos negros—. Ven, pasa conmigo estas últimas horas. Te echo de menos.

Lada se inclinó, pero sin ponerse a su alcance.

—Es una sensación a la que te conviene acostumbrarte.

Fue más fácil salir que entrar, todo lo contrario de lo que solía ocurrirles a las mujeres que cruzaban el umbral de un harén. Al irse se cruzó con Ilyas, que se quedó estupefacto, y le arrojó a los pies el cinturón de Mehmed.

—Hemos vuelto a matarlo. Has perdido. Procura traerlo con vida de Albania.

Atormentada aún por las palabras hirientes que le había dirigido a Mehmed, le hizo una señal con la cabeza a Stefan para comunicarle el éxito de su último juego. En caso de que falleciera Mehmed, su último encuentro habría estado marcado por la declaración de amor de él, y la respuesta cruel de ella. Y Mehmed no llegaría a saber lo que sentía: que la torturaba, que era para ella una estrella rutilante en la negra noche de su vida.

Así tendría su merecido: morirse sin saberlo, por haberla dejado en Amasya.

Y Lada jamás se lo perdonaría a sí misma.



1451: Kruje, Albania

Radu supuso que con armadura y armas nuevas, criado personal, tienda, víveres y un magnífico caballo era más rico que en tantos años de no poseer nada. El único pero era que habría preferido que su prosperidad se debiera a algo más que a ir a la guerra al lado de Murad.

También sabía que entre las decenas de miles de hombres que lo rodeaban, Mehmed avanzaba hacia el mismo objetivo.

Quedándose en Edirne habría estado muy solo, porque todos habían partido al asedio de las posesiones albanesas de Skanderberg: pachás, pashazadas, jenízaros, sus múltiples y nuevas amistades... Privado de sus maquinaciones y espionajes, de su vida social, habría tenido demasiado tiempo para pensar. Y solo habría pensado en Mehmed.

La situación, de todos modos, no era preferible. Se veía escrutando a todas horas el interminable mar de rostros, lleno de preguntas, de anhelos y de la esperanza de un atisbo, un simple atisbo de su amigo.

Sin embargo, las fuerzas de Murad y las de Mehmed ocupaban cada una un extremo distinto de la comitiva, lo cual hacía que Radu y Mehmed estuviesen separados por toda una jornada de camino. La logística de desplazar tal cantidad de hombres y enseres daba auténtico vértigo. Detrás de los soldados

iban carrromatos de abastecimiento, así como cientos de mujeres que viajaban con los hombres y ofrecían toda suerte de... servicios.

Viendo palidecer a Radu ante la propuesta de que aprovecharse la presencia de mujeres, Murad se había mostrado satisfecho.

—Eres realmente un hijo devoto de Dios.

Radu no había sabido si reírse o llorar por el elogio.

Faltando tres días para llegar a su destino, la ciudad de Kruje, se adelantó con Lazar y los exploradores a sus órdenes. En el paisaje de verdes colinas habían empezado a aparecer señales de civilización. Tiró de las riendas y acarició el largo cuello negro de su yegua, esperando a que Lazar le diera alcance.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Ya han combatido en este lugar?

Lo que contemplaba Radu era una ondulante sucesión de tierras de cultivo calcinadas, inservibles. Lazar sacudió la cabeza.

—Por los clavos de Cristo... Es el regalo de bienvenida de Skanderberg. Entre este punto y la ciudad no encontraremos víveres.

—¿Ha quemado su propia tierra?

Radu apenas lograba asimilar la enormidad de los destrozos. Teniendo en cuenta que era plena temporada de cultivo, Skanderberg debía de haberse visto obligado a destruir la cosecha de todo un año, dejando a su pueblo sin nada que recolectar cuando llegara el tiempo.

—Probablemente también haya contaminado los pozos y los estanques, por si acaso.

—¿Pero y su pueblo? ¿Qué hará cuando se termine el asedio?

—Eso no es cosa nuestra. —Lazar se encogió de hombros y cabalgó hacia el grueso de la soldadesca, para informar de lo que habían averiguado.

Radu imprimió un ritmo pausado a su montura, a fin de poder observar los

campos arrasados. Estaba claro que así lo tendrían más difícil. Habían contado con complementar sus reservas con ganado y víveres hallados de camino. Ahora pasarían mayores estrecheces, y al haber adquirido vital importancia las comitivas de avituallamiento, tendrían que destinar a una parte de sus hombres a su vigilancia. Por otra parte, disparaba el asedio a costos aún más astronómicos.

Sin embargo, lo que se le quedó grabado durante todo el resto de su viaje fue la imagen de unos cimientos de piedra con restos chamuscados de paredes de madera que mostraban el antiguo perímetro de una vivienda. Sus tropas eran incapaces de quemar hogares de civiles. Una vez tomada la ciudad, permitirían a todos los habitantes de los dominios de Skanderberg seguir viviendo como antes y adorando a los mismos dioses que antes, a la vez que les daban seguridad y prosperidad.

Se preguntó cuánto estaba dispuesto a sacrificar y destruir Skanderberg en nombre de la protección de su pueblo.

Cuando llegaron a las murallas de Kruje, Radu ya tenía el cansancio muy metido en el trasero y en el alma. Tardaron casi una semana en establecer y organizar el campamento. Eran visibles desde la ciudad, pero quedaban fuera del alcance de sus cañones. Los hombres de Radu plantaron sus tiendas en el círculo exterior del gran pabellón de Murad, que ocupaba el centro del campamento, protegido por decenas de miles de personas. Ahora los otomanos contaban con una población mayor que la de cualquier ciudad en varias jornadas de viaje a la redonda, incluida Kruje.

Radu estaba al mando de un cuerpo fronterizo, cuyo papel era hostigar y repeler, no organizar un asedio. Si podía ayudar en la organización, lo hacía; si no, se mantenía al margen y observaba con una mezcla de orgullo y aprensión cómo se disponían sus fuerzas, superiores a las del enemigo, a

asediar al traidor Skanderberg.

Y cinco veces al día tendía su estera en el suelo y rezaba, transmitiéndole a Dios sus esperanzas de que el sitio no durase mucho.



Radu estaba bordeando el campamento a pie. Habían pasado tres semanas, más bien infructuosas, desde su llegada. De nada les había servido enviar grupos de exploradores para localizar y cortar el suministro de agua de la ciudad. El intento de sobornar al comandante de esta última no había dado fruto. Las murallas se cernían constantes y burlonas sobre ellos.

—Es un asedio —solía decir Lazar, encogiéndose de hombros—. El juego consiste en esperar.

A Radu no le interesaba el juego. De momento, sus hombres solo habían tenido que escoltar a una comitiva de avituallamiento, y montar guardia dos noches de cada seis. Al principio Radu había tenido miedo de participar en un asedio, pero ahora le aburría. De tanto esperar se volvía uno loco.

Suspiró, mientras se apartaba bastante del campamento para que las hogueras no entorpeciesen su visión nocturna. Podría haberse quedado en su tienda, pero si estaban fuera sus hombres, también lo estaría él. Era de justicia.

Cerca de él andaba susurrando un jenízaro joven, Yazid.

—¿Qué le cuelga a los hombres del muslo y quiere hurgar en el agujero donde ya ha hurgado muchas veces?

Alguien gimió de irritación. Lazar chistó para hacer callar a Yazid. Radu se puso rojo, y dio gracias por que no lo vieran. Ya tenía fama de demasiado delicado en esos temas, y se preguntaba qué decían los hombres a sus espaldas.

Le llamó la atención una extraña serie de chasquidos. Escrutó la oscuridad.

—¡Agáchate!

Lazar lo embistió para tirarlo al suelo. Pasó algo por encima de ellos, aunque era más que nada un rumor, un ruido.

Radu salió a rastras de debajo de Lazar, aturdido y en estado de shock. De no haber sido por Lazar, estaría muerto. Su primer impulso, el más fuerte, fue correr. No estaba hecho para eso. Si estuviese aquí Lada, habría...

No. Estaba él al mando. Dirigiría a sus hombres.

—¡A mí! —exclamó—. ¡Ballestas! ¡Arriba los escudos! ¡Formad una hilera!

Se parapetó detrás de su escudo, tenso y encogido, aguardando la flecha que daría con él. A su lado, escudo contra escudo, estaba Lazar. Los hombres de Radu se les unieron con una rapidez que lo llenó de orgullo, y empezaron a avanzar como uno solo, con firmeza y aplomo, hacia donde seguían disparando sus asaltantes invisibles.

No encontraron a nadie.

Los hombres de Skanderberg ya habían desaparecido en la oscuridad, tras ver frustrados sus designios, fueran cuales fuesen. Las fuerzas de Radu rompieron filas con cautela, aguzando el oído y la visión.

—Una llave —murmuró Yazid al arrancar una flecha de ballesta que se había clavado en su escudo—. La respuesta era una llave. Aunque supongo que tampoco quedaría mal una flecha.

Lazar se quedó junto a Radu, pero sin reconfortarlo. Parecían todos tan tranquilos, resignados a la familiaridad de la batalla... Radu tenía frío, a causa del sudor que lo había empapado bruscamente. Aún le latía el corazón con frenesí. Siempre había sabido que los atacarían, pero como algo teórico. No lo había sabido como ahora.

Caminó con una nueva conciencia de todas las partes de su cuerpo, como si estuviera desnudo. Volvía a sentirse demasiado pequeño, demasiado débil,

como el muchacho aterrado por los imprevisibles arrebatos de violencia de Mircea. La diferencia era que ahora no podía esconderse en ningún castillo, ni detrás de ninguna cortina.

Y que era responsable de muchas más vidas que la suya.



Tres meses después de que se fueran los demás jenízaros, por fin los hombres de Lada tenían algo que esperar: un cargamento de pólvora. En circunstancias normales no les habría afectado en nada, pero al estar sitiando Kruje todos los demás jenízaros, la decisión de cómo usarla recaía sobre ellos. Lo responsable habría sido guardarla en espera del regreso de Ilyas, que sin duda tendría pensadas a una serie de personas concretas para formarlas en usos y estrategias de la pólvora.

Pero Ilyas no estaba.

Y con Radu tan lejos, destacando en la política, con las cartas de Mehmed brillando por su ausencia, Lada tenía ganas de quemar cosas.

Estaba esperando en la puerta de la fortaleza cuando se detuvo el carro frente a ella, y bajó una mujer con las cejas igual de caídas que los hombros.

—¿Dónde está el comandante?

—El comandante soy yo.

—Tú. —La encorvadura de la espalda no tenía remedio. Las cejas, en cambio, sí se levantaron.

La mujer tomó nota del uniforme de Lada, pero en lo que se detuvo su mirada fue en su pecho, como una pregunta.

—Sí. —Lada se aguantó las ganas de cruzar los brazos encima de los

pechos.

—No eres como me esperaba —respondió la mujer encogiéndose de hombros.

—Yo podría decir lo mismo —contestó Lada con un gesto de desdén.

—Estamos en guerra. —Al sonreír, se vio que a la mujer le faltaban varios dientes—. Otra vez. A mi marido y mis hijos siempre los llama a filas nuestro jefe spahi. Tenemos habilidades únicas.

—¿Tenemos?

—Sé tanto de pólvora como cualquier hombre.

—Pero tú te quedas. —Lada frunció el ceño y se acercó a mirar los barriles del carro—. ¿Te da rabia?

—Pues claro que me da rabia. Tengo que encargarme yo sola de todo el trabajo de mi marido y nuestros tres hijos.

—No, lo digo en el sentido de que en el campo de batalla hay tanto sitio para ti como para ellos. No deberían dejarte como si no valieras nada.

—Bah. Nosotras también nos sacrificamos por el imperio, igual que los hombres. Si no, ¿quién haría que siguiera funcionando todo mientras los soldados van por ahí jugando a ver quién mea más lejos?

Lada no pudo evitar reírse.

—Si fuera hombre, no me lo dirías a la cara.

—Transporto pólvora y les enseño a los tontos a no matarse con ella. Digo lo que me da la gana a la cara de quien me da la gana.

Se acercó Nicolae, casi bailando de entusiasmo.

—¿Qué volamos primero? —Le brillaban tanto los ojos que habría podido encender pólvora sin llama.

—Me llamo Tohin. —Suspiró la mujer—. Mejor que nos vayamos presentando, porque está visto que voy a dedicar más tiempo de lo habitual a

impedir que se maten tus tontos.

—Me alegro de que estés aquí, Tohin.

A Lada le sorprendió su propia sinceridad.



Tohin le habría recordado a su niñera, si esta última hubiera tenido gruesos callos en las yemas de los dedos, y hubiera sido experta en el uso bélico de la pólvora. Tenía algo, una franqueza lindante con la hostilidad, que hacía pensar en cuando la niñera murmuraba para sus adentros pensando que no la oía nadie. Por otra parte, al ver a Lada dando órdenes a sus hombres, le brillaban los ojos de una manera que a Lada le hacía pensar en cuando se dejaba cepillar el pelo al lado de la chimenea.

Lástima que no la acompañase un Bogdan.

O un Radu.

Tras varios días de instrucción con cantidades muy pequeñas de pólvora — cómo llevarla, cómo poner una mecha para que hubiera tiempo de alejarse antes de la explosión, cómo cuidarla—, los hombres de Lada estaban listos para una auténtica demostración. Subieron por la montaña y bajaron a un estrecho barranco alejado de cualquier vivienda. Cada uno llevaba una parte de pólvora, y se turnaban para acarrear un pequeño cañón que pesaba una barbaridad. Fue un trabajo embadurnado de sudor, y salpicado de palabrotas.

Lada se imaginó que tenía a Mehmed a su lado, y que subían juntos al combate. Luego se imaginó que le apuntaba al corazón con el cañón. No sabía cuál de las dos situaciones la satisfacía más.

Llegados finalmente a su destino, depositaron el cañón en el suelo.

—A mí me gustan más las ballestas —dijo Petru, de mal humor, masajeándose las manos.

Tohin le dio una palmada en el cogote.

—Piensa más a lo grande, zopenco.

El argumento era sencillo. Se acercaría a ellos un ejército por el barranco. Tenían que disparar el mayor número posible de balas de cañón para desbaratar el avance de los soldados imaginarios.

Lada sabía que el impacto del cañón sería ante todo psicológico. Una artillería tan ligera como para poder ser transportada fácilmente no haría muchos más estragos que la ballesta tan querida por Petru, pero el ruido y la novedad del cañón se podían usar como táctica intimidatoria para romper líneas y desencadenar una retirada.

Aun así, era un trabajo enorme, y relativamente poco provechoso. Se apartó para que Matei y Stefan ajustasen el ángulo del cañón, asesorados por Tohin. El barranco era estrecho, de paredes escarpadas, y apenas había donde resguardarse. Si bajaba un ejército, no les quedaría más remedio que avanzar hacia ellos o retroceder y volver a intentarlo.

Mirando hacia arriba, vio las grandes rocas que se proyectaban a ambos lados por encima del barranco. ¿Y si no se podía avanzar ni retroceder?

—Parad —dijo—. Sé la manera de destruir todo un ejército con dos explosiones.

Tohin soltó un bufido de impaciencia.

—Los militares siempre sobrestimáis los daños. No hay suficiente pólvora, y si te quedases lo bastante cerca como para encenderla frente al enemigo, no saldrías viva.

—No, enfrente no. —El sol, que se filtraba por un hueco entre las rocas, deslumbró a Lada—. Encima.



Tohin y Lada estaban sentadas sobre el amasijo de rocas que al desmoronarse había bloqueado todo el fondo del barranco.

En una batalla de verdad habría sido mucho más difícil. Se tendría que haber sincronizado todo a la perfección. Había que esperar bastante para que el ejército enemigo se adentrara por completo en el barranco. El sigilo era primordial. Un solo disparo, que abatiera a uno de los soldados que se quedasen para detonar las cargas, lo estropearía todo.

Sin embargo, había funcionado. El uso de pólvora para provocar un derrumbe en ambos lados del valle impedía avanzar y retroceder. Al ser tan empinadas las laderas, y no haber donde refugiarse, con tan pocos hombres como tenía Lada se podía acabar con cientos de soldados atrapados, eliminándolos uno por uno.

—Pensar se te da muy bien—dijo Tohin.

El resto de los jenízaros de Lada ya se habían embarcado en el largo y extenuante proceso de llevar al otro lado de la montaña, hasta la fortaleza, el cañón que no se habían molestado en utilizar.

—Para que fuera eficaz tendrían que darse unas condiciones muy concretas.

—Bueno, pero no a todo el mundo se le ocurre utilizar el terreno como arma. Ya has oído al tonto ese, el que tiene la cabeza más dura que estas piedras: solo pensaba en un arma que pudiera llevar en la mano.

—Pues ya ves; a pesar de mi gran inteligencia, estoy luchando contra enemigos imaginarios en un barranco situado detrás de una fortaleza que a nadie se le ocurriría asaltar.

—¿Preferirías estar luchando en Kruje? ¿Lanzando hombres contra una muralla que no cede? ¿Ver cómo se mueren, podridos por la enfermedad?

Lada tuvo una punzada de pánico. Apenas habían recibido noticias del asedio. Presuponía que era porque iba todo bien.

—¿Hay enfermedades?

—¿En un campamento tan grande? Enfermedades siempre hay.

—¿Tienes alguna noticia?

Tohin asintió con la cabeza.

—Me han escrito mi marido y uno de mis hijos. La cosa no avanza, y en el campamento las enfermedades hacen estragos mucho más deprisa de lo que se esperaba.

—¿Y...?

Lada no siguió. La imagen de Mehmed en un catre, consumido, en los huesos, no se le iba de la cabeza. Hasta entonces siempre se lo había imaginado con una espada en la mano, dando órdenes y protagonizando hazañas sin quererla —ni necesitarla— nunca a su lado, pero la enfermedad era un enemigo con el que no había contado.

Carraspeó para deshacer la tensión que se había apoderado de su garganta.

—¿Qué otras noticias tienes?

—Ninguna. Insistirán hasta que se venga abajo la muralla, o hasta que llegue el invierno, y luego volverán. Ganen o pierdan, el resultado es el mismo: los hombres vuelven a casa, y yo tengo menos trabajo pero más bocas que alimentar.

—¿Por qué se toman tantas molestias? ¿Tan importante es Kruje? ¿Tan valiosa es para el imperio como para justificar un riesgo así? —Lada se levantó y empezó a caminar, dejando que el miedo que sentía por Mehmed sirviera de mecha para encender sus iras—. ¡Malditos insensatos!

—No se trata de Kruje —dijo Tohin.

—Pues claro que no. ¡Se trata del orgullo de Murad! Como no puede soportar que lo haya traicionado su protegido, pone en juego la vida de Mehmed... —Se quedó callada, y respiró profundamente—. Pone en juego cientos de vidas para vengarse de un solo hombre.

—Tampoco se trata de Skanderberg. —Tohin levantó la mano para

interrumpir las protestas que salían por la boca de Lada—. Es verdad que quiere castigar a Skanderberg, y hacer que sirva de escarmiento, pero ¿qué te crees que pasaría en las demás ciudades fronterizas si Murad no hiciera nada?

—¡Pues que las recuperarían sus legítimos gobernantes! Murad se extralimita. Va adonde no lo llaman.

—¿Y si renunciase a Kruje? Si les concediera la libertad a todos los estados vasallos, si redujese las fronteras del Imperio otomano a como eran antes de que empezásemos a expandirnos por Europa, ¿qué pasaría?

—No entiendo la pregunta.

—¿Dónde habría que poner el límite? ¿Deberíamos irnos de todas las ciudades, y volver a los desiertos del este? ¿Ser nómadas a caballo?

—Pues claro que no.

—Bueno, pues entonces nos quedamos aquí. Nos concedes los primeros territorios que conquistamos. Muy generosa. ¿Crees que Hunyadi se daría por satisfecho? ¿Crees que Bizancio nos daría las gracias y seguiría como si tal cosa en su franja de tierra? ¿Crees que el Papa dejaría de convocar cruzadas?

—Yo no creo que...

—¿Las fronteras se quedan alguna vez como están? Nuestro pueblo vino de oriente huyendo de la destrucción. Vio ciudades y murallas, y como quiso tenerlas, las tomó. Si no las hubiera tomado, se habría muerto. Y habrían venido otros que sí habrían conquistado las ciudades.

—¡Pues defended lo que es vuestro! ¿Por qué tiene que convertirse en una conquista?

—Kruje es nuestra. Skanderberg también. Si no presionásemos, si no luchásemos, si no reivindicásemos lo nuestro, y no desafiásemos lo que aún no lo es, lo harían otros en nuestro lugar. Es como funciona el mundo. Puedes ser el agresor, y combatir a los cruzados en su propia tierra, o quedarte en tu casa

y esperar a que vengan a por ti. Porque vendrían. Vendrían con fuego, enfermedades, espadas, sangre y muerte. La debilidad es un reclamo irresistible.

Lada se acordó de cuando Hunyadi había entrado en la capital de su padre como si le perteneciese. Su padre era débil, y, por culpa de su debilidad —por haberse contentado con tratar de mantener lo que tenía, evitando los combates—, Valaquia salía perjudicada.

Tohin siguió hablando.

—Murad lleva la guerra a otros países para que aquí, en el imperio, podamos dedicarnos a vivir. Nos expandimos porque si no lo hiciésemos nos moriríamos. Y el deber de Murad es velar por que vivamos.

—Al parecer, el precio de vivir siempre es la muerte. —Lada contempló el barranco destrozado.

Tohin se levantó con un crujido audible de sus articulaciones.

—Por eso te conviertes en tratante de la muerte. La alimentas con toda la gente que puedas para que esté saciada, y no se fije en ti.

Tratante de la muerte. Lada llevó la expresión en su lengua hasta la fortaleza, paseándola en su boca. Fronteras y agresiones, asedios y enfermedades. Tratantes de la muerte.

Rezó por que Mehmed no figurase entre quienes servían de alimento a la muerte para alejarla del corazón del Imperio otomano.



Nadie quedó más sorprendido que él mismo al ver aparecer el tallo de una flecha en medio del tronco de Yazid.

El muchacho miró a Radu esbozando una sonrisa, como si la flecha fuera el final del chiste que había estado contando. Luego se cayó de su caballo, y se quedó bajo las ruedas del carro de avituallamiento que venía detrás.

—¡Una emboscada! —exclamó Lazar.

Debería haberlo gritado Radu, pero no apartaba la vista del lomo del caballo donde acababa de estar Yazid. Y donde ahora no había nada.

Pasó una flecha, tan cerca de su cara que sintió el mordisco del aire que arrastraba. Luego otras dos muy seguidas, aunque en llamas, y no dirigidas a él, sino a otro blanco más grande: la madera y la lona del carro.

Los gritos que se elevaron a lo largo de la hilera de veintidós carros informaron a Radu de que el ataque contra ella era general. Los árboles estaban cerca, como dedos gigantes que en cualquier momento podían arrastrarlos a todos hacia las profundidades del bosque, y sofocarlos en sus turbios verdes, en sus cantos de aves en sordina, hasta que quedase todo otra vez en silencio.

Había muchos gritos.

Radu quedó empapado de agua. Alguien había tirado un cubo al carro,

dejándolo más mojado a él que a la madera. A Radu le llamó la atención un movimiento entre los árboles. Se arrojó del caballo, gritó al desenvainar la espada y corrió hacia el enemigo.

Un brazo, un grito, la fugaz visión de un ojo con el iris rodeado de blanco, y después...

Y después Radu tenía un cadáver a sus pies, y en la espada el color rojo de una horrible certeza. Echó la cabeza hacia atrás, con un alarido triunfal. Lo único que veía entre los árboles eran hombres que corrían, alejándose de él y de la hilera de carros. Habían ganado.

Radu había ganado.

No lo había protegido nadie, esta vez no, y...

Miró hacia abajo.

El enemigo —la aterradora amenaza con la que había acabado sin ayuda— era un niño. Se le marcaban los huesos de las muñecas, y tenía los codos afilados. Sus ojos, muy abiertos y extrañados en la muerte, eran dos esferas en medio de una cara enjuta que hablaba de hambre y desesperación. Y qué pocos años, qué pocos.

Radu se puso de rodillas y tendió una mano, dejándola justo sobre el agujero que le había hecho al niño, el que le había arrancado la vida. Ya había disparado flechas a enemigos, y probablemente ya hubiera matado, pero así jamás. Nunca con un rostro tan cerca, que inmóvil y frío preguntase *¿por qué?*

—¿Radu? —Sintió una mano en el hombro—. ¿Estás herido, Radu?

—Voy a explorar. —Se apartó con un escalofrío.

Volvió a su caballo a trompicones y, adelantando los carros al galope, dejó atrás a la comitiva, y a los últimos exploradores que rodeaban de rodillas a uno de sus muertos. Cuando ya no quedó nadie por delante de él, trató de llenarse la boca de aire, pero no lo encontró.

Su vida, por primera vez, había estado en peligro sin que hubiera nadie en situación de salvarlo. Se había salvado él solo.

En cambio, al niño del bosque no lo había salvado nadie, y Radu lloró, deseando que lo hubiese hecho alguien.



Radu soltó los mapas y se frotó la cara de cansancio.

—Podríamos quemar los árboles.

—¿Qué árboles?

Lazar se echó hacia atrás para estirar sus largas piernas, con una sonrisa indolente y divertida. Pasaba más tiempo en la tienda de Radu que en la suya, mientras se eternizaba el asedio, y se diluían las fronteras entre rangos. Llevaban cinco meses en el mismo lugar. Cinco meses.

—Todos. Los que haya entre aquí e Italia. Los que haya en todas partes. Cualquier árbol capaz de esconder a Skanderberg y sus malditos hombres por cualquier recorrido que puedan seguir nuestras comitivas de aprovisionamiento.

—¿Te has enterado de que los venecianos han anunciado que dejarán de vendernos provisiones?

Suspirando, Radu apoyó todo su peso en el grueso poste del centro de la tienda.

—Bueno, pues al menos ya está resuelto el problema de cómo vigilar los carros. Si no tenemos provisiones, los hombres de Skanderberg no podrán atacarlos y robarlas.

—Casi es invierno. Por si te sirve de consuelo, nos moriremos de frío antes que de hambre.

—Ya llevas retraso en ir a ver a las mujeres del campamento —dijo Radu, irguiéndose.

Lazar dedicaba gran parte de su tiempo libre a las prostitutas que acompañaban a los soldados. Al principio Radu había fingido no darse cuenta, pero ahora ya le daba igual, como todo lo demás.

—Me gusta que a veces también ellas me echen de menos. Soy generoso con mi amor. Tengo bastante para *todo el mundo*.

Lazar se echó en el camastro de Radu con una mirada de falsa inocencia. Cada vez era más atrevido. Cuando estaban los dos solos, le provocaba a propósito, y Radu no sabía cómo reaccionar. Le tenía cariño, y daba valor a su amistad y sus consejos, pero...

No estaba de humor para intentar responder a la pregunta. Prefirió salir a estar con Lazar. El aire nocturno estaba lleno de humo. Lo aspiró, incorporándolo a su ser. Estaba seguro de que el humo se le había metido permanentemente en la nariz, y de que nunca podría percibir otros olores.

Las hileras que con tanto esmero habían dibujado cinco meses antes se habían deshecho en un laberinto de tiendas, lodazales y montones de basura. Esquivó las peores partes, así como las hogueras a cuyo alrededor se reunían los hombres, siempre con los ojos entornados y los puños apretados.

En medio del campamento brotaba la tienda de Kumal como una seta enferma. Se agachó para entrar y saludó con la cabeza a los criados, todos muy serios. Olía a cerrado, con un toque rancio, sutil pero insoslayable, de enfermedad. Conque podía oler algo más que el humo.

Se acercó sin hacer ruido al catre del enfermo y se sentó en la alfombra. Kumal estaba demacrado. Sobre sus ojos, los párpados eran tan finos que las finas venas de debajo podían apreciarse a simple vista. Al haber durado tanto aquel hacinamiento, las enfermedades campaban a sus anchas, y eran demasiados los que habían contraído alguna en el campamento. Al menos su amigo tendría la dignidad de morir en privado.

Kumal levantó una mano caliente y seca, que Radu tomó en una de las suyas.

—¿Qué, amigo mío, hoy cómo te encuentras?

Los labios de Kumal se agrietaron al abrirse y sonreír.

—Bien —dijo sin voz.

—¿Necesitas algo? ¿Agua? —Radu correspondió lo mejor que pudo a la sonrisa.

—Necesito una promesa. —Kumal sacudió la cabeza.

Radu chasqueó la lengua.

—Lo siento, pero el carro de avituallamiento que traía promesas lo asaltó Skanderberg la semana pasada. No nos queda ni una.

—Lo digo en serio. —A Kumal le hizo ruido el pecho al reírse—. Necesito que me hagas una promesa.

—La que quieras.

—Que cuidarás a Nazira.

Radu parpadeó y levantó la vista hacia la tela del techo de la tienda, que, como todo en el campamento, se había puesto negra por el humo, y sucia, y estropeada.

—Cuando volvamos, y se entere de que has intentado quitártela de encima, se enfadará muchísimo. —Kumal le apretó la mano con más fuerza de la que Radu pensaba que le quedaba—. Te lo prometo. La cuidaré.

Un suspiro de alivio desinfló su cuerpo, hasta el punto de que parecía imposible que debajo de la manta hubiera una persona adulta. Radu se quedó una hora más con él, aunque no se dijeron nada más.

Al salir de la tienda caminó sin rumbo fijo, absorto en sus pensamientos, y cada vez más cerca del final del campamento. Al dejar atrás las últimas tiendas rezagadas, clavó la vista en la línea oscura de la muralla. La maldita muralla.

La habían sometido a tres asaltos directos, todos rechazados.

No habían conseguido localizar la fuente de agua de la ciudad.

Habían hecho incluso un nuevo, e infructuoso, intento de sobornar a los próceres de Kruje.

Se oyó un ruido sordo, atronador, y bajo los pies de Radu tembló el suelo. Una columna de polvo tapó las estrellas al elevarse en dirección al firmamento. Se oyeron gritos, pero no el choque de metales y los relinchos típicos de las incursiones por sorpresa. Era algo nuevo, y malo.

Echó a correr mientras desenvainaba la espada y, trastabillando a oscuras, se tapó la boca con un brazo para no respirar el polvo que flotaba en el aire como si la tumba viniera a buscarlos a todos.

Se le unió otro hombre por la izquierda.

—¡No, no, no! —gritaba.

Radu tropezó, y al caerse al duro suelo estuvo a punto de ensartarse con su propia espada. Porque conocía la voz. Y también la mano tendida para levantarlo.

—¡Ven, que tenemos que ayudarlos! ¡Se han venido abajo los túneles!

En la oscuridad, Mehmed no lo había reconocido. Radu, en cambio, lo habría identificado en cualquier sitio. Se aferró a su mano como si lo anclase al mundo. Al momento siguiente ya no estaba, desaparecida como Mehmed en la noche.

Vaciló. Si regresaba ahora al campamento, Mehmed no se enteraría de nada. No habrían hablado. Radu podría reintegrarse a la monotonía ensangrentada de sus días. Pero no, era mentira, porque incluso cuando el hijo del sultán no estuviera en su vida, era el sol ausente en torno al que giraba todo.

Corrió en pos de él y le dio alcance. Mehmed se había parado al borde de una franja hundida en el suelo, que seguía casi hasta la muralla, deteniéndose a

pocos brazos de distancia.

Cayó de rodillas, inclinando la cabeza en un gesto de desesperación. A lo largo de la franja se movían algunos hombres, dando voces agitadas, pero saltaba a la vista que de dentro del túnel no saldría nadie.

Radu se arrodilló junto a Mehmed y le puso una mano en el hombro. Mehmed levantó la vista, sorprendido, pero al mirarlo de reojo se le quedó en los labios lo que había estado a punto de decir y, sin mediar palabra, se dejó caer sobre él, rodeándole el tronco con los brazos, y hundiendo la cara en su hombro. Volvió a temblar la tierra, debajo de Radu o dentro de él: el estruendoso gemido con que se desmoronaban todas las promesas que se había hecho a sí mismo.

Mehmed.

Su Mehmed.

Le puso una mano en la nuca y lo abrazó.

—He fracasado —dijo Mehmed—. Están todos muertos. He fracasado.

Radu sacudió la cabeza, rozándole la coronilla.

—El fracaso es de todos. No ha sido culpa tuya.

—Pero era mi plan, mi idea para salvar el asedio.

—Nadie puede salvarlo. No te responsabilices de la locura de tu padre. Aprende de ella.

Mehmed asintió, sin apartar la cabeza de su hombro. Luego se apartó y le apretó los hombros con demasiada fuerza, como si tuviera miedo de que pudiera irse. ¿Pero cómo iba a irse Radu, si Mehmed era su sol? Siempre volvería.

—¿Qué haces tú aquí?

—Vine con tu padre. He estado aquí desde el principio.

Mehmed se mostró impactado y dolido. No tenía buen aspecto. Hasta en la

oscuridad se le veía demacrado y pálido. O había estado enfermo, o lo estaría pronto. Radu tuvo ganas de deslizarle los dedos por las mejillas, y tocarlo para que se pusiera bien.

—¿Por qué no me habías encontrado antes? —preguntó Mehmed.

—Es que... —*Porque estoy enamorado de ti. Porque no puedo tenerte cerca por miedo a que acabes viendo lo que llevo escrito en el corazón. Porque el dolor que me provocas es insoportable*—. Es que no podía. Habría delatado mis verdaderas intenciones a los allegados de tu padre. Tienen que pensarse que me eres indiferente.

—No te entiendo.

—Estoy espionando por tu cuenta, Mehmed. Me estoy enterando de cómo funciona todo en la ciudad, y siguiendo los hilos de los sobornos, de la corrupción y de las conspiraciones para que cuando subas otra vez al trono pueda darte lo que no tuviste la otra vez: aliados, información y planes.

—¿Por eso te fuiste? —Mehmed dejó caer las manos.

Radu asintió con la cabeza, mientras el frío cortante dejado por la ausencia del contacto con Mehmed le hacía tiritar.

—Te fuiste para ayudarme. No porque me odies.

Radu deseaba hasta tal punto que Mehmed oyera y entendiese la siguiente frase, que al pronunciarla le tembló la voz.

—Nunca podría odiarte.

Mehmed se abrazó a él, juntando sus frentes. Desprendía un calor febril.

—Me has partido el corazón de añoranza, Radu.

—Tú a mí también. —Radu suspiró entrecortadamente, con los ojos cerrados.

—Eres mi mejor amigo, el más fiel. ¿Volverás? ¡Ven a casa!

Justo cuando Radu iba a decir que sí, ya que era incapaz de negarse,

Mehmed agregó:

—Lada también te necesita.

Bajó la cabeza, apretándola más contra la de Mehmed. Después se incorporó, apartándose.

—¿Cómo está mi hermana?

—Respirando fuego y meando vinagre.

—Como siempre, vaya.

—Como siempre. —Mehmed se rio, apesadumbrado—. Me temo que nunca me perdonará por haberla dejado en Amasya, pero esto no es lugar para mujeres.

—Lada no es una mujer.

—Lo que tú digas, pero no podía exponerla a tanto peligro. ¡En cambio tú...! Podría haberte tenido todo este tiempo a mi lado.

Radu se apoyó en los talones, aumentando la distancia que había entre los dos. No sabía si alegrarse por que Mehmed lo hubiera elegido antes que a Lada, o desesperarse por que Lada fuera demasiado valiosa para él como para ponerla en riesgo, mientras que con Radu no habría puesto reparos. Con todo lo que le había pasado a Radu, con todo lo que había hecho desde su llegada... No podía volver a ser el de antes. Había perdido demasiado. Claro que de eso Mehmed no se daba cuenta.

—Tengo que quedarme con tu padre. —Se levantó, y estuvo a punto de ser delatado por sus propias rodillas, que querían devolverlo al suelo, junto a Mehmed. Las fijó en su sitio y se mantuvo tan erguido y recto como la inexpugnable ciudad que tenían detrás—. De lo contrario... —de lo contrario no sería capaz de levantar los escombros del derrumbe que se había producido aquella noche en la fortaleza de su corazón—. De lo contrario todo mi trabajo habrá sido en vano, y tengo la intención de ser el Dragwlya que más útil te

haya sido. —Habló con una sonrisa y una alegría forzadas—. Lada ya me lleva dos tentativas de asesinato de ventaja. Tengo que ponerme a la altura.

Mehmed se levantó.

—Estás hablando de lo que tienes que hacer, pero ¿tú qué *quieres* hacer?

Radu extendió los dedos hacia Mehmed, de quien solo tocó el borde de su túnica. Vio que se acercaba un grupo de jenízaros corriendo.

Adoptó su más inocente sonrisa; la exenta de cualquier doble intención, la que decía: *Cuéntame tus secretos, que no pasa nada*; la que aseguraba: *Soy como me ves; fíate de mí, fíate*.

—Da igual lo que yo quiera. Lo importante es preparar el camino para que seas el sultán que tú y yo sabemos que puedes ser. Serás la mano de Dios en la tierra, y yo haré todo lo posible por asegurarme de que así sea.



Radu volvió solo al campamento, preguntándose si al fin y al cabo no entendía a Skanderberg, porque por Mehmed estaba dispuesto a sacrificarlo todo. Incluso a sí mismo.

Cuando entró en la tienda, Lazar se levantó alarmado. Radu no había esperado volver a verlo durante la noche.

—¿Qué ha pasado? Parece que hayas visto al diablo.

Se sentó, sacudiendo la cabeza y deseando estar solo para pensar en Mehmed, y paladear en la intimidad tan exquisito sufrimiento.

—No, al diablo no, a Mehmed.

—No veo mucha diferencia. —Lazar sonrió con amargura—. ¿Cómo estaba?

—Parecía enfermo. No le ha sentado bien el asedio.

—Es lo normal.

Se acurrucó, dando la espalda a Lazar, el cual, sin embargo, le puso suavemente una mano en el hombro. No quemaba, como la de Mehmed. No

dejaba una marca ardiente en cualquier sitio que tocase.

—¿Sigues sintiendo lo mismo por él?

—Lo sentiré toda la vida.

—¿Y tu hermana?

Radu se estremeció al recordar lo protector que se mostraba Mehmed con ella. Se arrepintió de haberle confesado a Lazar que entre Mehmed y Lada había algo que él ansiaba.

—No sigas hablando, Lazar, por favor.

La mano de Lazar se apartó. Radu oyó que rebuscaba en el arcón más cercano al pequeño escritorio.

—Estoy redactando tus informes. Tardaré un poco. ¿Te molesta?

Radu gruñó e hizo un gesto con la mano. Tenía ganas de estar solo, pero no quería tener que redactar él mismo los informes. A menudo lo hacía Lazar, una vez recopilada la información. Solo necesitaba la firma de Radu. Al cabo de varios minutos, el jenízaro se arrodilló ante Radu con un fajo de papeles en la mano, de los que solo asomaba la parte inferior, donde Radu tenía que poner su firma.

Radu los firmó todos sin titubear. Finalmente, Lazar se marchó. Radu hundió la cara en la manta, mientras su corazón latía al compás de las tristezas y alegrías de Mehmed, Mehmed, Mehmed...



—**Q**ué no daría en este momento por una banda de hunos errantes. Nicolae suspiró, tendido de espaldas en medio del círculo de instrucción. Décadas de pies habían compactado la tierra en la que se apoyaba. En los muros bajos del círculo se sucedían clavijas destinadas al equipamiento de quienes practicaban en el interior.

Todas vacías, como cada día de los últimos seis meses.

Tohin se había marchado poco después de la destrucción del barranco. Tenía que ir a otros puestos de avanzada, e instruir a otros soldados. Lada la echaba de menos. Lo que añoraba especialmente era crear explosiones. Ni siquiera podían seguir practicando con pólvora, por la sencilla razón de que no había bastante.

Había muy poco que hacer. Petru y Matei estaban con Stefan de patrulla. En cuanto al resto de sus tropas, Lada desconocía su paradero, y le resultaba casi imposible interesarse por él. Se habían visto relegados a tareas menores para compensar la ausencia de los spahis y de los gobernadores, los valís. La semana anterior habían investigado el robo de varios cerdos en una granja de la zona. El ladrón, pillado in fraganti, era un agujero en la cerca, y unas trufas en el bosque.

Hasta su odio a Mehmed por no habérsela llevado tenía menos chispa, y el

miedo introducido por las noticias de Tohin sobre el asedio había mitigado su ardor. Se sorprendía cada vez más a menudo pensando en él con añoranza, y hasta con cariño. Imaginando lo que haría si lo tuviese junto a ella. Luego usaba su puñal más afilado para extirpar de su cerebro aquellos pensamientos. Mehmed podía prescindir de ella, y Lada de él. Le iría bien, al hijo del sultán. Sin ella.

—¿Quieres besarme? —preguntó a Nicolae, mirándolo desde arriba.

—¿Qué? —se atragantó.

—Que si quieres besarme.

Cuando lo miraba no sentía nada especial, pero bueno, tampoco Mehmed le había inspirado muchas sensaciones antes del primer beso. Tal vez el secreto de expulsarlo de sus venas, como una sangría, fuera buscarle un sustituto. En líneas generales, Nicolae le parecía más que tolerable, y se le daba bien recibir órdenes.

—Tómalo de la mejor manera posible, por favor —dijo él mientras se levantaba y retrocedía para interponer más espacio entre los dos, mirando de reojo el cuchillo con el que jugaba Lada—, pero antes trataría de galantear a mi caballo. Y sospecho que disfrutaría más mi caballo que tú.

—Tu caballo se merece algo mejor. —Lada irguió la cabeza.

—En eso podemos estar de acuerdo.

Ahora que Nicolae estaba relativamente seguro de no recibir ninguna cuchillada, se sentó a su lado sobre el muro. El hecho de que Lada no estuviera disgustada por el rechazo era señal de que besar a Nicolae no habría aliviado en nada sus problemas.

—Te veo como una hermana —dijo él—. Una hermana inteligente, violenta y a veces terrorífica, a la que seguiría hasta el fin del mundo, por el gran respeto que le tengo, y también por miedo a lo que me haría si me negase.

—Te *haría* auténticas barbaridades —asintió ella.

—De las peores. —Él se rio.

—Y luego te robaría a tu amante caballo, para fastidiarte.

—Tu crueldad no tiene límites.

Lada se puso de pie y se desperezó, deseando poder ir a algún sitio. Ya no podría refugiarse en el bosque, como antes. Ahora la seguía una voz fantasmal que le susurraba *puta* en el oído, y el olor a tierra evocaba recuerdos que prefería dejar enterrados.

—Voy a patrullar el recinto —dijo.

Nicolae asintió con la cabeza. Acto seguido, su rostro jovial se puso serio.

—No lo he dicho en broma, ¿eh? Te seguiría hasta el final del mundo.

—No lo dudo. —Por el pecho de Lada se difundió un calor insólito. Apartó la vista, intentando no sonreír.

De camino a la puerta principal de la fortaleza, sintió una alegría que llevaba semanas sin sentir. Al margen de lo que pudiera suceder, tenía a sus hombres. Tenía el mando. Algo era.

Se acercó a la entrada un mensajero con polvo de muchas leguas en la capa, a lomos de un caballo fatigado.

—Correo de Albania —anunció después de retirar una saca de su espalda y extenderla hacia delante.

—Ya me la quedo yo.

Lada le arrebató la saca y llamó a un criado. Ordenaron las cartas. La mayoría eran para criados con parientes al servicio de los soldados. También había unas cuantas para los hombres de Lada, de amigos que participaban en el asedio. Hacía un mes que no tenían noticias. Tuvo que esforzarse por no abrirlas.

Finalmente encontró una dirigida a ella y el corazón le empezó a batir

alocadamente, se le estrujó tanto en el pecho que la dejó sin aliento. ¿Le había escrito por fin Mehmed?

Se apartó del criado sin decirle nada para retirarse a su habitación del cuartel. Tras dejar la carta en su escritorio, dio vueltas a su alrededor, echándole miradas desconfiadas, como si pudiera desaparecer. ¿Qué pondría? ¿Qué *quería* ella que pusiese? Después de tanto tiempo, ¿qué podía decir Mehmed para que lo perdonase?

Nada. No podía decir nada.

Rompió el sello, con tal fuerza que rasgó el borde del papel, y cuando lo tuvo abierto leyó el contenido por encima. No era de Mehmed.

No le sonaba la letra. En cambio, la firma del final era indudablemente la de Radu.

Se sentó, dejándose caer con todo su peso. La sorpresa le dificultaba concentrarse en las palabras. ¿Pero Radu se encontraba en el asedio? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Estaba con Mehmed?

Se introdujo en ella una sensación extraña, unos celos convulsos por que estuviese ahí Radu, ahí, donde le habían prohibido a ella estar, y con *Mehmed*. Debía de habérselo llevado Mehmed. Seguro que lo había rescatado de Edirne. Empezó por el principio, con los dientes apretados. Era una carta corta, de pocas líneas. Radu la saludaba sin prolegómenos ni explicaciones, limitándose a declarar que el asedio era un desastre, y ya no duraría mucho. Luego...

Dejó de leer y se le cayó la carta al suelo. La recogió y leyó cada palabra con cuidado, como si pudiera cambiar su contenido.

Las enfermedades están fuera de control. Mehmed ha caído enfermo. Que esto sea un secreto entre los dos. No tengo ninguna confianza en que se recupere, ni en que sobreviva al viaje de vuelta. Temo lo que pueda

sucederte sin la protección de Mehmed. Cuando se muera, quedarás a merced de Murad, que sigue queriendo verte muerta. Al margen de lo que haya sucedido entre nosotros, me resultaría insoportable no haberte avisado. Recoge todo lo que puedas y huye mientras nadie lo note.

Cuando se muera.

No si se muere.

Cuando.

Miró la fecha de la carta. Estaba escrita hacía más de un mes. Por lo tanto, Mehmed ya podía estar muerto, y haberlo estado durante todo ese tiempo. Todo el veneno que había destilado Lada, su amargura, su rabia, las últimas palabras que le había dicho, pensar que si no volvía tendría merecido no saber lo que sentía ella por él... Se inclinó con las manos en la barriga, conteniendo a duras penas el lamento que pugnaba por salir de su garganta, desgarrándola.

Había dejado que Mehmed fuera al encuentro de la muerte llevándose solo su crueldad. Lo peor de todo era que esa muerte no podría haberla evitado nadie, ni siquiera ella. No podía enfrentarse a la enfermedad con una espada. No podía detener con una daga a la dolencia asesina, por mucha destreza que pusiera en manejarla, y por muy afilada que la tuviese.

Se dejó caer como un ovillo en su camastro, sin poder imaginarse el mundo sin Mehmed. Radu tenía razón. En ese mundo no tenía cabida. Y Radu no corría el mismo peligro que ella, porque había encontrado un papel que interpretar.

Radu se había ganado su sitio. Todo lo que tenía ahora Lada —su casa, sus hombres, su propia vida— lo tenía gracias al interés de Mehmed. Todos sus hilos convergían en él, y con la muerte de Mehmed no habría uno solo que no se rompiera.

Bajó rodando del camastro para recoger la carta y releerla varias veces,

deseando que cambiase. Después la estampó en su escritorio con un grito, y le clavó con tal fuerza su puñal que quedó enterrado en la madera hasta la empuñadura.



Una semana más tarde, Lada estaba casi lista para irse. Pensaba robar un caballo. Como jenízara, no tenía montura propia, pero en los establos de la fortaleza aún había unos cuantos. Solo le quedaban dos días más. Lástima no haber aceptado, o exigido, regalos caros de Mehmed. Prácticamente no tenía nada más que sus pagos como jenízara. Había ido a ver al tesorero para cobrar su salario antes de tiempo, pero el muy necio e importuno no se había prestado a modificar el calendario. Robar más de lo estrictamente necesario habría llamado la atención, así que no tuvo más remedio que esperar.

Fue una tortura.

Todos sus hombres se fijaron en su cambio de actitud, pero ninguno se la explicaba. El más nervioso parecía Nicolae. Lada temía que se hubiera enterado, también por carta, del fallecimiento de Mehmed, o que se oliera la huida de Lada.

Mientras miraba el sol con expresión hostil, deseando que se pusiera más deprisa, acelerando el momento de la huida, sintió en el hombro la mano vacilante de Nicolae. Los demás jenízaros se habían ido a comer. Lada no se había fijado en que se quedase.

—Podemos hablar —dijo él con voz tensa—. De lo que te preocupa.

Lada se giró hacia él con una mirada de recelo.

—¿Por qué crees que me preocupa algo?

—Esta semana has estado...

—¿Qué? —¿Qué había notado? ¿Se lo había dicho a los demás? Lada no estaba segura de en quién confiar. Cuanta menos gente conociera sus planes,

mejor.

—Casi le has roto el brazo a Petru practicando. —Nicolae se encogió de hombros—. Y ayer no viniste a entrenar. O no contestas a lo que te decimos, o replicas con una dureza hiriente. Lo siento. Pensaba... No me había dado cuenta de que lo decías en serio. —Apoyaba el peso de su cuerpo en uno u otro pie, a la vez que se estiraba el cuello—. Si quieres... si para ti es importante... podría... podríamos intentar darnos un beso.

Lada se lo quedó mirando con incredulidad. Luego pudo más la tensión de la última semana, y echó la cabeza hacia atrás para reírse a carcajada limpia, como un arroyo de montaña manando de una roca seca, una cascada irrefrenable que brotaba fría de sus labios. Se rio tanto que acabó por caerse al suelo con las manos en la barriga, que no tardó en dolerle.

—Es el rechazo más ofensivo que han provocado mis avances amorosos. —Nicolae le asestó un puntapié—. Y no es poco decir, porque me han rechazado muchas veces.

—Idiota —dijo ella sin aliento—. Majadero arrogante y sin remedio. ¿Me creías capaz de estar tan desconsolada... por ti?

—Bueno, bueno. —Nicolae se sentó a su lado—. ¿Puedes explicarme lo que pasa de verdad, mientras aún me queda algo de dignidad?

Lada suspiró y, tras secarse las lágrimas que se le habían escapado de los ojos, se irguió, tocando el hombro del jenízaro con uno de los suyos. Lo conocía, y podía fiarse de él.

—Me marchó. Me escapo —añadió con una mueca.

—¿Por qué?

—Radu me escribió desde el asedio. Mehmed está... estaba enfermo. —Quiso tragarse el dolor acumulado como un cáncer en su cuello, pero no se movía. La carta, doblada y metida en su camisa, estaba justo debajo de la

bolsa colgada de su cuello, y se clavaba en la piel de encima del corazón—. Está muriendo. O ya muerto del todo. Mehmed es la única razón de que yo tenga alguna libertad o algún poder. Si él se muere, perderé todo esto. — Señaló con un gesto el círculo de prácticas, y el pequeño edificio que le habían permitido convertir en cuartel privado—. Murad está muy encariñado con Radu, pero a mí sigue queriendo verme muerta, y nadie se lo impedirá. A nadie le importará. Por eso me marcho.

—Por los clavos de Cristo... Ya era hora.

—¿Por qué lo dices? —Lada se giró hacia él, sorprendida.

—¡Lo que me extraña es que hayas tardado tanto tiempo en tomar la decisión de huir! Siempre me preguntaba qué te retenía, estando tan claro que tenías la inteligencia y la habilidad necesarias para haberte escapado hace años.

—No... no podía. ¡Si no, ya lo habría hecho!

Nicolae arqueó las cejas, arrugando la cicatriz de la frente.

—Has tenido dinero y caballos a tu disposición. Sabes cazar, seguir un rastro y combatir. Con un poco de planificación podrías haber cruzado la frontera en cualquier momento, y haber vuelto a tu tierra.

Lada apoyó la espalda en la pared, desconcertada. Nicolae tenía razón. Aquel momento no se diferenciaba en nada de los últimos dos o tres años. Salvo en...

Mehmed.

Se había quedado porque Mehmed le daba motivos.

—Yo no tengo tierra a la que regresar —dijo, evitando la mirada de Nicolae para no ver reflejada la verdad—. A Radu y a mí nos ha traicionado y abandonado dos veces nuestro padre: una al dejarnos aquí, y otra al firmar nuestras condenas a muerte infringiendo su tratado. Nunca... —cerró los ojos, recordando con aversión cuánto lo había admirado, y cuánto había buscado su

beneplácito— nunca ha sido un gran hombre. Ahora me doy cuenta. Si vuelvo con él, encontrará alguna otra manera de intercambiarme por retazos de poder, que luego dilapidará.

Era verdad. Si volvía a Valaquia, se casaría antes de poder demostrarle a su padre que había llegado mucho más lejos de lo que él pudiera haber soñado.

—Pues nos vamos a otro sitio.

Lada abrió los ojos y miró a Nicolae.

—¿Nos?

—Antes de que aparecieses, este sitio no tenía ninguna gracia, y en tu ausencia aún tendrá menos. Ya te he dicho que lo dije en serio. Te seguiría hasta el final del mundo. Aunque preferiría que estuviera lo más cerca posible, porque ir a caballo me irrita una parte muy preciada de mi cuerpo.

—No puedo pedirte que vengas.

—Lo que no puedes pedirme es que me quede.

—Aquí tienes un cargo. Dinero. Estima.

—Soy un esclavo con salario. Lo sabes tan bien como yo.

Lada asintió con la cabeza, llena de un alivio que era como una chimenea en invierno. Estaría bien tener a su lado a Nicolae.

—Deberías pedírselo a los otros hombres —dijo él.

Lada sacudió la cabeza.

—Cuanta más gente nos llevemos, mayor será el riesgo de que nos descubran. No pienso poner sus vidas en peligro. Además, dudo que vinieran.

—Me parece que te llevarías una sorpresa. Elegiste bien.

Nicolae se puso en pie y, tras ofrecer su mano como ayuda para levantarse, mantuvo apretada la de Lada.

—Hasta el final del mundo —dijo.

—Hasta el final del mundo.

Lada se giró para irse, con una sonrisa tensa.

—Ah, Lada... Siento lo de Mehmed. Sé lo que significaba para ti.

Lada estuvo a punto de tropezar consigo misma.

—Qué raro —dijo con un escozor en los ojos—. No creo que yo lo sepa.

Solo le quedaban sus sentimientos, una mezcla tal de cólera, amargura, celos, deseo y cariño que estuvo segura de que nunca podría desanudarlos para ver qué había en el centro.

Fue a su antigua habitación de la fortaleza, para ver si había algo que valiera la pena llevarse. Estaba intacta desde que la había abandonado, con una capa de polvo por encima de todo. Vacía. Un pasado vacío, y un futuro igualmente vacío. Ni en el uno ni en el otro quedaba nadie que sintiese algo por ella.

—¡Que te lleve el diablo, Mehmed! —chilló con una pena envenenada por la rabia.

Era culpa de él. Lada se había quedado por él. Le había dejado adormecerla con la sensación de estar segura, a salvo, con futuro, cuando lo cierto era que estaba a merced de los hombres de su vida, como siempre. Y Mehmed había hecho lo mismo que su padre: abandonarla.

—¿Y a dónde tiene que llevarme, el diablo?

Dio media vuelta, mientras se le aceleraba el pulso. Apoyado en el marco de la puerta, Mehmed moldeaba con una sonrisa la nueva forma que había esculpido el asedio en su cansado rostro. Estaba demacrado, sin afeitarse y con ojeras por haber dormido mal varias semanas. Se acercó a Lada con los brazos abiertos.

—¡Estabas muerto!

Ella lo apartó, sin desviar la vista de su cara. Estaba cansado, pero era él. Vivo. Sano.

—¿Ah, sí? Pues qué desilusión. Tenía muchas ganas de llegar con vida a

nuestro reencuentro. Aunque temía que *tú me la quitaras*.

Lada lo estrechó en sus brazos, y se dejó abrazar, temblando de incredulidad ante el milagro.

—Recibí una carta. Ponía... Creía que estabas muerto.

La sacó y se la tendió. Mehmed la cogió, mientras se le marcaba más la arruga entre las cejas.

A Lada le encantaba aquella arruga, que creía haber perdido para siempre. El alivio y la alegría luchaban con la rabia. Ya no podía fingir que allá, en Amasya, tenía una vida propia. Pero ahora Mehmed había vuelto. Y su regreso la tenía... confusa.

—La letra no es de Radu, pero la firma sí. No sé quién lo ha escrito; él, en todo caso, no. Alguien quería que te fueras. —Mehmed miró la carta con el ceño fruncido, como si fuera a revelar sus secretos—. ¿Quién podría quererlo?

Durante unos momentos de oscuridad —los más oscuros de su vida, peores incluso que dar por muerto a Mehmed—, Lada se preguntó si a fin de cuentas no sería Radu el responsable. Ella tenía lo que deseaba él. Habría sido una manera perfecta de quitársela de encima sin matarla.

Pero no, le resultaba imposible sospecharlo. Al margen de lo que se interpusiera entre los dos, Radu nunca le haría tanto daño, porque tampoco Lada se lo haría a él, y Radu no era capaz de ser más cruel que ella.

Mehmed siguió hablando.

—Tiene que ser alguno de sus íntimos, con acceso a su firma. —Posó en Lada una mirada expectante.

—Eso lo sabrás tú mejor que yo. —La lengua de ella estaba impregnada del veneno de varios meses de espera, y de una semana de luto—. Yo no me he movido de donde me habías dejado. En cambio Radu estaba contigo.

—Está con mi padre. —Mehmed sacudió la cabeza—. Solo lo he visto una vez. Capitanea un pequeño grupo, y su superior inmediato es el sultán.

—Pues entonces podría ser cualquiera. Yo estoy mal vista por tu padre, y por Halil Pachá, y por varios hombres más. Nadie lloraría mi ausencia.

—La lloraría yo. Cada día, y en cada momento.

—¿La has llorado?

—Sí. —La mirada de Mehmed estaba cargada de añoranza.

—Iba a marcharme. —Ella apartó la vista de él.

—Te lo prohíbo. —Mehmed la atrajo hacia sí y hundió la cara en su pelo.

—Tú a mí no puedes prohibirme nada.

A la propia Lada le sonaron huecas y forzadas sus palabras. Había dedicado la última semana a calcular con exactitud lo que valía sin Mehmed, y el resultado era un caballo robado, un solo amigo fiel y un porvenir difícil y poco halagüeño.

Él pasó de su pelo a su oreja, que recorrió con los labios. A pesar de lo determinada que estaba a enfadarse y castigarlo, su cuerpo respondió. Mehmed aún la deseaba. Y ahora ella sabía lo efímero y valioso que era para una mujer ser deseada de algún modo que la convirtiera en importante. Al perderlo había estado dispuesta a huir, pero ahora...

Aunque no estuviera dispuesta a reconocerlo ante Nicolae, y a duras penas lo reconociera ella misma, se quedaría por Mehmed. Se quedaría por lo que le hacía sentir su boca, o su mirada. Y por el poder que implicaba.

Los labios de él se posaron en los suyos. Lada correspondió al beso con fiereza y determinación, tocándolo en todas partes: la cara, el pelo, los hombros, las manos... Porque estaba presente, vivo, y porque era la primera vez que volvía por ella un hombre a quien amaba. No hacía falta que perdiese la vida que se había construido en Amasya, ni los hilos de seguridad y poder

que obraban en sus manos. No había perdido a Mehmed.

—Di que eres mía. —Él deslizó los labios por su cuello. Lada se apretó contra su cuerpo, arqueándose y clavándole los dedos en la espalda.

—Soy tuya —susurró.

Eran palabras afiladas como dagas, que Mehmed robó en cuanto salieron de su boca, sellándolas con sus labios.



La comitiva era más lenta que el resto del ejército, que la había dejado atrás, siguiendo el rastro de cien mil fracasos impresos en el polvo que tenían delante.

Radu no tenía prisa por cerrar distancias.

Murad le había dado permiso a regañadientes para que se ocupase del contingente de Kumal, que intentaba llevarlo con vida al menos hasta casa. Radu era consciente de que no contribuía en nada a su objetivo general, ayudar a Mehmed a subir al trono, pero no podía desentenderse de su amigo. De esa manera no. Kumal había empezado a mejorar, pero seguía tan frágil que Radu aún temía que no sobreviviera al viaje.

Kumal le había ayudado a entender su propia alma. Radu no pensaba abandonarlo en este trance.

Frenó el caballo y alzó el puño para que se parasen los que iban detrás de él: sus jenízaros, con cuatro pobres almas menos, y los spahis de Kumal. Ignoraba el número de bajas que habían sufrido los hombres de este último, pero temía las pérdidas inaceptables a las que los condenaría un retraso.

Les cerraba el paso un grupo compuesto aproximadamente por el mismo número de hombres que el suyo. Radu se adelantó con la mano en el puño de la espada. Lazar hizo ademán de seguirlo, pero él se lo impidió con un

movimiento de la cabeza. Del otro grupo se desgajó un jinete para ir a su encuentro. Desde lejos, Radu pensó que era muy joven, pero al tenerlo más cerca se dio cuenta de que iba afeitado. Las profundas arrugas de los ojos delataban su edad. Se preguntó quién era, y por qué iría en contra de la costumbre de dejarse bigote o barba, en función del título que ostentara.

El desconocido sonrió y levantó una mano a modo de saludo. Pese a que su atuendo era más propio de la zona por la que viajaban, hablaba un turco perfecto.

—Hola, perro del sultán. ¿Has perdido a tu amo?

La mirada de Radu se volvió más penetrante. Aquella cara le sonaba de algo. Se dio cuenta de golpe. Había visto su retrato, antes de que lo cambiase la edad con su pincel.

Skanderberg.

Miró por encima del hombro. El carro en el que iba Kumal era como un gran escarabajo, vulnerable y difícil de manejar. A pesar de la igualdad de fuerzas, Radu había visto demasiados ataques a comitivas para dudar un solo segundo de que la ventaja la tuviese siempre el agresor. Él tenía algo que proteger, y ellos, nada que perder.

Se giró hacia Skanderberg con un profundo suspiro.

—Tengo a mi amigo enfermo.

La mirada de Skanderberg se perdió en la distancia, suave y desenfocada.

—Y yo a toda mi tierra. —Después se posó en Radu, fijándose en su ropa, su sombrero y su caballo—. ¿Cómo te llamas?

—Radu.

—¿Radu, a secas? ¿No tienes familia?

Radu sonrió, taciturno.

—Mi padre me vendió como aval del trono de Valaquia. Comprenderéis que

no me acoja a él.

—Lo comprendo. —Skanderberg asintió con la cabeza—. A veces tenemos que acogernos a nosotros mismos. Deberías elegir un nuevo nombre.

El suyo era una tergiversación del que le habían puesto los otomanos — Iskander— y el título de bey que había recibido, y después rechazado.

La boca de Skanderberg hizo una mueca pícaro.

—Tal vez Radu el Hermoso.

—Yo estaba pensando en Radu el Abrumadoramente Cansado.

—*Mmm*. Sí. —Skanderberg se frotó las mejillas, mirando a los hombres de detrás de Radu—. ¿A quién acompañas?

—Se llama Kumal. Es valí de una zona de provincias, a medio día de camino de Edirne. Tiene muy pocas posesiones, no goza de ningún favor especial por parte del sultán y no tiene familia más allá de una hermana menor que se quedará sin nada si él fallece. Y lo más probable es que fallezca antes de que sea posible exigir un rescate.

—Ya. —Skanderberg se rio—. ¿Y por qué arriesgas tu vida escoltando un cadáver sin valor?

—Fue bueno conmigo cuando no podía reportarle ningún beneficio.

Skanderberg gruñó y sacó de sus alforjas una petaca de metal batido, de la que tomó un trago. Luego se secó la boca con la mano. En su cuerpo no había ninguna tensión, nada que pudiera sugerir la inminencia de un ataque. Al fijarse en sus hombres, Radu vio que tenían orientados los hombros hacia dentro, no hacia el posible combate. Adonde miraban era hacia los campos, arrasados y quemados. Se preguntó si los habrían incendiado ellos.

—No parece que estéis disfrutando mucho de vuestra victoria —dijo.

—Ah, sí, mi victoria. —Skanderberg enseñó los dientes, a la vez que abría mucho los brazos—. Quedo como señor de una tierra rota y quemada, con mis

arcas vacías, mi pueblo enfermo y mis campos destrozados. ¡Pero mi orgullo sigue intacto! Ni mi condenado orgullo, ni la libertad de mi pueblo, le llenarán el estómago durante el largo invierno que se avecina. Algunas victorias son meras derrotas con la ropa equivocada. —Escupió en el suelo—. ¿A cuántos hombres calculas que perderemos si mi orgullo exige un último gesto de desafío a nuestro sultán?

—Lo que está claro es que yo perderé el carro. Aunque no os llevéis a Kumal, el retraso y las penurias acabarán con su vida. Mis hombres están cansados, pero también furiosos por haber sido humillados; los vuestros, resentidos con las tropas que tan alto precio les han hecho pagar. Sospecho que vos saldréis ileso, como es vuestra costumbre, pero sin haber ganado nada más que regar estos campos muertos con sangre jenízara mezclada a la de vuestros hombres. En cuanto a mí, dudo que sobreviva, lo cual será una decepción.

Skanderberg asintió, pensativo.

—¿Dices que es buen hombre?

—No he conocido a ninguno mejor.

—En tal caso, llegamos tarde a cenar. Saluda de mi parte a Murad, Radu el Hermoso.

Radu hizo lo posible por impedir que se le notase en la cara el alivio que acababa de inundar su cuerpo. Se limitó a inclinar la cabeza en señal de respeto y espolear a su caballo, mientras Skanderberg se apartaba y hacía señas a sus hombres de que hiciesen lo mismo.

Durante casi dos kilómetros, Radu estuvo tenso, esperando que una flecha diera en el centro de su espalda, pero no hubo tal flecha. Rezó una oración silenciosa de agradecimiento por la bondad de Kumal, que había vuelto a salvarle la vida.



Murad no había dejado de beber. El ansia de no hablar del tema consumía de tal modo a la gente, a todas horas, que era como si no se hablase de otra cosa.

Una noche, Radu salió a pasear tarde por las calles de Edirne. El frío invernal había calado hasta lo más profundo de las piedras, y se irradiaba hacia afuera, extrayéndole el calor de los huesos. Imitando a los edificios, la gente se encerraba en sí misma y miraba entre los párpados entrecerrados, recelosa y amargada por el frío.

Pasó por todos los lugares de reunión que pudo —mezquitas, posadas, mercados...—, y observó el mismo tono en todas partes. El cuartel de los jenízaros, donde a la hora de comer solía imperar un gran bullicio, estaba tan silencioso como los árboles cubiertos por la escarcha. Entró con disimulo, llevando un sombrero de jenízaro, y se sentó en el extremo de una mesa, con la cabeza inclinada hacia la comida.

—¿... podrá resguardar sus tierras y sus ingresos? ¿Con la de fallos que cometieron los spahis durante el asedio? En cambio a nosotros siguen pagándonos lo mismo. Deberían embargarle el salario, para darnos a nosotros una parte de lo...

—... enfermo; dice mi mujer que no durará mucho. ¿Y entonces qué? Si no hemos conseguido tomar la ciudad de Skanderberg, imaginaos el efecto que tendría en nuestras filas sitiar Constantinopla. Yo, antes de servir a las órdenes del pequeño fanático, me marché...

No se estaba enterando de nada nuevo. Suspiró y apartó la comida para salir otra vez a la noche. Se quedó mirando el cielo. Sobre Edirne se cernían nubes bajas que aislaban la ciudad de las estrellas. Quizá fuera mejor. Dudó que esa noche pudiera leer en ellas algún buen presagio.

Al llegar al palacio, tuvo la impresión de respirar un aire rancio, denso como el de una tumba. Circuló con paso sigiloso junto a puertas donde su

presencia sería deseada, y encontró lo que buscaba: su propia habitación.

Sus botas cayeron pesadamente al suelo delante de la chimenea. El fuego era débil, pero suficiente para calentar la estancia.

Qué cansado estaba.

Murad lo reclamaba a su lado a todas horas, día y noche, y había veces en que le exigía que se quedaran despiertos hasta el amanecer. Radu había declamado tantas veces su poema que a menudo se despertaba con dolor de cabeza y la boca seca, recitándolo en sueños, como se había jactado cierta vez en broma de poder hacerlo.

Si existía la misericordia en el mundo, Murad, por una noche, no se acordaría de él.

Le habían dejado un fajo de cartas en la mesita. Apartó las invitaciones de diversos conocidos que aún fingían que su regreso era motivo de celebración. Desde Kruje ya no tenía la chispa necesaria para simular que disfrutaba de las reuniones. Había visto morir.

Y había matado.

Ahora estaba de nuevo en el punto de partida, ayudando a Mehmed tan poco como antes; y Mehmed nunca había estado tan lejos.

Le llamó la atención una carta de caligrafía temblorosa. La rasgó.

Era de Kumal. Se echó hacia atrás, sonriendo de alivio. Se estaba curando. Poco a poco recuperaba sus fuerzas. Al final de la carta, sin embargo, leyó una frase que le produjo una mezcla de sorpresa y consternación.

Espero estar bastante bien en primavera para asistir a tu boda con Nazira, un acontecimiento dichoso cuya mera expectativa ya nos infunde calor en el alma. Hasta entonces, mi querido hermano, cuídate.

Radu echó a reír con incredulidad. Por lo visto Kumal no consideraba que

haber sobrevivido anulase un contrato hecho en su lecho de muerte. Tendría que esperar a decirle que era imposible. No quería que la convalecencia de su amigo se viera interrumpida por una decepción.

Por no saber, no sabía ni si le estaba permitido casarse. Los jenízaros lo tenían prohibido, pero él, en rigor, no era jenízaro, aunque mandara sobre ellos. Supuso que dependería del capricho del sultán. Al estar supeditado el cargo de Kumal a los favores de la capital, y carecer la familia de una fortuna propia, el valor político de Nazira era nulo. Aun así, Radu era consciente de que podía encontrar un partido más ventajoso, como un pashazada, u otro valí. ¿Por qué le deseaba Kumal aquel destino?

La sensación que se adueñó de él al entenderlo fue agrisulce. Kumal deseaba lo mejor para su hermana, es decir, lo que creía que la haría más feliz. Todas las atenciones de Nazira, el rubor de sus sonrisas, lo radiante y alegre que estaba cuando iba a verlos... No lo había elegido Kumal, sino Nazira.

¿Pero cómo iba a entregar su corazón a aquella joven, siendo ya inseparable del de Mehmed? El corazón de Nazira tenía un fulgor puro, abierto. Sería necesario convencer a Kumal de que su hermana merecía más de lo que él podía darle.

Lo sobresaltaron unos golpes en la puerta. Era un criado, un niño con los ojos muy abiertos, y con el semblante cauto, que le hizo una reverencia.

—El sultán requiere vuestra presencia.

Radu suspiró.

—Cómo no. —Sonrió atribuladamente al niño, cuyo rostro se iluminó de complicidad—. ¿Últimamente duermes algo?

—Ni yo ni nadie. —El criado sacudió la cabeza—. Quiere que estén encendidas todas las velas, que se cante constantemente y que haya comida y vino a todas horas.

Lanzó una mirada por encima del hombro, debatiéndose entre el entusiasmo que le despertaba hablar del sultán con ese tono y el miedo de que lo pillasen.

Radu le sonrió, para que viera que no estaba preocupado.

—Yo creo que le da miedo la oscuridad. Cuando no le hago yo compañía, ¿quién le atiende?

—Muchas veces Halil Pachá. —El niño hizo una mueca—. La semana pasada me pegó por tirarle una gota de sopa al zapato.

—Yo le odio. Es un hombre horrible. —Radu sacó una moneda de la faltriquera que tenía al lado de la cama, y se la dio al muchacho—. ¿Cómo te llamas?

—Amal —dijo con voz estridente, al tiempo que hacía una reverencia.

—Pues siento que tengas que trabajar tanto por tan poco, Amal. Cada vez que venga Halil Pachá, búscame y te daré una moneda de más para compensar el dolor de soportar su presencia.

Amal asintió con su enorme cabeza con tal entusiasmo que Radu temió que se le desprendiera de su fino cuello.

Si Halil Pachá esperaba como un cuervo carroñero, atento a la inminente muerte de Murad, Radu tenía que adelantársele.



Lada estaba tumbada en la cama de Mehmed, con la cabeza colgando hacia un lado.

—No, no, no. —Apartó la mano con que Mehmed señalaba un mapa de Constantinopla y sus alrededores—. Tu padre solo veía la muralla. Ese fue su fallo.

—¡Pero sin tomar la muralla no podemos tomar la ciudad!

—No hagas caso a la muralla. Es el último paso. Si quieres la ciudad, ¿qué es lo primero que necesitas?

Mehmed, ceñudo, miró el mapa, mientras sus dedos seguían inconscientemente la muralla que rodeaba la ciudad, pero en un momento dado enfocó la vista en otro sitio, y su expresión se volvió pensativa. Movi6 el dedo desde la muralla hacia el estrecho del B6sforo. Era por donde tenían que pasar todos los barcos que trajeran v6veres, soldados y ayuda desde Europa.

—Tenemos que cortarles el cuello —dijo.

Salt6 de la cama en busca de un tintero y una pluma. A un lado del angosto estrecho hab6a una torre construida por su bisabuelo Beyazid, 6ltimo punto de las posesiones otomanas antes de las bizantinas. Dibuj6 otra torre igual al otro lado, el que pertenec6a a Bizancio. Luego hizo una raya con la pluma por el agua que hab6a entre las dos torres.

Lada dio una palmada cuyos bruscos ecos resonaron por toda la habitación.

—Niégales ayuda. Ve a su encuentro por mar y por tierra. Haz que luchen en todos los frentes. Diluye al máximo sus fuerzas, y en algún momento se romperán. Llama a todas las puertas. Con que se te abra una bastará.

Mehmed dejó de sonreír, mientras sus manos se desplazaban con veneración por encima del mapa. Lada, a quien a veces también tocaba así, sintió en el pecho unos celos extraños al ver que miraba una ciudad con la misma mezcla de deseo y adoración.

—Si fracaso —dijo Mehmed—, estaré acabado.

—Pues no lo intentes, corderito. —Lada se rio—. Ocúpate de tu rebaño. Patrulla tus fronteras. Nadie ha dicho que tengas que tomar Constantinopla. Solo es un sueño.

Mehmed la miró con unos ojos como ascuas.

—El sueño no lo tengo solo yo.

Ella puso los suyos en blanco.

—Sí, ya sé lo del sueño de tu amado profeta.

—No me refiero a eso. Es el sueño en el que se sustenta todo mi *pueblo*. Hace menos de doscientos años éramos solo una tribu sin hogar, que huía de los mongoles, pero nuestro líder, Osman Gazi, mi antepasado, soñó que podíamos ser algo más. Vio salir una luna del pecho de un gran jeque, y ponerse en el suyo. De su ombligo salió un árbol cuyas ramas se extendieron sobre el mundo. Entonces supo que su descendencia, su pueblo errante y sin tierra, dominaría el mundo. El hecho de que hayamos llegado tan lejos, ¿no es testimonio de que su visión era cierta? Es lo que he heredado, Lada; ese llamado, ese sueño, no puedo negarlos. Me corresponde hacer crecer el árbol. Es mi *deber*.

A Lada le habría gustado burlarse de él, y discutir, pero no se lo permitió su

alma. Comprendía la idea de algo más grande que uno mismo, algo que lo abarcaba todo y que en el fondo nunca se podía dejar atrás. Sabía que Mehmed nunca sería una persona completa sin la ciudad que le exigía conquistarla, del mismo modo que ella nunca sería una persona completa sin su tierra natal.

—Puedo hacerlo. —Mehmed se acercó—. *Nosotros* podemos hacerlo.

—No siempre se puede tener lo que se quiere, por mucho que se quiera —susurró ella.

Malinterpretando su estado de ánimo, Mehmed saltó sobre la cama y le puso la cara en los pechos, mientras su mano intentaba bajar por su barriga. Lada, como siempre, le retorció los dedos hasta hacerle gritar de dolor y renunciar a su intentona.

—Eres cruel —dijo él, llevándose el pelo de Lada a la nariz, y escondiendo en él su cara.

—¿Seguro que quieres que hablemos ahora de esto?

Habían llegado a una especie de paz, una tregua respecto al harén: Lada hacía como si no existiese, y Mehmed nunca aludía a su existencia. Aun así, Lada no estaba dispuesta a darle a Mehmed todo lo que deseaba. Conservar su doncellez era la única manera que sabía de protegerse y de evitar que Mehmed se adueñara por completo de su corazón.

También tenía miedo de que si le abría las puertas, él dejara de verla como Lada, y la desestimase como había desestimado a la madre de su hijo. Pero lo que más miedo le daba era tener un hijo, y ser sojuzgada desde dentro. No quería que cambiase nada. Quería vivir en esos días gélidos de invierno, acurrucada con Mehmed contra el frío de la noche, como únicos dos miembros de una sociedad secreta. Ahora bien, no podía negar que cada día era más difícil desear que Mehmed se sosegara.

Abandonó el cálido capullo de la cama, asaltada de pronto por el pánico de

que si no lo rompía en ese mismo instante saldría de él distinta, irreconocible ante sí misma.

—¿A dónde vas?

Mehmed quiso detenerla, pero ella se soltó.

—A entrenar.

—Comandas la fuerza más letal de todo el cuerpo de jenizaros. ¿Qué más puedes tener que hacer hoy?

Lada se fue sin contestar, corriendo hacia el cuartel, donde encontró a Nicolae jugando en cuclillas a los dados con Petru, que a juzgar por su expresión estaba perdiendo.

—¡Ah —dijo Nicolae al levantar la vista—, nos distingue con su presencia! ¿A qué debemos el honor?

—¿Así te diriges a tu líder?

Las palabras de Lada hicieron que Petru se cuadrara. Alto, y muy derecho, inclinó la cabeza.

Nicolae se lo tomó con calma, y desperezó su largo cuerpo antes de erguirse.

—No me había dado cuenta de que nos liderases a algún sitio al que tuviera que seguirte.

El tono era de broma, pero el significado se le clavó a Lada en el alma. Nicolae había estado dispuesto a huir con ella, pero Lada no había pensado ni un momento en él al tomar la decisión de quedarse. Desde entonces nada era igual entre los dos, aunque Lada se ocupase con Mehmed, simulando que no le importaba.

—Cuando tenga adonde ir —dijo sin apartar la vista, ni bajar la cabeza—, serás el primero a quien quiera a mi lado.

—Eso espero. —Él suspiró, arqueando la ceja en la que tenía una cicatriz.

—Bueno, y ahora...

En ese momento irrumpió Mehmed, jadeante, seguido por un niño pequeño que parecía muerto de miedo.

—Díselo —le ordenó el hijo del sultán.

El niño, de cabeza grande y cuello flaco, empezó a hablar.

—*Murad no durará hasta el final de la semana. Halil Pachá piensa volver contra ti a la ciudad antes de que puedas ir a ocupar el trono. Sal ahora mismo. Llévate solo a quien goce de tu más absoluta confianza. Yo esperaré a que vuelva el niño con noticias. Tengo cicatrices de rosales en los brazos. Atentamente, Radu.*

—¿Qué significa el final? —Mehmed se quedó mirando a Lada.

—Una vez me engañó alguien haciéndose pasar por Radu en un mensaje, pero lo de los rosales no puede saberlo nadie más que él y yo. No cabe duda de que el mensaje es de Radu. —Lada hizo una pausa, mientras se despertaba en sus entrañas una añoranza inesperada de su hermano—. Reúne a los hombres, que saldremos ahora mismo. Llévate caballos de refresco.

—¿Y qué hay de Ilyas? —preguntó Mehmed.

—¿Confías en él?

—Plenamente.

Lada asintió con la cabeza.

—Tiene a demasiados hombres a sus órdenes. Tenemos que meterte en el palacio sin que nadie se dé cuenta. Haré que nos siga a dos días de camino con sus tropas. De momento, cabalgaremos a la mayor velocidad posible solo con mis hombres.

—¿Vamos a jugar a *Atacar la ciudad* contra Edirne? —preguntó Petru con los ojos brillantes.

Advirtiendo su entusiasmo, a Lada se le escapó una sonrisa que dejó a la

vista hasta el último de sus pequeños y afilados dientes.

—Sí. Vamos a infiltrarnos en la capital.



—Pero si nos dividimos —dijo Matei, agazapado junto al fuego mientras se asaban los conejos que había cazado Stefan— seremos más vulnerables. Mehmed no es precisamente un desconocido. Necesitamos todos los ojos y todas las espadas que tengamos.

En la asamblea estaban presentes Petru, Nicolae, Stefan y Matei, como primeros jenizaros de Lada. El resto de sus hombres estaban cerca, acostados en el bosque, tratando de dormir a plena luz, ya que era media tarde. Habían viajado a buen ritmo, casi siempre de noche, evitando las ciudades y aldeas que estaban sembradas por los caminos.

—No podemos entrar en la ciudad como jenizaros. —Nicolae mostró su sombrero—. Nos interceptarían, y nos harían preguntas. Y si a los jenizaros los manda una mujer, se fijará todo el mundo.

—¿Por qué tengo que ser mujer? —Lada gruñó, dando patadas en el suelo.

—Eso, ¿por qué? —dijo Mehmed con un matiz de diversión.

—Yo nunca te veo así —dijo Petru, cuya sinceridad le ganó una risotada por parte de Mehmed.

—Stefan, dame tu coraza.

Stefan, impasible, como siempre, se la quitó despacio. Casi todos iban con cota de malla, para poder moverse con más facilidad, pero él siempre prefería una armadura completa de metal.

Lada se la ajustó. Le comprimía los pechos, pero no de manera insoportable. Luego cogió un palo del borde de la hoguera, esperó a que se enfriase y se pasó suavemente la punta de carbón por el labio superior y el perfil de la mandíbula.

—Si entramos al amparo de la noche, puedo ser un hombre.

—Sí, pero jenízaro —dijo Nicolae.

El pequeño Amal, que nunca se separaba del grupo, habló en voz tan baja que Lada a duras penas entendió lo que decía.

—A los criados nunca los mira nadie.

Lada abrió la boca para rebatirlo, pero casi no lo había mirado en todo el viaje. Hasta su caballo era viejo y anodino. Tenía su lógica que Radu hubiese optado por Amal por encima de alguien más fuerte o más rápido: no cabía mensajero menos amenazador, ni más invisible.

—¿O sea, que tengo que entrar en mi ciudad como un criado? —Mehmed frunció el ceño.

—¿Qué es un sultán, sino un criado de su pueblo? —Nicolae sonrió con la naturalidad de siempre, pero Lada lo conocía bastante para echar en falta su habitual calidez.

Lada le devolvió a Stefan la coraza, y se giró hacia Amal.

—¿Cuánto tardarías en robar la ropa adecuada para mí?

Después de una sonrisa tímida, el niño se marchó corriendo y desapareció entre los árboles, por donde se iba al camino.

Una vez que hubieron comido, los hombres se quitaron el uniforme y dejaron sus sombreros de jenízaro, formando un montón que desprendía algo de luz en el atardecer, y que a lo que más se parecía era a una pila de calaveras. Habían traído prendas de recambio, ninguna de las cuales reflejaba su rango. Se taparon la cabeza con sencillos turbantes. A oscuras pasarían por criados, siempre y cuando no curioseara nadie más de la cuenta, ni al tocarlos descubriese una capa incongruente de armadura.

Lada, en cambio, no era dueña de más ropa que su uniforme, y el ridículo vestido que había usado muchos meses atrás para meterse en el harén. El

vestido lo había dejado en Amasya. No le apetecía interpretar nunca más ese papel, ni siquiera en defensa de Mehmed.

Justo cuando iba a desistir, y a hacer planes para escalar la muralla, volvió Amal sin aliento con un hato de tela marrón.

—Muy bien —le dijo Lada mientras se tapaba la armadura con un vestido de lo más sencillo, y una faja.

Se recogió el pelo y se tapó la frente con una bufanda. Nicolae tosió para disimular la risa.

—No estaría de más que te afeitases.

Lada entrecerró los ojos, pero de inmediato se acordó del carbón con que se había pintado la cara.

—Supongo que una mujer barbuda llamaría la atención —dijo secamente mientras se lo quitaba.

Cuando estuvieron todos listos para ponerse en marcha, ya había oscurecido. Se habían parado a media legua de la ciudad. Desde ahí proseguirían en grupos de tres o cuatro, hasta reunirse en una posada conocida por todos. Lada vio disminuir sus efectivos hasta que se quedaron solos ella, Stefan, Nicolae y Mehmed. Amal se había adelantado para avisar a Radu de que estaban de camino. Su frase en clave era recordarle que hay que ser muy tonto para usar un escudo como trineo.

—Me siento como un ladrón —dijo Mehmed mientras avanzaban al amparo de los árboles paralelos al camino, esperando el último momento para salir a campo abierto.

—Es que lo *somos* —contestó Lada. Se detuvo al ver aparecer las murallas de la capital—. Ahora robaremos tu ciudad.



Detrás de la posada, de la muralla, se desgajó un hombre. Era alto, y tenía un rostro tan inexpresivo y unos ojos tan inertes que Radu tuvo escalofríos.

—Radu —afirmó, más que preguntarlo.

Radu asintió con la cabeza. A Amal lo había dejado atrás, para que no corriera más peligro.

—Creo que me siguen.

Pese a haber dado varios rodeos, y haber caminado con naturalidad, como al azar, durante todo el camino había detectado un eco de pisadas, y atisbado una capa.

El hombre señaló la de Radu, una capa de buena tela, con una capucha para combatir el frío de la noche. Radu se la desabrochó y se la dio. Tras dar dos golpes rápidos en una puerta discreta, el hombre se echó la capa en los hombros, adoptó la misma postura y el mismo andar que Radu y fue hasta el fondo del callejón. La puerta se abrió. Radu entró. Nicolae le dio un abrazo rápido, sonriendo con algo más de rigidez que de costumbre, aunque después de un recorrido tan tenso su sonrisa no dejó de ser un alivio.

—Ven, que tenemos una habitación. —Lo llevó al fondo de la casa, a unas escaleras torcidas que al pasar por detrás de una cocina acercaron primero a

sus oídos, y después alejaron, ruidos alegres de chimenea y de comida—. En la sala principal tenemos a alguien que vigila la entrada.

—Habéis venido rápido. —Radu buscó algo más que decir, para cerrarle el paso al doloroso nudo que se le formaba en la garganta, y al aleteo de su corazón, pero no se le ocurría nada.

Estaba a punto de ver a Mehmed.

Y a Lada.

Nicolae abrió una puerta del piso superior. Daba a una sala de estar llena de gente, como árboles plantados demasiado cerca los unos de los otros. Todos miraron a la vez a Radu, con las manos en sus armas, y al ver a Nicolae, y la puerta cerrada, se relajaron. En el fondo, Radu no veía a nadie. Sus ojos solo buscaban a...

Mehmed. Apoyado en una mesa tosca, y con la luz de una lámpara en la cara, una luz suave y cálida que parecía transmitirse incluso a sus ojos. Estaba señalando un pergamino extendido en la mesa, sostenido por diversas armas, y dibujaba con sus largos dedos intrigas y conspiraciones en el aire por encima del mapa.

Y a su lado, ceñuda, estaba Lada, la más baja de la habitación, pero también la que más espacio ocupaba. Iba vestida con ropa femenina, cosa muy impropia en ella.

Fue la primera en levantar la vista. En su rostro asomó algo que a Radu le hizo encorvar los hombros de forma maquinal, en espera de un golpe. Solo después de que Lada bajara de nuevo la vista, sin mayores saludos, tuvo tiempo Radu de asimilar que había sido una expresión de rabia, y después de tristeza.

Pero todo lo demás quedó olvidado en el momento en que Mehmed, incorporándose, lo vio. Con el rostro transformado por una sonrisa de alivio,

cruzó la distancia que los separaba y lo estrechó en sus brazos. Radu cerró los ojos, y solo respondió muy brevemente al abrazo, por temor a delatarse si lo prolongaba. Se apartó y le puso a Mehmed las manos en los hombros, para mantener la distancia.

—¿Estás bien?

Mehmed asintió, y luego señaló con la cabeza un banco bajo que ocupaba todo un lado de la habitación. Se sentó. Después lo hizo Radu, girándose hacia él.

—¿Y mi padre? —preguntó Mehmed.

—Me sorprendería que mañana por la noche aún estuviera vivo. Lleva tres días inconsciente.

—¿Con qué nos enfrentamos? —preguntó Lada, que estaba cerca, de pie, con los brazos firmemente cruzados en el pecho, mirando por encima de Radu, aunque se dirigiese a él.

—Las fuerzas de Halil Pachá están repartidas por toda la ciudad, y tienen vigilados todos los accesos. La vigilancia del palacio es la habitual. Será un problema introducir a Mehmed sin que nadie se dé cuenta.

—¿Qué se cree Halil que puede hacer? —Las cejas de Lada se juntaron más—. No tiene ningún derecho. Por mucho que el pueblo, aquí, desconfíe de Mehmed como gobernante, no le entregarán el trono a un pachá.

—Está el hermano —dijo Radu.

—¡Pero si aún es un infante!

—Si me pasase algo —dijo Mehmed—, Halil Pachá podría nombrarse a sí mismo gran visir y gobernar como regente en nombre de mi hermano, hasta que sea adulto. Y cuando sea adulto, probablemente también. No conozco mucho a la madre del niño, pero no tiene bastante poder para asumir la regencia.

—Pero si Halil Pachá no puede matarte, se quedará sin opciones —dijo

Lada.

—No. —Radu sacudió la cabeza—. Encontrará alguna manera de salirse con la suya.

Se apoyó en la pared con los ojos cerrados, rastreando su memoria en busca de alguna señal de cuál podría ser el plan maestro de Halil Pachá. De repente se acordó. La noche, horrible noche, con Salih. Había una carta de Constantinopla. ¿Qué nombre mencionaba? Se puso una mano en la frente, intentando recrear las palabras a pesar de que sus pensamientos se centraran todos en el beso que había querido, pero no había recibido, y el que no había querido, pero que aun así había dado.

—¡Orhan! —Radu tuvo una iluminación repentina—. ¿Os suena algo el nombre de Orhan? Lo vi en una carta enviada a Halil Pachá desde Constantinopla.

—Es un pretendiente. —La mirada de Mehmed se hizo más penetrante—. Un supuesto heredero de mi trono, por otra línea. Sospechamos que ni siquiera es de la familia, pero hace años que Constantinopla lo usa en contra de nosotros. Mi padre paga un impuesto anual por su manutención, a fin de evitar que nos lo envíe Constantino para dar problemas. Halil Pachá pretende indisponer a la ciudad contra mí, y presentar a Orhan como sultán. Si logra desestabilizar bastante la situación, podrá conservar Edirne y desencadenar una guerra civil a la vez que mantiene a Constantinopla fuera de peligro. Me gustaría saber cuánto le han pagado a esa serpiente.

—Morirían muchos otomanos. —Radu palideció—. ¿Cómo es posible que no le importe las consecuencias que tendría una guerra civil?

Lada cogió una daga de la mesa.

—La solución es muy sencilla: esta noche matamos a Halil. En dos o tres días llega Ilyas con sus jenízaros, y la ciudad es nuestra.

—Tan sencilla no —dijo Radu.

Lada soltó un bufido de desdén, pero Mehmed ya no la miraba. Se había girado hacia Radu. Lada se encogió como si hubiera recibido un golpe, y su expresión se ensombreció.

—A ver, dime, ¿a ti qué te parece que tendríamos que hacer? —preguntó Mehmed.

Radu se alegró.

—Tengo una idea.



—Siempre he sido del parecer de que me sienta mejor el rojo que el azul —dijo Nicolae, con la boca y la nariz tapados por un velo, levantándose la larga falda.

—De esto ni palabra —dijo Mehmed con un gruñido.

Como alguien prestase demasiada atención a las nuevas concubinas, seguro que quedaría aterrado por sus miradas asesinas. Lada se limitó a aguardar en silencio a que todos sus hombres acabaran de escalar la muralla y se dejaran caer en los jardines del recinto del harén, difuminados por el invierno. En total solo había traído a cuatro: Matei, Nicolae, Stefan y Petru. Radu no había conseguido más ropa de mujer. Además, cuanto más reducido fuera el grupo, menor sería el riesgo de llamar la atención. Los otros habían salido de la ciudad para esperar a Ilyas y ponerlo al corriente del plan.

Una vez que estuvieron todos de aquel lado de la muralla, Lada descolgó la cuerda, la enrolló y se la guardó debajo de la faja. Radu no pudo evitar fijarse en que Mehmed estaba pendiente en todo momento de los movimientos de su hermana.

—Tendrán vigilada a Huma —dijo Radu. Había alegado un falso encuentro con la enferma Huma para entrar en el harén, pero en realidad no la harían

partícipe de sus planes. Era demasiado voluble e imprevisible, y constituía una elección demasiado obvia—. El camino más corto entre aquí y el palacio es por los aposentos del sultán. Quizá sea el mejor punto de entrada. —Se frotó la barbilla, y luego sonrió—. De todos es sabido que soy uno de los favoritos de Murad. Seguidme. Y procurad parecer mujeres.

—¿Eso cómo se hace? —rezongó Petru.

—¿Mirando a Lada? —sugirió Matei.

Por suerte los velos sofocaron las risas. Lada fingió no darse cuenta, aunque al ver endurecerse su mirada, Radu se preguntó si en el fondo no le molestaba.

—Pasos cortos —dijo ella—. Procurad curvar el cuerpo al máximo. Los hombros redondeados, y las caderas contoneándose. Caminad como si no tuvierais nada entre las piernas, cosa que ni a Nicolae ni a Petru deberían darles problemas.

Más risas broncas.

—Y quizá estuviera bien dejar de reírse o de hablar —dijo Radu, sacudiendo la cabeza.

Se puso al frente del grupo, con paso firme y confiado. Cuando llegaron a la entrada, saludó con la cabeza al vigilante de la garita.

El eunuco miró por encima del hombro y arqueó las cejas.

—Los médicos han propuesto que intentemos estimular los sentidos de Murad, por si así se despierta, y he pensado que... bueno...

Señaló hacia atrás, a las mujeres, con una sonrisa avergonzada. El eunuco abrió la puerta. Fueron pasando uno por uno. Radu rezó en silencio por que el eunuco no prestase demasiada atención a las *mujeres*, ni a sus pies. No les había encontrado zapatillas, y sus botas de cuero distaban mucho de seguir las pautas habituales entre mujeres que pasaban toda la vida dentro del mismo edificio, y en los jardines que lo rodeaban.

La siguiente puerta era un acceso a los aposentos privados de Murad, y estaba vigilada por varios jenízaros. Sudando en abundancia por debajo de la ropa, Radu dio la misma explicación, con la misma sonrisa entre cómplice y abochornada. La respuesta se redujo a un encogimiento de hombros. Se notaba que los jenízaros estaban aburridos de vigilar a un hombre casi muerto.

Ya estaban dentro.

—¿Quieres verlo? —preguntó Radu, deteniéndose ante las puertas de la habitación de Murad.

Lanzó una mirada nerviosa al pasillo, con la seguridad de que en cualquier momento se darían cuenta los jenízaros de su error e irrumpirían con las espadas desenvainadas; o de que vendría un médico y daría la voz de alarma. O de que encontrarían esperando al mismísimo Halil Pachá.

Pero no, de momento estaban solos.

Tras sopesar una posible entrada en la habitación de su padre, Mehmed sacudió la cabeza.

—No tengo ningún motivo.

Radu sintió la extraña tentación de entrar y presentar sus respetos al sultán. Más allá de cualquier otra consideración, de su forma de ser o de sus actos, Murad era el responsable de su presencia, y eso Radu no quería cambiarlo. Murad le había quitado muchas cosas, pero también le había dado a Mehmed y el islam.

Puso una mano en el hombro de Mehmed y, tras apretárselo una sola vez, llevó al grupo a través de los suntuosos aposentos, hasta llegar a una estancia lateral muy poco transitada. Era demasiado pequeña para recibir, y al encontrarse Murad en su agonía, las pocas visitas que venían se quedaban en las estancias principales.

Una vez cerrada la puerta a sus espaldas, los hombres se quitaron los

disfraces, unos con más urgencia que otros.

—Prefiero tu cara con velo —le dijo Nicolae a Petru, que se estaba arrancando el vestido.

—Pues yo tu boca la prefiero callada —replicó el joven.

Reinaba entre los dos una soltura, una seguridad nacidas de lo mucho que sabían el uno del otro. Hasta era posible que no se tuvieran simpatía, aunque estaban seguros de que, llegado el momento, se defenderían a muerte.

Radu se preguntó cómo sería una simple amistad, sin miedos ni emociones enrevesadas e indeseadas. Kumal tenía más de mentor que de amigo y, además, era varios años mayor para que se tratasen en pie de igualdad. En cuanto a Lazar, Radu confiaba en él, pero siempre había un toque de incomodidad, un dejo de deseo por parte de Lazar que hacía que Radu estuviera constantemente a la defensiva. Con el resto de sus hombres mantenía las distancias, por miedo a que viesen lo mismo que Lazar, que Huma y que Lada. Lo que no había visto Mehmed.

No sabía si el hecho de que Mehmed no adivinara sus sentimientos solo con mirarlo era un alivio u otra daga en su corazón.

—¿Y ahora? —preguntó Mehmed, mirándolo.

Radu sintió que se le ensanchaba el pecho, y que se le erguían los hombros para ocupar más espacio.

—Ahora mandaré llamar al capitán de los jenízaros.

—Demasiado arriesgado. —Lada sacudió la cabeza.

—Es arriesgado, pero no tanto como dejar que Halil Pachá tenga en el bolsillo a los jenízaros de la ciudad. Si hoy nos ve el capitán, puede que nos delate, pero si no lo convencemos de que dé su apoyo a Mehmed, lucharemos con él por las calles.

—Estoy de acuerdo —dijo Mehmed.



Convocar al capitán de los jenízaros a los aposentos de Murad fue tarea fácil. Radu no le dijo al criado quién solicitaba su presencia. Al ver a Radu, Kazanci Dogan no se alteró; se había relacionado bastante con él durante el asedio para que le resultase familiar. Radu sonrió y le hizo señas de que le siguiese.

En honor a la verdad, Kazanci Dogan apenas manifestó estupefacción al abrir la puerta y encontrarse a Mehmed sentado en una silla cubierta de adornos de oro, con un manto de color morado oscuro y un turbante granate.

—Adelante —dijo Mehmed.

Tras bajar la cabeza a guisa de saludo, Kazanci Dogan entró en la sala y miró a ambos lados, fijándose en los hombres de expresión adusta que se alineaban junto a las paredes. Lada seguía sentada en el rincón, con una pierna apoyada en el banco, y balanceando la otra perezosamente. Tras ajustar un nudo, dejó colgar el dogal casi hasta el suelo, como si se hubiese olvidado de su existencia.

Radu se sintió invadir por el afecto hacia su hermana, más intenso incluso que la ira. Había que reconocer que a veces era espléndida.

—Ignoraba que hubierais llegado a la ciudad —le dijo Kazanci Dogan a Mehmed.

—Sí, es raro que nadie haya tenido a bien informarme de que mi padre agoniza, pero bueno, ahora que están a punto de cambiar las cosas, he pensado que a ti y a mí nos convenía llegar a un acuerdo.

Kazanci Dogan no dijo nada.

—Durante mi anterior mandato tuvimos problemas de disciplina con tus hombres. ¿Has logrado controlarlos, desde entonces?

La cara de Kazanci Dogan no pudo ocultar cierto rubor.

—Mis jenízaros hacen más por el imperio que cualquier otro soldado. Mi

obligación es asegurarme de que estén bien cuidados.

—Por supuesto. Recuérdame cuál es la estructura del cuerpo.

Kazanci Dogan frunció el ceño y explicó que él era el superior de todos los soldados, y que respondían ante él los comandantes de cada división y guarnición. Mehmed asintió, pensativo.

—¿Y solo le debes fidelidad al sultán? ¿A nadie más?

—Sí. — Kazanci Dogan respondió sin traspies.

—Pero el sultán no es el comandante, sino tú.

—Sí.

Mehmed asintió.

—Está bien que seáis independientes de los spahis, y sus incesantes politiqueos. Nada valoro tanto como a mis jenízaros. Dime una cosa: ¿cómo puedo ayudarte a dirigir a tus hombres?

—Estamos cansados, señor. —La expresión de Kazanci Dogan se tiñó de astucia—. El asedio contra Skanderberg fue largo y descorazonador. Muchos de mis hombres regresaron enfermos, y hasta hace poco no han recuperado la salud. Hay cierta preocupación por... —Hizo una pausa, como si eligiera con cuidado las siguientes palabras—. Por que, cuando ascendáis al trono, puedan verse arrojados a otro asedio desacertado y de larga duración.

Mehmed ladeó la cabeza de sorpresa.

—No tengo ninguna intención de enfrentarme con Skanderberg. Esa disputa la tenía mi padre, no yo.

—No, Skanderberg no.

El inteligente desconcierto del rostro de Mehmed casi hizo sonreír a Radu.

—¿A quién voy a sitiar, entonces? Ya tengo un imperio que requiere atención, y necesitaré ayuda y tiempo para aprender a gobernarlo lo mejor que pueda. En eso dependeré de los jenízaros, que serán mis manos. Es mi único

plan de futuro para ellos.

Sin querer, Kazanci Dogan emitió un sonido gutural.

—Dime una cosa: ¿te parece que mi padre ha gobernado bien su imperio?
—La expresión alarmada de Kazanci Dogan hizo sonreír a Mehmed—. Venga, hombre, que se está muriendo. Analizar lo que puede mejorarse no es traición. Por ejemplo, ¿qué opinan tus hombres acerca de su remuneración?

—Ha habido algunas quejas. —Kazanci Dogan carraspeó—. Cargamos con una gran responsabilidad por el imperio, y vemos que a otros se les recompensa con mayor abundancia.

—Estoy de acuerdo. Lo primero que haré será revisar mis finanzas, ver en qué se gastan mal los impuestos y dedicar todos los fondos disponibles a aumentar lo que cobran los jenízaros. Te pediré que pienses en una cantidad que te parezca justa, pero generosa. Para mí es importante que tus soldados (y tú) sepáis que nadie os valora ni os cuida más que yo. —La sonrisa de Mehmed se borró, y su mirada se hizo tan incisiva como su tono—. *Nadie* puede ofreceros lo que yo, y si lo intentase alguien, sería traición.

Kazanci Dogan se inclinó más profundamente, como manifestación de auténtico respeto.

—No veo el momento de servirlos cuando seáis nuestro sultán.

—Vuestro *padre*.

—Exacto, nuestro padre.

Mehmed asintió con la cabeza.

—Confío en que mantendrás en secreto nuestra reunión. Aún no estoy preparado para dar a conocer mi presencia. Quisiera disponer de algo más de intimidad para llorar la inminente defunción de mi padre. Si me descubriese alguien, sabría quién me ha delatado.

La nuez de Kazanci Dogan subió y bajó al tragar.

—Sí, padre mío.

—No veo la hora de verte encabezar a tus hombres. —Mehmed sonrió, abriendo los brazos generosamente—. En cuanto fallezca mi padre acordaremos los términos del aumento de salario, y podrás anunciárselo a tus hombres.

Después de otra reverencia, Kazanci Dogan fue escoltado por Matei a la salida.

—¿Creéis que ha funcionado? —preguntó Mehmed, entre cuyas cejas se había formado una arruga de preocupación.

Radu se dejó caer en una silla, sin la tensión que habitaba su cuerpo desde la llegada del comandante jenízaro.

—No es tonto. Sabe que puedes ofrecerle más que Halil Pachá. Y ha sido sincero en afirmar que sus hombres están cansados. Querrá evitar combates en las calles, y una guerra civil prolongada. Ahora mismo tiene más que ganar de una alianza contigo.

—Estoy de acuerdo. —Mehmed se levantó, desperezándose—. En cuanto esté seguro en el trono, lo mataremos.

Radu parpadeó, conmocionado. En cambio Lada se limitó a asentir, apretando el dogal.

—¿Y ahora? —preguntó Petru.

—Ahora esperaremos a que se muera mi padre, y a que llegue Ilyas.



Ambas cosas ocurrieron el día siguiente. Amal trajo de la muralla la noticia de que Ilyas había llegado con todos sus hombres, y de que ante la tentativa de los guardias de negarles la entrada, se había limitado a cruzar la puerta. Mehmed lo observó desde la torre de encima de la habitación de su padre, mientras la procesión de sombreros blancos daba todo un espectáculo en las calles.

—¿Ya está? —preguntó.

Radu no supo a qué se refería. Petru, en cambio, asintió.

—Vuestro padre ha muerto.

—Pues entonces saldré al encuentro de mi pueblo.

Mehmed dio la espalda a la ventana, y los hilos metálicos entreverados en su turbante reflejaron la luz. Su ropa era de color morado oscuro, el color tradicional de los emperadores romanos. De un hombro al otro le colgaba una pesada cadena de oro sembrada de rubíes relucientes, y de su espalda una capa.

Salieron a caballo y a medida que avanzaban se le iban uniendo los jenízaros de Kazanci Dogan. Al llegar a la gran plaza del centro de la ciudad, Ilyas se reunió con ellos. Mehmed iba delante con la espada en alto, mientras sonaban las campanas en respuesta a la noticia de la muerte de su padre. Tras un desfile por toda la ciudad, regresó al palacio.

Halil Pachá esperaba en el salón del trono, con una mirada asesina. Mehmed se acercó con paso firme y le puso las manos en los hombros. Lada estaba justo detrás de él, con la espada desenvainada. En el rostro de Halil Pachá, la violencia dejó paso enseguida a un miedo sin paliativos. Era la idea de Radu, el gran plan en el que se basaban todas sus maniobras secretas.

—Halil Pachá, el consejero de más confianza de mi padre, y el hombre más sabio de nuestro gran imperio. —Mehmed se giró hacia la nobleza reunida a sus espaldas, algunos de cuyos integrantes todavía se ajustaban sus galas a toda prisa—. ¡Halil Pachá será mi gran visir! ¡Me ayudará a traer una nueva época de paz y prosperidad para mayor gloria de los otomanos!

El público estalló en una ovación. El miedo de Halil Pachá dejó paso a la incredulidad, y luego a la sonrisa taimada y victoriosa de un zorro que le ha robado la presa a otro animal. El zorro, sin embargo, no se daba cuenta de que

estaba rodeado por los sabuesos de Radu, que lo llevaban exactamente adonde querían que estuviese.

Pobre zorro, pensó Radu.



Mehmed recibió la espada de su antepasado, Osman Gazi, y la sostuvo con veneración antes de enfundarla y ceñírsela a la cintura. Ahora era portador de los sueños de toda la historia de su país.

Lada lo presenció sin saber qué sentir. No era el Mehmed que con tanta pasión había hablado a solas con ella de aquel sueño. Este Mehmed iba envuelto en sedas, y rodeado de armadura, con un turbante que tapaba su cabeza, y una cara tan afilada, e intocable, como el acero. Había un individuo cuyo único papel —con título real incluido— era transportar un taburete por si lo necesitaba el nuevo sultán para sus pies. Otro se ocupaba de sus turbantes. También había uno que se ponía a la izquierda de Mehmed con perfume y un abanico, por si algún olor desagradable se atrevía a acercarse al inabordable.

Que era en lo que se había convertido Mehmed.

A lo largo de las interminables ceremonias, del nombramiento de los visires y de la recepción y agradecimiento de los regalos, Mehmed se quedó en el mismo sitio, pero alejándose cada vez más.

Lada se preguntó si los probadores de comida serían sensibles al sabor de los celos que hervían en sus venas mientras veía, en guardia, cómo echaba raíces el sueño de Mehmed.



Lada no podía haber previsto que le esperaba una labor aún más odiosa e incómoda que asistir a la interminable coronación. En la antesala de los aposentos de Murad, Mehmed se reunió con todas las esposas y concubinas de su padre. Siguiendo órdenes de Lada, en cada puerta había dos guardias, y dentro de la habitación, a todas horas, uno de sus hombres.

Hoy le tocaba a ella. Mientras se sucedían las mujeres, empezando por las más humildes, las que hacía poco que habían pasado del estatus de criadas al de integrantes de pleno derecho del harén, Lada se vio obligada a reconocer que aquella faceta del trono era real. Su mano temblaba constantemente sobre la espada, sin saber con exactitud qué quería matar.

Una de las concubinas, temblorosa, se marchó, y dejó paso a una conocida de Lada. Mara aún llevaba ropa poco adecuada para la corte: un vestido ancho, cubierto de bordados, y sin velo. Tenía el pelo recogido hacia atrás, y rizado a conciencia. En todo su atavío no había un solo toque del estilo otomano. En vez de inclinarse ante Mehmed, se limitó a arquear una ceja.

—Buenos días —dijo en latín, en vez de turco.

—Mara Brankovic. —Sonrió él, perplejo.

—Mi fama me precede.

Mara apartó su falda hacia ambos lados para sentarse en un sofá paralelo a la silla de Mehmed, en vez de encogerse ante él.

—Me alegro de ver que estás bien.

—Me sienta bien la viudez.

Lada resopló tratando de contener una carcajada. Mara la miró de reojo, con una fría sonrisa.

Mehmed carraspeó, tratando de recuperar su atención.

—No sé muy bien qué hacer contigo.

A la mayoría de las otras mujeres las mandaban a alguna propiedad en

función de su rango dentro del harén, y de con quién estuvieran emparentadas. A las hijas de familias importantes se las devolvía, en algunos casos con un matrimonio concertado previamente entre Mehmed y sus padres. De hecho, en ese mismo instante Radu estaba negociando un enlace con un pachá importante, en representación de Mehmed. Las mujeres pasaban de mano en mano como monedas.

Los dedos de Lada se tensaron en la empuñadura de la espada.

—Constantino me ha propuesto matrimonio —dijo Mara.

—¿Constantino? —Mehmed no pudo ocultar su sorpresa.

—Sospecho que piensa que así se debilitará vuestra alianza con mi padre y Serbia, ya que si mi padre se mantuvo al margen del conflicto en Varna se debió en gran medida a mi influencia. Perder Serbia como estado vasallo supondría un duro golpe para vuestro imperio, y una vergüenza para vuestro reciente ascenso al trono. Europa no espera mucho de vos.

—Me sorprende su atrevimiento. —Mehmed asintió, con una estudiada impasibilidad—. Y también su rapidez. Ahora bien, lo que más me admira es lo sabia que has sido al decírmelo.

Lada no lo puso en duda. Algo se traía Mara entre manos. Era demasiado inteligente para desperdiciar una oportunidad.

Mara se encogió de hombros, ladeando la cabeza.

—Dios me ha liberado. Nunca volveré a casarme. Ya le he comunicado a Constantino mi negativa por escrito, y la firmaré y enviaré en cuanto emprenda el camino de regreso a Serbia.

Mara no tenía espada, pero se había utilizado a sí misma como arma. Mehmed no podía hacerle daño sin poner en peligro su alianza con el padre de Mara, y si la enojaba, corría el riesgo de reforzar las posibilidades de que Constantinopla se granjeara nuevos aliados. No podía ser usada de ninguna

otra manera que la que decidiese ella.

De repente se apoderó de Lada una envidia feroz. La paciencia de Mara había obtenido recompensa. Había escrito su propio destino, libre de los hombres que intentaban gobernarlo.

Mehmed se levantó, e inclinó respetuosamente la cabeza.

—Dispondré lo necesario de inmediato. Por la mañana emprenderás el viaje con regalos para ti y para tu padre, y un nuevo tratado de paz que goza de mi bendición.

Mara se levantó e hizo una elegante reverencia. Esta vez, su sonrisa a Lada fue sincera. A continuación salió de la sala, sin expresar ninguna gratitud por la huida que había concertado por sí sola.

—La echaré de menos —dijo Lada.

—No me extraña. —Mehmed se rio—. Siempre ha sido la más temible de las esposas de mi padre.

—Y hablando de esposas temibles... —Lada señaló con la cabeza la puerta donde esperaba Huma, apoyada en un eunuco.

—Concubina. Esposa nunca. —A Huma nunca le había temblado así la voz. Tenía la piel de un color amarillo que a Lada le daba ganas de apartar la vista, y le iban grandes las túnicas, perdida la lozanía de la que tanto se había enorgullecido.

—Madre. —Mehmed se levantó para ayudarla a sentarse—. No hacía falta que vinieras.

—Pues claro que he venido. Eres mi hijo. El sultán.

Lada se esperaba orgullo, y hasta exultación, pero a juzgar por el tono, las palabras dejaban un regusto amargo en la lengua de Huma.

—Ya, pero sobre tu futuro no hay ninguna duda —dijo Mehmed—. Te quedarás aquí, en palacio.

—Lo que me preocupa no es mi futuro. Tenemos que hacer planes. Ahora que te hemos llevado hasta el trono, tenemos que asegurarnos de que lo conserves.

—De eso no tienes que preocuparte tú. —Mehmed sacudió la cabeza, mientras la tomaba de las manos—. Quiero que te concentres en ponerte bien.

Huma siguió hablando como si Mehmed no hubiera dicho nada.

—Sobre Orhan, de momento, no podemos hacer nada, pero hay otra cuestión, la de Ahmet, tu hermanastro. Es una amenaza de la que hay que encargarse.

Mehmed se apartó de ella.

—Dispondré que se lo lleven a una finca del campo, donde estará seguro.

El sonido de la tos de Huma repicó entre sus marchitos pechos.

—¿Seguro? ¿Quieres que tu principal rival al trono esté seguro?

—Es un infante.

—No lo será siempre. Piensa en tu padre, y en los años que perdió luchando con sus propios hermanos. Estuvieron a punto de disgregar el imperio. ¡No podemos permitir que pase lo mismo contigo y con Ahmet!

—No es cuestión de *nosotros*, madre. —Mehmed le soltó las manos y se levantó con el ceño fruncido—. Soy muy consciente de los peligros que reserva el futuro. Velaré por la seguridad de Ahmet, alejándolo de aquí, poniéndolo fuera del alcance de cualquiera que pretenda utilizarlo contra mí y separándolo de la pobre Halima, su madre, o de cualquier persona dispuesta a anteponer sus intereses a los míos. Crecerá como un prisionero. Discúlpame si prefiero no hablar más del tema.

La expresión de Huma rivalizaba en ferocidad con la de su hijo. A Lada le impresionó el parecido entre ambos. Sus rostros tenían una intensidad, un algo en la mirada que perforaba cualquier cosa en la que se detuviera.

De pronto Huma se vino abajo, sucumbiendo a la enfermedad y la fatiga.

—Dime al menos que tienes planes para Halima. Úsala para algo bueno.

—Sí, sí. Pronto me reuniré con ella. —Mehmed se frotó la piel entre los ojos—. Me parece que la casaré con Ishak Pachá. A él lo mandaré a Anatolia, para que sea el nuevo beylerbey. No quiero que esté cerca de Halil. Juntos son demasiado fuertes.

—Sabia decisión, aunque sigo pensando que Halil te serviría mejor clavado en una estaca. —Huma se puso en pie, levantando un brazo. El eunuco que la acompañaba se acercó corriendo—. Ah, y en lo de Ahmet, el niño, te equivocas, pero tienes que hacer lo que mejor te parezca.

—Es lo que haré. —Después de que se fuera, Mehmed suspiró—. Es duro verla tan débil.

—Débil no creo que lo haya sido nunca. A mí me da tanto miedo como siempre. Además... tiene algo de razón. —Lada torció la boca. Le daba mucha rabia estar de acuerdo con Huma. Hasta le daba lástima Halima—. Si Constantinopla usa a un primo lejano contra ti, imagínate lo que podrían hacer si accediesen al otro hijo de Murad. Halil tratará de utilizarlo.

—Los tendré separados, a Halil y él. Y cuando Ahmet tenga edad para ser útil, ya deberíamos habernos quitado de encima a ese maldito pachá.

—Visir —corrigió Lada a Mehmed, que le sacó la lengua—. Te recuerdo que fue idea de Radu. Si me hubieras hecho caso a mí, Halil estaría muerto.

—Ya, ya lo sé, pero tenemos que ser más previsores. Estamos poniendo los cimientos. Hay que pensar bien cada piedra. Antes de eliminar a Halil tenemos que desmontar el muro que ha levantado. Si no, se llenaría el hueco con más piedras, y el muro seguiría interponiéndose en mi camino. En eso, Radu tiene razón.

—¿Y qué piensa el sabio y sagaz Radu sobre Ahmet? ¿Es una piedra, o una

debilidad que pone en peligro todo el edificio?

Mehmed no respondió.



Los dedos del real secretario, manchados de tinta, tamborileaban nerviosos en sus piernas. Su dicción era confusa y entrecortada, como si no estuviera acostumbrado a hablar.

—¿Deseáis consultar los registros fiscales?

Mehmed era la viva encarnación de la paciencia.

—Sí. Quiero ver las cuentas de los ingresos por impuestos.

Radu tuvo lástima del secretario, cuya frente se había perlado de sudor. Sospechó que era la primera vez que comparecía ante un sultán.

—¿Qué impuestos?

—Todos. —Mehmed no sonreía.

—¿Todos... todos los impuestos?

—Todos. Quiero seguir la pista de todas las monedas que entran en el tesoro, y de todas las que salen. Quiero ver qué hace cada estado y ciudad, quién es el responsable, en qué gasta mi oro y cómo puede acreditarlo. Salarios. Asignaciones. Pagos a otros países. Pagos recibidos de estados vasallos.

—Pero... tardaré semanas en poder reunir bastante información para empezar, y será una labor ingente.

—Pues más vale que empieces. Ahora mismo.

El secretario salió de la estancia como si las palabras de Mehmed le azotasen los talones. Mehmed suspiró, tocándose la frente.

—Cuánto tiempo hemos perdido. Tardaré meses o años en ponerlo todo en orden. Cuando pienso en los progresos que podría haber hecho si mi padre no hubiera recuperado el trono, y si no hubiera vuelto a exiliarme a Amasya...

Sintiendo el sabor de la rabia de Mehmed, a Radu se le secó la lengua dentro de la boca. Aunque nunca hubiesen hablado del tema, se preguntaba a menudo si Lada también se arrepentía de lo que habían hecho. Tal vez hubiera habido otra manera, un modo de que Mehmed conservase el trono al heredarlo por primera vez. Habían tenido miedo. Entonces eran niños. Y habían tomado una decisión que incidía en el futuro de Mehmed sin consultárselo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Mehmed.

—¡Sí, sí! Es que estoy nervioso. Hoy veré a Kumal y Nazira.

—¿Y eso por qué tiene que ponerte nervioso?

Radu dio un respingo al darse cuenta de que, aunque Mehmed y él pasaran juntos casi cada día, no habían recuperado la naturalidad y la confianza de contárselo todo. Radu tenía demasiados secretos que no podía permitirse revelar. Por eso hablaba lo menos posible. Era fácil. Mehmed siempre estaba rodeado de gente. En ese mismo instante había dos guardias en la sala, y un hombre robusto y de dedos gruesos que acarreaba el taburete para los pies del sultán. Su presencia no era muy propicia a la intimidad, cosa que a Radu, en otros tiempos, podría haberle dolido, pero que ahora le parecía una suerte.

—¿No te lo he contado? Kumal quiere que me case con Nazira.

Mehmed se echó hacia atrás como si hubiera recibido un golpe. El portador del taburete acudió presto, aunque él lo rechazó con un gesto de la mano.

—¿Casarte? ¿Y te irías de mi lado?

Radu sintió palpar algo que, sin llegar a ser la esperanza, sí estaba

emparentada con ella, aunque con más oscuridad y desesperación. Quizá la incredulidad de Mehmed, y el leve enfado que dejaba traslucir, fueran celos.

—¿No tengo derecho a casarme? Sé que los jenízaros no pueden, pero no sé cuál es mi situación, exactamente.

—Eres mi amigo. —La expresión de Mehmed se suavizó—. Esclavo no, te lo aseguro. Si quieres casarte con ella...

Dejó la frase a medias y bajó las cejas, mientras observaba a Radu con una intensidad tal que al escrutado le hizo difícil respirar.

—No estoy enamorado de ella. —Sus palabras fueron como un entrechocarse de guijarros en las frías aguas de un arroyo. ¿Dónde caerían? No lo sabía, pero siguió hablando—. Le tengo afecto, y me preocupo por su bienestar. Kumal siempre ha sido muy bueno conmigo. Ahora bien, no estoy seguro de ser un buen partido. Yo creo que podría casarse con alguien mejor situado, y vivir con más desahogo. Además, mi máximo deber, el único, es para contigo, y de eso no podría apartarme nadie.

Nadie podría apartarme de ti.

Por favor, por favor, pensó Radu, date cuenta de lo que estoy diciendo.

Mehmed abrió mucho los ojos, y se le dilataron las pupilas casi imperceptiblemente. Luego una sonrisa disipó la intensidad y la sinceridad de su mirada.

—Pues entonces lo dejo en tus manos. Kumal Valí es un buen hombre. Lo nombraré Kumal Pachá. Eres libre de hacer lo que desees, siempre y cuando Nazira sepa que te quiero a mi lado.

Radu juntó las manos con tal fuerza a sus espaldas, para que no las viera Mehmed, que le dolieron.

—No querría estar en ningún otro sitio.

Se le atragantaron las palabras. Sabía que si empezaba ya no podría

contener el torrente de sinceridad que manaría de su boca, hasta ahogarlo.

Así pues, hizo una reverencia y salió de la sala con la respiración y el pulso alborotados.

El amor era una maldición.



Había quedado con Nazira y Kumal en el mismo jardín donde había visto a Mehmed por primera vez.

Encontraron a Radu de pie junto a la fuente, contemplando fantasmas y haciéndose una pregunta: *Si no hubiera conocido al niño que lloraba, ¿habría podido enamorarse de Nazira?*

—¡Radu!

Se giró sin desprenderse del todo del pasado, y le dio un abrazo a Kumal. Su amigo estaba más delgado que antes, con las ojeras más oscuras y las mejillas más hundidas a causa del contacto con la muerte, pero vivo.

—Cuánto me alegro de verte bien. —Lo estrechó con fuerza entre sus brazos antes de soltarlo.

—Te lo debo a ti.

Se giró hacia Nazira, que se había cubierto el pelo negro con un pañuelo del color rosado de la aurora. Las comisuras levantadas de sus ojos, dulces y oscuros, le daban un agradable toque de picardía. Sus labios eran tan carnosos que casi formaban un círculo, aunque los separó al sonreír.

—Radu.

Él se inclinó. Se alegraba de verla, pero no sabía muy bien qué actitud adoptar en su presencia. La naturalidad de antes, propia no ya de dos amigos, sino de dos hermanos (al menos tal como se imaginaba Radu a una hermana que no fuese Lada), había dejado paso a una distancia que no sabía si cruzar o rehuir. Él había querido tenerla como hermana. Ella, por lo visto, albergaba el

deseo de algo más.

—Allá hay un arbusto muy interesante —dijo Kumal con una gran sonrisa, señalando—. Me parece que iré a examinarlo.

A Radu se le habría hecho insoportable sentarse en la fuente, así que se llevó a Nazira a un banco de piedra situado al pie de un árbol ancho, de ramas despobladas por el invierno. Allá no los veía nadie. No sabía qué decir.

Fue Nazira quien habló, mirando al frente.

—Quiero casarme contigo.

Su franqueza desarmó a Radu, que se había acostumbrado a las indirectas y rodeos de la comunicación en la corte.

—Pues... Tú eres muy... Es que yo...

—Radu, mi dulce Radu... —Nazira se giró hacia él y le cubrió una mano con una de las suyas—. Cuando me miras, no hay deseo en tu mirada. He dedicado mucho tiempo a observar a los hombres, y a cómo miran a las mujeres, y tú no me miras como mira un hombre algo que desea.

—Eres muy guapa, y... —Dentro de Radu desplegó sus oscuros pétalos el miedo.

—No es ese deseo lo que busco. Por eso te he elegido. —Ella le apretó la mano, sacudiendo la cabeza—. Eres bueno, e inteligente, y... estás solo. Creo que no tendrás más remedio que seguir estando siempre solo. —Lo dijo casi como una pregunta, mientras sus ojos escrutaban los de Radu en busca de una respuesta que él no quería que encontrasen—. ¿Te acuerdas de cuando bailamos?

Radu sacudió la cabeza.

—Durante la boda de Mehmed con Sitti Hatun.

—Ah, sí.

—La mitad de las mujeres de la sala estaban pendientes de cómo te movías,

y esperaban su turno anhelando que les hicieras caso, pero tú no mirabas a ninguna. Fue cuando lo supe. Lo entiendo. Entiendo lo que es mirar lo que supuestamente tienes que desear, y no sentir nada. —Dejó pasar un momento y susurró—: *Lo entiendo.*

—¿Sí? —Radu se dio cuenta de que se le habían formado lágrimas en los ojos.

—Sí. Como esposa tuya solo esperaré tu amistad. Nada más. —Nazira miró al suelo, mientras se extendía un rubor por sus mejillas—. También te pediría que a mi criada Fatima le estuviera permitido acompañarme. Siempre.

—Fatima...

Radu se inclinó hacia atrás, acordándose de que Nazira nunca perdía de vista a su sirvienta, y del día en que se las había encontrado sin aliento en el jardín, despeinadas por haber sido *perseguidas por una abeja*.

En ese momento salió el sol de detrás de una nube, bañándolos con su calor y con su luz, y lo acompañó una sorprendente claridad.

—Conque *es verdad* que te alegrabas de que te hubiera picado la abeja en el jardín. Has encontrado la felicidad. —Radu sonrió.

—Así es —asintió—. ¿Me...? Por favor, ¿me ayudarás a protegerla? ¿Me permitirás ser tu amiga, una amiga fiel que te conoce y te quiere?

Radu apoyó su frente en la de la joven, con los ojos cerrados. No pudo evitar que se apoderase de él un ataque de celos: ella había encontrado la felicidad, y milagrosamente Fatima sentía lo mismo. El sincero amor hacia Nazira, sin embargo, pudo más que la amargura. Si ella disfrutaba de lo que él temía no llegar a tener nunca, haría todo lo posible por ayudarla.

—Nazira, sería para mí un honor sin igual ser tu marido.

Con una mezcla de risa y sollozo de alivio, la joven le echó los brazos al cuello.

—Gracias, gracias, mi adorable Radu. Gracias.

Él le besó la frente con dulzura.

Al ver que se acercaban, Kumal quedó alarmado por el rostro lloroso de su hermana, pero solo hasta que vio que iban cogidos de la mano.

—¡Hermano! —Se abalanzó sobre los dos y los abrazó con fuerza. Nazira lloraba y sonreía, con el cuerpo tembloroso. Kumal empezó a hacer planes de boda.

—¡Podríamos invitar al sultán! —dijo.

—No —contestó Radu con demasiada rapidez y vehemencia.

Nazira arqueó las cejas de manera cómplice. Radu asintió con la cabeza, pero tan levemente que solo lo vio ella. Nazira le apretó la mano, sorprendiéndolo con lo reconfortante que era saberse comprendido.

Esta vez, al hablar, Radu afectó toda la calma y la indiferencia que le fue posible.

—Ahora mismo le pesan demasiado sus obligaciones, y se sentiría culpable por no poder asistir. Es preferible no invitarlo. Le pediré una finca próxima a la ciudad, pero no dentro de ella. Más cerca de ti. Así el aire que respire Nazira será más saludable, y yo podré ir y venir sin problemas entre ella y mis obligaciones para con el sultán. Desearía casarme con una ceremonia sencilla, y lo antes posible.

—Yo también lo deseo. —Nazira resplandecía más que el sol.

—Por lo visto sabéis muy bien los dos lo que queréis. —Kumal se rio afablemente.

—En efecto —dijo Radu.

Pero solo uno podía tenerlo de verdad.



Lada arrastraba tal cansancio que le pesaban las extremidades, y también el pensamiento. Nicolae estaba ocupado buscando valacos entre los jenizaros de Edirne, para engrosar sus filas con nuevos reclutas. A los pocos que habían encontrado los entrenaba Stefan. Al hallarse enfermos tanto Petru como Matei, Lada se había hecho cargo de dos turnos de noche seguidos. Ahora por fin era de día, y en lo único que podía pensar era en la cama.

Se le había hecho raro estar dentro de la habitación de Mehmed mientras él dormía. Él le había rogado que se acostara a su lado, pero a pesar de sus provocaciones y sus coqueteos Lada le había recordado que entre su cuerpo y un cuchillo furtivo no había otro obstáculo más que ella.

Y que, si no se callaba y se dormía, sería de ella ese cuchillo.

A pesar de todo, no dejaba de ser una experiencia incómoda, como la de la coronación: estaba ahí, era Mehmed, pero muy separado de ella. Inalcanzable. Su rostro dormido era como el de la ceremonia, ajeno.

Durante las horas más largas de la noche, las de más soledad, había tenido que hacer esfuerzos ímprobos por no despertar a Mehmed solo para ver cómo cambiaban sus ojos al verla, y cómo sus labios formaban palabras e intenciones. A Lada le gustaba cómo era cuando la miraba Mehmed. Lo anhelaba. Sin embargo, había resistido. Ahora, cuando era ella quien se

disponía a dormir, encontró la puerta de su habitación bloqueada por una mujer.

—¿Lada?

Tenía una cara redonda, de agradable dulzura, como una ciruela, y unos labios igual de redondos. Sus ojos eran demasiado grandes y acuosos, sin fuerza.

—¿Qué?

—Soy... soy yo, Nazira.

Lada frunció el ceño. Le costaba pensar. De algo le sonaba, pero...

—Nos conocimos en la boda de Mehmed. Estuve bailando con Radu.

—Con Radu bailó todo el mundo.

La mujer se rio con gran facilidad, como el movimiento reflejo de un músculo del que Lada carecía.

—Sí, es verdad. ¿Radu no te ha hablado de mí?

La visión de Lada se tiñó de rojo, a la vez que se tensaban todos sus músculos. ¿Qué era, alguna prueba, alguna trampa? ¿Sabía alguien lo que sentía de verdad Radu por Mehmed? Si lo había descubierto Halil, trataría de sacarle provecho. No, Lada no pensaba delatar tan fácilmente a su hermano.

—Radu y yo no hablamos mucho. Estamos los dos muy ocupados.

—Ah, lo siento... Pero a mi hermano seguro que lo conoces. Kumal.

De golpe encajó todo, poniendo fin de modo brusco al letargo de Lada. Si bien nunca se había fijado mucho en las mujeres que flotaban en las inmediaciones de la corte, de Kumal sí se acordaba. El ladrón de almas. El hombre que había conducido a Radu al corazón del dios musulmán.

—Sí, lo conozco.

A Nazira debió de pasarle desapercibido lo hosco de su tono, porque sonrió de alivio.

—Bueno, está visto que Radu aún no te ha dicho nada, pero... mañana nos casamos.

—¿Que os... *qué*?

—Lo decidimos hace poco, y queríamos hacerlo deprisa y con discreción. Con todo lo que está pasando... Además, Radu tiene que estar a disposición de Mehmed.

—Se casa contigo. —Lada estaba mareada, como si acabara de desmontar de un largo viaje, y el suelo aún se moviera al ritmo del caballo.

—Estamos evitando las tradiciones más rigurosas, pero hoy quería pasar el día en los baños con mis primas y mi tía. Y contigo, por supuesto. Eres la única familia de Radu. —Confundió la expresión horrorizada de Lada por extrañeza a causa de los baños—. El día antes de una boda es costumbre pasarlo en los baños. Radu ha reservado uno de los del palacio, para que no nos moleste nadie, y como vamos a ser hermanas... pues he pensado que querrías venir.

¿Quién era esa mujer? ¿Primero su hermano entregaba su alma a un dios extranjero, y ahora que gozaba de la atención del sultán, aparecía de la nada esa desconocida, para casarse con él? Radu no la quería, de eso Lada estaba segura. De hecho, sospechaba que no podía querer a nadie más que a Mehmed. Entonces, ¿por qué había accedido a aquella boda? ¿Tenía Nazira algún tipo de poder sobre él? ¿Algún pérfido chantaje?

Si Nazira estaba usando a Radu para llegar a Mehmed, Lada necesitaría toda la información posible. Podía actuar con sutileza, como Radu. A eso no era el único que sabía jugar. Apretó los dientes para formar algo parecido a una sonrisa.

—¿Me das un momento para que me cambie?



Lada siguió a Nazira por una pasarela sobre la que crecían verdes y frondosas vides, con un lustre inmune al frío del invierno. En los baños nunca había estado. Prefería lavarse en privado, no en compañía de otras mujeres. Por fuera era un edificio de una sencillez rayana en la austeridad, pero al entrar se revelaba un mundo nuevo, en el que un mismo motivo floral, repetido en azulejos pintados a mano, crecía por las paredes y subía por el techo en brillantes rojos y amarillos, con acentos de un azul muy oscuro.

La luz entraba por ventanas abiertas a gran altura, cortando las volutas de vapor que se desanudaban en el aire. Nazira, muy contenta, saludó con besos a varias mujeres. Todo era entusiasmo, sorpresa y comentarios sobre la rapidez del compromiso y la suerte de Nazira por llevarse al hombre mejor parecido de Edirne.

Lada se preguntó qué se rompería antes si empezaba a darse cabezazos contra la pared, su cabeza o los azulejos.

Sonreír era una agonía.

Una asistente condujo a las mujeres a una zona preparada especialmente para ellas, con esteras para la ropa y largas telas con las que envolverse mientras se desvestían. Lada se quedó al fondo, preguntándose cómo lo hacía Radu. ¿Qué era mejor, mezclarse en las conversaciones, o limitarse a escuchar con la esperanza de ser invisible?

Las otras mujeres no vacilaron en quitarse la ropa con toda naturalidad, riéndose y hablando. No les daba vergüenza su cuerpo. Una vez que estuvieron casi todas en el agua, Lada se desvistió a la mayor velocidad posible y, tras esconder debajo de su ropa la bolsa de cuero que llevaba siempre al cuello, se metió en el agua por un lateral, para no caminar desnuda hasta los escalones.

Con los brazos cruzados, muy rígidos sobre los pechos, confió en que alguien dijese cuanto antes algo embarazoso, para poder irse.

El agua era agradable para sus músculos tensos y exhaustos, pero se sentía más que desnuda; se sentía expuesta, y vulnerable. Echaba de menos un arma, o una cota de malla, o algo entre su piel y el resto del mundo.

Se acercó despacio a las otras mujeres, arrastrando su pelo por el agua, pero no hablaban del favor de Radu en la capital, ni de su buena relación con Mehmed, sino de sus ojos. Hablaban de su sonrisa, de su encanto y de su bondad. Todas tenían alguna anécdota, algo que contar sobre cómo las había ayudado Radu, o si no a ellas, a algún conocido; alguna broma en el momento más oportuno, alguna narración cautivadora, algún acto deslumbrante de generosidad...

Experimentó en el pecho una punzada que le hizo tomar conciencia de un extraño sentimiento de pérdida. De echar de menos a Radu. Porque al hombre de quien hablaban no lo conocía, y pensó que quizá le hubiera gustado conocerlo.

Tal vez se equivocara. Tal vez Radu sí estuviese enamorado de Nazira. Tal vez hubiera desviado de Mehmed lo que sentía por él, y se lo hubiera entregado a aquella muchachita dulce e insignificante. Lo que estaba claro era que Lada no lo conocía tal como era visto en la ciudad.

Pero no. La manera de Radu de mirar a Mehmed, de no poder sustraerse a la corriente que dejaba a su paso... Eso no había cambiado. Para él, el resto del mundo era algo secundario. Lo único que le importaba era Mehmed.

En otros tiempos, Lada también había sido importante. ¿Cómo se había perdido eso?

Nazira se rio. Entonces Lada se acordó. Kumal le había dado a su hermano la oración, y se lo había llevado. Ahora también quería quedárselo Nazira. Se acercó más a la joven, aunque le cerrasen el paso parcialmente dos tías de anchos hombros.

—Vamos a contarte unos cuantos secretos —ceceó una de las dos, a la que le faltaba uno de los dientes delanteros—, para que no se eche a perder la guapura de Radu.

—De poco le servirá ser guapo si no aprende bien. —La otra tía soltó una risa obscena.

—¡Callaos! —dijo Nazira con un rubor en la piel que podía deberse al calor del baño, o bien a la vergüenza. Se tapó la cara y sacudió la cabeza.

—Venga, mujer, que te vas a casar. Tienes que saber que los maridos son inútiles en todo salvo que reciban la debida instrucción. Especialmente en dar placer a sus esposas.

Poco a poco, Lada se apartó, profundamente incómoda. Como empezasen a hablar de serpientes y jardines, del deber de las mujeres de brindar un puerto seguro a la semilla del hombre...

—Por favor, títtas, que la escandalizáis —dijo una de las primas casadas, aunque también se reía, cómoda con el tema—. Esperad hasta después de la noche de bodas, cuando ya no tenga tanto miedo. Entonces podréis explicarle que a las mujeres se las puede complacer tanto como a los hombres.

—*Bah* —dijo la tía del ceceo—. ¿Cuánto tiempo llevabas casada cuando viniste a mí llorando para quejarte de que no eras feliz con sus servicios nocturnos?

—Cinco tristes años. —La prima se rio—. Ya le había dado dos bebés que berreaban, sin haber recibido a cambio ni una sola noche de alegría. Tienes razón; eso no se lo deseo a mi pobre Nazira.

—¡Basta! —Nazira las salpicó—. Si tengo preguntas, os las formularé por escrito y con finura en una carta. Tengo fe en la generosidad de Radu, y en sus... *habilidades*.

Lada se atragantó. Todas las cabezas se giraron de golpe hacia ella.

—¡Lada, cuánto lo siento! —exclamó Nazira—. No debemos olvidar que Radu es tu hermano.

Tras farfullar algo semejante a una excusa, Lada huyó a su estera, y antes incluso de tener la piel seca se vistió a toda prisa y volvió a colgarse la bolsa del cuello. En el baño no encontraría nada de lo que buscaba.

Pero al correr hacia sus aposentos, con los pantalones pegados a las piernas, seguía oyendo una frase más reveladora que cualquier conspiración política: *A las mujeres se las puede complacer tanto como a los hombres.*



—¿Se ha casado con ella? ¿Ya? —Mehmed se levantó, volvió a sentarse y se levantó de nuevo—. ¡Pero si solo hace tres días que lo hablamos! ¡Y ni siquiera quería casarse con ella! Pidió una finca modesta, pero al dar mi consentimiento no pensé... ¿Casado?

—Las cosas cambian, por lo visto.

Lada había perseguido a Radu para hablar con él antes de la boda, pero él, parapetándose en sus grandes ojos y su vacua sonrisa, se había limitado a repetir que Nazira sería una espléndida esposa. Lada no había tenido más remedio que ver cómo los casaban en turco. Radu había entregado su vida en otro idioma y bajo un dios ajeno.

Nazira no había hecho más que sonrojarse de principio a fin de la ceremonia, siempre con una doncella a su lado. Al final, la pareja casi no se había ni tocado, con la misma pasión que dos niños inocentes jugando a bodas. Luego, invitaron a Lada a un banquete en la casa que tenía Kumal en la ciudad, pero temía no poder ser cortés. Con *ese* hombre no. Jamás.

Al decirle a Radu que se iba, él se había limitado a asentir y ofrecerle sus mejores deseos. Ahora estaba casado.

—No tiene sentido —dijo Mehmed—. ¿Qué puede ganar Kumal Pachá

emparentando con Radu?

—Es evidente, ¿no? —se burló—. Ahora Kumal es pachá. Radu goza de tu favor, y Kumal quiere una mayor proximidad contigo. Tendremos que vigilarlos.

—Kumal no tiene ningún vínculo con Halil Pachá. —Mehmed sacudió la cabeza—. De hecho, ya he revisado todos los impuestos y las cuentas del valiato de Kumal, y son irreprochables. Durante el asedio contra Skanderberg, tanto él como sus hombres cumplieron con honor. Ya sabe que lo tengo en alta estima, y que confío en él. Es respetuoso, pero sin buscar nunca favores. Esto no lo beneficia. Claro que Nazira es su hermana pequeña... Es posible que la tenga mimada, y que le haya dejado elegir su partido.

Lada no quería que fuese verdad. Ella quería fines más oscuros, razones para odiarlos, y para castigarlos; pero Radu era listo: si tuviera problemas ya habría acudido, si no a Lada, a Mehmed.

—Tal vez... tal vez ella lo quiera de verdad. —Lada sabía que Radu no estaba enamorado de Nazira, pero si le hacía feliz centrarse en alguien más que en Mehmed, también podía ser beneficioso para él.

Mehmed sacudió la cabeza.

—Pues claro que lo quiere; Radu tiene a media ciudad enamorada, pero sigue sin tener sentido que haya aceptado. Es evidente que no la ama.

Lada lo observó para ver si sus palabras contenían algo más, una mayor comprensión, pero no descubrió nada.

—Y ella no puede hacerle feliz. —Mehmed se había quedado mirando la pared, enfrascado en sus pensamientos.

Lada se acordó de una conversación en unos baños.

—¿Y Nazira?

—¿Eh? —Finalmente Mehmed se concentró en ella, aunque seguía distraído

—. ¿Qué pasa con *ella*?

—¿Por qué es ella la que tiene el deber de hacerle feliz? ¿Qué hará Radu para hacerla feliz a ella?

Mehmed hizo un gesto displicente con la mano.

—Ser su marido. Mantenerla. Darle... hijos. —Hizo una mueca, como si le diera asco la palabra. Como si él no hubiera hecho ya lo mismo.

—Y los hijos son la recompensa que obtiene ella por aguantar a Radu.

—¿Aguantarlo? ¡Pero si tiene suerte!

—Dime una cosa —respondió Lada, que ahora, al pensar en serpientes y jardines, y en semillas y deberes, veía contaminarse sus pensamientos con ideas vaporosas e improbables de placer más allá de los besos—. ¿Tú qué haces para tener felices a *tus mujeres*?

Mehmed tensó los labios, mientras entrecerraba los ojos con sagacidad.

—¿Mis mujeres? ¿De qué me estás hablando?

—De tu harén. Existen para servirte. Te dan hijos —dijo como si lo escupiera—. ¿Qué haces tú por ellas?

—De eso no quiero hablar contigo. Sabes que tengo que...

—¡No se trata de lo que tengas que hacer! ¿Te gustan? ¿Las quieres? ¿A cuál quieres más?

—¡No lo sé! Son... Es distinto. Es como el hombre que me lleva el taburete. Ni me gusta, ni me disgusta. Cumple una función. ¿Por qué quieres hablar de esto?

—¡Porque quiero saber si se te ha pasado alguna vez por la cabeza, aunque sea una sola, pensar en qué les da placer! ¿O es una mera transacción, una parte del oficio de sultán? ¿Para ti son como... *taburetes*?

—¿Qué respuesta quieres, Lada? —A Mehmed se le juntaron mucho las cejas, con una expresión dolida—. ¿Cuál lo mejoraría?

—No lo sé. —Ella se echó atrás.

Mirando al suelo, Mehmed dio un paso que estrechó la distancia entre los dos, y habló con más vacilaciones de las que solía tener.

—Si tú quisieras... yo haría lo que quisieses, todo lo que necesitases para que estuviéramos juntos. Todo.

Tras un fuerte golpe de nudillos en la puerta, Nicolae la abrió. Lada se apartó de Mehmed, sintiéndose culpable. Nicolae sonrió, ajeno al ambiente de la sala.

—Aún falta una hora para que cambie la guardia y me acompañes al real tesoro —le espetó Mehmed mientras se sentaba.

—Estoy tan impaciente que hasta una espera tan breve me resulta físicamente dolorosa. —Nicolae hizo una profunda reverencia—. Pero no vengo a buscaros a vos, padre mío. Lada, tengo una sorpresa. Sal.

—Tráela aquí —dijo Mehmed con el semblante ensombrecido, arrellanándose en su sillón.

Nicolae se encogió de hombros, aunque al abandonar la sala no pudo evitar que su rostro cubierto de cicatrices reflejara júbilo.

Entró en la sala un hombre de hombros anchos, pecho fornido y movimientos pausados. Llevaba uniforme de jenízaro. Justo cuando Lada iba a gritarle a Nicolae que un nuevo recluta no justificaba la interrupción, vio lo que no lograba tapar el sombrero del recién llegado.

Dos orejas que sobresalían como las asas de un botijo.

Verlo sonreír fue como si toda Valaquia le tendiera los brazos, para llevársela de vuelta.

—Lada —dijo Bogdan.

Lada corrió a echarse en sus brazos. Él, sin vacilar, la rodeó con los suyos y la hizo girar en volandas. Lada hundió la cara en su cuello, sin dar crédito a

que estuviera pasando de verdad. Bogdan, su Bogdan, a quien había perdido tanto tiempo atrás.

Vivo. Aquí. Suyo.

—¿Quién eres? —exigió saber Mehmed.

Bogdan contestó sin dejar a Lada en el suelo, con una voz más grave que la que había conocido ella, pero tan de *él* que la hizo sentirse de nuevo como una niña.

—Soy su marido.

Lada se rio y le dio una colleja. Bogdan la depositó en el suelo. Ella, sin embargo, no apartó la mano de su hombro. Tenía que cerciorarse de que fuera real, y de que no se marchase.

—Dudo que nuestro matrimonio haya sido efectivo.

Lo tomó de la mano. Tenía los dedos cortos y callosos. Se le había ensanchado la cara, y ahora sus facciones encajaban mejor. Era recio y fuerte, exactamente como se lo habría imaginado de haber tenido valor para ello.

—¿Me haces el favor de *explicarte*? —dijo Mehmed, cuyo rostro era tan frío como un suelo de baldosas, y compuesto con la misma precisión.

—Es Bogdan. Mi más antiguo amigo. Su madre era mi niñera. Nos pasamos la infancia torturándonos, a ella y a Radu. Lo perdí hace mucho tiempo. ¡Creía que para siempre! *Oh*, Bogdan...

Cuando le puso una mano en la mejilla, se quedó impactada por los pelos de la barba, que le recordaron todo el tiempo perdido.

—No te puedes imaginar a cuántos Bogdan he tenido que poner a prueba antes de encontrar al verdadero —dijo Nicolae.

—Gracias. —Lada no pudo aguantarse la sonrisa.

—Yo diría que será una buena incorporación a nuestras filas. Es bastante grande para sentarse encima de Petru cuando moleste demasiado.

—¿Ya habéis acabado? —dijo Mehmed, arqueando una ceja.

A Lada se le borró la sonrisa. ¿Qué diablos le pasaba? ¿No se daba cuenta de lo contenta que estaba de recuperar a Bogdan? Lo sorprendió mirando fugazmente el hombro de Bogdan, donde ella había puesto la mano. Irguió la cabeza con beligerancia sin soltar a su amigo.

—Bogdan, te presento a Mehmed, el sultán.

Bogdan hizo la reverencia de rigor, pero sus movimientos tenían algo que daba la impresión de que el gesto era un simple aditamento, algo que habría hecho de todos modos, y frente a lo cual daba la casualidad de que estaba Mehmed.

—Ven, que te enseñe... —Lada le tiró de la mano.

—Quiero que me acompañes al tesoro —dijo Mehmed.

—¿Qué?

—Quiero saber tu opinión sobre unas cuentas.

—Pero si Nicolae...

—Nicolae que le enseñe dónde está el cuartel a... Bogdan, te llamabas, ¿no? Marchaos ya.

—¡No! Se quedan.

Bogdan se mantuvo impasible, sin delatar la menor emoción. Nicolae abrió los ojos en señal de advertencia.

—Lada —articuló sin decirlo.

Ella se dio cuenta de que les estaba pidiendo que desafiaban abiertamente una orden de Mehmed; el Mehmed de ella, sí, pero también el sultán y *padre* de ellos. Si la obedecían a ella, podían ser ejecutados por traición. Estaba segura de que Mehmed era incapaz de algo así, pero no podía pedirles a Nicolae y Bogdan que lo desafiaban por ella.

—Marchaos —dijo entre dientes—. Luego nos vemos.

Tras ver que se iban, precedió a Mehmed cinco pasos durante todo el camino hasta el tesoro. Estaba furiosa.

—Lada —dijo Mehmed.

Ella no se giró, ni contestó.

Una vez en el tesoro, Mehmed vio reclamada su atención por montañas de pergaminos: números, libros de cuentas, contratos... Lada se quedó en la puerta, atenta en principio a cualquier posible amenaza, aunque a lo que dedicó todas sus energías fue a fulminar con la mirada la espalda de Mehmed.

Finalmente se fueron los secretarios.

—¿De qué va todo esto? —preguntó Lada.

—¿Qué quieres decir? —Mehmed no levantó la vista.

—Me has hecho venir sabiendo que no quería. Hacía años que no veía a Bogdan; lo daba por muerto, pero tú has decidido que era más importante mi opinión sobre cuestiones del tesoro.

—Perdona que me haya desconcertado que me presentasen a tu marido.

—¡Pero si no...! —farfulló Lada—. Era un juego entre niños. —Lo miró con la cabeza muy erguida—. Además, sobre eso está claro que no puedes quejarte. Por cierto, ¿cómo está Sitti Hatun?

Mehmed saltó de la silla y le puso las manos en los hombros sin haberle dado tiempo de moverse. Lada se preparó para lo peor, pero la expresión de él se suavizó y, aflojando los dedos, levantó una mano hacia su cara.

—Lo siento. Es que no te había visto tan contenta desde... En fin, que me he llevado una sorpresa, y no he sabido reaccionar. Me alegro de que hayas encontrado a tu amigo.

Lada asintió sin bajar la guardia.

—Lo mejor es que vayas a hablar con él y que os pongáis al día. Luego, esta noche, vienes a mis aposentos a cenar, y me lo cuentas todo.

Sonrió. Lada no tuvo tiempo de ver si era una sonrisa sincera o de sultán, porque justo entonces Mehmed se acercó y unió sus labios con los de ella. Presa de la suave insistencia de su boca, Lada le pagó con la misma moneda.

Desde su llegada a Edirne no habían tenido tiempo de estar a solas de ese modo. Las manos y la boca de Lada la informaron de que estaba hambrienta, vorazmente hambrienta de Mehmed. Él regresó a la silla y se sentó, arrastrándola consigo. Apoyada en su regazo, Lada enroscó las piernas en su cuerpo, sintiendo el pulso acelerado del sultán, que la hacía pegarse cada vez más a él. Las manos de Mehmed bailaban por su cuerpo, cambiando de sitio en cuanto ella se percataba de dónde la habían tocado. Dejaban un rastro de fuego que imprimía a Mehmed en su piel.

Lada oyó que llamaban a la puerta como dentro del agua. Tardó unos cuantos golpes más en darse cuenta de la situación.

Retrocedió sin aliento.

—Deberías irte. —Mehmed le alisó la túnica con una sonrisa pícaro.

—Debería irme —repitió ella.

—Nos vemos esta noche.

Lada flotaba en una neblina roja de deseo, pensando en qué placer podía obtenerse si la otra persona estaba dispuesta. Tardó un solo pasillo en acordarse de Bogdan y, con la oscura sospecha de que la intención de Mehmed había sido comprobar que no pensaba en nadie más que en él, corrió hacia el ala del palacio donde se alojaban sus hombres.

Circuló rápidamente por las habitaciones. Gracias a la diligencia de Nicolae habían crecido mucho los efectivos, y apenas vio rostros conocidos hasta que dio con la habitación que buscaba.

Nicolae estaba de pie, en afable conversación con Bogdan, que estaba guardando sus cosas en una simple cómoda.

Lada se quedó en la puerta, sin moverse. Tras el impacto inicial del reencuentro, no sabía cómo saludarlo. Ya no eran dos niños con la naturalidad de haber estado toda la vida juntos. ¿En qué lo habrían cambiado todos los años transcurridos?

¿Y en qué la habrían cambiado a ella?

Bruscamente la impactó de lleno el horror de lo que habría pensado de la Lada actual la del primer día en Edirne.

—Conque esta es la vida que te has construido. —Bogdan la miró inexpresivamente.

Su tono estaba exento de juicios de valor, pero aun así, Lada sintió que se encrespaba. No tenía por qué disculparse. Ni con Bogdan, ni con su antiguo yo.

—Sí. Dirijo a las mejores tropas de todo el imperio.

—Ya lo veo. Y respondes ante el sultán.

—Respondo ante mí misma —le retrucó cruzando los brazos.

—¿Pues entonces, por qué sigues aquí? ¿Por qué no te llevas todo lo que puedas y te vas?

Bogdan la escrutó como si buscara en su rostro algo que ya no estaba.

—Pues... No es tan sencillo.

La cicatriz de Nicolae se retorció en torno a una sonrisa irónica.

—Una vez estuvimos a punto. Pero al final se lo pensó mejor.

—¡No es que me lo pensara mejor! Es que había otras cosas en juego. Además, si nos hubiéramos marchado, ahora estarías tú aquí, pero nosotros no. ¿Cómo nos habríamos reencontrado?

Bogdan asintió, aceptándolo con la facilidad de un perro al que se le arroja un hueso.

—Bueno, pues ya podemos irnos.

—¿A dónde?

—A Valaquia.

—No puedo volver. Mi padre me *vendió*, Bogdan. Me trajo aquí y usó mi vida para comprar su trono. En Valaquia ya no tenemos nada. Con mi padre no pienso volver. —Por mucho que aprendiese, por muy fuerte que fuera, por muy lista, o brutal, o querida... su vida seguía estando determinada por su padre—. Mejor un sultán que mi padre —susurró.

—Los padres no viven eternamente —dijo Bogdan, encogiéndose de hombros, pero dijo *padre* en turco, usando la misma palabra con la que se referían los jenízaros al sultán.



Al volver a la ciudad de su breve permiso posnupcial, Radu pasó al lado del más joven integrante del grupo de soldados de Lada, y por algún motivo su cara de simplón le dio que pensar. Su rostro era muy suave, y su cuerpo muy fornido. No encajaba.

La mayoría de los hombres de Lada no le despertaban el menor interés, aunque no podía negar que protegían como nadie a Mehmed. Todos tenían una parte de la determinación feroz y despiadada que constituía el núcleo de la personalidad de su hermana. A veces Nicolae, o alguno de los más amables, saludaban a Radu en valaco, y él siempre contestaba en turco.

Mehmed estaba escuchando a Ishak Pachá, que hablaba del estado de las finanzas en las regiones de Amasya y Anatolia, adonde no tardaría en ser enviado como beylerbey, un tipo de gobernador local. Radu le había dicho que era necesario separar a Ishak Pachá y Halil Pachá, y Mehmed se fiaba de su criterio. Se preguntó qué decisiones habían sido tomadas durante sus escasos días de ausencia. Había tenido tantas ganas de volver, que Nazira y Fatima se burlaban de él por lanzar constantemente miradas por encima del hombro al camino que llevaba a Edirne.

La mirada de Mehmed coincidió con la de Radu, y la repentina contracción de sus párpados delató algún problema. Sin embargo, reanudó enseguida sus

gestos de asentimiento.

Tenía a su derecha a Halil Pachá; el gran visir Halil, se recordó Radu.

Mehmed se levantó en cuanto dejó de hablar Ishak Pachá.

—¡Radu! ¿Tan pronto estás de vuelta? ¿Cómo has podido soportar separarte de tu encantadora esposa?

No fue difícil sonrojarse de vergüenza. Lo que ya costó más fue la sonrisa abochornada y cómplice, pero Radu tenía mucha práctica.

—Gracias por la hermosa finca, mi sultán. Mi esposa no cabe en sí de gozo por el proceso de convertirla en su hogar. Lamento decir que por mi parte he sido un estorbo, y que me he visto expulsado hasta que todo quede exactamente como ella lo desea.

Los hombres se rieron con complicidad. La sonrisa de Kumal fue tierna. Radu se preguntó, como lo había hecho ya alguna vez, si conocía la auténtica naturaleza de su matrimonio con Nazira, pero no tenía el valor de preguntárselo. Si Kumal no lo sabía, ¿qué pensaría de Radu al averiguarlo?

Mehmed indicó una silla próxima a la que ocupaba. Radu se sentó con ganas de poder hundirse en ella y cerrar los ojos.

La casa *era* hermosa, en efecto: una finca resguardada y lo bastante grande para mantener a una mujer y su criada, y un pueblo a distancia practicable, donde comprar lo que no daban los huertos ni el ganado de la propia finca. Al ir de una habitación a la siguiente con Fatima de la mano, Nazira no había podido contener las lágrimas. El dormitorio de Radu era el de invitados, cálido y luminoso. No tenía previsto ocuparlo a menudo. Pese al cariño que sentía por Nazira, la felicidad de la joven era tan completa que amenazaba con ulcerarle el alma, y Radu no quería que los celos ensombrecieran ni un ápice la vida de Nazira y Fatima. Por otra parte, había sido un tormento encontrarse tan lejos de Mehmed.

Como lo era también estar tan cerca.

Cruzó la puerta un paje que interrumpió la conversación, centrada ahora en los planes para la cosecha. El niño, tembloroso, se inclinó y anunció la llegada de un enviado de Constantinopla.

Mehmed arqueó las cejas, aunque fue su única reacción perceptible. Otros hombres presentes en la sala contuvieron una exclamación, o intercambiaron palabras en voz baja. Eran muchos los países que habían despachado a un enviado con regalos y enrevesadas proclamaciones de enhorabuena, pero la de Constantinopla no se la esperaba nadie.

Mehmed lanzó una mirada imperceptible a Radu, que señaló a Halil con la cabeza.

—¿Qué me aconsejáis? —El sultán se giró hacia el pachá con rostro franco y actitud relajada—. ¿Los recibo enseguida o los hago esperar?

A Halil se le hinchó el pecho, como a un pajarito cuyos trinos transmitieran al mundo su importancia.

—Yo creo que lo más prudente sería hacerlos pasar ahora mismo, sultán.

—De acuerdo, pues que pasen.

Entraron tres hombres. Su ropa era de vivos tonos amarillos, azules y verdes, y sus botas rojas. Cada capa de primorosos pespuntos y brocados estaba hecha para dejar a la vista la de debajo, en una chabacana exhibición de riqueza. La ropa era algo caro, un símbolo de estatus. Al parecer los bizantinos no reparaban en esfuerzos con tal de exhibir la mayor cantidad posible de prendas a la vez. Llevaban cubiertas las cabezas por grandes sombreros similares al velamen de los barcos, y todos los hombres tenían algo en sus manos.

Halil se puso en pie.

—Os presentó al sultán, la Sombra de Dios en la tierra, la Gloria del

Imperio otomano, Mehmed Segundo.

Los tres hombres se inclinaron respetuosamente, aunque sin descubrirse la cabeza.

—Venimos de parte de Constantino XI Dragaš Palaiologos, emperador de Bizancio y César de Roma, con regalos y peticiones.

Los invitaron a acercarse. El regalo, en honor del ascenso de Mehmed al trono, era un libro con incrustaciones de piedras preciosas, iluminado con colores intensos y pan de oro. Tras admirarlo, Mehmed se lo pasó a Radu.

Para Radu siempre era emocionante abrir un libro. En el castillo de Tirgoviste no había muchos, pero sí en un imperio tan rico como el otomano. Aquel, escrito en latín, contaba la historia de san Jorge y el dragón.

La conocía desde su niñez. Yendo por tierras paganas, un santo caballero descubría un reino atemorizado por un dragón venenoso. La hija del rey había sido elegida por sorteo como víctima del día. Hecho el voto de salvarla, San Jorge se enfrentaba al dragón hasta domarlo y llevarlo, junto con la princesa, a la ciudad, donde amenazaba al reino de muerte hasta que todos sus habitantes accedieran a convertirse al cristianismo. Una vez cumplida su sagrada misión, san Jorge mataba al dragón.

El libro era una historia antigua e iluminada de una amenaza. Al levantar la vista hacia la delegación, vio que uno de sus miembros, un joven de claros ojos grises, lo miraba atentamente. Sorprendido, el joven se ruborizó y apartó la vista.

—Interesante elección, la de este libro —dijo Mehmed, con una expresión divertida en el rostro.

A continuación fue leída en voz alta una carta de Constantino, tan elaborada y adornada en su formulación como los márgenes iluminados del libro. Radu trató de prestar atención, pero había tantos circunloquios elogiosos que perdió

interés al poco tiempo, y dejó que le pasaran las frases por encima, adormilándolo. Sonaba como la iglesia de su infancia, enamorada de su propia voz, fría e inaccesible.

Volvió a pillar al joven de ojos grises mirándolo, y no supo cómo interpretarlo. Quizá también le costase concentrarse en la lectura de la carta.

El nombre de Orhan pronunciado en voz alta lo sacó de golpe del extraño juego de intercambio de miradas.

Constantino no había esperado mucho antes de recordarle a Mehmed la amenaza de su pretendiente al trono, pero lo peor de todo era que tenía la osadía de pedirle que aumentase los pagos a Constantinopla para su manutención.

Mehmed juntó las yemas de los dedos y apoyó en ellas la barbilla, pensativo. No habló hasta el final de la lectura.

—Caramba —dijo con la misma calma que si hablara del tiempo—, parece que Orhan sale caro como huésped.

Nadie se rio. Se palpaba una gran tensión, como si hubieran dejado todos de respirar, y no quisieran vaciar de aire los pulmones. Los enviados estaban pálidos. Ahora el más joven no apartaba la vista de un punto de la pared. Sus expresiones eran valerosas, pero las gotas de sudor formadas bajo sus sombreros delataban sus nervios por acudir con semejantes exigencias al nuevo sultán.

—Con Bizancio tienes más experiencia tú que yo. —Mehmed se giró hacia Halil—. ¿Te parece justo?

La mano de Halil tembló al secarse la frente.

—Sí. —Asintió para sus adentros, como si animase a su voz a ser más firme—. Sí, las condiciones me parecen razonables. Si su majestad me pidiera consejo, le diría que es conveniente acceder a la petición. Vale más que Orhan

se quede donde está, y dar muestras de buena voluntad a Constantinopla.

—Está bien. —Mehmed miró otra vez a los emisarios—. Halil, mi preciado visir, se ocupará de que seáis atendidos esta noche. Mañana, al regresar, le llevaréis noticias a nuestro aliado Constantino, y empezará una nueva época de buena voluntad entre nuestros grandes imperios.

Esta vez las reverencias de los enviados fueron menos formales, y sus movimientos, rápidos y llenos de un profundo alivio. La mirada del joven de los ojos grises se cruzó por última vez con la de Radu, mientras se asomaba a sus labios una sonrisa, fugaz como un secreto. Radu sintió palpitar algo en su interior. Luego Halil se llevó a los emisarios, seguido por sus principales consejeros.

Radu sacudió la cabeza para despejársela. Seguía descolocado por su estancia en el campo, y acababa de asistir a un giro de tanta magnitud como interés.

Mehmed despidió a casi todos los demás, quedando solo en presencia de Radu, Kumal, el comandante de los spahis de Edirne y Kazanci Dogan, a quien de momento había decidido perdonar, por consejo de Radu. Ambos sabían que lo podían comprar, y no andaban sobrados de aliados.

Mehmed bostezó, apoyándose en el respaldo y desperezando los brazos sobre la cabeza.

—Amigos míos —dijo—, quisiera que hablásemos de nuestra flota.

—¿Qué flota? —preguntó Radu.

—A eso iba. —La sonrisa de Mehmed era como un pez carnívoro que se deslizaba por las aguas—. Traedme informes sobre los barcos que tenemos, pero sobre todo sobre los que no tenemos. Y que sea en secreto.

Todos tuvieron la prudencia de ocultar pudorosamente su curiosidad bajo la expresión de sus rostros.

Mehmed se despidió de ellos, e hizo señas al soldado de Lada de que esperase al otro lado de la puerta. En cuanto se quedaron los dos solos, reapareció en el rostro de Mehmed el presagio de malas noticias que había visto Radu al entrar en la sala.

—¿Qué pasa? —preguntó Radu, reprimiendo su aprensión—. ¿Estás enfadado conmigo? Siento no haberte avisado de que me casaba, pero es que ni yo mismo sé cómo ha ocurrido tan deprisa. Es que Nazira...

—No, no, no tiene nada que ver. Me alegro por ti. —Mehmed empezó a dar vueltas por la sala, hablando como si tuviera la cabeza en otro sitio—. Nazira es guapa, y un buen partido. Además, tú seguirás aquí. —Dejó de caminar y levantó la vista. En su rostro, la preocupación se había teñido de temor—. Porque seguirás aquí, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Dependo de ti. Como en ti no confío en nadie.

—Lo mismo digo. —Radu sonrió, poniéndose una mano a la altura del corazón.

—¿Te acuerdas de un hombre de cuando eras pequeño, un amigo de Lada, Bogdan?

—Sí. Siempre me tomaban el pelo. Era un patán. —Radu arrugó la nariz con aversión.

—Está aquí. —Mehmed frunció el ceño.

—¿Qué? ¿Aquí?

—Lo ha encontrado Nicolae.

Radu sintió las garras del pánico en el pecho. De repente volvía a ser el niño tímido de ocho años, el de llanto demasiado fácil, el blanco demasiado a tiro. Bogdan lo había obligado a ponerse el chal de su niñera, diciéndole, para fastidiarlo, que si tanto la quería mejor que fuese ella. Pero lo peor de todo

era el miedo de que su niñera siempre quisiera más a Bogdan: por mucho empeño que pusiese Radu en desear lo contrario, Bogdan era su hijo, y él un simple niño a su cargo.

Uno de los grandes momentos de su infancia había sido que se llevaran a Bogdan, porque así se le franqueaba por completo el corazón de su niñera.

Y el de Lada.

A Lada ya no la tenía. Desde hacía mucho. Ella, en cambio, tenía a Mehmed. Y ahora había recuperado a Bogdan. Sintió unas lanzadas de dolor candente por detrás de los ojos.

—Le odio.

Se encogió por dentro al darse cuenta de que debería haber censurado más sus palabras, pero la expresión de Mehmed tenía algo triunfal, como si acabaran de darle la razón.

Mehmed cambió bruscamente de postura y se apartó de él.

—Tengo noticias de Valaquia. Han tardado en llegar. Ya me había extrañado que no hubiera dones ni emisarios en mi coronación. —Dejó de caminar—. Tu padre ha muerto.

Radu entendió las palabras, pero no tenían sentido. Sacudió la cabeza para despejársela. Su padre. Oyó el eco de una risa aguda por la sala. Solo se dio cuenta de que era suya al llevarse los dedos a la boca.

—¿Sabes que ni siquiera me acuerdo de cómo era? Solo de cómo me hacía sentir.

—¿Cómo te hacía sentir? —Mehmed lo tomó de la mano.

—Como si no fuera nada. —Radu no podía apartar la vista de la mano de Mehmed, unida a la suya—. Y ahora es él quien no es nada.

Mehmed estuvo un momento sin moverse. Radu era consciente de que debería haber estado triste, o haber hecho preguntas, pero lo que más sentía

era alivio. Vlad había dejado de existir en el mundo. Eso Radu no podía considerarlo como nada malo.

—¿Quieres saber de qué ha muerto?

Asintió con un gruñido.

—Lo ha matado Hunyadi a petición de los boyardos. También han matado a Mircea.

—Pobre Mircea. Debió de llevarse un buen disgusto, no me cabe duda.

—¿Estás bien? —Mehmed acercó la cara a la de Radu, obstaculizando su visión del techo. Tenía el ceño fruncido de preocupación.

—Creo que sí. —Radu se puso una mano en la frente para contener la abrumadora sensación de mareo.

—Te lo digo porque... porque eres el heredero al trono. El siguiente en la línea sucesoria. Y siendo yo sultán, y Valaquia un estado vasallo, si fuera tu deseo...

Radu sintió que se le caía de nuevo el mundo encima, con todo su peso. Valaquia, con sus bosques llenos de infinitos árboles oscuros, y de puños, con sus fuentes que en lugar de belleza manaban bocanadas asfixiantes de agua, con sus inviernos tan fríos como el desdén de un padre; la Valaquia de una Lada reunida con Bogdan, que ya no lo necesitaba, que ya no lo veía, a quien ya no importaba; una Valaquia sin mezquitas, ni llamamientos a la oración, ni dios que conociera a Radu, o tuviese por él algún interés.

Una Valaquia sin Mehmed.

Agarró al sultán por los hombros.

—Sé que te ayudaría tener en ese trono a una persona de confianza, y deseo servirte y hacer cuanto esté en mi mano para tomar Constantinopla y que seas el sultán que esperaba tu imperio. Haré todo lo que esté mi mano, pero te suplico que esto no me lo pidas. Te lo imploro. No quiero nada de Valaquia,

como no ha querido Valaquia nunca nada de mí. Mi lugar es este, aquí, contigo. No me alejes.

El alivio alisó el ceño de Mehmed, que estrechó a Radu entre sus brazos. Radu aspiró trémulo el olor de Mehmed, mientras se controlaba.

—No le digas nada a Lada —dijo Mehmed.

Radu asintió sin despegar la cabeza de su hombro. Esta vez prolongó el abrazo más de lo prudente, porque le resultaba insoportable deshacerlo.



Lada tenía la piel demasiado tirante.

No le bastaba para contener todo lo que necesitaba que encerrase. Estaba tensa, y le picaba; sentía en el cuello un hormigueo de sensaciones fantasmas, y le temblaban los músculos de desesperación.

Caminaba con Bogdan a un lado y Nicolae al otro, barreras contra el frío de la noche. Era su primera noche libre en más de una semana. Mehmed había exigido su presencia a todas horas, salvo cuando dormía, aduciendo siempre alguna nueva excusa para justificar que la necesitase concretamente a ella como vigilante. O como consejera. O la necesitara, a secas.

Estas últimas sesiones de necesidad se le grababan a Lada en su fuero más íntimo. Se estremeció.

—¿Estás bien? —preguntó Nicolae.

Lada apretó el paso.

Le gustaba tener a Bogdan a su lado, como si así las cosas fuesen de nuevo como antes. Él se acomodaba a su paso sin la menor vacilación, como su sombra, su mano derecha; suyo, como siempre lo había sido, aunque pasaran los años.

Pero Lada no era la misma. Había crecido. Se había desfigurado, convirtiéndose en algo nuevo. Y la Lada que había sido cuando estaba con

Bogdan —la que quería ser en su presencia— no era la misma que era junto a Mehmed.

Se la quedaron mirando los dos, como a la espera. ¿De qué? Tuvo ganas de decirles algo hiriente, de pegarles, de hacer que se fueran, ellos y la pregunta que dejaban siempre en el aire: *¿Por qué?*

¿Por qué seguía ahí?

Cuando estaba a solas con Mehmed, era como si no existiese la pregunta, pero se extendía por ella como un sarpullido en cuanto se apartaba de él, como una peste que le escocía en el alma. ¿Por qué seguía ahí? ¿Qué había sido de la niña que era hija de un dragón? ¿No daba más de sí? ¿Había llegado a la cima de su potencial? ¿El mando de cincuenta hombres al servicio de un hombre a quien quería, y que gobernaba un imperio que ella odiaba?

—¿Qué más hay? —gruñó.

Bogdan y Nicolae se detuvieron a la vez, y se la quedaron mirando con perplejidad.

—¿Qué más hay de qué? —preguntó Nicolae.

Lada le clavó un dedo en el pecho.

—Dejad de hablar conmigo. Dejad de mirarme. Dejad de esperar que lo resuelva.

Una sonrisa vacilante y desconcertada separó los labios del jenízaro.

—Si entendiera algo de lo que dices, te aseguro que pondría todo mi empeño en obedecer, pero tal como lo veo, me parece que pondré camino hacia algún mercader con reservas de un jugo que, al haber sido guardado demasiado tiempo, se haya echado a perder de la mejor manera posible.

Les llamó la atención una neblina anaranjada, que alumbraba la noche.

Fuego.

Hacía cuatro años que Lada había recorrido aquellas mismas calles

imaginándose que recibían una lluvia de fuego. Su corazón dio un brinco de alegría, sintiendo la necesidad de estar más cerca, de encontrar el fuego y alimentarlo.

—¿Eso de allá es humo? —preguntó Nicolae.

Lada echó a correr con Bogdan y Nicolae a la zaga, esquivando vendedores ambulantes que cerraban sus puestos hasta el día siguiente. Cuanto más cerca estaban del fuego, más les costaba avanzar, cruzándose con caras lívidas de pánico. Finalmente irrumpieron en el mercado principal.

En medio de la plaza se elevaba vorazmente hacia el cielo una enorme hoguera cuyas chispas se mezclaban con el humo. Lada se preguntó si se había perdido alguna fiesta.

Hasta que vio de qué se alimentaba el fuego. Y quién lo alimentaba.

Estaba todo lleno de jenízaros que, corriendo de un lado para otro, destrozaban los puestos con sus propias manos, y lo convertían todo en pasto de las llamas. Formaban grupos que cerraban el paso en las calles laterales. Lada trepó al edificio más cercano, apoyándose en Bogdan. Vio que se estaban encendiendo varias hogueras más, todas en calles que llevaban a las afueras de la ciudad.

—Se están alejando del palacio. —Saltó al suelo—. ¿Cómo ha empezado?

Bogdan se encogió de hombros.

—Una revuelta. Se ha estado rumoreando desde la muerte de Murad.

—¡Pero si Mehmed va a subir la paga! Lo acordó con Kazanci Dogan antes de llegar a ser sultán.

—Yo de aumentos no sé nada. Si negociaron uno, a los hombres de aquí no se lo dijo nadie.

Lo que se preguntó esta vez Lada fue en qué se había convertido Bogdan durante su separación. Él, sin embargo, no delató emoción alguna. Lada dio un

puñetazo en la pared.

—Kazanci Dogan nos ha traicionado. No pudo evitar que llegara Mehmed al trono, pero ha hecho un doble juego.

—Y ahora queman unos cuantos edificios, y puede que se peleen con los spahis por la calle. —Nicolae miraba el fuego con los ojos brillantes—. Luego les aumentará Mehmed la paga, y volverán las aguas a su cauce.

—No tiene sentido.

Lada vio que se extendían los incendios, cada vez más lejos del palacio. ¿Qué tenía que ganar Kazanci Dogan dejando que se rebelasen sus hombres? Ya sabía que Mehmed les subiría el salario. Tal vez pretendiera aumentarlo aún más, pero...

—Los fuegos —dijo con el corazón acelerado—. Son para que los soldados vayan a apagarlos.

—Sí. —Nicolae lo dijo alargando la palabra, como si hablara con un niño pequeño—. Si no se apagan, se quema toda la ciudad.

—Juega conmigo a *Matar al sultán*, Nicolae. Piensa. Los incendios se alejan del palacio. Los soldados se alejan del palacio. Todas las miradas se alejan del palacio.

La comprensión aplanó la cicatriz que tenía Nicolae entre las cejas.

—Van a matar a Mehmed.

—Esta noche están Petru y Matei en el palacio. A los otros no los conozco mucho. Podrían ser cómplices. Tenemos que llegar hasta Mehmed.

—Las calles están cortadas —dijo Bogdan.

Si tenía alguna opinión sobre el bando al que debían apoyar, no la manifestó. Sin embargo, estaba en lo cierto: todas las calles de regreso al palacio estaban llenas de jenízaros rebeldes.

—Yo solo tengo puñales. —Lada miró esperanzada a Nicolae, el cual, sin

embargo, se encogió de hombros, mostrando las manos vacías—. *¿Tú no tienes nada?*

—No todos dormimos armados, Lada.

—¿Cómo pasaremos entre los hombres?

Bogdan se acercó a un puesto parcialmente desmontado. Había dos jenízaros rebeldes, pero al ver su sombrero asintieron y prorrumpieron en vítores. Bogdan cruzó el puesto hasta llegar a la pesada puerta de madera del edificio en el que se apoyaba. La abrió, la cogió por arriba y la arrancó de las bisagras.

—Creo que es un tipo de valaco que no se me parece en nada —observó Nicolae.

Bogdan puso la puerta de lado, usando el pestillo a modo de mango. Tras reír en señal de que lo había entendido, Lada se colocó detrás junto a Bogdan, seguida por Nicolae.

Bogdan echó a correr, con un rugido más potente que el fuego. Lada se amoldó a su paso, empujando la puerta. Lamentó no verles la cara a los soldados, pero sintió el impacto con los hombres que no consiguieron apartarse a tiempo. Nicolae tropezó y rodó por el suelo. Al levantarse tenía una espada en la mano. Bogdan no frenó en ningún momento. Se abrió camino con una fuerza arrolladora, mientras crujía la madera al chocar con los huesos.

Al mirar por encima del hombro, Lada vio que estaban siendo perseguidos por dos hombres. Lanzó uno de sus puñales, recibido por un impacto sordo, y por un grito. Después frenó en seco, dio una voltereta por debajo de la espada del segundo hombre y arrancó la del primero de sus dedos inertes.

El ruido de metal contra metal la sacudió en lo más profundo. Con una sonrisa que desnudaba sus dientes, chilló al lanzarse sobre su agresor. Él apuntó a la cabeza. Lada se dejó caer de rodillas. Un chorro de sangre caliente

confirmó el tajo en las corvas.

No había tiempo de rematarlo. Corrió para dar alcance a Bogdan y Nicolae, que se habían empantanado en una mezcla de civiles aterrados y jenízaros. Por las voces que daban los segundos, se notaba que no entendían la situación, ni estaban al corriente de la revuelta.

Bogdan puso la puerta de lado y empujó para abrir paso a Lada.

—¡Por este lado, a la rebelión! —exclamó Lada, apuntando con el dedo—. ¡Y por este otro, a la gloria y el honor si os ponéis de mi lado y protegéis al sultán!

Libre al fin de la aglomeración, echó a correr, sin molestarse en mirar si su fogosa arenga había puesto a algún hombre de su parte, aunque los pasos que la rodeaban no eran solo de Bogdan y de Nicolae.

Las puertas del palacio estaban abiertas y sin vigilancia.

—¡No os fiéis de nadie! —exclamó Lada—. ¡Ni jenízaro, ni no jenízaro! Desarmad a todo el mundo y controlad todas las puertas.

Sus seguidores, una docena, cruzaron la entrada principal espada en mano.

Lada corrió hacia una entrada lateral que usaba el servicio de la cocina. Dio una patada a la puerta, preparándose para luchar, pero no halló resistencia. Una vez atravesada la cocina, subió por una escalera escondida detrás de un tapiz polvoriento y sin valor. Nicolae y Bogdan la seguían muy de cerca.

—¿Cómo sabías que estaba esto aquí? —preguntó Nicolae.

—Lleva directamente a los aposentos del sultán.

Lada no tuvo tiempo de pasar vergüenza por haber revelado su íntimo conocimiento de los accesos secretos al lecho de Mehmed. Aquel lo usaba el personal de la cocina, para evitar que la comida del sultán pudiera ser tocada entre el momento en que la cataban los probadores, comprobando que no estuviera envenenada, y el de su entrega. Lada la había usado para bajar sin

ser vista y robar algo de comer las veces en que se quedaban hablando hasta altas horas de la noche... y también no hablando.

Reinaba un extraño silencio, tras los gruesos muros de piedra que los aislaban de lo que pudiera estar sucediendo en el resto del palacio. Lada casi no podía respirar, con la cabeza llena de imágenes de lo que la esperaba al final del pasillo.

Mehmed agonizando.

Mehmed muerto.

La túnica morada de Mehmed impregnada del más oscuro rojo.

Los ojos negros de Mehmed oscurecidos para siempre.

Sabía que nunca la miraría nadie como él. Si eso lo perdía...

—O ya han entrado en la habitación, y llegamos tarde —dijo, respirando con dificultad—, o todavía no han llegado a sus aposentos, y aún podemos interceptarlos. Por aquí. —Abrió una puerta secreta que llevaba a la gran sala, contigua a los aposentos de Mehmed—. ¡Apostaos en su puerta!

Y, sin esperar la conformidad de Nicolae ni de Bogdan, salió de nuevo al pasillo y corrió hacia la entrada de las habitaciones de Mehmed. Si estaba muerto, tenía que saberlo. Tenía que hacérselo pagar a los culpables. Embistió con el hombro una puerta escondida al otro lado de un tapiz, en una de las salas de estar del sultán. Al cruzarla corriendo, arrancó el tapiz de la barra que lo sujetaba.

Al otro lado estaba Mehmed, boquiabierto.

Visible a duras penas en la habitación contigua, Radu tenía en el brazo la mano de un jenízaro alto y delgado, y su boca cerca del oído. No había nadie con pánico, ni muerto.

Y quien estaba junto a Mehmed no era Kazanci Dogan, sino Ilyas.

Lada se dejó caer contra la pared, con un alivio que le arrebató del todo la

fogosidad que la había impulsado hasta ahí. Aparte de la puerta que los comunicaba con la sala donde estaban Radu y el jenízaro, los únicos accesos a la sala de estar eran el que había cruzado ella y el balcón. Tendrían que trasladarse a un lugar más seguro. Cerró la puerta secreta y la aseguró con la barra del tapiz.

—¿Qué pasa? —preguntó Mehmed con incredulidad.

—Una revuelta. Los jenízaros. He pensado... he temido que fuese una distracción, y estuvieran intentando asesinarte.

—Por los clavos de Cristo —dijo Ilyas, pero más que estupefacción su voz transmitía cansancio.

Fue hacia la puerta de la otra habitación y, tras hacerle una señal con la cabeza al jenízaro que estaba con Radu, cerró con llave la pesada puerta de la sala de estar.

Lada se acercó a ella, sacudiendo la cabeza.

—Deberíamos trasladarnos a una sala más fácil de defender, que no tenga balcón. Podría trepar alguien, o saltar desde el balcón del dormitorio de Mehmed.

Ilyas suspiró, sacó una daga y la deslizó en el costado de Lada.



—¿Que se han rebelado los jenizaros? —preguntó Radu, demasiado impactado para pensar con coherencia.

—Eso parece —contestó Lazar, muy animado, mientras se le iban los ojos hacia la puerta cerrada que los separaba de Mehmed.

—¡Pero si vamos a aumentarles la paga!

—¿Vamos? —Lazar arqueó una ceja.

—Mehmed. —Radu sacudió la cabeza—. Habló con Kazanci Dogan antes de la muerte de Murad. Estaba todo previsto.

No tenía sentido que se rebelasen ahora los jenizaros. Estaban cobrando más que nunca. ¿Qué se le había pasado por alto a Radu? ¿Cómo podía no haber previsto aquella jugada de Halil Pachá?

—Seguro que se arregla todo. —Lazar se pasó la lengua por los labios. De pronto lo sobresaltó un eco de golpes. Venían del pasillo, de donde se entraba a los aposentos de Mehmed a través del palacio.

—¿Es Petru? —Radu se acercó a la puerta. Ilyas había hecho salir a Petru y Matei a la antesala, para poder hablar con Mehmed de planes confidenciales —. ¿Por qué está obstruida la puerta exterior?

—Debe de haberla cerrado Ilyas cuando se han marchado. Buena idea. Así es más seguro. —Lazar subía y bajaba sobre la punta de los pies, mientras su

mirada revoloteaba entre las dos puertas cerradas como una mariposa nocturna chocando con el cristal de una lámpara—. Podríamos ir a los aposentos de Mehmed. Así nos asomamos al balcón y vemos qué pasa en la ciudad.

Los golpes eran cada vez más fuertes. Ahora también se oían gritos. Radu empezó a tener pánico.

—¿Crees que habrá llegado hasta aquí la revuelta? ¿Qué hacemos?

—Pronto vendrán a ayudarnos. —Lazar tomó a Radu por el codo y lo llevó hacia el otro extremo de los apartamentos—. Insisto en que vayamos al dormitorio de Mehmed.

—El que grita parece Nicolae. Deberíamos dejar que entrasen.

—¡No! Si los combates han llegado hasta nosotros, lo que tienen que hacer ellos es defender la puerta. Nosotros deberíamos apostarnos en el dormitorio de Mehmed, por si intenta entrar alguien por ahí.

—Para. —Radu se soltó—. Esto hay que pensarlo a fondo. Deberíamos llevar a Mehmed a un lugar más seguro. En la sala donde están también hay un balcón. No es seguro, y solo lo acompañan Lada e Ilyas.

Los golpes se habían convertido en impactos rítmicos. Alguien estaba intentando echar la puerta abajo. Radu aún oía gritar a Nicolae. No tenía sentido. Si los hubieran vencido no estaría gritando, sino muerto.

En la sala de estar, Lada gritó de rabia y de dolor, y la pared tembló por el impacto de algo.

Mehmed.

Radu corrió hacia la puerta, pero no se abría.

—¡Ayúdame! —dijo mientras buscaba alguna herramienta con la que forzarla.

La sala estaba llena de suntuosos muebles. Todo era blando, acolchado. No había utensilios, plumas ni nada que no fuese de oro, y delicado. Radu llevaba

un cuchillo en el cinturón, pero era demasiado grueso para encajarlo en el ojo de la cerradura.

—Radu...

—¡Tenemos que echarla abajo!

—*Radu...*

—¿Por qué no hay nada útil en esta habitación, maldita sea? —exclamó a la vez que daba una patada a un taburete acolchado.

—Escúchame, por favor. —Lazar lo agarró por la muñeca y estiró hasta que estuvieron cara a cara. Su voz era grave, y demasiado tranquila. No entendía lo apurado de la situación. Tampoco Radu lo entendía, de hecho. Tanto ruido, en tantos sitios a la vez... Tenía que ir con Mehmed. Lazar no lo soltó. —No hay nada que puedas hacer.

—¿Pero qué dices? ¡Pues claro que podemos hacer algo! Tenemos que... que...

Radu dejó de hablar. Lazar no parecía sentir pánico, sino... compasión. Tristeza.

Sí, definitivamente era Nicolae quien gritaba, acompañado por Petru. Era Lada la destinataria de sus gritos. Pedían que los dejaran entrar. Cosa que no habrían hecho en ningún caso si estuviesen fuera las fuerzas enemigas.

—Me has sacado de la sala —dijo Radu, cuyo estómago dio un vuelco bajo el peso de plomo de la verdad—. No estás esperando que vengan a ayudarnos. Cuentas con que no venga nadie.

—Déjame explicártelo.

Radu se soltó y corrió hacia la puerta por donde estaban intentando entrar los hombres de Lada. Estaba cerrada por dentro, con una barra muy fácil de quitar.

Lazar lo embistió por detrás, haciendo que la cabeza de Radu chocase con

las baldosas en una explosión cegadora de luz.

—Por favor —dijo mientras le clavaba una rodilla en la espalda—. Estaba intentando protegerte.

—¿Protegerme? —Radu, que tenía el labio abierto, escupió sangre.

—Esta noche no tenías que estar aquí. Tenías que estar con tu *esposa*. Cuando me dijo Ilyas que habías vuelto, le rogué que me dejara venir para mantenerte al margen.

Radu se apretó los ojos, para luchar contra el dolor y la desesperación, y sus brazos temblaron al tratar de incorporarse y no lograrlo.

—¿Por qué nos traiciona Ilyas?

—Lo que hace es *protegernos*. Tú no eres jenízaro. No puedes entenderlo. Solo nos tenemos los unos a los otros. No le importamos a nadie más, ni nos valora nadie como algo más que cuerpos lanzados a los enemigos en nombre del sultán.

El ruido en sordina de armas blancas en la habitación de Mehmed arrancó un sollozo a Radu. Lazar bajó la cabeza y la apoyó en su espalda.

—Lo siento. Sé que le tienes afecto. Lo sé muy bien. Pero está dispuesto a derramar nuestra sangre en las murallas de Constantinopla. Eso Ilyas no lo permitirá. Nuestro padre *es él*, no Mehmed. Tiene que ser así.

—¡No!

—Pues dímelo. Dime que Mehmed no nos matará. —Lazar esperó, pero Radu no podía decirlo. Conocía muy bien la fijación de Mehmed por Constantinopla—. La quiere como un dragón una joya, por simple anhelo de posesión, solo para saciar sus ansias. Nunca se dará por satisfecho. Ya viste cómo fue el asedio de Kruje. Pues en comparación con el de Constantinopla parecerán unas vacaciones. Acabaremos todos muertos, sin nadie que nos llore. Son mis hermanos, Radu. —A Lazar se le quebró la voz, mientras sus

lágrimas calientes traspasaban la túnica de Radu—. Son la única familia que tenemos. Pensándolo lo entenderás. Y me perdonarás. Yo te quiero, Radu. Por favor. Perdóname, por favor. Sacrificaría cualquier cosa por mi familia. Y tú también.

Radu dejó de ofrecer resistencia y se dejó caer al suelo. Sentía en su espalda todo el peso de Lazar, como la noche de patrulla en Kruje en que lo había arrojado al suelo para salvarle la vida.

Lada moriría defendiendo a Mehmed. También Mehmed moriría. Pero Lazar tenía razón. Si Mehmed seguía con vida, gran parte de los jenizaros —sus amigos y compañeros— morirían. Todo por tomar una ciudad que no representaba peligro alguno. Solo porque era su sueño, y el de muchos; porque el Profeta, la paz fuese con él, lo había declarado hacía mucho tiempo.

Giró la cabeza, tratando de ver a Lazar, que cambió de postura sin soltarlo para que pudieran mirarse a los ojos.

—Lo siento mucho —dijo Radu. Lazar lo había salvado tantas veces... De niño, con su amabilidad; más tarde, en el campo de batalla, y por último esa misma noche—. Yo también te quiero, amigo mío.

Lazar levantó la cabeza, esperanzado.

La respuesta de Radu a su esperanza fue una cuchillada: su mano había recuperado un poco de movilidad, suficiente para hundir el cuchillo en la barriga de Lazar.

El jenizaro rodó por el suelo con las manos en la herida. Entre sus dedos manaba una sangre muy roja. Radu se arrodilló a su lado y, tras arrojar la espada de Lazar al otro lado de la habitación, apoyó la frente en la de su amigo.

—Lo siento muchísimo.

La sonrisa de Lazar, lánguida y asimétrica, le partió el corazón.

—Siempre lo eliges a él.

—Y seguiré eligiéndolo —susurró Radu.

Echó a correr, dejando que Lazar se muriera solo. Pese a las incesantes tentativas de los hombres de Lada, en la puerta de la sala palaciega a duras penas habían saltado astillas. Tras pedirles que parasen, Radu encajó un hombro por debajo de la puerta. La habían torcido. Empujó con todas sus fuerzas, soltando un grito de rabia. Finalmente, la barra se soltó.

Radu corrió directamente al dormitorio de Mehmed.

—¡Mehmed está allá dentro! —vociferó, señalando la puerta, cerrada con llave, de la sala de estar.

Examinó el dormitorio, con sangre en las manos y la máxima concentración en la cabeza. De la pared colgaban largas cortinas fijadas a una barra. Dio unos pasos hacia atrás, corrió y saltó, aferrándose a la barra y balanceando el cuerpo hasta que la barra se soltó con un chillido de metal.

La llevó al balcón, demasiado lejos de la sala donde estaban Lada y Mehmed. Aún no estaban muertos. No lo tenían permitido.

Era imposible saltar de balcón a balcón. La distancia era excesiva. Lanzó la barra al otro lado, y pilló el final de la cortina en el último momento, antes de que se le escapase. La barra chocó con el suelo de piedra del otro balcón, tensando la cortina. Radu la estiró, mientras rezaba.

La barra se quedó trabada en la baranda de piedra.

Tras enroscarse la cortina en una mano, subió al borde de la baranda y saltó. El impacto estuvo a punto de descoyuntarle el brazo. Tras un grito de dolor, se levantó a pulso, a pesar de las protestas de todos sus músculos, y encontró el borde del balcón con la mano que le quedaba libre. Se subió a ella con un último esfuerzo.

Desde la oscuridad, vio la sala intensamente iluminada. Era una escena de

pesadilla. Mehmed en cuclillas, desarmado en un rincón. Bastaría un solo golpe certero para matarlo. El hecho de que aún no lo hubiera recibido daba testimonio de lo prodigiosa que era Lada. Era como si estuviera en todas partes a la vez, agachándose, girando y gritando. Su arma chocaba con la de Ilyas, desviando todos sus golpes.

Pese a haberse perdido el principio de la historia, Radu adivinó el final.

Lada sangraba en abundancia, y cada paso que daba embadurnaba con su vida los delicados dibujos florales del suelo de baldosas. Daba prioridad a su brazo derecho, y su respiración era demasiado rápida y pesada. A Ilyas le bastaba con durar más que ella, y ambos lo sabían. Lada luchaba con todas sus fuerzas, mientras él se movía a su alrededor con la gracia de una pareja de baile.

Ninguno de los dos había reparado aún en la presencia de Radu, que se dispuso a desenvainar su espada y...

No tenía ninguna.

Cuchillo tampoco.

En su afán por entrar en la sala, no se había parado a pensar qué haría una vez dentro. Estuvo a punto de desmoronarse, arrastrado por el más negro desánimo. Había asesinado a su más viejo amigo. Ahora, como recompensa, asistiría desarmado e inútil al asesinato de su única pariente y su único amor. Al final no le valdrían para nada su ingenio ni su encanto. Al menos moriría junto a Mehmed. Al avanzar estuvo a punto de tropezar con la cortina.

¡La barra!

La desprendió de un estirón de la baranda, dejando caer la cortina.

Lada resbaló con su propia sangre y se cayó, con la espada entre la mano y el suelo. Ilyas levantó la suya. Estaba bastante cerca para descargarla tanto sobre Lada como sobre Mehmed. Radu no sabía a quién mataría primero.

Tampoco podía protegerlos a los dos a la vez.

Eligió a Lada. Con la barra en las manos, y un grito en la garganta, se interpuso corriendo entre su hermana e Ilyas, cuya espada cayó con tal fuerza que estuvo a punto de arrancarle la barra de las manos. Lada dio una patada en la rodilla de Ilyas, que se vio obligado a retroceder, sin equilibrio.

Lada miró a Radu con los ojos muy abiertos de sorpresa, hasta que recuperó de golpe su concentración.

—Haz que se ponga de espaldas al balcón —siseó.

Mientras Lada se ponía de pie, Radu se echó a un lado para interponerse entre Ilyas y Mehmed. Su hermana lanzó una estocada hacia el otro flanco de Ilyas, imprimiendo a la espada una trayectoria tan ostentosa y previsible que hasta Radu podría haberla bloqueado. Aprovechando la abertura, Ilyas llenó el espacio que había dejado Lada.

El que estaba justo delante de la puerta del balcón.

Su espada cortó el aire. Lada esperó hasta el último momento para lanzarse de espaldas al suelo.

—¡Ahora! —exclamó.

Sujetando la barra a la altura del hombro, Radu corrió con todas sus fuerzas. La barra impactó en Ilyas, pillándolo desprevenido, pero si bien lo hizo retroceder, el impulso de Radu no bastó para hacerlo caer del balcón.

En ese momento apareció Lada junto a Radu y, apoderándose del extremo de la barra, la empujó a la manera de una puerta, girándola con fuerza a la derecha. Ilyas perdió el equilibrio, y la parte trasera de sus piernas chocó con la baranda de piedra del balcón. Lada siguió empujando.

Ilyas se cayó.

Lada, sin embargo, no podía frenarse. Arrastrada por su propio impulso, se desplomó por el borde del balcón.

Por unos instantes murió el mundo, que se quedó colgando, inerte y sin aire, frente a Radu. Luego notó que se le escapaba la barra de las manos, y apretó los dedos mientras la retorció hasta ponérsela en la axila.

—¡Date prisa! —dijo Lada, con una voz en la que Radu oyó a la niña junto a quien había crecido, la que siempre prefería la ferocidad al miedo. Una niña que ahora lo tenía, y mucho—. ¡No puedo aguantarla!

Radu aplicó todo su peso a la barra, usando la baranda como punto de apoyo. El metal se curvó, pero era bastante resistente para hacer volver a Lada. En cuanto su hermana estuvo a la altura del balcón, Radu se echó hacia delante y la sujetó por ambas manos, cubiertas de sangre resbaladiza. Se cayeron los dos, él de espaldas en el suelo, ella encima de él.

A Lada le temblaba todo el cuerpo, como nunca la había visto temblar Radu. La pérdida de sangre y el miedo la hacían delirar.

—Me has salvado —dijo.

—Pues claro.

—No, no de caerme. —Sacudió la cabeza—. Cuando nos tenía Ilyas a los dos en el suelo. Me has elegido a mí en vez de a Mehmed.

—Eres mi familia —susurró Radu.

Lazar tenía razón, a fin de cuentas.

La abrazó llorando y le acarició el pelo, mientras oía a lo lejos el sordo fragor de la puerta al abrirse, y de los hombres de Lada al entrar en la sala.



Ilyas no había muerto en la caída, aunque Lada sospechaba que lo habría preferido. Le sorprendió que la información que le sonsacaron los guardias de la cárcel eximiera de culpa a Kazanci Dogan: no había participado en la conspiración para asesinar al sultán. Lo único que había hecho era apoyar el sitio a Edirne a cambio de que los salarios subiesen aún más.

Para Ilyas había sido muy fácil recorrer el palacio dando órdenes a los jenízaros de que fueran a apagar incendios por toda la ciudad. Así solo quedaban él, y su cómplice jenízaro, al corriente de la auténtica misión.

Lada cambió de postura en el asiento. Su costado se obstinaba en quejarse siempre que se movía, y que no se movía, y que hacía cosas, y que no las hacía. Ni ella misma se reconocía. Hasta el más nimio esfuerzo la dejaba cansada y con dolor de cabeza. En fin, ya se curaría.

Miró a Radu, que contemplaba el patio pero como si no lo viera.

El jardinero mayor levantó la estaca y plantó a Ilyas. Ilyas, que le había permitido entrenarse con sus hombres. Ilyas, que le había dado la oportunidad de demostrar su valía, y no había negado la evidencia. Ilyas, que le había dado un cargo dentro de un imperio donde debería haber sido invisible.

Ilyas, que le había clavado un cuchillo.

No supo si desearle una muerte rápida o una larga agonía. Más suerte había

tenido el cómplice, desangrado en el suelo mientras un médico cosía a Lada con hilo negro.

—Le hiciste un favor —le dijo a Radu en voz baja, para que no llegara a oídos de Mehmed ni del público de altos funcionarios.

Entre ellos se encontraba el gran visir Halil, a quien nadie había acusado de nada, aunque había que decir que la organización de los turnos de los guardias de la cárcel que sonsacaban la información corría a su cargo.

—¿A quién le he hecho un favor?

Radu lo preguntó con un tono apagado, sin mirar a su hermana.

—Al jenízaro que mataste, el cómplice.

—Lazar. Se llamaba Lazar. —Una punzada de dolor retorció las facciones de Radu.

—¿Lo conocías?

Radu no contestó. Lada habría querido saber cómo actuar, y no ignorarlo todo de cómo se reconfortaban las personas entre ellas. Si se hubieran invertido los papeles, Radu habría sabido qué decir.

—¿Es tu primer muerto?

—No, pero sí mi primer asesinado.

—Era un traidor. —Lada se burló—. Además, le has ahorrado el tormento de una muerte prolongada, que es más de lo que se merecía.

—Solo había venido a protegerme. —Radu hizo una mueca sombría que ella no reconoció, un tortuoso remedo de una sonrisa—. Le preocupaba que pudiera salir perjudicado.

Lada acercó una mano a la de Radu, y le sorprendió que la aceptase. Se la apretó una sola vez.

—Nos has salvado a todos la vida.

—Un día me dijiste que hay vidas más valiosas que otras. ¿Cuántas muertes

más tiene que haber para que se incline la balanza en nuestro detrimento?

No supo contestar.



Ejecutado Ilyas, la versión oficial fue que los disturbios habían sido consecuencia de otra sublevación de los jenízaros, lo cual sucedía de vez en cuando. Esa misma tarde, Mehmed mandó despedir y azotar en público a Kazanci Dogan hasta que le quedase más sangre que piel en la espalda. Anunció un aumento de salario universal para los jenízaros y una amplia reforma de la estructura del ejército. Todo lo encabezaría Mehmed. Todos los hilos de poder y autoridad empezarán y terminarían en él.

A los pocos días del ataque, Lada se sintió bastante fuerte para ir al estudio de Mehmed y repasar la restructuración. Al llegar encontró a Radu. Recorría demasiado aprisa las estancias con la vista al frente, como si le obsesionase algo.

Lada se acordó del bosque de Amasya, el de la ladera, donde ya no podía entrar, y se compadeció de Radu. Justo cuando iba a proponer que fueran a los jardines, los sorprendió a ambos la llegada de un eunuco que acompañaba a Halima.

—Halima Hatun —anunció el eunuco.

Halima hizo una reverencia, y al incorporarse sonrió con timidez a Lada, saludándola sin levantar mucho la mano. Lada, que ya no se acordaba de que fuera tan guapa, contuvo una llamarada de celos. Mehmed no querría a una mujer que le había dado un hijo a su padre.

Mehmed se levantó, y habló animadamente para disimular su confusión.

—¿A qué debo el honor, Halima?

—Me habéis hecho llamar. Para hablar de mi futuro, por lo que me ha dicho el mensajero.

—Ah, sí. —Mehmed asintió y le hizo señas de que se sentase. Aprovechando que Halima le daba la espalda, miró con extrañeza a Lada y Radu—. Tu futuro, es verdad. ¿Te encuentras bien?

—Sí, gracias.

—¿Y el pequeño Ahmet?

Una alegría impetuosa transformó el rostro de la joven.

—Está lleno de vitalidad. Creo que él y Beyazit son aproximadamente de la misma edad.

El nombre del hijo de Mehmed apuñaló a Lada en un sitio muy distinto a sus costillas. Cambió de postura, incómoda y con ganas de que se marchara Halima.

—¡Oh! —Halima se tapó la boca, avergonzada—. No os he felicitado por el nacimiento de Mustafa. ¡Dos varones! Qué buena suerte.

—¿Otro hijo? —exclamó Lada sin poder contenerse, más herida por aquellas palabras que por Ilyas.

Otro hijo.

—Con tantas emociones, se te habrá olvidado comentarlo. —Radu era toda falsa alegría.

Mehmed carraspeó sin mirar a ninguno de los dos.

—Sí, es que Gulsa tuvo que quedarse en Amasya. Habría sido peligroso hacer un viaje tan largo en la fase final del embarazo. Yo no me enteré hasta ayer. ¿Cómo lo has sabido?

Halima ladeó la cabeza con un gesto cómplice.

—Me lo dijo Huma, que lo sabe todo.

—Es verdad. Bueno, pues me temo que no tengo nada oficial que decirte. Si puedo ayudarte en algo mientras resolvemos tu futuro, no dudes en hacérmelo saber. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras. Estás en tu casa.

Lada se extrañó de que Mehmed aún no hubiera hecho que se llevaran a Ahmet lejos de su madre, aunque tampoco se paró a pensarlo mucho. *Gulsa...* ¿Quién era? ¿Qué aspecto tenía? ¿Cuándo la había visitado Mehmed? ¿En qué había pensado al depositar su semilla en una mujer más?

Halima hizo una primorosa reverencia. Lada sorprendió en su rostro un destello de alivio por que hubiera llegado a su fin la entrevista. Tras la marcha de la concubina, se quedó mirando al suelo. Se estaba ahogando en su propio dolor, sin poder mirar a Mehmed. ¿Cómo iba a seguir ignorando el harén, si sus ocupantes no dejaban de alumbrar hijos varones de Mehmed?

Nadie dijo nada.

Apareció en la puerta Huma, como si la hubieran invocado los obsesivos pensamientos de Lada acerca del harén.

—Madre. —Mehmed no pronunció la palabra reverentemente, sino con fatiga—. No te había hecho llamar.

—Tampoco me hiciste llamar cuando intentó matarte Ilyas.

—¿Cómo lo...? —Mehmed suspiró y se frotó la frente—. Eso ya lo he resuelto.

—No, muchacho insensato, no lo has resuelto tú, sino yo.

—¿Qué quieres decir? —El cansancio de Mehmed dejó paso a una rabia mal disimulada.

—¿Cuándo te darás cuenta de que te consideran prescindible porque tú mismo proteges a una alternativa? Si se te puede sustituir, lo intentarán. Una vez, y otra, y otra. Y solo hará falta una daga, un plato envenenado, un momento en que bajes la guardia, para que mi sacrificio no haya valido para nada.

—No es problema tuyo.

—¡Es mi *único* problema! Pero tú no te preocupes, atolondrado hijo mío,

que he hecho lo que no han sabido hacer todos tus guardias. Te he vuelto insustituible.

Lada se incorporó, oyendo bruscamente en su cabeza el intenso murmullo de todas sus conversaciones anteriores con Huma.

—A Halima no la ha hecho venir Mehmed —dijo.

Huma encogió con desdén sus hombros macilentos.

—Mientras comparecía ella ante el sultán, a su hijo lo han ahogado.

—¿Qué has hecho? —Mehmed se lanzó sobre su madre desde el otro lado de la sala, y la pegó a la pared.

—Lo de siempre: protegerte.

—No. No. Dime que no has... Es una criatura.

—Es, o *era*, una amenaza. Ahora ya no existe.

Durante un solo respiro que se le hizo eterno, Lada pensó que Mehmed mataría a su madre. Luego el cuerpo de Mehmed perdió toda su tensión, y retrocedió hasta caerse en una silla.

—Tenía la misma edad que Beyazit.

—He hecho lo que no estabas dispuesto tú a hacer. He asegurado tu legado. Ahora eres libre de ser el sultán que te corresponde ser por nacimiento. El sultán al que parí. Mi hijo. Mi imperio.

—Vete.

—Deberíamos hablar de...

Mehmed se levantó y bajó la vista hacia su madre, ya sin rastro de rabia o desesperación, con toda la glacial autoridad de la que era capaz.

—Guardia.

Stefan, el jenízaro de guardia, se cuadró.

—Por favor, acompaña a Huma a sus aposentos. Llévate a todos los hombres que necesites. Encárgate de que no hable con nadie de su séquito, y

de que se les impida a los eunucos comunicarse con ella. Ya enviaré instrucciones sobre el lugar al que será llevada.

Huma se puso a temblar, y sus labios delgados y amarillentos revelaron unas encías grises, y más huecos negros que dientes.

—¿Qué haces? ¡No puedes echarme! ¡Soy la *valide sultán*, la madre del sultán!

—No —dijo Mehmed—. Me has traicionado. No eres nada.

—¿Traicionarte? No tienes ni idea de lo que he hecho por ti. No sabes cuántas veces te he salvado la vida. Si es traición seguirte de cerca para mantenerte vivo, que los expulsen a ellos también.

Señaló a Lada y Radu con un dedo huesudo y retorcido.

Mehmed le hizo un gesto asqueado a Stefan, que tomó a Huma por el brazo y se la llevó de la sala, temblorosa y con los ojos muy abiertos. Lada pensó que se habían salvado, pero solo hasta que Mehmed se giró hacia ellos.

—¿Por qué lo ha dicho? ¿Qué habéis hecho?

Radu parecía un conejo en una trampa. Lada entendía que tuviera miedo. Si se enteraba Mehmed del papel que habían desempeñado en que perdiera el trono durante su primer mandato, jamás se lo perdonaría. Y tal como se habían puesto las cosas, Huma no tenía ningún motivo para no decírselo. Había perdido toda su influencia, y Lada tuvo la certeza de que intentaría arrastrarlo todo en su caída.

Radu tenía los ojos llorosos, y había inclinado la cabeza de desesperación. Ya no era el hombre a quien Lada no conocía, sino el niño sobre el hielo, el niño en el bosque, el niño entre las zarzas.

Era suyo.

—Radu no tuvo nada que ver —dijo Lada—. Fue la primera vez que subiste al trono. Después de matar al jenízaro asesino, supe que sería el cuento de

nunca acabar. Radu estaba seguro de que podías ser sultán. Como era tonto, y corto de miras, acudí a Huma. Fue idea mía hacer que se rebelasen los jenízaros, ponernos en contacto con Halil y colaborar con él para que tu padre volviera al trono.

Vio transformarse a Mehmed por la conmoción y la ira: su rostro ya no era el que conocía ella, y el que amaba, sino otro, demasiado distante para ser tocado. Le dolió verlo, le dolió físicamente, pero no apartó la vista.

—¿Cómo pudiste? ¡Con todo el poder que ganó Halil! Y todos los años que perdí...

—Lo hice para salvarte la vida. Y tomaría otra vez la misma decisión. — Lada irguió aún más la cabeza.

—Ahora mismo... ahora mismo no puedo pensarlo. —Mehmed se sentó, evitando mirarla—. Con lo que acaba de pasar... Ahmet. El pequeño Ahmet.

Cayó un telón sobre su cara, como si erradicase cualquier pensamiento sobre la traición de Lada hasta que hubiera podido asimilarla.

Radu le puso una mano en el hombro, pero era a Lada a quien miraba fijamente.

—Gracias —articuló en silencio.

Lada no reaccionó, ni a la palabra ni a la inmensa gratitud que rebosaban los ojos de su hermano. Estaba en deuda con él, y para Radu no había nada más importante que la confianza de Mehmed. Quizá hubiera sido mejor, por su bien, romper esa confianza y forzar una separación. Tal vez entonces Radu pudiera liberarse del amor imposible que llevaba en su interior. Pero eso Lada no podía hacérselo, y menos cuando le era tan fácil a ella cargar con el golpe.

—Se pensarán que he ordenado yo la muerte de Ahmet —dijo Mehmed, tan ajeno como siempre a los sentimientos de Radu—. Cuando ha pasado, Halima estaba conmigo. Tendré que decirles que ha sido Huma, no...

—No —dijo Lada—. Digas lo que digas, pensarán que ha sido orden tuya. Si culpas a tu madre, quedarás como un asesino y también como un mentiroso.

—¿Qué hago?

Lada pensó en lo que habría hecho ella. No era el momento de las sutilezas, sino el del poder. Nadie podía cuestionar que el sultán mandara por encima de todos.

—Darle rango de ley. Ya sabes lo que hicieron los hermanos de tu padre. Aún no se han cerrado las heridas de las guerras que libraron. Al final, tu padre tuvo que matarlos a todos. Promulga el decreto de que todo sultán, al ser coronado, tiene derecho a matar a sus hermanos en aras de la seguridad del imperio.

Mehmed la miró como nunca hasta entonces, con sincero horror. Lada tuvo que hacer un esfuerzo para no dar un paso atrás, mientras se armaba de valor ante el miedo de que sus últimas palabras, sumadas a la revelación de su traición, le hubieran hecho perder el amor de Mehmed.

No tendría la debilidad de rehuir su dictamen. Ella no era así.

—¿Crees que mi madre ha hecho bien? —preguntó Mehmed.

—Creo... —Lada expulsó de su cabeza la imagen de Halima llena de esperanza y radiante de alegría al hablar de su hijo. A quien justo en ese instante asesinaban. ¿Lo sabía ya? ¿Se había enterado de que le habían quitado el mundo entero?—. Creo que a veces, comparando el peso de todo un país con el de una sola vida, hay que tomar decisiones imposibles. La decisión la ha tomado Huma. Que haya hecho bien o mal no viene al caso. Ya está hecho.

—Si lo convierto en ley, ya estaré condenando a muerte a uno de mis propios hijos.

Lada, a quien no se le había ocurrido, se estremeció ante la mirada acusadora de Mehmed. ¿Tan monstruosa la consideraba como para ansiar la

muerte de sus hijos? Sacudió la cabeza.

—Si no lo conviertes en ley, abres la puerta a que en un futuro mueran miles de tus ciudadanos en una guerra civil.

—Se trata de vidas, Lada —dijo Radu—. ¿Cómo puedes hablar de ellas como si fueran solo matemáticas, un problema que resolver?

Lada se irguió, poniéndose una mano en el costado porque le dolía la herida.

—Porque pensar así es la única manera de no perder nuestra cordura.

—¿Y nuestras almas? —susurró Mehmed.

Lada se detuvo en la puerta antes de salir.

—Las almas y los tronos son irreconciliables.



Al anochecer, se sentó al lado de Bogdan. Estaban solos en el comedor del cuartel del palacio. Desde la tentativa de asesinato no habían hablado, ni se habían visto. Era la primera vez que se sentía con fuerzas para comer junto a sus hombres, pero estaban casi todos de servicio. Mehmed confiaba en ellos más que nunca, y los turnaba sin descanso.

—¿Cómo estás? —preguntó Bogdan.

Lada lo miró con apatía, deseando estar bastante fuerte para castigarlo por una pregunta tan tonta.

—Hace una semana me apuñaló y me pegó un consejero en quien confiaba.

—Yo estaba allí. —Él correspondió con una expresión similar.

Lada se preguntó si a Bogdan le había dado miedo, o rabia, que pudiera morirse ella tan poco tiempo después del reencuentro, pero su expresión era inescrutable.

—Me refería a cómo llevas el luto.

Si se pensaba que Lada estaba de luto por la muerte del hermanastro de Mehmed, es que era tonto. Sin alegrarse del asesinato del pequeño, Lada no

podía fingir que estuviera en desacuerdo con el razonamiento de Huma. Habría sido hipócrita hacerse la arrepentida. Hasta poco respetuoso.

—¿O sea, que ya lo sabe todo el mundo? —preguntó.

Radu le había enviado un mensaje con la noticia de que Mehmed se disponía a instaurar el fratricidio por decreto, pero Lada había calculado que lo haría el día siguiente. Por otra parte, le había dolido que el sultán no le pidiera consejo sobre qué decir.

Se preguntó cuánto tardaría Mehmed en perdonarla por todo lo ocurrido. No lograba quitarse de encima el temor a que no la perdonase. ¿Qué sería de ella entonces?

—Me lo ha contado Petru. —Bogdan se encogió de hombros.

—Hoy Petru no estaba de servicio. —Lada frunció el ceño—. ¿Cómo se ha enterado de lo de Ahmet?

—¿Quién es Ahmet?

—El hermanastro de Mehmed.

—¿De qué me estás hablando?

—¿De qué me estás hablando tú?

—De tu padre. —Bogdan se quedó callado, con la mandíbula tensa—. No te lo han contado.

Lada supo que estaba mirando la cara de Bogdan, pero no la veía. No veía nada.

—¿Se ha muerto mi padre?

—Lo siento. Petru pensaba que lo sabías. Hunyadi y los boyardos han matado a tu padre. Y a Mircea también.

Asintió con un movimiento maquinal de la cabeza, mientras se despertaba en sus oídos un enorme clamor, un fragor como el del viento en las orillas del Arges, ensañado con un árbol que salía torcido de una roca.

—¿Cuándo?

—Petru sorprendió una conversación entre Mehmed y Radu hace una semana. Justo antes de la revuelta.

—Una semana. —La mano de Lada subió hacia la bolsa que llevaba al cuello... pero no la encontró.

Hasta entonces no se había dado cuenta. No la había palpado desde su enfrentamiento con Ilyas.

Ya no estaba.



Radu solo tenía ganas de dormir, pero no paraban de llamar a la puerta. Se acercó dando tumbos, y la abrió con la intención de pegarle un buen grito al que daba los golpes. Era el fantasma de su hermana. Tenía los ojos grandes y vacíos, y la expresión desvaída como un recuerdo a punto de borrarse.

—Se ha muerto nuestro padre —dijo.

Radu apoyó todo su peso en el marco de la puerta. Lada se deslizó a su lado. Radu cerró la puerta, quedándose dentro con ella.

—¿Por qué me lo ocultaste?

—No sabía cómo decírtelo. —Agradeció la oscuridad, así no veía la cara de su hermana—. Lo siento. Sé que lo querías. —Le tomó la mano, que le pareció muy fría, y muy pequeña.

—No lo quería, lo adoraba. Hasta que nos traicionó al mostrarse como un ser humano débil y despreciable. Nos dejó aquí, sin nada, e hizo que no pudiéramos volver a casa.

—A mí me daba pavor.

—A ti te daba pavor todo el mundo, hermanito. —Lada soltó una risa brusca.

—Es verdad.

—También se ha muerto Mircea.

—Sí.

Radu pensó en la desolación que había consumido a Mehmed tras el asesinato de su pequeño hermanastro. Pensando en la muerte de Mircea, él no sentía nada parecido. Quizá significase que no era normal. Le habría gustado saber si a Lada le daba pena la muerte de Mircea, pero no se lo preguntó.

Fue ella la siguiente en hablar.

—¿Te acuerdas del verano en que nuestro padre nos llevó más allá de las murallas de la ciudad?

—Sí. Me picaron tantos bichos que casi no podía moverme.

—Yo creía que me vería. Pensé que si nos íbamos de Tirgoviste y dejábamos atrás al tonto de Mircea, además de a los boyardos, y sus constantes riñas, vería en qué me estaba convirtiendo para complacerlo. Hubo un día en que me pareció que sí. Fue el más feliz de mi vida. Luego se fue, como siempre.

—A ti te quería.

—Lo dices muy seguro. ¿Cómo lo sabes?

—Porque intentó salvarte, el día en que nos dejó con el sultán.

—Pues no lo consiguió.

—Pero lo intentó. Ya es más de lo que hizo por mí.

Tras un breve silencio, Lada soltó una risa bronca, como un rebuzno.

—Estoy pensando todo el rato en lo enfadado que estará Mircea por haberse muerto.

—¡Yo he pensado lo mismo!

Se rieron. Luego estuvieron unos pocos minutos en silencio, a buen recaudo, cálidos minutos en la oscuridad, con su infancia acompañándolos. Lo que habían tenido, y lo que habían perdido y solo podían entender ellos dos.

—Tengo algo para ti. —Radu abrió una caja que tenía en la mesita de noche, y de la que sacó un colgante—. La noche en que el médico te estaba cosiendo, encontré tu bolsita, la que llevas siempre al cuello. Estaba destrozada, pero... En fin, que guardé lo que había dentro y te mandé hacer esto.

Le tendió el collar de metal, sintiendo en la mano su peso y su frialdad.

Lada se lo pasó por el cuello, sorbiéndose un poco la nariz, y se apretó contra el pecho el medallón.

—Gracias. Últimamente he perdido demasiadas cosas.

Apoyó la cabeza en el hombro de Radu, que era consciente de que algunas de esas pérdidas habían sido para protegerlo a él. Como siempre lo había protegido, a su manera. Suspiró y se armó de valor para decirle que lo sentía. Que la quería. Y que la comprendía.

—El trono es tuyo —dijo Lada, perforando el espacio, y haciendo que cayeran de nuevo sobre Radu la noche y todos sus oscuros terrores.

—No.

—Sí. —Subió la voz, en la que había prendido el entusiasmo, avivando una hoguera como las que solo a Lada podían consumirla—. Aquí ya no nos retiene nada. No estamos aquí en prenda de nada. Podrías reclamar el título de príncipe. Tendrías el apoyo de Mehmed, que se alegraría. Podríamos volver a Valaquia, juntos y fuertes, y nadie podría decirnos...

—¡No! Lada, no. Yo no quiero volver.

—Pero si es nuestra tierra.

Radu sacudió la cabeza y se incorporó para sentarse al borde de su cama.

—Mi tierra es esta.

—Lo dices porque está aquí Mehmed. —El tono de Lada no era acusador, pero aun así, a Radu le dolió.

—Pues sí. —No hizo nada por negarlo, pero no pudo explicarle sus demás

motivos. Las mezquitas con sus torres y cúpulas que lo hacían sentirse insignificante, pero de la manera más reconfortante. Rezar en perfecta unión con sus hermanos, que lo rodeaban. Tener un espacio, una vida, un cargo en que lo valoraban. Y todo ello, en efecto, junto a Mehmed. Aunque nunca pudieran cumplirse del todo sus necesidades.

Fue como si Lada le adivinase el pensamiento.

—Él no podrá quererte nunca. Al menos como tú a él.

—¿Qué te crees, que no lo sé? —Radu se rio, aunque fue una risa mustia, crispada—. Pero mejor esto que lo que podemos esperar en Valaquia. ¿No te das cuenta? Tú a Mehmed ya lo tienes, Lada; tienes su corazón, sus ojos y su alma. He visto cómo esperas que te mire, y cómo disfrutas con sus atenciones. Finges no estar enamorada, pero a mí no me engañas. —Hizo una pausa, y luego, sin poder evitarlo, adoptó un tono incitante—. Nunca te querrá nadie como él, de igual a igual. Lo sabes. A eso no renunciarás. No puedes.

Lada se puso tensa. Radu vio que apretaba los puños, lista para la pelea.

—Sí que puedo. Ya he empezado. Nunca me perdonará haber reconocido mi traición.

Radu se acordó de la paliza que les había dado Lada a los hijos de los boyardos en el bosque de los alrededores de Tirgoviste. Eran los mismos puños que siempre habían contradicho todo lo que se esperaba de ella. Ahora él había convertido su amor a Mehmed en un reto que superar. Se le estrujó el corazón al darse cuenta de que, con su provocadora afirmación de que Lada no podría irse, prácticamente había garantizado que lo hiciera.

Quizá lo hubiera hecho a sabiendas.

—Ven —le ordenó ella—. Sin ti no pienso volver a casa. —Esperó. Luego lo dejó estupefacto con su tono, dulce y desesperado—. Me elegiste.

Era verdad. Además, hacía tanto tiempo que Lada no le pedía nada así...

Era su hermana, y le estaba rogando que volviera a elegirla. Sin embargo, cabía la posibilidad de que en ausencia de ella Mehmed, finalmente, lo eligiese a él.

—Yo ya estoy en casa, Lada.

Radu se acostó en la cama, dándole la espalda.



Sin saber qué iba a pasar, Lada estaba segura de dos cosas: le dolería y le exigiría ser fuerte.

Se puso la cota de malla y el uniforme jenízaro, a excepción del sombrero. Se dejó el pelo suelto, una masa de rizos despeinados que desafiaba tanto los usos jenízaros como la indumentaria femenina. Llevaba su espada al cinto, y sus puñales en las muñecas.

Su espalda era de acero. Su corazón, una armadura. Sus ojos, fuego.

Tenía a su lado a Bogdan y Nicolae. A Bogdan como recordatorio de lo que había dejado y podía recuperar. A Nicolae como recordatorio de que tenía dotes de mando, y la seguiría más de uno.

Mehmed levantó la vista con sorpresa al verla entrar en la sala de audiencias. Estaba sentado detrás de una mesa, con un manto morado, y una actitud perfectamente a tono con su silla dorada. El portador oficial del taburete esperaba en cuclillas cerca de él. Detrás estaba Radu, que evitó la mirada de su hermana.

La presencia de Lada, para la que no tenía explicación, hizo que Mehmed arqueara las cejas.

—Dejadnos —dijo. Los cortesanos se dispersaron hasta desaparecer.

—Nombra a Radu príncipe de Valaquia. —Lada plantó los pies con fuerza,

arraigándolos en el suelo.

Radu sacudió la cabeza y se giró hacia la ventana.

Primero Mehmed puso cara de consternación. Luego compuso sus facciones en una estudiada neutralidad. ¿Desde cuándo sabía lo de su padre, y se lo escondía? ¿Y por qué? Pero no, Lada no pensaba preguntárselo. Habría parecido débil, y no venía a preguntar, sino a exigir.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —preguntó Mehmed.

—Porque antes de ir a por Constantinopla necesitas la máxima estabilidad posible. Ya has tenido bastantes problemas por la alianza de Valaquia con Hungría, Transilvania y Moldavia. Si haces príncipe a Radu, te asegurarás de que no se incumpla ningún tratado con Valaquia.

—Es que él no quiere el cargo de voivoda. —Mehmed se echó hacia atrás y se despezó, largo y felino—. Hay otra manera de reforzar la alianza con Valaquia.

¡No! Lada había tenido la esperanza de que Mehmed no estuviera en contacto con la familia Danesti. Si ya habían accedido a colaborar con él, la posición de Lada se vería debilitada sin remedio.

—De los boyardos Danesti no te puedes fiar.

—¿La familia Danesti? No, con la que voy a aliarme es con la Draculesti.

Lada se aguantó un gruñido de contrariedad.

—Ahora que está muerto Mircea, el único que puede ocupar el trono es Radu.

—No es el único Draculesti. —La boca de Mehmed se curvó alrededor de una sonrisa que pugnaba por quedar en libertad—. Y los tronos no son la única manera de forjar alianzas.

—¿Qué...? —Entenderlo de golpe la dejó sin aliento—. No.

Mehmed se levantó y salió de detrás de la mesa. Cuando estuvo frente a

Lada, le puso una mano en la barbilla y se la levantó.

—Cásate conmigo, Lada. Es la solución perfecta.

Lada se echó a reír.

La sonrisa de Mehmed se ensanchó, hasta que se dio cuenta de que aquellas carcajadas no eran una dulce brisa de felicidad, sino un viento brutal del desierto que acribillaba la piel con su rastro de arena.

—Yo nunca me casaré.

—¿Por qué? ¡Quédate a mi lado! ¡Gobernemos juntos el imperio!

—Del Imperio otomano no quiero nada.

Mehmed le soltó la barbilla, con un destello de rabia en sus ojos negros.

—¿Por qué odias tanto mi país? ¿No has sido feliz aquí?

—¿Tan poco me conoces? Yo nunca he sido feliz en ningún otro sitio que no sea Valaquia.

—Conmigo sí has sido feliz. —Se puso muy serio, y la señaló con el dedo.

Finalmente, Lada comprendió que al cargar con toda la culpa, y eximir de ella a Radu, había sido menos abnegada de lo que creía. En algún punto de su subconsciente había albergado la esperanza de que Mehmed no pudiera perdonarla; de no tener que tomar la decisión de abandonarlo porque ya la hubieran tomado otros por ella.

El amor era una debilidad, un cebo. Lo había aprendido de su padre el día de su llegada a Edirne, pero al final no había logrado mantenerse al margen. Delante de ella, Mehmed y Radu la tenían atrapada, sin poder marcharse. Y aun sabiéndolo, le repugnaba la idea de perderlos.

Hizo de su cara una piedra, y de su corazón una montaña; una montaña que nadie horadaría jamás para dejar pasar un agua fría y límpida.

—Aquí no me retiene nada.

Mehmed cerró los ojos y recompuso sus facciones, pasando de la rabia y el

dolor a la súplica. Había aprendido a controlarse, y se había vuelto hábil en usar la emoción como instrumento... Los tres se habían hecho mayores.

—Me has salvado la vida tres veces. Sin ti estaría muerto. Te necesito.

—Renuncia a Constantinopla.

—¿Qué?

—Lo que pone tu vida en peligro es tu absurda fijación por tomar Constantinopla. —Lada se encogió de hombros, impasible—. No tienes derechos sobre la ciudad, ni ninguna razón para obsesionarte con ella. Si renuncias, tus enemigos ya no intentarán matarte.

—¡Sabes que no puedo! —Mehmed empezó a caminar de punta a punta de la sala, con las manos en la espalda—. Me llama, me incita... El Profeta, la paz sea con él, dijo que sería nuestra, y debo ser yo el sultán que vea cumplidas sus palabras. *Tengo que ser yo*. De la misma manera que mi pueblo está hecho para algo más grande que para recorrer desiertos a caballo, mi destino va más allá de mantener un imperio estancado y desestimado. *Seremos* la joya del mundo, la envidia de toda Europa, la nueva Roma. Y será así por obra mía. Tengo que enseñarle al mundo cómo es mi pueblo. Es mi vocación. No puedo darle la espalda.

—Nos entendemos perfectamente. —Lada asintió con los párpados entrecerrados por el peso del futuro—. Yo no puedo renunciar a Valaquia. No puedo dar la espalda a mi tierra a cambio de las migajas caídas de la mesa de otro señor. Venir aquí no fue decisión mía, Mehmed. Me retuvieron en contra de mi voluntad.

—¡Pero ahora te lo estoy pidiendo! ¡Elige quedarte! Elígeme a mí.

—¿Y que me dejes aquí al partir a tus cruzadas? Si no me llevaste a Albania, tampoco me llevarás a Constantinopla. Te odiaré por ello, y nuestra relación se irá emponzoñando hasta que me convierta en una más de tus

esposas invisibles, tan cautiva como he sido bajo el mando de tu padre. Si intentas retenerme, te odiaré y me perderás para siempre. Ya sabes que no puedes gobernarne. Lo demostré la última vez que estuviste en el trono.

Mehmed, cuya expresión se debatía entre la angustia y la ira, se detuvo frente a Lada y la sujetó con fuerza por los hombros.

—¿Qué quieres que haga?

En ese momento, Lada vio su futuro. El pasado lo había dedicado a arrebatarse todos los hilos que pudiera a los hombres que la rodeaban: su padre, Ilyas Bey, Mehmed... Pero ahora tenía delante un cuchillo, y los cortaría todos.

No tenía por qué aceptar solo lo que le ofrecían.

Tomaría lo que era suyo.

Lo que siempre había sido suyo se iluminó en su rostro como el sol de aquella cumbre, muchos veranos atrás.

—Quiero Valaquia.

—¿Qué?

—Nómbrame voivoda.

—Pero ese título es para un príncipe. —Mehmed frunció el ceño.

—Pues nómbrame príncipe. Sabes que soy capaz. Envíame con mis tropas jenízaras y dame el respaldo del imperio.

—Nunca te aceptarían. —Mehmed levantó una mano, como para descartarlo, pero a su tono le faltó seguridad.

—Pues los *obligaré*. —Lada se esperaba otra negativa, pero a falta de ella trató de sacar partido a su ventaja—. Mándame en calidad de príncipe, como gesto de paz. Nadie lo entenderá como una demostración de fuerza o una agresión. Verán que quieres estabilidad, no conquista. Negociaré tratados con Hunyadi y todos los que se han opuesto a ti. Haré correr la voz de que

Mehmed es un hombre de paz, que solo desea lo que ya tiene. Así podrás centrarte en Constantinopla.

—Pero te perderé —respondió Mehmed en voz baja, torturada, sin girarse a mirarla.

Aunque Lada siempre había sabido que volver a su tierra comportaría separarse de Mehmed, hasta entonces no se lo había planteado como una realidad. No era huir, ni tener que irse a la fuerza. Era perderlo por *decisión propia*. Le pareció imposible. Su mirada, finalmente, se cruzó con la de Radu. Tendió una mano hacia él, con una muda súplica en los ojos. No podía perderlos a los dos. No pensaba perderlos.

Él sacudió la cabeza.

Lo que había dicho Huma hacía muchos años se introdujo en la armadura de Lada, clavándose en su corazón. *¿Qué estás dispuesta a sacrificar, Hija del Dragón? ¿Qué dejarás que te quiten para que también tú puedas tener poder?* Ahora Lada sabía con exactitud cuánto tenía que perder, porque estaba a punto de sacarse el corazón del pecho y dejarlo.

Atrás quedarían los dos hombres —las dos únicas personas— que representaban constantes en su vida. Tanto Radu como Mehmed le habían dado algo que ella misma no podía darse. La habían visto como no la había visto nadie, ni volvería a verla nadie. Mirando a Lada, la fea, la mala, habían visto algo valioso. Ella, al mirarlos, veía a Radu, su hermano, su sangre, su obligación; y a Mehmed, su igual, el único hombre suficientemente grande para ser digno de su amor.

Se desplegó ante ella un futuro sombrío e imprevisible, lleno de violencia, de dolor y afán. Y como un faro le hizo señas otro, junto a su hermano y el hombre que la conocía, y aun así la amaba.

Se sacó del pecho, pues, el corazón, y lo dio en sacrificio. Pagaría cualquier

precio que exigiese su madre, Valaquia.

—Nómbrame príncipe —dijo sin emoción.



Al quedarse los dos solos, Radu abrazó a Mehmed, que lloraba. Su alegría por tenerlo en sus brazos era como una patada en el estómago, algo avasallador y que lo dejaría mucho tiempo amoratado.

—No me abandones nunca. —Ni aun sofocada de dolor perdía su autoridad la voz de Mehmed.

Radu cerró los ojos.

—Nunca te abandonaré.

Tenía a Mehmed en sus brazos, pero sabía que en el corazón del sultán solo estaba Lada. También él había pensado que su corazón lo llenaba Mehmed por completo, pero ahora tenía un resquicio que dolía, la parte que Lada había sumido en la desolación al abandonarlo para siempre.

Radu había dicho que su casa estaba allí. Había dicho la verdad, y había mentido. Porque su casa también era Lada, y se había ido.

Se filtró por las paredes la llamada a la oración. Cayeron ambos de rodillas. Radu lo puso todo en manos de Dios: su pena, su miedo, su duelo, sus secretos... También su vasta e insondable soledad.

Cuando acabaron de rezar, Mehmed estaba sereno. Su rostro tenía la dureza de la espada de sus antepasados. Radu lo siguió al balcón, desde donde fijó la vista más allá de la ciudad, oteando las tinieblas. Mehmed miraba hacia el

norte, hacia donde Lada y sus hombres viajaban para apoderarse de Valaquia.

Radu le puso una mano en el hombro. Mehmed necesitaba alguna referencia para superar el dolor. Radu hizo que se girasen suavemente los dos hacia el este.

Hacia Constantinopla.

*Frontera valaca*

Por fin se abrieron las nubes de tormenta que los habían acompañado durante su larga marcha. Tras el oscuro dinamismo y la paleta siempre cambiante de las nubes, el azul liso del cielo parecía en cierto modo falso, una promesa cuyo valor no llegaba ni al de los papeles y tratados que llevaba Lada en sus alforjas.

Ante su vista se extendía, cubierta de escarcha, una gran llanura limitada por montañas que se erguían amenazadoras por encima de los campos.

—Valaquia. —La voz de Nicolae estaba llena de asombro. No quedaba ni rastro de sus bromas.

—Casa —gruñó Bogdan.

Se les unieron Stefan, Petru, Matei y el resto de los hombres —de *sus* hombres—, y se quedaron contemplando su pasado, que ahora se había convertido en su futuro. Así lo había querido Lada.

Superado el momento de veneración, Nicolae miró a Lada con una sonrisa burlona.

—¿Qué, estás preparada, Lada Dragwlya, Hija del Dragón?

Lada tenía fuego dentro de su corazón. Su alma herida se ensanchó y cubrió su tierra con una sombra en forma de alas. Todo aquello era suyo. No por su

padre. No por Mehmed. Porque la propia tierra la había reclamado a ella en como su dueña.

—No, Dragwlya, no —dijo—. Lada Dracul. Ya no soy la Hija del Dragón.
—Levantó la barbilla, escrutando el horizonte—. Yo soy el dragón.

Dramatis Personae



Familia Draculesti, nobleza valaca

Vlad Dracul: gobernador militar de Transilvania, voivoda de Valaquia, padre de Lada y Radu, padre de Mircea y esposo de Vasilissa.

Vasilissa: madre de Lada y Radu, princesa de Moldavia.

Mircea: hijo mayor de Vlad Dracul y su primera esposa, muerta.

Lada: hija y segundo vástago legítimo de Vlad Dracul.

Radu: hijo y tercer vástago legítimo de Vlad Dracul.

Vlad: hijo ilegítimo de Vlad Dracul con una amante.

Alexandru: hermano de Vlad Dracul, voivoda de Valaquia.

Corte valaca y personajes del campo

Niñera: madre de Bogdan y cuidadora de Lada y Radu.

Bogdan: hijo de la niñera y amigo de Lada.

Andrei: niño boyardo de la familia Danesti, rival de los Draculesti.

Aron: niño boyardo de la familia Danesti, rival de los Draculesti.

Costin: niño sin zapatos en el río helado.

Familia Danesti: familia aspirante al trono valaco.

Lazar: soldado jenízaro destinado en Valaquia y amigo de Radu.

Personajes de la corte de Edirne

Murad: sultán otomano, padre de Mehmed.

Halima: una de las esposas de Murad, y madre del pequeño Ahmet.

Ahmet: hermanastro de Mehmed, un infante.

Mara Brankovic: una de las esposas de Murad, hija del rey de Serbia.

Huma: una de las concubinas de Murad, y madre de Mehmed.

Mehmed: tercer hijo del sultán, y último en sus preferencias.

Sitti Hatun: hija de un emir importante, y primera esposa de Mehmed.

Gulsa: concubina de Mehmed y madre de su segundo hijo.

Beyazit: primogénito de Mehmed.

Molla Gurani: preceptor de Mehmed.

Halil Pachá: importante consejero de la corte otomana.

Salih: segundo hijo de Halil Pachá, y amigo de Radu.

Kumal: piadoso valí de una pequeña zona en las afueras de Edirne.

Nazira: hermana menor de Kumal.

Fatima: doncella de Nazira.

Amal: joven criado de palacio.

Figuras militares del Imperio otomano

Ilyas: comandante jenízaro.

Kazanci Dogan: jefe militar de los jenízaros.

Ivan: jenízaro con mal carácter.

Matei: jenízaro valaco con gran experiencia.

Nicolae: jenízaro valaco, y mejor amigo de Lada.

Petru: joven jenízaro valaco.

Stefan: misterioso jenízaro valaco.

Tohin: experta en pólvora.

Figuras políticas opuestas al sultán

Constantino: emperador de Constantinopla.

Orhan: falso heredero del trono otomano, utilizado por Constantinopla para hacer valer su influencia.

Skanderberg: Iskander Bey, también llamado Skanderberg, antiguo jenízaro y favorito de Murad que defiende la ciudad albanesa de Kruje contra los otomanos.

Glosario



Bey: gobernador.

Beylerbey: gobernadores de las provincias más grandes e importantes.

Boyardo: miembro de la nobleza valaca.

Concubina: mujer que pertenece al sultán y que, sin ser su esposa legítima, puede engendrar herederos que sí lo son.

Derviche: asceta religioso (casi siempre de la rama sufi del islam) que ha hecho voto de pobreza.

Dracul: dragón; también demonio, ya que eran términos intercambiables.

Emir: dirigente de las tribus turcomanas, aliadas de los otomanos al este.

Estado vasallo: país al que se permite seguir gobernándose a sí mismo, pero que está sujeto al Imperio otomano y paga impuestos tanto en forma de dinero como de esclavos para el ejército.

Eunuco: hombre castrado, muy valorado como criado y esclavo de prestigio.

Hajj: peregrinación religiosa que se hace a La Meca, como uno de los cinco pilares del islam.

Harén: grupo de mujeres compuesto por esposas, concubinas y criadas que

pertenece al sultán.

Jenízaro: miembro de un cuerpo de élite de militares profesionales traídos a corta edad de otros países, convertidos al islam y educados y formados para ser fieles al sultán.

Orden del Dragón: orden de cruzados ungidos por el Papa.

Pachá: noble del Imperio otomano designado por el sultán.

Pashazada: hijo de un pachá.

Spahi: comandante militar a cargo de los soldados otomanos locales llamados a filas durante las guerras.

Valaquia: estado vasallo del Imperio otomano limítrofe con Transilvania, Hungría y Moldavia.

Valí: gobernador local designado por el sultán.

Valiato: pequeña extensión de tierras gobernada por un valí.

Valide sultán: madre del sultán.

Visir: noble de alto rango, que suele ser un consejero del sultán.

Voivoda: príncipe guerrero de Valaquia.

Nota de la Autora



Si bien el libro está basado en personajes históricos reales, me he tomado unas libertades enormes, colmando lagunas, inventando personajes y hechos, moviendo la cronología y, por encima de todo, cambiando a Vlad el Empalador por Lada la Empaladora.

Todo libro basado en la historia constituye una empresa tan ingente como, en último término, imposible. Dado que la historia la escriben los vencedores — y quienes sienten por ellos la mayor antipatía—, las crónicas que llegan hasta nuestros días tienden a canonizar o demonizar a las grandes figuras.

Vlad el Empalador fue un héroe nacional, un luchador por la libertad y un magnífico estratega militar. O bien un psicópata profundamente trastornado, un déspota cruel que asesinó a decenas de miles de personas y se alimentó literalmente de su carne.

También son muy contrastadas las versiones existentes sobre Mehmed el Conquistador, con quien la historia mantiene una relación de amor-odio. O bien fue un gobernante de una piedad y una atención al prójimo excepcionales, casi una figura religiosa, o bien un cruel depredador dado al libertinaje y la destrucción.

Mi intención, en este libro, ha sido encontrar un punto medio. A la hora de documentarme he descartado las versiones demasiado sesgadas en una o en

otra dirección, intentando centrarme en la verdad: ambos eran hombres nacidos con mucho poder, que hicieron lo que consideraron necesario para mantenerlo y ampliarlo. El principal aspecto en el que he querido ahondar es el camino que toma una persona para llegar al punto en que es capaz de justificar atrocidades en nombre del bien. ¿Qué motivaciones los impulsan? ¿Qué piedras depositadas en la infancia se convierten en los cimientos sobre los que se erigen los legados?

Se trata, al fin y al cabo, de una obra de ficción. Si he decidido convertir en mujer a Vlad el Empalador fue porque me daba un enfoque más interesante como narradora. En los relatos sobre Vlad, Radu el Hermoso es una simple nota al pie, pero he hecho lo posible por insuflar vida a su memoria. Mehmed el Conquistador es venerado como un héroe nacional por los turcos, y Estambul sigue dando fe de su grandeza y de su capacidad de pensar a muy largo plazo. Me he esforzado por ser respetuosa con ello, pero sin dejar de reconocer que fue una persona de carne y hueso.

Se desconoce hasta qué punto se relacionaron estos tres personajes al crecer en las cortes otomanas. Yo he construido una historia ficticia en que las experiencias formativas de su infancia y juventud las pasan juntos. A quien tenga ganas de leer más a fondo sobre Vlad, Radu, Mehmed y su época, y sobre el impresionante legado de los otomanos, le aconsejo que acuda a la biblioteca más cercana y consulte a los bibliotecarios. Estos son algunos de los libros que me han sido a mí de utilidad:

The Ottoman Centuries, de lord Kinross.

1453, de Roger Crowley.

A Short History of Byzantium, de John Julius Norwich.

The Grand Turk, de John Freely.

Dracula, Prince of Many Faces, de Radu R. Florescu y Raymond T. McNally.

Islam: A Thousand Years of Faith and Power, de Jonathan Bloom y Sheila Blair.

Si bien los personajes del libro se relacionan de maneras muy diversas con la religión, y más en concreto con el islam, personalmente siento el mayor de los respetos por la rica historia y el hermoso legado de este credo de paz. Las opiniones concretas de los personajes sobre las complejidades de la fe, tanto musulmana como cristiana, no reflejan las mías.

La ortografía varía en función de los idiomas y las épocas, al igual que los nombres de lugares. De todos los errores e incoherencias soy yo la responsable. A pesar de que los personajes principales hablan varios idiomas, he decidido, por una cuestión de legibilidad, presentar todos los términos comunes en inglés.

Agradecimientos



Este libro no existiría sin mi marido, un hombre increíble. El amor de Noah por Rumanía y su historia, así como por el árabe, el islam y Oriente Medio, alimentó y dio forma a esta idea hasta que estuvo madura para convertirse en un relato. Ha sido un recurso de un valor incalculable. También es muy guapo, y la verdad es que tengo mucha suerte de estar casada con él.

Un agradecimiento especial a mi agente, Michelle Wolfson, por no vacilar nunca cuando le explico mis siguientes planes. Ha sido la mayor *cheerleader* de Lada, y también la mía.

Cualquier agradecimiento sería poco para mi editora, la espectacular Wendy Loggia, que le pilló el tono al libro y entendió enseguida qué era y qué tenía que ser. No hay página que no refleje sus consejos. Todo el equipo de Delacorte Press es un sueño para cualquier escritor. Gracias especialmente a Alison Impey por el deslumbrante diseño de cubierta, a Heather Kelly por el precioso diseño del interior, y a Colleen Fellingham y Heather Lockwood Hughes por no saltarse ni uno de mis errores en las correcciones.

Ninguno de mis libros existiría sin mis mejores amigas, y críticas, Natalie Whipple y Stephanie Perkins. Natalie me ayudó a llevar a término un primer borrador que era una brutalidad, y Stephanie me salvó durante una corrección abrumadora. Gracias, gracias y gracias. Os quiero mucho a las dos.

Vaya, por último, mi infinita gratitud a mi familia, por apoyarme y animarme en todo momento. Y en cola de los agradecimientos, pero en cabeza de mi corazón, gracias a mis tres preciosos hijos: por vosotros me abriría paso a través de una montaña.